EXTRA

ansia primaria

BRIAN ALDISS

GALAXIA
Ciencia Ficción

James Solent era un joven normal… normalmente reticente, normalmente deportista, normalmente de buena casta. ¿Qué diablos fue lo que lo dominó, se posesionó de él para que se fuese de juerga toda la noche, pero de juerga fenomenal, con una persona casi totalmente desconocida?

El señor Solent tenía un E. R. (Un Registro Emocional). Lo mismo le sucedia a la misteriosa dama.

Y de igual manera, en breve, estaría cada habitante de las Islas Británicas.

Aunque mucha gente visionaba alarmada la situación (bueno, resulta algo enervante, si se piensa en ello con atención) había quienes opinaban que nada, absolutamente nada, podría conmocionar el antiguo y bueno «status quo».

Ambos grupos se equivocaban.

Brian W. Aldiss

Ansia primaria

Galaxia - 60

ePub r1.0
Titivillus 26.06.16

Título original: *Primal Urge*
Brian W. Aldiss, 1961
Traducción: Fernando M. Sesén
Diseño de cubierta: Enrique Torres

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

NOTA DEL AUTOR

Al igual que sería difícil —y fatuo— escribir una historia del arte del siglo XX sin mencionar a Picasso, he hallado imposible dibujar este bosquejo de la vida contemporánea sin mencionar cierto número de pilares sobre los que se asienta nuestra sociedad, desde el señor Jack Solomons hasta el mariscal Jefe del Aire Dowding; tengo la suficiente presunción de imputar a alguna de estas figuras públicas opiniones sobre las materias hipotéticas contenidas en mi novela. Una víctima particular es el señor Aldous Huxley, quien me ha permitido amabilísimamente tomarme con él esta libertad. ¿Puedo rogar a los otros pacientes que sean igualmente indulgentes, recordándoles que tal es el precio de la fama y semel insanivimus omnes? Claro que comprendo que sus actuales opiniones apenas fallarán en diferir de estas que les he asignado. Pero su presencia aquí, aunque sea ésta bien involuntaria, me presta una especie de apoyo moral ahora que me veo sumido en tan procelosas aguas.

La misma búsqueda de líneas vitales me ha obligado a emplear en mis páginas un buen número de mercancías con marcas reconocidas. Consiguientemente, deseo dar las gracias a los fabricantes de Alfombras Kosset, Odo-ro-ne, Mermelada
Cooper's
Oxford y a varios constructores de automóviles por el sentido de seguridad que sus productos me han proporcionado.

Igual ocurre con las instituciones. Los Harlequins, el Gobierno británico y la National Book League son verdaderos y por una vez me alegro de que lo sean. Pero los representantes del Gobierno inglés que aparecen en estas páginas no son reales; mi ministro de Sanidad, por ejemplo, no tiene ninguna relación pasada, presente o futura con el ministro de Sanidad; por esto también uno puede

sentirse agradecido.

Aceptadas todas estas aseveraciones, los personajes de este libro son de ficción y con certeza no tratan de representar a nadie vivo o muerto; las instituciones en él son puras entes de ficción; las acciones y opiniones descritas y atribuidas a estos personajes o instituciones son imaginarias; incluso el tiempo es demasiado bueno para que sea de verdad. Sin embargo, se ruega a los lectores que no se olviden ni un momento de los siguientes versos de Jorge Santayana:

Incluso sueño tal sueño y lo sé del todo bien.
Mi paso de paseo transcurre como un hechizo de medianoche.
Pero no sé si mi soñar transpiró a través de
Las profundidades del cielo y del infierno.
De todo lo que quisiera saber, lo sé todo, excepto esto:
La verdad es un sueño, a menos que mi sueño sea cierto.

B. W. A.

INTRODUCCIÓN

JAMES SOLENT era un joven normal… normalmente reticente, normalmente deportista, normalmente de buena casta.

¿Qué diablos fue lo que lo dominó, se posesionó de él para que se fuese de juerga toda la noche, pero de juerga fenomenal, con una persona casi totalmente desconocida?

El señor Solent tenía un E. R. (Un Registro Emocional). Lo mismo le sucedía a la misteriosa dama.

Y de igual manera, en breve, estaría cada habitante de las Islas Británicas. Aunque mucha gente visionaba alarmada la situación (bueno, resulta algo enervante, si se piensa en ello con atención) había quienes opinaban que nada, absoluta mente nada, podría conmocionar el antiguo y bueno «status quo».

Ambos grupos se equivocaban.

Había una cosa, los negocios (toda clase de negocios) prosperaban. Los ingresos turísticos dieron un terrible salto ascendente. Incluso se aceptó la psiquiatría.

Y las repercusiones internacionales fueron enormes. Los puritanos del Kremlin expidieron frenéticos comunicados negando todo conocimiento de este nuevo invento… una inversión en sus habituales maneras de ser de graves consecuencias. Los japoneses se pusieron a trabajar en un modelo más barato… sombría amenaza al comercio ¿y quién sabe a qué más? América no fue in formada. Los suizos invitaron alborozados al resto de Europa a participar… en Suiza, claro. Oriente permaneció inescrutable. Mientras que Inglaterra, que lo había aceptado e impuesto su uso obligatorio en las islas, vio como el mundo se ponía a la escucha.

PRIMERA PARTE

UNA UTOPÍA PUTATIVA

«Ardemos» (Título de un poema de Marie Stopes)

I

UNA ZORRA CON COLA

Para Londres aquello era una de esas veladas cálidas de julio en la que el cerebro humano se ve abrumado por la preocupación de las palmas de las manos húmedas, as cejas mojadas, los sobacos sudorosos, Sudando a porrillo, James Solent salió del calor inmóvil de Charlton Square. Llevándose a la frente el periódico plegado, en un raro gesto defensivo, bajó los escalones del remolque gris hasta la hierba y se detuvo. La puerta del número 17, en donde vivía, le hizo un gesto; pero compitiendo con el deseo de ir y de esconderse había otra ansia de escuchar lo que tres hombres próximos decían.

—Tan enorme imposición no puede sólo caer en la indiferencia del electorado político —decía uno.

El segundo, falto de palabras para expresar lo que pensaba de este sentimiento rezongó de manera inmoderada.

—¡Cáscaras! —exclamó el tercero—. Ya oyeron lo que dijo el ministro de Salud el otro día: esto es lo que se necesita para devolver a la vieja Inglaterra su antiguo sentido de la dirección.

Le tocó el turno al primer hombre de romper en una risa burlona. Viendo a Jimmy plantado cerca, se volvieron para mirarle la frente con curiosidad.

—¿Qué tal se siente, compañero? —le llamó uno de ellos.

—Realmente no se nota nada —contestó Jimmy y se apresuró a cruzar la plaza con su periódico semilevantado. Entró en el número 17. Desde el vestíbulo pudo oír a la señora Pidney, la patrona, adormiladamente utilizando los cacharros de cocina. El resto estaba silencioso. Tranquilizado, Jimmy se quitó el papel, revelando el disco en la frente, y subió hasta el compartimiento que compartía con su hermano. Por fortuna, Aubrey Solent había salido,

trabajando tarde en el BIL; lo que indudablemente ahorró a Jimmy una escena molesta. Aubrey había madurado extrañamente quisquilloso, en especial en las últimas semanas.

El apartamento contenía las ordinarias comodidades, una cocinita, una sala de estar (con comedorcito), el gran dormitorio de Aubrey y la habitación más pequeña de Jimmy. Todo estaba tan aseado que el disco con su funda brillante de larga duración que yacía en mitad de la alfombra parecía haber sido colocado allí a propósito, Esquivándolo, Jimmy entró presuroso en cuarto y cerró la puerta.

Durante un momento repicó con los dedos sobre el panel una conocida melodía. Luego cruzó hasta el espejo y se miró. El traje que Harrods le había hecho antes de que empezara su nuevo trabajo en enero comenzaba a sentarle mejor, más propio de su persona; por lo demás tenía veinticinco años, su pelo pardo estaba lo suficientemente rizado, su rostro era redondo pero no feo, su barbilla ni agresiva ni indecisa. Todo, de hecho, se dijo a sí mismo, suspirando, era alarmantemente vulgar.

—Oh, tú, el hombre medio de todo —se dirigió a sí mismo, improvisando, como hacía con frecuencia, una oración rimada—. Oh, tú, de altura media, sobrepasado por gente más alta, que sobrepasas a gente más baja… un destino medio que uno podría tomárselo ciertamente a broma.

Un rasgo sólo no era en absoluto, bajo todos los conceptos, definitivamente ordinario: el círculo brillante, de tres centímetros y medio de diámetro, fijo permanente mente en el centro de su frente. Hecho de un metal que parecía acero inoxidable, su superficie era ligeramente convexa, de modo que daba una vaga y distorsionada imagen del mundo ante él.

Bajo ningún concepto parecía enfermizo. En realidad, tenía un aspecto bastante noble, como una estrella en la frente de un caballo. Prestaba un toque de distinción a un rostro vulgar.

Jimmy Solent se quedó plantado unos minutos ante el espejo del armario, mirándose y, viendo a través de sí, el futuro. Era aquel un momento para maravillarse: se había lanzado de cabeza a un período en donde arrojarse o no era la pregunta acuciante. Fue uno de los primeros en lanzar se y el sello de la precipitación lo tenía sobre sí mismo. Su preocupación se vio desvanecida gradualmente

por el ladrido del altavoz en la plaza exterior. Quitándose la chaqueta, Jimmy se acercó a la ventana. Su aspecto desde aquí resultaba generalmente menos interesante, menos respetable, que desde las ventanas del dormitorio de su hermano Aubrey. Estas daban a la parte posterior de las casas, en donde la gente iba desaliñada, siendo ella misma; la ventana de Jimmy, en la parte delantera de la casa, miraba perpetuamente y con fijeza a las fachadas, en donde la gente adoptaba sus rostros públicos y falsos.

Ahora, sin embargo, había vida en la plaza. Esta semana, un gran remolque gris tan tranquilizadoramente similar a las unidades móviles radiográficas, estaba plantado en la crecida hierba bajo los árboles. Una cola de hombres y mujeres, la mayor parte en atuendo veraniego o mangas de camisa, aguardaba paciente su turno para entrar en el remolque. A intervalos de cinco minutos, salían uno a uno por el otro lado, generalmente manteniendo un periódico, un pañuelo, o un sombrero sobre sus frentes, desapareciendo sin mirar a derecha o izquierda. Unos cuantos espectadores vagaban por allí, curioseando por la cola: mientras que a principios de semana hubieron también operadores cinematográficos. Desde la ventana del dormitorio —¡desde la seguridad!— todo pareció bastante cómico: a la vez irreal y típicamente inglés. Jimmy encontró difícil comprender que había sufrido el mismo proceso sólo veinte minutos antes; tal y como el gobierno había prometido, su frente no le dolía en absoluto. Aunque se la hurgó de manera experimental, el disco ni se movió ni le hizo daño. En realidad, las maravillas de la ciencia moderna eran fantásticas.

El hombre encargado del altavoz, acalorado y aburrido, no hablaba por su micrófono de manera adecuada. Sólo frases ocasionales eran inteligibles. Un pedazo sonó como: «somos libres presentándonos aquí en un estupendo y viejo estado»; debía estar diciendo algo igualmente rimbombante, como «ciudadanos más libres de un estado mejor».

—… Seguridad del gobierno… muchos doctores eminentes están de acuerdo… nada excepto saludable… lejos de ser una ofrenda a la modestia nacional… las máximas afirmaciones… sin gastos… sólo una operación de menor importancia…

La voz siguió murmurando como una nube de abejas y la operación menor resultaba una operación mayor que ocupaba todo

el país: porque los remolques grises estaban aparcados ahora en el centro de cada ciudad y pueblo desde Penzance a John O'Groats.

Toda la población era potencialmente colista. Jimmy se apartó de la ventana.

Alguien se movía en la sala de estar. Jimmy se enderezó la corbata. Era improbable que fuese Aubrey, pero Jimmy llamó:

—¿Eres tú, Aubrey? —Y salió a ver.

No era Aubrey. Era la novia de Aubrey, Alyson Youngfield, sí el nombre de «novia» puede utilizarse aquí de manera ambigua. Se había quitado sus guantes veraniegos y se abanicaba con la funda del microsurco abandonado. El rostro de Jimmy se iluminó al verla.

—Vendrá tarde esta noche, Alyson —di a esta encantadora criatura que se instalaba en el diván con la elegancia de un puma. Su belleza adquirió una cualidad especial con el tiempo de julio; bajo el cabello rubio, su piel parecía madura como el trigo.

—No te preocupes —contestó ella—. En realidad no esperaba encontrar a Aubrey en casa, pero aquí se está más fresco que mi dormitorio. Aquello es un horno por estar bajo tejado. Pongamos un poco de música de alta fidelidad para combatir el calor, ¿quieres?

En aquel instante Jimmy advirtió que ella le miraba a la frente. No le causó en absoluto el embarazo que la mirada de cualquier otra persona le hubiese producido; con placer, se preguntó si un tacto adquirido, o una amabilidad natural hacían que ella, al advertir su mirada, dijese con diferencia:

—Oh, ya tienes el tuyo. Yo iré mañana a por el mío.

Con gratitud, para atraerla a la conspiración, Jimmy respondió audaz:

—¿De verdad? A Aubrey no le gustará De inmediato se dio cuenta de qué había metido la pata.

—Aubrey, con el tiempo, también llevará uno; ya verás. Nos sobrevendrá con el tiempo —dijo Alyson. Pero lo dijo de una manera rígida, volviendo su rubia cabeza, agitando sus casi inmaculados rizos, al mirar por la ventana. Como siempre Jimmy se encontró a sí mismo reflejando lo duro que era calibrar la relación precisa entre ella y Aubrey. Una actualidad seria en Alyson y otra evasiva en Aubrey les hacían a ambos personas no fáciles de cata logar.

—Esta noche voy a una fiesta —le dijo, para cambiar de conversación—. En el BIL, cuartel general de Aubrey; siento que no vengas. Tendré que prepararme pronto.

—No te envidio —dijo Alyson. No obstante lo miró con atención mientras entraba en la cocina. Allí se preparó un bocadillo múltiple (a Alyson no le gustaban estos bocadillos múltiples, puesto que decía que le daba la impresión de ser demasiado última moda), una rebanada de queso de camembert, una cucharada de crema de queso, un poco de manteca y polvo de ajo con ensalada, que tenía en la nevera. Dudando un momento, se sirvió un vaso de Montrachet seco; no era adecuado para el queso, comprendió, pero le gustaba.

—Ven aquí, Jimmy —dijo Alyson, cuando apareció en la sala de estar con la bandeja.

Él se dirigió de inmediato a donde ella estaba sentada en un diván. La joven llevaba el traje verde con adornos limón que Aubrey le comprase en Dickens y Jones. Por debajo, vestía también una blusa limón, y más por debajo evidentemente muy poquita cosa; por eso, Alyson parecía acalorada. Y, ejem, innegablemente, abrasa dora.

Cambiando de idea acerca de lo que evidentemente iba a decir, Alyson observó:

—Eres demasiado obediente, Jimmy. No debes venir simplemente porque uno te llame.

—Es que tú no eres uno cualquiera, Alyson —dijo él, pero le faltó la necesaria ligereza de tono que requería tal observación. Dejó tristemente la bandeja en la mesita, y se instaló de manera que podía verle los tobillos y las pantorrillas, curvadas como un símbolo contra el regordete fondo del diván. Las pantorrillas, en verdad, eran muy hermosas; y para el joven era como si viese por primera vez el Himalaya. Jimmy se sintió humillado por aquellos monumentos de carne. Luego un poco de color le hizo alzar una mano por delante de su rostro; una radiación rosada la cubrió. El disco de su frente estaba cumpliendo su misión.

Sintiéndose abrumado y complacido, Jimmy jugueteó con su comida. El Montrachet era muy bueno. Se lo bebía a sorbos, escuchando la música del tocadiscos. Una orquesta interpretaba, con un emocionante solo de trompeta, la melodía de moda llamada:

«Me haces relucir»; la tonada había tenido suerte; la revista en la que se cantaba llevaba varias semanas de éxitos antes de que el primer ministro hiciese su anuncio sensacional. No obstante, parecía haber sido escrita para la ocasión y trajo una fortuna inesperada a su autor, que se encontró de la noche a la mañana como progenitor de un éxito capaz de permitir enfrentarse a los enemigos que siempre soñó tener.

Destino decretado
Tu efecto sobre mí debería ser así:
No sólo me dejas patizambo.
Me hace relucir.
En realidad,
O cuando todas las luces son bajas,
Tu toque me inflamará, mira
Me haces relucir.

Alyson cerró el interruptor.

—Lo que yo iba a decirte, Jimmy —exclamó, hablando con esfuerzo—, es que me siento abrumadoramente triste ahora. Es la vista de todas esas personas haciendo cola ahí fuera… y por todo Londres… supongo. ¡Son tan pacientes! Nadie parece haber captado por entero los disruptores que son estos E R, estos Luces Norman, como les llaman; ni siquiera la gente que está con a ellas, como ese político, Bourgoyne, creo que se llama.

—No entremos en política —dijo Jimmy—. Ya sabes cómo discutimos siempre. Permanece tan amable como estás.

Aunque esperaba que ella insistiese, la joven no dijo nada, se limitó a mover inquieta sus piernas. Comenzó a canturrear:

—Me haces relucir —pero se interrumpió como si se diese cuenta de la estupidez de la melodía.

—A veces creo que lo opuesto de la diversión no es el aburrimiento, sino la paz —dijo. Deliberadamente citaba de manera equívoca uno de los carteles corrientes y Jimmy soltó una carcajada.

—No estoy seguro a veces de que el aburrimiento y la paz no sea la misma cosa y —dijo y, después de decirlo, le pareció tonto a Alyson evidentemente.

—Mucha gente siente así —respondió ella—. Quizás, de otro modo, nunca habrían consentido en dejar que manipulasen en sus frentes; están ansiosos de algo que les haga cambiar. Y es bastante comprensible —suspiró voluptuosamente y añadió, extrayendo deliberadamente la malicia de lo que decía—: ¿No recuerdas, encanto, que somos la generación que perdió la guerra?

A Jimmy le gustó aquello. Les colocaba sobre un terreno igual, porque aunque Alyson era la amante de su hermano, tenía la misma edad de Jimmy, con la diferencia de un mes; Aubrey, seis años mayor que Jimmy, había nacido en 1930, perdiéndose por tanto la guerra también, pero él quedaba excluido de la observación de Alyson. Alyson era perceptiva; parecía saber cuándo y cómo Jimmy se sentía incómodo.

—No estés más triste —le aconsejó—. Te hace aparecer tan ganosa de caricias que nadie sería capaz de sentir la menor simpatía hacia ti.

Alyson no respondió. Satisfecho, Jimmy acabó la comida y fue a tomar una ducha. Treinta segundos bajo la regadera fueron suficientes. Se secó con la toalla, se aplicó odorono, se tomó un comprimido de amplex para quitarle los rastros antisociales del ajo y se vistió para la fiesta. Mientras lo hacía, volvió a mirar por la ventana. La cola al exterior del remolque gris no era más corta; las sombras en la plaza sí eran largas.

Estos centros de instalación de E R, para dar a los remolques un nombre adecuado, habían dispersado por la azorada Inglaterra en la anterior mañana del lunes. Ahora se estaba en la noche del miércoles y las 750.000 personas de toda la nación tenían el Registro indoloro y perpetuamente embutido en sus frentes.

La gran conversación, de hecho, había comenzado con el mayor presagio de éxito, Aunque mucho se debía a la cuidadosa campaña del gobierno que precedió al acto conversación, la aparición personal del primer ministro en TV, llevando su ER, la tarde anterior en que los remolques grises abrieron sus puertas, habría indudable mente ganado a la causa a millares de dudosos. Incluso la oposición admitió que su discurso había sido ponderado.

Su disco reluciendo interesante e inequívocamente debajo del mechón de pelo plateado, Herbert Gascadder dijo a los millones de televidentes:

«Ruego a cada uno de vosotros que no se puede mantener que el E R es una amenaza para la sociedad. Si pensáis más profundamente, veréis que el ER, como me pasa a mí, es una insignia de libertad que tenemos, como nación, el defecto de haber sido desconfiados en nuestra propia expresión; eso, quizás, es la razón por la que algunos sociólogos han llamado solitarios a todos nosotros y han considerado la sociedad como una de las mayores maldiciones de nuestra época. El ER va a derribar esa barrera, al mismo tiempo que otras muchas.

»El ER es el primer invento capaz de llevar al hombre más cerca de sus semejantes. Incluso la televisión, el gran invento por el que yo puedo hablaros en vuestras casas esta noche, ha demostrado no ser una bendición perfecta… de hecho, a menudo es una disrupción… para la vida familiar. A pasar los tiempos, desde que dejamos de apiñarnos juntos en las cavernas, nos hemos visto inevitablemente arrastrados unos de otros, separados. Ahora, creo sinceramente que debemos encontrarnos aproximándonos otra vez, unidos por esos impulsos comunes que el ER hace aparentes.

»Sin embargo, yo no desearía que pensaseis que el ER es algo fantástico o loco, una mera narración de la ciencia. Tendrá, de hecho, el mismo efecto que cualquier otro invento, una vez nos acostumbremos a él; es decir, realizará una ligera pero inevitable modificación en la vida diaria del hombre. Sólo podemos continuar existiendo mediante una política de cambio en este mundo altamente competitivo. Demos gracias a Dios que el ER sea un invento británico. Mas, mostremos nuestro agradecimiento haciendo que nuestro ER nos sea instalado lo antes posible, para que simplificando nuestras vidas privadas podamos todos unirnos y hacer esta nación, una vez más, una tierra de oportunidad.

—Como me querría ahora Gascadder —pensó Jimmy, mirándose de reojo la frente en el espejo mientras se arreglaba la corbata. Su ER estaba allí aún, algo mayor que un penique, símbolo de patriotismo y esperanza.

—Sé bueno y no bebas demasiado —le aconsejó Alyson, cuando apareció por último, preparado para salir del apartamento.

—¡No te muestres tan maternal! —exclamó Jimmy—. Ten en cuenta que debemos ser las Jóvenes Personas Antiadorables.

—¡Buen Dios! —exclamó ella—. ¡Eso! ¡Ya resulta bastante duro

ser gente!

Durante un momento él dudo en la puerta, mirándola. El resto de la habitación no era nada; ella, allí sentada con su traje Dickens y Jones, tenía una dimensión extra, una realidad especial, un futuro en la balanza.

—Adiós, Alyson —dijo y salió hacia la fiesta más inoportuna de su vida.

Jimmy de ordinario no era presuntuoso; sin embargo, habría crecido en él la sensación de que había alguna especie de ayuda que pudiese proporcionar a Alyson. Qué ayuda, no lo sabía; Alyson no suplicaba deliberadamente y, dándose cuenta de su potencialmente torpe posición en el apartamento de Aubrey, ambos confinaban sus conversaciones a una charla ligera. Sin embargo, lo que permanecía sin decirse había ido creciendo más potente cada vez desde que Jimmy llegó al apartamento. Un día pronto emergería de su escondite y saldría a la luz.

Lo que convencía a Jimmy, y esto no era ilusión de su imaginación romántica, era el contraste entre las naturalezas de Alyson y Aubrey y su relación mutua. Alyson era a la vez inteligente y tolerante, pero sus idas y venidas al apartamento tenían una cualidad indiferente que implicaba poca pasión por Aubrey. Aubrey era un joven retirado; lo que en su hermano aparecía como desconfianza se había transformado para él en soledad. Era correcto en modales, vestidos y elección de iglesia, comida y libros. Era un conformista de carrera. Resumen, difícilmente parecería el tipo capaz de tener una amante; Alyson también era a duras penas del tipo de convertirse en su amante. Ellos debían ser o bien marido y mujer o desconocidos, y ahí estaba el punto álgido del asunto.

Un olor a salchichas fritas con salsa en el relleno. Mientras descendía las escaleras, Jimmy las oyó freír.

La puerta de la cocina, como siempre, estaba abierta. Hilda Pidney localizó a Jimmy mientras él llegaba al vestíbulo y salió, como hacía siempre a menos que uno se moviera con mucha rapidez, para intercambiar unas cuantas palabras. Era una cincuentona recia, con el rostro, como observó una vez Alyson, de alguien gritando en una selva con el cabello alborotado. A pesar de su miserable expresión, era un alma animosa; sus primeras palabras dieron ahora exactamente la nota adecuada que hacía falta a

Jimmy.

—¡Está usted perfecto, señor Solent!

—Me alegro de que se lo crea, señora Pidney —contestó él, alzando la mano de manera casi automática.

Veo que tiene usted el suyo.

En verdad, percibió de rechazo el aparatito a través de la pelambrera de ella.

—Sí, fui directamente esta mañana a las nueve —contestó ella —. Lo pusieron nada más abrir los remolques. Era la segunda en la cola. Y no me dolió ni pizca, en verdad, tal y como dijeron.

—Ni pizca, es cierto.

—¡Y además es gratis! —Se echó a reír—. Henry ha tratado de hacerlo funcionar ya. ¡Fíjese, a mi edad, señor Solent! ¡Me parece que he vuelto a revivir!

Jimmy rio con ella sin reservas.

—Creo que estos ER (registros emocionales) van a dar mucho que pensar a la gente sobre un nuevo aspecto de la vida —dijo.

—¿Sabe usted lo que les llama la gente? —le preguntó ella sonriendo—. Caza-solteronas o Luces normales. Tiene gracia lo bien que les quedan esos apodos, ¿verdad? Será mejor que vuelva con mis salchichas. Adiós.

Mientras Jimmy cruzaba la puerta de la calle, pensó:

—No se mostró maliciosa. Lo ha aceptado con el espíritu adecuado. Tres hurras por la señora Pidney y los millones como ella. Son la espina dorsal de Inglaterra; tales vértebras, algún día oscuro, se alzarán y matarán la perversidad.

Avanzó gentilmente hacia Park Lane, en donde trató de tomar un taxi, disfrutando del calor por contraste con el frío y lluvioso viento que había estado soplando hasta sólo pocos días antes. Todo el mundo se comportaba como siempre en las calles. Considerando que los remolques grises habían estado trabajando duro por todas partes durante cuatro días, un número sorprendentemente escaso de personas llevaba los aparatitos en sus frentes, pero aun esos pocos no llamaban la atención. El hombre y la mujer con el brillante Austin-Healey rojo, el policía cadavérico, los dos vejetes tomando el sol en la esquina de South Audley Street, todos llevaban sus registros emocionales como si fuesen cosa de nacimiento. El taxista que respondió a la mano alzada de Jimmy igualmente lo llevaba. En

todas las clases, los ER se abrían paso día a día, de acuerdo con las ordenanzas.

La fiesta en la que Jimmy iba a ir, la fiesta de *sir* Richard Clunes, se celebraba en una de las manzanas formidables, camino de Kensington, construida a fines de la década. Era, con pocas excepciones como el propio Jimmy, una fiesta de la British Industrial Liason, para el personal BIL y por tanto más en el campo de acción de Aubrey Solent que en el de Jimmy, porque Aubrey era un miembro de las BIL.

Jimmy se dedicaba a la literatura. Pero *sir* Richard, mientras prometía prestar a Jimmy un cuadro para una exhibición que él organizaba, tuvo la genialidad de invitarle a la fiesta al mismo tiempo, bajo el principio de que los hermanos menores del personal ejecutivo prometedor valía la pena de ser subordinados por esta rama, particularmente cuando el material para las fiestas era siempre escaso en esta época del año.

Fue una fiesta pequeña: Jimmy pudo comprobar su pequeñez en cuanto llegó… mucho más elegante que las fiestas literarias a la que estaba acostumbrado, que generalmente serían dominadas por novelistas provincianos sin estilo o por personajes sin categoría. Los presentes ahora eran londinenses; más aún, miembros del BIL… los miembros del BIL vivían días semiútiles y noches deficientes.

—Están ya en su mejor momento, estoy seguro de que leyeron «The Times» durante el desayuno —se dijo Jimmy, mirando en redondo mientras estrechaba la mano con el resplandeciente *sir* Richard y *lady* Clunes. *Sir* Richard tenía unas cejas movibles y una barbilla con la forma propia de un chivo. Sus modales fluían melosos y se enzarzó con Jimmy en una conversación agradable durante dos exactos minutos.

—Ahora veamos a quien conoce usted aquí, Solent —dijo *sir* Richard, mientras se dirigía como un halcón hacia los invitados más próximos—. Ah, aquí está Guy Leighton, uno de nuestros jóvenes más promete dores. Usted le conocerá, claro… ha estado trabajando en el negocio de K.
R. Shalu
con su hermano, ¡Guy! ¿Puede concedernos un momento, querido?

Un joven moreno que se balanceaba perpetuamente sobre sus talones, fue capturado con pericia de un grupo próximo y obligado

a enfrentarse a Jimmy. Se hicieron una triste reverencia de cabeza por encima de las copas de champaña, con la antipatía educada que un invitado a las fiestas suele sentir por otro colega. Guy y Jimmy eran menos conocidos; sus órbitas sólo se cruzaban cuando sus tarjetas de invitación coincidían.

—¿Bailaremos? —dijo Jimmy y entonces, muy serio, para contrarrestar esta hipocresía, añadió—. Vale la pena esta reunión, Guy.

—¿Vale la pena de qué, Solent? —contestó el joven moreno. No sería más de cuatro años mayor que Jimmy, pero su costumbre de utilizar los apellidos parecía darle un buen inicio de conversación —. El conjunto corriente de gente que mata el tiempo en estas reuniones: Nadie vale más que el vecino, ¿verdad?

—Pues parecen más valiosos —insistió Jimmy. No le interesaba ahondar en este punto, pero no le ocurrió otro asunto de que hablar. Agradecido, acepto más champaña en su copa.

—Usted, si se me permite decirlo —anunció Guy, mirando sardónico a la frente de Jimmy—, parece positivamente futurista.

—Oh… el ER. Con el tiempo todo el mundo lo llevará, amigo, fíjese en mis palabras —contestó Jimmy, con un brusco descenso al modo de pronunciación vulgar con el que se suelen cubrir las apariencias.

—Posiblemente —dijo Guy sombrío—. Algunos de nosotros tenemos otras ideas; algunos de nosotros, no me importa decírselo confidencialmente, esperamos para ver por dónde saltará el gato. Fíjese, ¿verdad?, es usted la única persona aquí que lleva una de esas cosas fantasmales.

Si hubiese anunciado el Armageddon, habría conmovido más profundamente a Jimmy.

—Todos ustedes viven en el pasado, sus compañeros científicos. Estamos en el 1960 y pico, la era del ER —respondió, pero ya estaba mirando por toda la estancia para comprobar la afirmación de Guy. Cada frente, alta o baja, y algunas de ellas eran realmente interesantes frentes bajas del genio, se veían sin manipular por la ciencia.

El deseo de conformarse abrumó a Jimmy que apenas oyó la observación de Guy sobre las minorías suprimidas.

—El espíritu aventurero de los Solent… —dijo.

—Y otra cosa debería decirle —continuó Guy—. Estoy seguro que no le importará que lo mencione. La gente se refiere a esos discos como Luces Norman; según el nombre de la firma Norman que las inventó, ya sabe. Yo prefiero pensar que sólo los desgastes inferiores sin ley se refieren a ellos como aparatos ER… o caza solteronas, que siendo pura música dan la posibilidad de comprenderlo. Claro que es muy pronto para cristalizar algún convencionalismo, pero acepte de mí que esos son los vientos que soplan en el BIL.

—Tendré mucho cuidado —dijo Jimmy muy serio. Ocultó su formalidad mediante una parodia de seriedad: Guy, nacido en el interior, tenía precisamente la clase de información que uno escuchaba si conseguía meterse en el interior.

Y entonces un grupo de hombres y mujeres del que Guy había sido separado rodeó a los dos jóvenes y un diluvio de presentaciones tuvo lugar. Todos tenían buen aspecto, animosos y con buen humor; también se interesaban por Jimmy, pero disminuyó el interés de este por ellos. Como si hubiesen estado esperando una señal, empezaron hablar de los registradores; eran el tópico de la conversación del momento. Al cabo de un largo rato de animación, se produjo una pausa, durante la cual todos los ojos se volvieron a Jimmy, esperando, como si fuese, un signo procedente del manantial.

—Como la única zorra con cola —dijo—, siento que no debo revelar ningún secreto.

—¿Se ha iluminado ya?, eso es lo que deseo saber —preguntó un hombre autoritario con gruesas gafas, entre carcajadas.

—Sólo una vez, hasta ahora —contestó Jimmy—, pero es que no lo tengo más de unas tres horas.

Más risas, durante las que alguien hizo una abrumadora observación acerca de los bailes de disfraces y una mujer pajiza dijo:

—Realmente es abrumador pensar que todo el mundo sabrá lo que pensamos cuando tengamos nuestros chismes instalados.

Un hombre, evidentemente su marido por la trabajosa cortesía con la que se dirigió a ella, captó al instante esta observación.

—Mi querida Bridget, seguramente no quieres recordar que estas Luces Norman son más profundas que los centros del pensamiento.

Estos registran puramente el nivel sensitivo. Representan, de hecho, lo espontáneo contra lo calculado. Ahí yace toda su entera belleza.

—Absolutamente no podría estar más de acuerdo —dijo el de las gruesas gafas—. La total noción de someternos a este proceso sería intolerable a menos que nos proporcionase una preciosa espontaneidad, una libertad, perdida durante generaciones. Es análogo a lo inconveniente de los anticonceptivos. Sometido a una molestia menor se hereda una mayor libertad.

—Pero usted no lo comprende, Merrick —dijo Guy, poniéndose de puntillas para dirigirse al de las gruesas gafas—, sólo los cielos saben con cuanta frecuencia he destacado esto a la gente… Las Luces Norman no resuelven nada. Como un detrimento de la dignidad personal, serían sólo justificables si resolviesen algo.

—La dignidad personal es un refrán antiguo e imperialista, Leighton —dijo una inteligente mujer gris, proporcionando a Guy algo de su propia medicina.

—¿Y qué es lo que espera usted que resuelvan? —preguntó Merrick, dirigiéndose a todo el grupo.

—El abolir por entero la pena de muerte el año pasado no resolvió el problema del crimen, de la misma manera que anticonceptivos no han acabado con los bastardos, pero por lo menos damos otro paso en la dirección adecuada. Ustedes deben de darse cuenta de que no hay soluciones en la vida… la vida no es un problema euclidiano… sólo disposiciones.

La inteligente mujer gris rió brevemente.

—Vamos, Merrick —dijo—. No puede usted salirse con eso; no hay direcciones en el significado ético social que usted atribuye a lo correcto.

—Oh, sí, las hay, Susan —contradijo Merrick imperturbable—. No reactivemos esa vieja ratonera nihilista. Hay direcciones evolucionistas y en relación a ellas las Luces Norman son un avance. ¿Qué por qué son un avance? Porque permiten al yo por primera vez comunicarse directamente, sin la intervención del ego. El ego humano durante generaciones se ha estado hinchando a expensas del yo, del que manan todos los verdaderos impulsos; ahora…

—Entonces, seguramente esas Luces Norman están causando reversiones —interrumpió Bridget—. Un retorno a lo primitivo…

—No lo primitivo: Lo primitivo. Mira, tienes que diferenciar entre dos cosas enteramente distintas, pero del todo similares…

—No puedo dejar de pensar que Merrick tiene razón en lo fundamental. Sin embargo, resulta retorcido, una servidumbre incrementada a la máquina es algo rechazable. Quiero decir, en el futuro…

—No, espere un momento, sin embargo, Las Luces Norman no son máquinas; es decir, no son instrumentos para la conversión del movimiento, sino para la conversión de la emoción. Simplemente registran… movimientos como el de alzar una ceja.

—Bueno, sigo siendo capaz de alzar mis propias cejas.

—Y espero que las de otras personas.

—De todas maneras, esa no es la cuestión. El problema es… —Seguramente un regreso a lo primitivo…

—El problema en usarlas voluntariamente constituye una cosa; hacer que sea una ley promulgada por nuestro mal llamado gobierno es algo…

—¿Y quién eligió este gobierno, Susan? Usted, Susan.

—¡No volvamos otra vez a eso!

—Después de todo, ¿por qué arrastrar la evolución a esto? ¿Cómo puede un mero mecanismo…?

—Mi querido amigo, la mecanización es un paso natural… natural, fíjese… en la evolución del hombre. Realmente, algunas imágenes del mundo de ciertas personas son anticuadas. ¡Darwin igual pudo no haber navegado en el «Beagle», en absoluto!

—Sinceramente no puedo ver cómo alguien podría esperar que…

—Lo que intento decir es…

—… en el máximo interés de la nación. Cada cual se ha inclinado ante la inhibición y luego con un trazo limpio del bisturí…

—Si alguna vez ha observado una operación en progreso, Merrick, sabrás que los cirujanos no dan golpes de bisturí…

—… Viene este glorioso invento para libertarnos de toda la acumulación de cinco mil años de mezquinos convencionalismos. Aquí por último está la esperanza que se nos entrega en bandeja, y ustedes se preocupan.

—La semana pasada él atacaba y yo defendía.

Fue en este punto de discusión que le salpicaba en su torno, cuando Jimmy, escuchando interesado en silencio, vio como un hombre al que había oído llamar Bertie estaba poniendo ron en el champaña de Jimmy de un frasco que sacó del bolsillo.

—Dele un poco de cuerpo —dijo Bertie, guiñándole el ojo con aire conspiratorio y agarrándose al brazo de Jimmy.

—Gracias. No más —contestó Jimmy.

—Ha sido un placer —dijo Bertie—. Aquí todos son intelectuales. Yo soy un cibernético. ¿A qué se dedica usted?

—Pues me parece que efectúa exhibiciones.

—¿De veras? ¿Ante público invitado? Será mejor que cuente conmigo en eso. Le diré, cuando yo consiga mi luz roja, va a parpadear en sitios muy graciosos —soltó una alegre carcajada.

—Me temo que éstas sean sólo exhibiciones en los libros —dijo Jimmy, añadiendo, preventorio—: Libros limpios.

—¿Quién habla de libros? Están llenos de antiguos refranes imperialistas —afirmó Guy, interviniendo y haciendo una carantoña a Susan—. No cambie de conversación, Jimmy. Hay sólo un asunto en Inglaterra de momento… ha superado incluso al del tiempo. Usted, presumiblemente, está más indefenso de los NL que cualquier otra persona de aquí. ¿Por qué?

—Por motivos prácticos —dijo Jimmy brioso. El champaña ya le estaba haciendo sentir un poco destacado del grupo; eran sólo charlatanes… él, por el contrario, era un adelantado—. Mire, enteramente a través de mi propia estupidez, Penny Tanner Smith, mi novia, rompió nuestro compromiso la semana pasada. Yo esperaba que si podía ver lo seguro que mi ER brillaba por ella, accedería a hacer las paces.

Hubo una carcajada simpática al oír esto. Susan dijo:

—¡Qué horrible motivo!

Pero Merrick contestó:

—Sanguinariamente bueno. Excelente. Eso es lo que yo quiero decir… corta a través de la formalidad y el malentendimiento. Nuestro amigo ha heredado una mayor libertad: la capacidad de demostrar a su prometida exactamente lo que siente por ella; traten de estimar lo que eso vale en términos de seguridad mental. Yo voy hacer que me pongan mi Luz Norman mañana.

—Entonces me desencantará usted, Merrick —contestó Guy

Leighton.

—Yo no quiero esperar a la moda, Guy; tengo una mira en la vida también como un papel —contestó Merrick con amabilidad. Por el tono de sus palabras parecía como si conociera profundamente a Guy.

Mirando más allá de ellos, Jimmy advirtió a *sir* Richard todavía dando la bienvenida a un invitado que llegaba tarde, sus cejas fruncidas de hospitalidad. Un hombre alto, plateado, acababa de llegar acompañado de una muchacha también alta con un rostro alargado que, al observar a los invitados, parecía «no ver el tráfico aun hallándose en medio de él», según la frase del poeta contemporáneo que tanto le gustaba a Jimmy. El hombre sonreía y sonreía; la chica apenas parecía capaz de elaborar una sonrisa. En la frente llevaba el clásico disco de plata.

—Ahí hay alguien… —dijo Jimmy y luego se detuvo, previniendo una situación torpe. Pero Guy también se había fijado en los recién llegados; se puso tenso y sus modales sufrieron un cambio.

—¡Oh, ella está aquí, ella! —murmuró, dando la espalda a aquella zona de la habitación y temblando como si hubiese presenciado una ruptura de la etiqueta—. Digo, Solent, que aquí hay una oportunidad para todos nosotros de probar su aparatito.

—Exclúyanme a mí —se apresuró a decir Jimmy—. No me gustan las demostraciones públicas. Además, puedo decir desde ahora que ella no me llama la atención; no tiene el aspecto de ser capaz de inflamar mi luciérnaga.

—Todavía no la conoce —afirmó Guy, con sorprendente energía.

—Uno nunca sabe lo que hay dentro de su yo —dijo Bertie, exhibiendo de nuevo su frasco de bolsillo—. O en el de ella, y que Freud me perdone —se hizo el signo de la cruz y dio un codazo a Merrick, que no sonrió.

Lo inevitable, como siempre sucede, ocurrió. Guy, con inesperada delicadeza, no se acercó a los recién llegados. En su lugar, *sir* Richard y *lady* Clunes les acompañaron hasta el grupo de Jimmy en una marea formal de presentaciones, entre las que dos camareros ofrecieron bebidas.

—Esta vez martini para mí —dijo Jimmy y, volviéndose, fue presentado a Felix Garside y a su sobrina, la chica de rostro,

puntiagudo, Rose English.

Vista de cerca, su rostro no era tan puntiagudo, aunque sus rasgos resultaban prolongados y en cierto modo vivos; en verdad, podía ser considerada como atractiva, si recordamos que la atracción es también un desafío. Mientras Rose English miraba a los circunstantes, no hacía el menor intento, como la mayoría de los presentes hubiesen hecho tras las presentaciones, para ocultar la ocupación de su mente y los sentimientos por cuanto la rodeaba. En consecuencia, el rostro poco convencional, menos máscara que instrumento, resistió las miradas de los hombres y más aún de las mujeres. Su prestancia era a la vez inteligente y desnuda; quizá invulnerable, pero muy impresionable.

Sus ropas, aunque buenas, parecían sentarle mal, porque la chaqueta de su traje, en el nuevo estilo recargado, la hacía poco favor, presentándola como demasiado gruesa. Era alta; «mimbreña» fue la palabra que se le ocurrió a Jimmy. Podía tener treinta y cinco años, quizá diez años más que él. Debajo de los pómulos aparecían débiles, pero no menos atractivos hoyuelos, quedando disminuidos por la línea de la boca, que, junto con sus ojos, portaba una pizca de melancolía y de determinación en su actitud.

Los ojos de ella se posaron momentáneamente en la frente de Jimmy. Sonrió y la sonrisa resultó buena.

—«Et tu, Brute» —dijo y luego se volvió con una prisa sospechosa para hablar con Guy, que mostró poca inclinación de conversar; sin embargo siguió plantado en las puntas de sus pies habiendo abandonado su pose. Esto a la vez desencantó y alivió a Jimmy, porque descubrió que se ruborizaba ligeramente; Merrick y varios de los demás vigilaban su Luz Norman con ansiedad.

—Creo que empieza a volverse débil mente rosada —dijo la mujer pajiza—. Es bastante difícil la cosa con seguridad bajo esta luz.

—La máxima intensidad es cereza encendido —informó a todos un hombre de aspecto clerical.

—Entonces el cereza será el color de toda la próxima temporada —afirmó *lady* Clunes—. Me alegro mucho. Estoy cansada del negro, realmente cansada.

—Debí pensar que tenía que haber registrado algo más que eso —dijo Merrick, con una pizca de irritación, mirando con fijeza la

frente de Jimmy—. Entre cualquier hombre normal y mujer hay cierto flujo sexual definido.

—Eso es lo que me interesa descubrir —dijo *lady* Clunes—. Estoy ansiando que alguien capté lo de ellos.

—Oh, sí, eso estará bien para los que ejerciten: una maldita y buena exhibición, diría —observó Bertie, precipitando un gélido y corto silencio. El decreto nuevo sobre los ER acababa de ser votado por el parlamento, que especificaba que todo el mundo debería tener su Luz Norman encajada para el primero de septiembre, exceptuando aquellos menores de catorce o mayores de sesenta años; generalmente se estaba de acuerdo en que el límite de esta edad superior preservaría la situación de los puritanos. Sus amigos estaban aguardando, como aves de presa, para ver si Mau de Clunes se hacía instalar su disco.

Guy para cubrir la pausa en la conversación, hizo que Rose se volviese a la charla con una observación general. Aprovechando su oportunidad, Merrick frunció las pesadas cejas por encima de sus gruesas gafas y dijo:

—Señorita English, usted se ha apresurado tanto a instalarse su Luz Norman que podemos considerarla como una jovencita progresista. ¿Querría cooperar a un pequeño experimento, un experimento científico, en beneficio de aquellos de nosotros que todavía, ejem, no hemos visto la luz?

—¿Qué desean que haga? —preguntó ella.

Merrick fue al grano.

—Nos interesaría observar la cantidad de atracción sexual entre usted y el señor Solent —le dijo.

—Seguro —afirmó ella. Miró en redondo a cada uno de los presentes, luego añadió—: Este es un momento particular del tiempo en que nuestras… mis… respuestas pueden parecer a algunos de ustedes impropias, o inmorales, o «no lo adecuado», o cualquier frase que utilicen ustedes para cubrir algo que débilmente teman. Dentro de pocos meses, espero sinceramente, tales momentos habrán desaparecido para siempre. Cada cual registrará espontáneamente una atracción por el miembro del sexo opuesto y edad similar; eso es lo que yo predigo, para la función de los ER al nivel genético. Y luego la burla absoluta con nuestras tendencias para el final hacer desvanecer el sexo para siempre. Esto se revelará

como algo más radical y menos cínico que lo que acostumbramos mantener. Nuestras vidas serán más honradas en todos los aspectos, como consecuencia.

Habló con mucha sencillez, con mucha intensidad y luego se volvió para mirar a los ojos de Jimmy. Al escucharla, al verla mover la boca, al advertir como su lengua tocaba brevemente los labios, dando una expresión a aquel rostro por la que un escultor se hubiese puesto a llorar de emoción, Jimmy se dio cuenta de que su Luz Norman ya no era un ambiguo disco de plata. Captó una débil reflexión rosada procedente de ella y en la punta de la nariz. Cuando la chica le miró, vio como el disco de ella se enrojecía y el que llevaba él aumentaba la emisión simpática. La joven se mostraba tan poco embarazada que Jimmy, también, permaneció tranquilo, interesado en el experimento. Todos los demás mantuvieron el silencio respetuoso y sorprendido que las palabras de ella habían creado.

—¡Una luz rosada! —exclamó la mujer pajiza y la tensión momentánea se relajó.

—¡No, por todos los diablos orientales, sólo que…! —murmuró Jimmy. Le sorprendía que, aunque seguía reluciendo brillantemente, de manera consciente sentía poca o nula atracción hacia Rose. Es decir, su prometida, Penny Tanner-Smith (sin mencionar a Alyson Youngfield), seguía clara en su mente y no sentía el menor deseo insano de irse a la cama con aquella mujer desconocida y poseída de sí misma.

—La atracción está ahí y el ER la detecta —dijo Rose—. Ahí yace su grande y única virtud: obligarán a una nación de puritanos a reconocer una ley incontrovertiblemente natural. Pero, como digo, elaborarán una gene… o lo que no cabrá la menor duda será considerado popularmente como gene (subconsciente). Esta fuerza existe como un lazo químico entre el señor Solent y yo; pero no siento el menor deseo de irme a acostar con él.

Jimmy estaba sorprendido al ver la incontrovertible de esta verdad, el eco de lo que acababa de pensar; era una cosa rechazarla, silenciosamente otra distinta que ella le rechazase de manera abierta. Esto le absorbió de manera tan completa que apenas escuchó la discusión que manó en su torno.

Merrick estaba sacudiendo la larga mano de Rose; ella admitía

ser una «clase de especialista cerebral». La esposa del hombre de aspecto clerical gritaba algo acerca de «esto es como una erección pública…» y apremiaba a su esposo a que le llevara a casa. Todos hablaban. *Sir* Richard y Felix Garside reían ante algún chiste particular. Bertie señalaba al joven camarero. Aceitunas y bebidas circularon.

Cuando *sir* Richard se excusó para saludar a otra persona, Jimmy también se escabulló a otra parte de la habitación. Estaba conturbado y necesitaba tiempo para pensar. Desde donde se plantó ahora, podía ver la espalda de Rose, una figura alta con el bolso oscilando en su brazo doblado. Luego se produjo una acalorada discusión sobre los efectos del color TV en los niños, precisamente a su izquierda, que rompió como una oleada sobre él. Jimmy se incorporó a la discusión vigorosamente, hablando de manera automática. Emergió un rato más tarde para encontrar que el asunto no le interesaba, aunque había sido tan acalorado partidario como cualquiera, murmurando una palabra de excusa, tomó otra copa, se fue al corredor y se plantó junto a una ventana abierta.

Aquí se estaba más fresco y más tranquilo. Jimmy se asomó, mirando hacia los cuatro pisos que quedaban por debajo y en dirección al desaliñado fondo del edificio. Cayó en uno de los ensueños desordenados que a menudo le abrumaban cuando se encontraba solo. Sus pensamientos volvieron a Rose English, la mujer con nombre inoportuno y luego la olvidó otra vez. Una euforia pareció llenarle. El camarero le trajo una copa. Gruñó ante su propia satisfacción. El mundo estaba en un estado infernal: la tensión política en el Oriente Medio era alta, con amenaza de guerra; los Estados Unidos se enfrentaban a una recesión peor que la de 1958; los partidos políticos británicos parecían saltar ante la proposición de construir un túnel bajo el Severn; las reservas de oro estaban bajas; toda la economía del país inestable, si uno hacía caso a los periódicos… ¿pero quién les hacía caso?… el país estaba a punto de caer en el colapso; y, claro, los ER proporcionarían un golpe definitivo al viejo estatuto de la sociedad.

Pero era verano. Era verano en Inglaterra, cálido, dulce y pegajoso. Todo el mundo se marchaba para tumbarse en el césped, o celebrar una excursión, o zambullirse en el río más próximo. Nadie daba golpe. La euforia estaba en su momento cumbre

proporcionándole indiferencia, aunque viniese el peligro. El calor inesperado convertía a todos en absoluto en holgazanes, tan efectivamente como fuera de la obra interminable y cruda del invierno.

Suspiró y respiró el cálido aire, lleno de descontento e indiferencia, marcas de nacimiento de los ingleses de pura raza. Cuando Jimmy retiró su cabeza de la ventana, Rose English se le acercó, viniendo por el pasillo segura de sí misma.

—Hola —dijo, sin sonrisa perceptible—. Yo también quería un poco de aire fresco. La gente no debería dar fiestas en noches como ésta.

—No —respondió Jimmy, bastante sombrío. Sí, aquella mujer tenía algo.

—No quería embarazarle ahí dentro, señor Solent.

—Jimmy, por favor. Tengo un apellido bastante molesto —estaba lo suficientemente adiestrado para no esperar risas después de aquel modesto chiste—. Usted no me embaraza; como dijo, todo el mundo estará pronto en la misma lancha.

—No, no me refería a eso. Me refería, a no haber dicho nada que le ofendiera.

—Pues claro que no —su Luz Norman relucía; sin mirarla directamente, pudo ver que la de ella también. Para cambiar de conversación, dijo—: ahora me daría un chapuzón.

—Yo lo mismo.

Él pensó que era una frase de colegial impropia de la seriedad de ella y se preguntó si de algún modo estaba tratando de jugar con él.

—Conozco un tipo… estudiaba en Oxford conmigo… que tiene una piscina particular. ¿Le importaría venir a bañarse conmigo?

—Gracias. Realmente preferiría la cena —contestó ella. Advirtió por el tono de la muchacha que ella pensaba que su propósito fue atraparla con aquella proposición; ¿cómo podía creerle tan sutil? Tomó una las manos de la joven, pensando al mismo tiempo que era demasiado atrevido al obrar así. Una loca noción floreció en su cerebro, hinchándose como un globo de gas.

—¡Se me acaba de ocurrir la idea! —dijo—. Del todo espontánea… no hay doble fondo. Una velada como ésta se desperdicia en un lugar así; ¡Probablemente mañana lloverá! Podríamos salir y nadar con ellos… el nombre de mi amigo es

Hurn… y luego aún tendremos tiempo para cenar. ¡De veras! ¿Qué le parece? Es una oferta sincera. Sería divertido.

—Quizá sería muy divertido —dijo ella pensativa. Un camarero, mirándoles interesado, les proporcionó unas copas de ginebra. Y todo el rato el apagado interior de Jimmy le estaba diciendo: «Ella no es de tu clase, criatura. No te gustan a ti los tipos fríos y serenos. Ella es casi tan mayor como tú. Tiene demasiada experiencia: te podría hacer pedazos. Es demasiado mayor para ti… debe tener treinta y cinco años. Te lo advierto, Solent, vas a cometer el mayor error de tu vida si insistes en esta locura». —No puede usted decepcionar al tío Felix, ¿verdad? —La suplicó, sonriendo congraciador y tragando un buen sorbo de ginebra.

—El tío no es obstáculo —contestó ella—. Después se pondrá a hablar de mí como… una estúpida.

—¡Vamos, Rangey! —dijo él, volviéndola a tomar la mano—. Nada nos detiene. Nadie nos echará de menos. Apure esa copa y vamos a donde podamos pasarlo bien.

El Jimmy interior advirtió con disgusto lo modismos americanos y el abuso de la palabra apurar. También advirtió que esta chica grande y guapa estaba a punto de rendirse ante los cuidados de Jimmy. «¡Es una criatura maravillosa! Lo único que te digo es que tengas cuidado», suspiró el Jimmy interior y salió de servicio durante el resto de la noche.

Dejaron los vasos en el alfeizar de la ventana; supersticiosamente, Jimmy corrió el suyo hasta que tocó el de Rose. Luego la cogió del brazo y bajó con ella las alfombradas escaleras. El infinito rumor de la fiesta BIL murió tras ellos.

—¿Me dice la verdad acerca de esa piscina, Jimmy? —preguntó ella.

—¡Espera que la veas, Rangey!

De entonces en adelante ella pareció borrar por entero cualquier resentimiento que pudiese tener. Era como si la idea hubiese sido más suya que de Jimmy.

II

UNA TOALLA EN COMÚN

La inocencia, simplicidad y desconfianza que formaban en buena parte el carácter de Jimmy Solent a menudo se veían desbordadas por la malicia masculina; ahora la bebida mezclada había precipitado su expulsión. Cualquiera que beba sabe que hay cien grados de dulzura de sutil graduación entre la sobriedad y la época vacilante de la intoxicación alcohólica; Jimmy estaba meramente unos treinta o cuarenta puntitos más abajo de la escala y aún funcionaba en la mayor parte de sus mecanismos orgánicos. Sólo su vieja tía Indecisión había sido despedida.

Conjuró un taxi directamente ante Rose y él se quedó fuera premiándole para que fuese a Charlton Square lo más de prisa posible. Conociendo algo de las rarezas de las mujeres, se había dado cuenta de que el hecho cardinal de tener que bañarse juntos y que disipase el problema de tener que bañarse sin traje de baño, todo el asunto parecería, por comparación, respetable.

Quería tomar prestado el coche de Aubrey; los taxis para ir y volver de Walton-on-Thames serían caros. Sin embargo, tenía que decir a Rose exactamente donde estaba la piscina, por miedo a que ella objetase que estaba a demasiada distancia.

Jimmy encontró, al llegar al apartamento, que Aubrey había venido y se había vuelto a marchar con Alyson. Eso era malo; quizá se había llevado el condenado «MG». Moviéndose como un viento indeciso, mientras Rose estaba sentada dentro del taxi, taxímetro en marcha, Jimmy tomó su traje de baño y el de Alyson del armario ropero, tendría que sentarle bien a Rose, o de otro modo…

Entrando en la cocina, sacó dos botellas de Chianti de la alacena que servía a la vez de bodega. Luego volvió a bajar, dando las

buenas noches a la sorprendida señora Pidney y regresando al taxi para colocar su brazo en torno a Rose.

En el garaje tuvieron suerte. El «MG» estaba allí. Aubrey y Alyson se habrían ido a pie; era una noche estupenda para pasear, sino tenía que ir uno a Walton. Jimmy pagó al taxi y colocó a Rose en el deportivo.

—Nos miran como si tratases de raptarme —dijo Rose, agitando una mano en dirección a una pareja de mecánicos.

—No, es porque ambos brillamos en rojo —dijo él.

Riendo, salieron del garaje marcha atrás. Jimmy conducía con salvaje concentración, luchando por mantener las brumas de la bebida lejos de su visión. Podían estrellarse en el camino de regreso y la cosa sería bien venida, pero no iba a estropear la noche ahora. Estaba lleno de exaltación.

¡Se había ganado un premio!

—Tenía un viejo coche cuando estaba en Oxford —la gritó. No debió haberlo dicho; se acabó de acordar de Penny, que había viajado en aquel coche. ¡Pobrecita, querida, aburrida de Penny!

Penny no tenía la aguda presencia de este gran pedazo lascivo de la vida…

—¿Qué le pasó? —preguntó ella.

—… ni esa mirada en sus ojos.

—Se lo vendí a Gabby Borrovs, de Corpus, por 20 libras.

Y aún me debes cuatro libras de la operación, Gabby, tacaño.

—Se llevó una ganga, ¿no? ¡Vaya, fuera de mí, Ikey Solent!

—¡Deberías haber visto a «Lizzie La titas»! Era de décima mano cuando lo compré. ¿Y qué hago aquí sentado hablándote de automóviles, Rangey, monada mía?

Apartó el coche a un lado de la carretera sin hacer la menor señal, frenó y la besó larga y profundamente. Ella se apretó contra él inmediatamente como una joven luchadora. Juntos se sumergieron. Lo próximo que él recordó después fue maldecir en voz alta porque no podía desabrocharle el sostén. Lo solucionó de manera más satisfactoria, levantándolo por encima de la parte delantera y luego puso sus manos sobre los senos, abarcándolos con los dedos, besándolos. Le excitaban y le divertían; apenas se daba cuenta de lo que hacía.

—Tomemos el baño primero, mi vida —dijo ella, jadeando.

Jimmy se incorporó forcejeando y la miró. Estaban ambos bañados en una luz rosada. Era como un líquido caliente que se derramaba sobre sus personas. El rostro alargado había sufrido un cambio. Su frente era amplia y tolerante, cada línea de su rostro se había relajado, de manera que parecía más redonda, menos madura, incluso menos segura de sí misma. Aquí, ahora, ella era una belleza. La miró durante un rato, tratando de recordarlo todo.

—Le arrojó cálidos gules en el rubio pecho de Madelaine —citó, medio tímidamente—. ¿Quieres un poco de Chianti?

—¿Cuánto había estado bebiendo ella antes de la fiesta, se preguntó, que aún deseaba estar con él?

Bebieron muy serios, amistosamente, con un sólo vaso que Aubrey mantenía en la guantera, luego siguieron conduciendo. Jimmy subió el camino ahora más despacio. Por una sola cosa, había captado el sabor de la noche; era algo pacífico, relajado, inaccesible… una especie de panal de miel. Iba a ser un hombre adecuado y a tomar el tiempo correcto; Rangey lo apreciaría. Ella sabía y parecía decírselo exactamente como estas cosas tenían que ir. Por otra razón, iba a tener dificultades con los Huras y su piscina.

Rupert Hura había estado en Merton con Jimmy. Su amistad no fue muy estrecha, pero dos veces Rupert llevó a Jimmy y a otro amigo a su casa. Habían conocido a la hermana menor de Rupert (¿cómo se llamaba aquella chicuela regordeta?), y su dócil madre, y a su insolente padre, el accionista; habían nadado en la piscina. Pero la última visita fue dos años atrás. Rupert podía no estar en casa; la familia probablemente no se acordaría de él. Incluso era posible que se hubiesen trasladado de domicilio. La idea de Jimmy comenzó a parecer menos brillante a cada kilómetro que cubrían.

No mencionó ni palabra de estas dificultades a Rose. Si la velada iba a estropearse, que lo hiciera sin ninguna ayuda suya. El sol se ponía cuando el «MG» pasó por delante de la estación Walton. Para alivio de Jimmy, recordaba claramente el camino y tomó el de
Ryden’s
Road con confianza. Recordaba ahora el aspecto de la casa; estaba agazapado entre dos chimeneas lutyenescas; el porche descansaba sobre unas columnas absurdamente gruesas y el abur no crecía muy cerca de las ventanas. Jimmy había pasado por delante del lugar

antes de darse cuenta; tenían el sentido de haber derribado parte de los árboles.

Retrocedió hasta la entrada y bajó. Rose hizo lo propio y se alisó la ropa. Se cogió de su brazo, mirándole interrogadora; las niñas de sus ojos eran turbadoramente tiernas, de un gris y de un pardo deliciosos. Jimmy se preguntó cómo en su primera impresión la encontró poco atractiva.

—Ejem… vamos —dijo. Sus Luces Norman habían cesado de arder. Pasó por entre las gruesas columnas y llamó a la campanilla; en respuesta, un mecanismo en el vestíbulo dijo:

—Ding dong ding dong —no hubo otro sonido.

—Quizás han salido —apuntó Rose—. No se ven luces por ninguna parte. ¿Tú crees que se habrán acostado ya?

—Eres divina —dijo Jimmy—. Perdóname por no habértelo dicho antes. Eres hermosa, maravillosa, única.

La puerta se abrió y un hombre muy joven asomó la cabeza. Después de una mirada inquisitiva, salió al porche, cerrando la puerta a sus espaldas. Llevaba un suave conjunto negro, con una corbata de lazo color malva y grandes zapatos de becerro; tenía un corte violentamente contemporáneo en su pelo, mientras que en su frente un disco ER brillaba metálicamente. Su pequeño rostro inquisitivo estaba de inmediato sudoroso y tenía una expresión zorruna.

—¿Quiénes son ustedes? Usted no es Fred —dijo, volviendo a mirarles.

—«Touché» —contestó Jimmy, con un intento de lo que él llamaba su risa social—. ¿Qué podemos hacer para redimirnos?

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó el joven, negándose a ceder ante la sonrisa.

—Somos amigos de los Hurn —le dijo Jimmy—. Suplicamos entrar en nombre de la hospitalidad… ¿O es que ya no viven aquí? Cuénteme lo peor.

—¿A qué Hurn quieren ustedes ver? Casi todos han salido.

—Por todos los cielos —exclamó Rose, haciendo una entrada decidida en esta estúpida conversación—. ¿Quién es usted, un bailio?

El joven le dirigió una mirada torpe parecida a la que se suele ver en los rostros de los perros perdigueros. Estaba a punto de

hablar cuando una chica aparecía en el umbral, llevando una severa blusa y pantalones, la austeridad de lo cual quedaba aliviada por una encantadora pulsera que tintineaba en su muñeca izquierda. A la débil luz parecía muy joven, muy adorable. También llevaba un ER, aunque el pelo lo tenía echado hacia delante de modo que en parte lo ocultaba.

—¡Jill! —exclamó Jimmy. El nombre de la hermana de Rupert acababa de regresar a él de pronto, cuando lo necesitaba vitalmente. ¡Jill!… Aquella regordeta criatura que antaño suspiraba por Rock Hudson y que jugaba al Jokari sentada, se había transformado en esta piececita moderadamente esbelta. Deseó que esos dos años pasados hubiesen mejorado tanto su aspecto propio como el de ella.

—Mi tía la solterona, tú eres… ¿No eres Jimmy Solvent, o por el estilo? —exclamó la chica.

—Solent. Desearía ser solvente. Tiene gracia que recuerdes mi apellido.

Se estrecharon las manos.

—Querido, estuve muy ilusionadita por ti antaño. Parecías tan dulce sentado en la trasera de una motocicleta…

—Maldito sea mi corazón, sigo pareciéndolo —dijo Jimmy, rodeando lo más elegantemente posible al tipo del pelo cortado corto que parecía abrumado por este giro de los acontecimientos—. Esta, perdóname, es Rose English; Rose English, esta rosa inglesa es Jill Hurn.

—Y este —dijo Jill, haciendo girar el brazalete en dirección al ceñudo joven—, es mi novio, Teddy Peters. Será mejor que entren. Si estaban buscando a Rupert, no está aquí… se encuentra en Holanda.

—Cada cual a su destino —dijo tranquilo Jimmy, entrando en el vestíbulo—. En realidad Rose y yo venimos a preguntaros si podíamos darnos un chapuzón. Parecía una vergüenza que una pareja como nosotros desperdiciase una piscina como la vuestra en una noche igual que la presente.

Con Jill abrieron la marcha y Teddy siguiéndola, llegaron a la sala de estar de la parte posterior de la casa. Suave música de baile salía de un televisor instalado en algún lugar del piso alto. Jill encendió una luz de una mesita del rincón; en la iluminación que

inundaba su rostro, Jimmy vio que ella estaba muy maquillada y quizá un poco llamativa. Era igual, resultaba un buen intento para… ¿qué?… sus dieciséis años, porque no sería más vieja. Se encaminó hacia un lujoso mueble bar, moviéndose con una gracia estudiada.

—Deben tomar un trago —dijo ella—. Papá y mamá salieron — eso era un resbalón, aunque no dijo nada a Jimmy que él no se hubiese imaginado ya. Para reajustarse al papel que representaba (y que aquel pedazo mastuerzo de Teddy no se hubiese fijado en el patinazo, pensó Jimmy), Jill vertió *whisky* en tres vasos, añadió sifón y los repartió como si repartiese limosnas. Se reservó algo para sí misma; quizá una Pepsi Cola.

Jimmy tomó un vaso, mirando de reojo a Rose, preguntándose qué es lo que ella sentiría. La joven dio un sorbo y dijo:

—Que habitación más estupenda tienen aquí… —Lo que sirvió de ánimos para Jimmy; incluso medio animado, pudo ver que era una estancia espectral y ostentosa.

—Resulta hermosa —mintió—. Ese candelabro tiene que ser muy caro. Y vuestra radio Jacobea… radiogramófono.

—Subamos otra vez arriba, tesoro —dijo Teddy, hablando por primera vez desde que lo hiciese en el porche. Volviendo a Rose, añadió, con una especie de parodia reglamentaria de la cortesía Cagney—. Estábamos bailando.

—Qué magnífico —dijo Rose muy seria—. Adoro el bailar.

Jill, balanceando sus ceñidas grupas como si fuese un columpio estaba llevando a Jimmy hasta un rincón. Él se mostraba satisfecho del acto hasta que la pregunta vital fuese respondida; y ahora la emanó de los labios de manera poco educada.

—¿Podemos darnos un baño?

Ella no respondió de inmediato, muy atareada respirando de manera prepotente.

Los ojos de ella estaban lujuriosamente desorbitados. Su perfume era tan doloroso como una cornada y entonces sonrió. La representación mejoraría dentro de un año; en ocho meses uno no sabría distinguirla de la cosa verdadera. Quizás, en realidad, no hubiese cosa verdadera: sólo una serie de trucos indetectables. Podría ser una de esas falsedades que Rose dijo que las Luces Norman abulirían. A propósito de lo cual, de Jill, viejo muchacho,

el aparatito se estaba volviendo colorado al posarse en ti. Guárdate tus bruscos genes dentro de tu organismo, no permitas que se esparzan. Es inútil ponerse acalorada por mí. Buen título para una canción.

—Pues claro que puedes tomar el baño, Jimmy —decía Jill. Había hecho su voz acariciadora como un atractivo extra; quizá, pensó Jimmy, lo lograba reteniendo la Pepsi-Cola en el fondo de su garganta; y vio como su boquita permanecía cerrada, acechándola por si acaso la muchacha tragaba algo. La joven prosiguió—: Sólo que mira, Jimmy, papá no es muy liberal de ideas en lo referente a parejas nadando después de anochecer… tuvimos algunos disgustos en primavera con Rupert y una chica terrible llamada Sonia MacKenzie… supongo que te enterarías… pero, claro, yo sí que soy liberal así que no me importa, pero será mejor que os vayáis antes de que vuelva papá. Teddy y yo os acompañaremos, pero Teddy no sabe nadar.

—Qué lástima —murmuró Jimmy.

—Aquí tenéis la llave de la caseta para cambiaros —dijo Jill, entregándole una larga etiqueta atada a una llave pequeña. Su mano tocó la suya y permaneció allí. Él, con la otra, le acarició la barbilla.

—Eres absolutamente un tesoro —dijo Jimmy—. Te amo y me acordaré de ti en mi testamento.

—Nunca creí que eso fuese una sugerencia muy práctica —contestó ella frunciendo el ceño. La observación divirtió considerablemente a Jimmy.

—Como puedes ver —dijo—, debido a las siguientes situaciones presentes, me veo incapaz de ofrecerte algo más práctico.

Aún riendo, se volvió para encontrar a Rose bailando una lenta melodía con Teddy. Ambos aún sosteniendo sus bebidas. Ambos con el ceño fruncido en concentración. Ambos mostrando en su ER un débil resplandor rosado.

—¡Eh, que tú querías ir a nadar! —exclamó Jimmy, olvidando sus modales. Cogiendo a Rose por la cintura, la apartó, volviéndose para agitar la mano a los otros dos mientras le hacía cruzar la puerta. La acompañó por el vestíbulo, la hizo salir al aire libre y cerró la puerta delantera tras ellos.

—¡Eso fue muy brusco! —dijo Rose con admiración. Bajo las

estrellas apuró los restos de su vaso, lo dejó caer en la grada y se deslizó en brazos de Jimmy. Se besaron, hechizados al reunirse. En la casa se habían encontrado separados: era otro mundo. Ahora volvían a estar juntos, la velada cabalgando una vez más sobre sus hombros como un halcón domesticado.

Jimmy cogió el Chianti y los trajes de baño del coche.

—¡No me importa un comino! —pensó maravillado—. ¡Ni un comino!

—Espera un momento, tesoro —murmuró—. Voy a sacar el coche un poco fuera de la carretera, por si acaso viene el viejo más pronto de lo corriente y lo ve.

—¿Qué viejo? —preguntó ella con curiosidad.

—Cualquier viejo, Rangey, mi amor, mi estrellita brillante.

Pareció estar lejos una eternidad, encontrando un lugar en donde el coche no quedase de manifiesto y descansando un poquito, pero cuando regresó Rose estaba todavía en el centro del sendero y le volvió a preguntar, con la misma turbación en su voz:

—¿Qué viejo, cariño?

—El padre de Jill. El viejo Hurn. Vamos; veamos cómo está el charco.

La piscina se encontraba en la parte posterior de la casa. A la luz del día parecía pequeña y pobre; el cemento era una masa de grietas, los trampolines ambos caídos. Ahora, camuflada por la noche, podía haber permitido que Afrodita saliese de su interior sin perder carácter. Por otra parte, la caseta (los Hurn demostraron una sorprendente modestia al no llamarla «El Pabellón») era incluso más pequeña, más sombría y reducida ahora que de día. Dentro de la puerta con la ventana de vidrio esmerilado había un sala con una separación en el centro, los de diferente sexo que se cambiasen aquí se esperaba que no fuesen lo bastante atrevidos para mirar en torno al tabique… un arreglo ideal, pero sencillo.

—¿Te ves para desnudarte? —preguntó a Rose.

—Sí, gracias a la luz de tu ER —contestó ella.

—Lo siento —murmuró, volviéndose de espaldas modestamente.

—¿Qué tal te sienta el traje? —preguntó, cuando salieron al aire nocturno un minuto más tarde.

—Un poco apretado.

—Lo mismo a mí. ¿Te encuentras bien?

—Ella parecía como una diosa brillante.

—Tengo hambre —contestó la joven, rodeándole la cintura con sus brazos.

—Comeremos más tarde, te juro que Jimmy nunca te permitirá morir de hambre. ¡La noche es joven!

De pronto supo de corazón que la noche era joven y que él también. La emoción de lo oscuro le recorrió el cuerpo. En un gran fogonazo todos los acontecimientos del día, levantarse, su trabajo, hacerse colocar su ER, la fiesta, Rose. Era todo irreal pasado, prehistórico. Acababa de nacer una nueva era; los ER iban a cambiarlo todo. En palabras de Merrick, había heredado una libertad mayor.

Corrió por el césped dando vueltas y vueltas, como un perrito.

—El mundo ha vuelto a comenzar, Rangey, amor mío —gritó—. Tú y yo somos los únicos todavía que lo sabemos, pero el viejo milenio empezó hoy. ¡Hurra! ¡La vida sigue siendo el mayor invento!

—No tan alto, Jimmy —dijo ella—. ¡Estás loco!

—Estás loca tú, tú, gran y adorable adulto de mujer, de cuerpo sembrable —gritó él. Cargando en la piscina, se zambulló y desapareció con un sonoro salpicón. Rose le siguió más graciosamente, saliendo por el otro lado de la pileta.

—Claramente helada —dijo con una vocecita mientras nadaban juntos. Sacudió la cabeza vigorosamente, apenada.

—¿Dónde han mantenido todo el día esta piscina? —preguntó él —. Parece oxígeno líquido. Es la muerte para los riñones.

—Oh, Jimmy, me siento rara. Creo que será mejor que salga.

La rodeó los hombros con el brazo. Su carne era tan dura y fría como carne refrigerada.

—Vamos, cariño —dijo—. Te daré una mano. Será mejor que entres y te calientes un poco. Lo que necesitas es una copa más de *whisky*.

—No, aguarda un momento… ¡Uf, creo que estoy mejor ahora. Fue una de esas cosas momentáneas. Lo siento. Ahora creo que vuelvo a funcionar adecuadamente.

Rose salpicó agua y luego comenzaron a nadar despacio en torno a la piscina como peces de colores en una pecera. El agua evidentemente tuvo un efecto refrescante sobre sus genes, porque

sus Luces Norman ya no brillaban, estropeando lo que podía haber sido un efecto bastante desusado.

—¿Seguro de que estás bien, Rangey?

—Ya te dije que sí.

—El agua está caliente cuando uno se acostumbra.

—Eso es lo que pensaba.

Flotó de espaldas, mirando al claro firmamento nocturno, con su complemento de estrellas. En algún lugar allá arriba había una supercivilización que había resuelto todos sus problemas y utilizaba cada día trajes nuevos; no perdía la mitad de tiempo que él desperdiciaba.

—Creo que estoy preparado para salir —dijo—. ¿Y tú, Rangey?

—Ahora igual me estaría aquí hasta que amanezca. Ya sabes, el cuerpo humano se aclimata pronto.

Se dejó vagar hacia ella.

El rostro de la muchacha y lo que se reflejaba parecía palpitar ante él como mariposas ante una lámpara. Extendiendo el brazo, la cogió y la besó; subieron juntos los carcomidos escalones de madera, trotando por la corta hierba hasta la caseta.

Allí, Jimmy pensativamente cerró con llave la puerta por el interior y procedió con la siguiente etapa de su plan maestro. Aguardando un instante, dijo en voz baja y en tono de burlona consternación:

—¡Rangey, son un estúpido! Se me olvidó traer toallas.

—Me estás mintiendo, Jimmy, y odio las mentiras —contestó desde su apartamento Rose.

—¡No miento! —exclamó Jimmy furioso—. No traje toallas. Tenía tanta prisa que se me olvidó.

A la débil luz, advirtió mientras hablaba una toalla colgando de un perchero, en la pared posterior de la caseta. Presumiblemente Rose había encontrado una y creía que Jimmy las había traído. Descolgándola, hizo un manojo con ella y la arrojó bajo el asiento. Luego dio la vuelta al tabique de separación.

—Si has encontrado toalla, tendrás que compartirla conmigo, tesoro —dijo. Vio en seguida que Rose tenía toalla.

—Vete, Jimmy —dijo ella rápidamente, apretando la tela en torno a su cuerpo mientras él la bañaba con su luz rubí—. Todavía no me he puesto carmín en los labios.

Jimmy se encontraba demasiado obsesionado para reír.

—¡Es una cálida y adorable toalla! —exclamó, cogiéndola por una punta—. ¡No seas avariciosa! ¡Es lo bastante grande para taparnos a los dos! ¿O piensas dejarme que me humedezca como un garbanzo y me hiele de frío? Estoy temblando.

Lo raro era que mientras estaban apretados juntos bajo la toalla, Jimmy empezó a temblar. La excitación le hizo temblar mientras sentía los húmedos miembros de ella sobre los suyos. Pasó la mano por la espalda de Rose, haciéndola resbalar hacia sus nalgas y aferrándose a ellas, luego pasándola en torno a su muslo.

—¡Oh, Jimmy, sabes que tengo hambre! —gimió ella.

—Por todos los cielos, dame tiempo —contestó él.

Ella se lo dio. Jimmy se alimentó de riquezas del amplio mundo sobre aquel reseco suelo de madera. A veces se preguntaba, con el más débil interés, si ella no le ahogaría, otras si no le destrozaría las costillas con sus abrazos, a veces si no había mordido más de lo que podía masticar, pero siempre se alzaba triunfante para enfrentarse a un nuevo ataque, siempre encontraba oposición uno con otro. Ella había hablado en la fiesta en contra de burlarse del sexo; de lo que en realidad no era culpable; el núcleo de la seriedad que Jimmy sintió en ella estaba allí incluso en su más delicioso abandono; la joven se deslizó con él por el tobogán del amor como un salmón deseando remontar una cascada. Al final, él se veía inundado por una deliciosa y transcendente sorpresa arrojado en una playa más allá de Ultima Thule. Exhausto, emocionado, jubiloso, jadeando.

—Oh, cariño… —suspiró Rose por último—, ¡Qué bruto más delicioso eres!

—¡Yo! ¡Tú eres la deliciosa!… ¡Tú eres la bella y la bestia! ¡Rangey, eres todas las cosas! Rangey, ¿qué edad tienes?

—No hagas preguntas impertinentes —dijo la joven, dándole un abrazo final, alborotándole su pelo gentilmente, besándole en el cuello.

—¡Pero sé tan poco de ti!

—Eso es lo que te conviene —contestó ella, poniéndose de rodillas. Jimmy trató de hacerla caer encima de su cuerpo, pero ella prudentemente no cedió, así que se levantó y cogió la botella de Chianti. La joven se vestía tan de prisa como si no quisiese probar el vino.

—¡Debemos estar sucios a causa de la porquería del suelo! —dijo ella—. Todo está desaliñado. ¿Es que nunca barren este maldito lugar?

—¡Suelo maravilloso y celestial! —exclamó Jimmy—. Vendremos a visitarte y depositaremos una ofrenda a Venus en cada aniversario de esta fecha, ¿verdad?

Al no responder ella, Jimmy se dio cuenta de que su conversación resultaba vana, es más, sabía que jamás volverían aquí. Estaba a punto de decir algo cuando ella le cogió del brazo. Sonaron pisadas en el sendero de cemento. Fue una pausa cuando la hierba las apagó. Luego el pomo de la puerta de la caseta comenzó a girar. Jimmy se llevó la mano a la frente para cubrir su ER en caso de que fuese visible a través del vidrio esmerilado, pero había dejado de brillar. Escucharon mientras las pisadas se alejaban.

—Siempre pudimos haber dado la excusa que estábamos esperando el autobús —dijo Jimmy.

—El padre de Jill se retira tarde —dijo Rose alisándose la falda —. Pasa ya de la medianoche.

—Y vaya momento que eligió. Oh, Rangey, te amo mucho. Esta ha sido la velada más maravillosa para mí. No puedo ni siquiera creer que te llames Rosa Inglesa.

—¿Te suena tan poco apropiado? —preguntó ella, con una extraña seriedad en su voz.

—Muchísimo —contestó Jimmy. Le asombraba sentirse de pronto tan irritable con la muchacha y escondió este sentimiento lo mejor que pudo; odiamos a aquellos que nos complacen, porque son capaces de advertir nuestras debilidades—. Ahora te voy a llevar a comer, mujer.

—¿De veras? —Ella se relajó de inmediato. Estaba casi vestida. Lamentó Jimmy que se estuviera tan a oscuras que le impidiera ver la ropa interior de la muchacha; tales cosas eran un misterio para él. Reanimándose, dio la vuelta al tabique para vestirse a su vez.

—¿A dónde, Jimmy?

—¿A dónde qué, tesoro?

—¿Dónde vamos a comer?

—Tu tío Jimmy sabe un restaurancito chino de mala muerte en Shaftesbury Avenue que permanece abierto hasta las dos de la madrugada.

Ella se plantó frente a él, dando vuelta al tabique de separación, para mostrarle que se sentía orgullosa de su capacidad. Cuando estuvieron por último listos, salieron sigilosamente de la caseta, y dejando la llave en la cerradura exterior caminaron rápidamente en torno a la piscina. Su superficie estaba quieta y negra como aceite. Manteniéndose en la hierba hasta lo que fue posible, para evitar el crujido de la grava, rodearon la casa, en donde no se veían luces.

Una voz suave se dejó oír:

—¡Buenas noches! —Procedía de encima de ellos. Alzaron la vista para ver a Jill Hurn asomada a la ventana de su dormitorio, sombreada bajo las frondas. Debía haber estado allí mucho rato, esperándoles. Jimmy alzó una mano en silencioso saludo por todos los favores recibidos y condujo a Rose hasta el coche.

Cenaron frugalmente, pero con abundancia y en silencio; después, Rose insistió en coger un taxi y marcharse sola. Jimmy protestó sin vehemencia y cedió sin retraso.

Estaban cansados y no tenían nada más que ofrecerse.

Eran las dos menos cuarto cuando entró en el número 17 de Charlton Square y después de las tres quedó profundamente dormido. Cuando despertó a la mañana siguiente fue para encontrar las sábanas llenas de tierra, de briznas de hierba y de porquería, todo recogido de su sesión en el suelo de la caseta, por las apariencias alguien deduciría que compartió su lecho con una aborigen.

III

EN EL IBA

La sede del Internacional Book Association, en donde Jimmy trabajaba, era un edificio alto e indistinguible un poco apartado de Bedford Square. La diferencia de su rival y hermana mayor, la National Book League, el IBA clamaba por su renunciación a las gracias de la regencia. Tras él había capital americano: era moderno y orgulloso de su condición.

Mientras se cruzaban las puertas vidrieras entrando en un vestíbulo casi oculto por los cactus, un cartel en letras sin palos cruzados anunciaba: «Sólo los libros se interponen entre nosotros y las cavernas. Clyde H. Nitkin». El IBA funcionaba principalmente con un lubricante de dólares suministrados por la fundación Clyde H. Nitkin y las palabras del gran hombre, antaño originales y evidentes, quedaban en evidencia por todo el edificio. En la cafetería del piso bajo, entre una decoración del Desierto de Mojave, se leía: «Leer es dar un golpe hacia la cultura. Clyde H. Nitkin». En la sala principal de exhibiciones del piso principal estaba: «El habla es plata: el silencio es oro: lo impreso es dinamita. Clyde H. Nitkin». En la biblioteca, con bastante adecuación, estaba escrito: «El hombre sólo puede sobrevivir mediante las bibliotecas. Clyde H. Nitkin». Y, el grito más conmovedor de todos, reservado para la Sala de Reuniones casi en el ático, era: «Dios querido, preferiría ser un autor antes que Clyde H. Nitkin».

Esta mañana Jimmy llegó con retraso. Se quedó plantado durante un momento en la parte posterior del vestíbulo, exudando buena voluntad general. Hacía sólo seis meses que vino a vivir a Londres y aceptó este, su primer empleo. El placer le rebosaba sólo el pensarlo; había vigilado todo con una satisfacción a la vez filial y

corporativa. Carteles y cubiertas de libros se apiñaban en convivencia aquí bajo bustos de Shakespeare, Sófocles y Edna St. Vincent Millay. El señor J. B. Priestley hablaría el próximo día 18 sobre «Lo que significa el teatro canadiense». La nueva obra de Angus Wilson, «Feligreses regulares» estaba en su quinta semana en el criterio. La nueva comedia de Thyroid Annerson en el Stumer. La nueva exposición de Francis Bacon, el único que tenía los perros riendo, y las galerías Hanover. El día 25 Kingsley Amis hablaría misteriosamente del «Nuevo disgusto estético». Los anuncios por lo menos estaban en tranquilo y punzante inglés.

Las fundas de los libros daban una nota más exótica. El nombre de Peter Green aparecía en la cubierta serpenteante de su nueva novela larga
«Patinotoxa's
Donkey», Los Monos se perseguían en torno al último título de Mittleholzer de
Secker's.
Una jungla formal rodeaba la «Popacatapetle» en la nueva colección de ensayos de viaje de Edmund Wilson. Prismas naranja destacaban a través de «Berg y la inestabilidad de nuestros tiempos». Era todo, se dijo Jimmy, a la vez hogareño y excitante.

—La gente es bastante taimada al enfrentarse con la letra impresa, pero los perros locos y los editores no hacen nunca caso a las hordas. Se dijo.

Saludó amablemente con la cabeza a la señora Charteris, la recepcionista (sin saber cómo, jamás podía pensar algo que decir a aquella mujer) y fue a su cuarto. Esta habitación, quedando más allá de la cámara principal de exhibiciones, estaba aislada de todo lo demás del edificio. No obstante, era estupendo tener un cuarto para uno y Jimmy, que era el lugarteniente de las exposiciones mientras Dirk Henahan estaba enfermo en Boston, disfrutó de esta intimidad… especialmente aquella mañana.

Se encontraba en una bruma dorada. Deseaba sólo sentarse en silencio y pensar en el éxtasis de la noche pasada, con Rose viva en sus brazos. Su cuarto estaba casi desnudo; incluso la inhabitable biblioteca contenía poco más que el diccionario Webster y una pila de panfletos IBA sobre gente como Svevo. Un relieve de Ben Nicholson en la pared aumentaba el tono de austeridad. Aquello

convenía perfectamente a Jimmy; cuanto menos distracciones externas mejor.

El intercomunicador de su escritorio zumbó.

—Y ahora unas palabras de nuestro patrocinador —gruñó Jimmy.

Oprimió una de las teclas de marfil y dijo:

—Solent —en tono conveniente.

—Aquí Scryban, Jimmy. Tenemos una discusión informal sobre las actividades del próximo mes, sólo reuniendo unas cuantas ideas. Será mejor que venga y participe desde el punto de vista de las exhibiciones, creo. ¿Tendría la bondad de venir, por favor?

—Seguro. —Eso era una pantalla. Jimmy se sentía perfectamente en forma, excepto la boca seca, pero no deseaba enfrentarse a la gente aquella mañana. En un cajón de Jimmy yacía una carpeta etiquetada: «Exposición de Haití»; deliberó entre llevarla consigo hasta el despacho de Scryban, pero como aquella exposición no se celebraría hasta septiembre, decidió que sería irrelevante o presuntuoso o algo igualmente horrible. En su lugar, tomó el ascensor hasta el despacho de Scryban.

«La literatura es un Dios celoso: sirve en documentos y palabras», afirmaba Clyde H. Nitkin, a nivel de los ojos.

Cuatro personas estaban ya encerradas con Scryban. Donald Hortense, el bibliotecario del IBA, una revista de ciencia ficción asomando por su bolsillo, guiñó el ojo a Jimmy. Era el único allí al que Jimmy podía realmente decir que conocía. La señora Wolf siempre era amable con él. Paul de Perkin, cuya puerta de la oficina llevaba el rotulado de: «Social» actuó con arreglo a su cargo indicando una silla para Jimmy y ofreciéndole un cigarrillo. La única persona que ignoró la entrada de Jimmy estaba plantada mirando por la ventana; ese era Martin «Bloody» Trefisick, que se llamaba a sí mismo Cornualles, aunque sus detractores pretendían que venía de Devon. Era el enemigo declarado de la señora Wolf y la puerta de su despacho llevaba el oblicuo mensaje de «Órgano de la casa».

Sentado de costado tras su escritorio, sus inmaculadas rodillas cruzadas, estaba Conrad Scryban, el director gerente del IBA. Jimmy había admirado en silencio a este hombre desde su primer encuentro; tan efectivo e inconmovible era el literato inglés que

Jimmy estaba seguro de que debía haber un fraude en alguna parte de aquel tipo. Eso le puso interesado como cualquiera de los otros sólidos, pero transparentes caracteres de la habitación.

Aparte de Scryban y Trefisick, todos en la habitación llevaban ya en la frente una Luz Norman. Eso prestaba un aire de extraña novedad, como un tomo en rústica que se encontrase entre incunables románicos.

—Espléndido —dijo Scryban vagamente, mientras Jimmy se sentaba entre de Perkin y la señora Wolf. La calvicie de Scryban, como una tonsura, le daba un aspecto monástico que sus ropas en silencio denegaban—. Estábamos diciendo antes de que usted se nos uniese, Jimmy, que el mes que viene, agosto, es generalmente un mes de perros. Cualquiera que se precie no estará más cerca de Bedford Square que de Tenerife. No obstante, nuestro deber es ofrecer alguna clase de diversión para todas las personas en general que cruce nuestras puertas… ¿Tiene usted alguna sugerencia? Me sabe mal añadir que ninguno de nosotros la ha tenido.

—En la actualidad, creo que el centenario de la publicación de «El Claustro y el corazón» cae dentro del mes que viene —dijo la señora Wolf con precaución.

Un siseo general se apoderó de ellos.

—Yo debía sugerir algo —se dijo Jimmy a sí mismo, mientras gradualmente temía que Trefisik se le riese o que Scryban le considerase poco imaginativo. Se aclaró la garganta.

—¿Qué les parece algo que tenga ligazón con la política? —preguntó a la compañía en general, siguiendo después con una brillante improvisación—. He estado pensando sobre la perla de Nitkin y que cada poema es un movimiento usado. ¿No podríamos extraer de eso algunos ejemplos contemporáneos?

—Ya veo las simplificaciones —dijo Scryban, pareciendo en verdad contemplarlas desde un rincón lejano—, pero lo que no comprendo es cómo usted exactamente se las imagina…

Era demasiado gentil para decir lo que no comprendía, pero Jimmy sospechó que debía ser la misma cosa que él tampoco captaba: Qué clase de jugada de dados estaba sugiriendo. Intentó un movimiento de contraataque.

—Bueno, ¿qué les parece la situación política presente? —preguntó.

Scryban no respondió de inmediato. En su lugar Paul de Perkin se inclinó hacia delante, su rostro reluciendo de interés, y dijo:

—Creo que ahí hay algo prometedor, muchacho. ¿Se refiere a la situación internacional?

—¿Cielos, es lo bastante loco para pensar que he dado con algo? —se preguntó Jimmy a sí mismo asombrado y luego decidió que de Perkin, también inseguro, trataba igualmente aparecer brillante.

—Sí, la situación internacional —dijo al azar.

—Ah, vamos, veamos —apuntó Scryban, condescendiente—. Tenemos el bloque occidental a un lado y el bloque soviético en el otro, ¿verdad? Y Oriente Medio interponiéndose aburridamente entre los dos. Así es como han estado los asuntos internacionales durante algunos años, creo, y confieso que me parece una situación nada inspirado: una situación nada fructífera.

—Nos encontramos todos en un estado perpetuo de no beligerancia —dijo la señora Wolf. A Jimmy le gustó la observación y se rio; ella le dirigió una sonrisa y también rio.

—Todo muy probado por cada cual —asintió Scryban—. Uno puede, de hecho, citar las palabras que empleó Donne en una situación muy poco diferente: «El enemigo muchas veces al tener al otro enemigo a la vista, se cansa de estar plantado sin pelear nunca».

—Tenemos ahora un cambio —dijo Trefisick, luchando por encajar sus amplios hombros en el marco de la ventana—. Estos ER han hecho tambalearse por completo la situación en la patria; van a tener repercusiones en el extranjero. Sin querer ser profeta, yo diría que volverá de nuevo el caos. Inglaterra ya es el hazmerreír de Europa.

—¡Eso no es así!, «The Guardian» dice que Escandinavia está verde de envidia —afirmó acaloradamente Jimmy, aventurándose por primera vez a contradecir a Trefisick.

—¿De veras? ¿En esas mismas palabras? —preguntó Scryban por último.

—Yo vi el «New statesman» que es menos importante y que esta semana aparece en menor grado interesado por las intrigas Tory que en la semana pasada —observó de Perkin—. Y ciertamente la Commonwealth parece encomendarnos… especialmente Australia; yo siempre pienso que Australia es muy previsora…

—Había un párrafo «Telegraph» —dijo la señora Wolf, mirando en redondo mientras buscaba en el periódico. Todos se habían iluminado considerablemente bajo el nuevo tópico de conversación —. Aquí lo tenemos. Destaca que hemos inaugurado una invención social cuyo poder potencial es mucho mayor que el de la bomba de hidrógeno.

—¡Y vamos y lo utilizamos con nosotros! —exclamó con amargura Trefisick—. Dios mío, jamás vi tan sanguinaria locura. ¡Nunca me pillarán llevando una de esas cosas infernales, eso se lo aseguro!

—La vida se ha hecho más complicada, Martin —dijo Scryban con gentileza—. A menudo se nos dice que desde el pasado hasta ahora se ha conseguido placidez. Ahora que apareció algo, nos quejamos, máxime cuando nos dicen que simplificará las cosas para nuestra conducta, y moralmente estamos obligados a respetar el refrán de que a caballo regalado no le mires el dentado… especialmente cuando los aparatos son instalados gratis por el Plan Nacional de Salud.

—¿Pero lo que yo quiero saber es si esos condenados chismes simplificarán la vida? —preguntó Trefisick vivaz, cuadrando los hombros mediante el hecho de colocar los pulgares en la cintura de su pantalón—. ¿Han simplificado su vida sexual, Solent? ¿Y la de usted, de Perkin? ¿Encuentran las cosas más fáciles por llevar una medalla de metal sobre la nariz?

—Sólo poseo el mío un día —dijo Jimmy, sintiendo simultáneamente que sus mejillas enrojecían y maldiciéndose a sí mismo por no enfrentarse a aquel hombre.

—Será mejor que pregunte a todas mis amantes acerca de eso, Trefisick —rio débilmente de Perkin y Jimmy le maldijo por ser igualmente conservador.

La señora Wolf plegó el «Telegraph» con vivacidad. Tenía por lo menos cuarenta y nueve años y patas de gallo por doquier, pero durante un segundo de desafío pareció recobrar su juventud.

—Este maldito aparato, como usted lo llama, Martin, ciertamente no ha simplificado mi vida —dijo sin calor, sus afilados dientes reluciendo mientras se enfrentaba a Trefisick—. Por el contrario, la ha complicado. Mi marido y yo estamos en una situación que es similar a la de muchas parejas: dejamos de

amarnos. Mientras durante años hemos maniobrado incesantemente por esconder este estado de cosas uno a otro… y de nosotros mismos… y de otras personas… ahora no podemos ocultarlo. Las Luces Norman nos enfrentan con la verdad.

—Lamento saberlo —dijo Trefisick, frotándose el cuello, abrumado; añadió, a su pesar—. Es lo mismo, Verónica, ha demostrado usted mi punto de vista sobre que constituyen una amenaza.

—En absoluto —dijo ella—. Por primera vez mi marido y yo somos libres para ser perfectamente sinceros uno con otro. Yo tengo sólo esperanza con el futuro; obligados a reconocer los hechos por fin, quizá podamos llegar a algo mejor que un compromiso muerto —hizo una pausa—. Lo siento. No debí…

—Querida señora Wolf —dijo Scryban, alzando las manos de sus rodillas y volviéndolas a colocar—. Me niego a permitirle que se excuse. Lo que usted dice sólo nos hace respetarla y admirarla más; nuestro amor vegetativo hacia usted crece maravillosamente más rápido que los imperios. Usted muestre…

—Intento mostrar a ustedes… —se interrumpió un poco desalentada—, que estas Luces Norman deberían tener nuestra fe más profunda: son el primer invento científico que nos hace enfrentarnos a nosotros mismos.

Anteriormente se habían visto embarazados por las revelaciones acerca del matrimonio de la señora Wolf. El silencio cayó sobre ellos como una manta amortiguadora.

—Bueno, gracias a todos ustedes por venir y darme sus ideas. Pasaremos al aspecto político, ¿verdad? —dijo Scryban, con más prisa que de ordinario—. Ahora estoy seguro que les impido tomar café. Me gustaría decir, si es posible, que aun cuando personalmente desapruebo los ER, encuentro difícil comprender por qué toda esta gente como Betjemann y Clarke y Ayrton, que se han confinado a sí mismos a principios estéticos. Creo que ustedes los presentes que se han hecho instalar sus registros… —lo dijo con una sonrisa despreciativa—, se han precipitado un poco.

Mientras abandonaron la habitación de Scryban, Donald Hortense se materializó al lado de Jimmy. Era uno de los amigos más íntimos de Jimmy, lo que le hacía de momento menos que insoportable, puesto que el alma cariñosa de Jimmy no se sentía

propicia a la camaradería.

—No creo que dijese usted una palabra ahí —acusó a Donald.

—Se necesita mucho valor, especialmente cuando no se tiene nada que decir. ¿Consiguió ese retrato para su exhibición de *sir* Richard Clunes?

—Me lo prometieron para cuando esté todo dispuesto que es lo que deseaba —contestó Jimmy—. Y fui a una fiesta anoche. Cosa comercial.

—¿Eh? ¿Y qué piensan los chicos de los Pasillos del Poder de los cazasolteronas? —Éste era el sistema de Donald de referirse a cualquiera de los círculos burocráticos o científicos por muy bajos que éstos apareciesen.

—Parecieron tomar la idea mucho más entusiásticamente que nosotros, los muchachos de los Pasillos de la Literatura Inglesa.

—No me sorprende; somos un grupo retrógrado. Nuestras glorias quedan a nuestras espaldas, llevando el paso de Nitkin —dijo Donald, sin mucho interés—. Vamos al café para charlar. No hay ni una maldita cosa que hacer esta mañana en esta biblioteca.

Jimmy accedió, captando un vistazo mental de un par de senos perfectísimos que estuvieron apuntándole a él camino de Walton. El IBA, esta mañana, parecía curiosamente insubstancial.

—¿Qué piensas de la loba lavando y planchando en público su ropita sucia? —preguntó Donald.

—Creo que fue una muestra de valentía por su parte hablarle así al «sanguinario» Trefisick. Me causo admiración.

—No tiene remedio, Jimmy. Eso no fue valentía, zoquete, sino masoquismo, según lo vi. Ella es masoquista y su marido debe ser un beatón.

—Usted no cree ni una palabra de lo que dice, Donald —reprobó Jimmy, aunque se sentía ligeramente cansado de la costumbre de su amigo de adjudicar burlones valores de perversión a cada tipo de relación concebible; era, el resultado de la forma de ser de Donald y de la actitud legal referente a lo que era—. Yo siempre dije que allá cada cual con sus aficiones. Después de todo, son en su mayoría lacras humanas —murmuró Jimmy para sí. De cualquier forma, ni por ensueño mencionaría a Donald su aventura con Rose, por mucho que ansiase comunicar a alguien el éxtasis gozado con ella.

En la cafetería ocuparon una mesa en un rincón, casi al alcance

de un gigantesco cactus. Donald apoyó los codos sobre el mantel. A pesar del excesivamente hermoso traje sastre que le envolvía, tenía el aspecto de un delantero de *rugby*, fuera del campo de juego, su pelo alborotado, la nariz ligeramente plana. Poseía un aspecto saludable; Jimmy ya había aceptado el hecho de que la luz de Donald relucía intermitentemente en su presencia.

—Logré que me aceptasen esta mañana un poema, muchacho —dijo Donald—. «Mandrágora» lo aceptó… el de los excrementos aquél que rechazó Tambimuttu.

—Me acuerdo. ¡Cielos! Felicidades. Debería aparecer dentro de tres años —a Jimmy no le gustaba ninguno de los poemas de Donald Hortense, pero los encontraba singularmente memorables, en parte porque, como miembro del movimiento Escribista, Donald componía sólo poemas que tenían siete versos de longitud.

—Claro, voy a tener que cambiar todo mi método completo de escribir poesía —dijo Donald pensativo—. Lo que mucha gente no ha apercibido es que las Luces Norman van a colocar un nuevo aspecto en todo —dijo Donald—. Para la literatura, será un cambio más arrollador que cualquiera de la multitud de cambios sufridos ya en este siglo. Significará que los escritores tendrán que aprender un nuevo idioma incluso más difícil que el alfabeto de cuarenta letras de Shaw: el lenguaje de los cambios de costumbres y de las respuestas en el mundo exterior. Resueltamente, la poesía y la novela han retrocedido en un reino de exploración.

—Eso supongo —asintió Jimmy—. Un escritor escribe con más riqueza de su infancia. Enfrentado al nuevo escenario se encontrará coartado. Cualquier novelista que no acepte el presente inmediato será clasificado como novelista historiador.

—No sólo eso. Las LN traerán un estado de flujo que va a durar durante años, como todas las ramificaciones que se vierten a través de cada nivel de la sociedad. Una síntesis, un análisis, serán más exigentes que nunca… y su valor más cuestionable. Porque en cuanto no se consiga la novela que se tiene que escribir, la muestra producida quedará pasada de moda. ¿Ha visto usted «Vogue»?

Jimmy sacudió la cabeza. Jamás leía «Vogue»; Donald siempre la tenía. Las revistas de moda femeninas eran irresistibles para el bibliotecario; aunque a través de ellas captaba vistazos de un vasto mundo atareado con el que no tenía el más ligero contacto.

—Hay un artículo interesante de Grigson —dijo Donald—. Grigson, un tipo versátil; le admiro por eso. Intenta predecir el efecto que las LN tendrán en las artimañas femeninas como el maquillaje y los sombreros… y desde aquí en todo el concepto de la belleza de la mujer. Cree que al principio los sombreros serán diseñados para ocultar las LN y luego, más tarde, para revelarlas. Como predicción a largo plazo, destaca que hemos suministrado a nuestros cuerpos un nuevo foco sexual, que cree que puede suplantar algunos de los otros de superficial importancia. Así que allá en los años sesenta, los pechos desnudos fueron toda la nota vibrante; sin embargo ahora no parece nada excitante.

—Eso es algo que hay que esperar, de todas maneras.

—Los traumas infantiles manan a la derecha, a la izquierda y en el centro —exclamó Donald, tragándose el café disgustado—. Bueno, tengo que marcharme.

Cuando Jimmy regresó a su cuartito, sacó la carpeta de Haití al escritorio y la abrió. En la primera hoja de papel había escrito: «Libros en Haití desde 1804». Iba a ser una exposición buena y extraordinaria: su exposición. Tenía que escribir de inmediato a la facultad en Pisa para fotografías de la tumba de la reina María Luisa; suficientemente empleadas, llenarían la torpe alcoba en el extremo opuesto del Salón Principal de Exhibiciones. Comenzó a trazar un croquis para indicar la clase de ángulo de cámara que necesitaba.

Casi de inmediato su lápiz se detuvo. Inexpresivo, gentilmente, se quedó mirando al vacío. El suave y nutrido pensamiento de Rose se apoderó de él como si se encontrara en silencio en un picacho de Darien, parecía haber descubierto un nuevo océano de verdad. Percibió que la mayor parte de los libros del edificio y casi todos los que leyera jamás, habían mentido; que sus amigos y conocidos le habían engañado, que sus padres y maestros le guiaron mal; que pocos, de hecho, excepto un puñado de sagaces y mal etiquetados voluptuosos, habían estado tambaleando en los umbrales de su poderoso descubrimiento. ¡El amor físico era bueno!

Jimmy recordó los comentarios de cierta autoridad sobre las mujeres; se acordó de las diatribas de los puritanos y de los Victorianos; recordó los chistes sucios que había oído y contado; y vibró de cólera. Era todo un rebaño de escoria desdeñable, de locas

e insaludables mentiras e ilusiones. No había belleza como la indulgencia de la carne, no había limpieza como la íntima limpieza de una mujer.

Sin embargo, sí, aunque las mujeres como los hombres tuviesen un aspecto de ser menos secos de glándulas e intestinos y secreciones, que dulce química podría nacer de entre ellos.

Se acordó de todas las novelas modernas que había consumido en las que la pasión aparecía como un sombrío destructor o, por lo menos, como un desierto seco. Cuán crudamente aquellos autores se habían equivocado. La verdad yacía enterrada en el cuerpo y podía alcanzarse sólo como la alcanzó Jimmy la pasada noche. El impulso era absolutamente lo que debía tomarse. Y aunque uno tuviera alas, la zambullida en el lado ardiente era necesaria para la vida.

Jimmy Solent, como quizás captó de este sumario de sus sentimientos, era prácticamente un extraño a las salvajes alquimias del sistema humano. Una criatura desconfiada, su experiencia por tanto había quedado limitada a: un saqueo llevado a cabo con espíritu más o menos científico ocho años atrás, con una chica en la playa; la marea vino antes de que pudiesen llegar a ninguna conclusión definitiva; una diversión en una fiesta de Oxford con una chica llamada Diana que leía leyes medievales, una diversión que fue interrumpida en un momento extremadamente crucial por Penny (ésta era la razón de que Penny rompiera su compromiso con Jimmy); y varias pruebecitas con la propia Penny que, aunque no lo bastante insatisfactoria para catalogarlas como fracasos, apenas sabían, como Jimmy ahora comprendía, tenía bastante estilo para clasificarse como éxitos.

Rose tuvo estilo. Lo que había sido meramente unos deslices con Penny con ella se convertían en una conspiración galante.

Los extraños templos que habían construido la noche anterior tenían tanta disciplina en su arquitectura como la catedral de Salisbury y sin embargo eran tan rebelde como la Gaudí de Barcelona; con Penny, para continuar la metáfora arquitectónica, sólo era posible una especie de indigesta Casa de la Radio.

Esto tenía que ser mayor contraste con Rose y Penny que el de la experiencia, el de entre los treinta y cinco años y los treinta y los veintidós. Era debido a una diferencia de actitud que se expresaría en sí mismo, no sólo en los senderos del amor sino en cada hecho

de su enfrentamiento con el mundo exterior. Por eso Rose parecía haber llevado a Jimmy un milenio: estaba seguro de haber visto a través de un agujero clandestino el desarrollo completo de una existencia entera e infinitamente indeseable.

Cuando más expone Jimmy todas las sensaciones agradables que le llenaban, más intranquilo se sentía. La contradicción le turbaba hasta que su fuente de pronto se le hizo clara. Necesitaba tener más de aquel mundo maravilloso y ni siquiera conocía la dirección de Rose. Careció de la astucia elemental para conseguir saber su domicilio y ella tampoco sugirió otra reunión.

Fue almorzando en la cafetería del IBA cuando esta muestra de supina estupidez se le ocurrió. Dejó su taza con tal fuerza que su amigo saltó alarmado.

—Me acabo de acordar… he de hacer una llamada telefónica —dijo Jimmy a Donald Hortense y a Sylvia Redfern, la subbibliotecaria de IBA.

—Cáscaras, hombre, yo esperaría hasta haber terminado el café, ¿no? —dijo Donald—. No se le habrá olvidado que una taza aquí vale una fortuna, ¿verdad?

—Esto va a ser una llamada particular —dijo Sylvia—. Se adivina por la expresión de su cara.

En el tono de ella había una notable amargura; había esperado hacer que la luz ER de Jimmy brillase y no lo logró.

En cuanto pudo volver decentemente a la intimidad de su despacho, Jimmy lo hizo. Habían dos modos posibles de procurarse la dirección de Rose, a través de *sir* Richard Clunes o a través de Guy Leighton; Guy era la elección más evidente, aunque a Jimmy le aburría y a Aubrey tenía que telefonear primero para obtener el número de Guy. Finalmente, sin embargo, se oyó la competente voz de Guy en el oído de Jimmy; es singular como incluso una voz puede sonar como si el que la emitiera estuviese de puntillas.

—Hola, Solent. Esto es muy súbito. ¿En qué puedo servirle?

Sin andarse por las ramas, Jimmy preguntó el número de teléfono de Rose. Hubo una clara pausa en la línea telefónica.

—¿Había conocido ya la señorita English antes de la fiesta, de anoche? —preguntó Guy, finalmente.

—No; yo creí que sabía usted que no. ¿Por qué lo pregunta?

—Mire, Solent, esto es contrario a mis principios puesto que no

acostumbro a dar consejos gratis y se lo digo en plan de amistad, pero realmente, yo de usted, me mantendría apartado por el momento de la fraternidad Iral. ¿Comprende?

—No, lo siento, Guy, no lo entiendo. Yo no mencioné Iral; sólo pregunté si sabía usted dónde podría encontrar a Rose.

La voz del otro extremo asumió los tonos ligeramente constrictivos de un mártir mientras decía:

—Como quizás usted pueda haber oído, los Laboratorios Norman, que inventaron las Luces Norman o los registros emocionales están controlados por Iral Chemicals. Rivalizan en tamaño con Monsanto y esta nueva producción está dando incluso a la ICI algo que lamentar; puede haberlo notado, si se mantiene al compás de tales cosas como las acciones de Iral han saltado recientemente. Félix Garside es director de Iral. Rose English es su sobrina. Yo no estoy en libertad de decir demasiado, pero si este asunto de las LN va a fracasar con el gobierno, Rose y todos los demás… ejem… se verán en un apuro.

—No lo entiendo —dijo Jimmy, sintiéndose un poco inquieto por esta información—. Seguramente este asunto de las LN habrá salido bien. Todo el mundo ha de tener su aparato colocado para primeros de septiembre, según la ley.

Guy soltó una seca carcajada.

—Se sumerge usted demasiado profundamente en los libros, Solent —dijo—, de otro modo habría observado considerable oposición a las Luces Norman… oposición que crece a medida que la opinión pública recibe más luz. Era más que probable que el gobierno haya caído para primeros de septiembre.

Cuando hubo asimilado esto, Jimmy se oyó decir débilmente:

—Puede que sea como usted dice, Guy, pero sinceramente no veo cómo esto puede afectar mi entrevista con Rose.

—Trato de explicar las cosas en su mejor interés, porque me parece que se está usted metiendo en eso demasiado.

—Cielo santo, no le pido que se preocupe por si me ahogo. Todo lo que quiero saber es cómo puedo ponerme en contacto con Rose.

—Entonces, lo siento, pero lo ignoro. Según mi conocimiento, que es limitado, ella apenas está en Londres. Adiós, Solent. Cuando quiera tomaremos una copa juntos.

Jimmy colgó el teléfono y se sentó coléricamente en silencio.

Una partida adicional en su furia era la incapacidad de ver hasta qué punto la rudeza de Guy era deliberada. Cuando empezó a hervir, salió al vestíbulo dirigiéndose a la señora Charteris, la recepcionista. Por una vez se le ocurrió algo que decirle. Le pidió el listín telefónico de Londres y buscó el teléfono de Iral.

IV

«NO SE SIENTE NADA»

Aquella tarde, cuando IBA había cerrado la mayor parte de sus puertas (sólo la biblioteca, la cafetería y las salas de lectura seguían abiertas) Jimmy salió gentilmente al cálido sol, prestando más atención que de costumbre a cuanto le rodeaba. Dos mecanógrafas del IBA, los senos saltándoles, pasaron a su lado apresuradamente y recibieron el silbido de dos miembros inferiores del ejército, que no pudieron contener su admiración. Los soldados llevaban sus ER que no resplandecieron ante las muchachas; los silbidos habían sido puramente automáticos, una señal de uno a otro más que hacia las mecanógrafas. Un pequeño porcentaje de la multitud llevaba los discos de metal en sus frentes.

Un conjunto de anuncios llamó la atención a Jimmy al final de la calle. Junto «¡El brindis es… Melloaf!», los tucanes bebiendo Guiness, Jack Hawkins en «La Primera Cabeza de Puente en la Playa», y el anuncio familiar de las Naciones Unidas diciendo: «Lo opuesto a la paz no es la guerra, sino la muerte», estaba el nuevo cartel del gobierno en el que una linda, pero convenientemente reticente muchacha llevando su ER anunciaba: «Ahora soy respetable; nadie me molestará cuando vea que no estoy interesada». Bajo esta afirmación tan poco probable estaba la leyenda: «Su vida será más sencilla», pero cuando Jimmy pasó el medio acre de papel, vio que alguien había garrapateado en él: «No queremos sexo en nuestras casas».

Compró un Standard del quiosco de la esquina. Sólo un tercio de la página primera se dedicaba al Encuentro de Prueba contra Ceilán. El resto llevaba el encabezamiento: «Sólo van a hacer más fuerte el Estado Policial». Los Comunes se reunirán para discutir el

nuevo decreto de la Doble Luz del Día.

»Bill Bourgoyne, de cuarenta y seis años, miembro del parlamento y estrella de la televisión, famoso por sus arrebatos cuando el decreto de los ER fue votado a primeros de este año, es el jefe del Grupo Bourgoyne que celebró una reunión de protesta en Trafalgar Square esta tarde. Las filas de su campaña de "Dejemos en paz al Sexo", como uno de sus críticos ha destacado, están formadas por damas de edad que parecen no haber tenido nada que ver con el problema sexual. La reunión de esta noche, sin embargo, deberá ser animada.

»Cuando Bourgoyne proclamó que los ER estaban camuflando a los lectores del pensamiento, el señor Peter Thornton, desde los bancos del gobierno, gritó: «¡Esa es una tontería peligrosa y nada científica!

Los Registros emocionales son la mayor contribución del hombre a la vida social… usted es un puritano Victoriano». Hubieron gritos de: «¿Qué es lo que tienes que esconder Bourgoyne?». El *speaker* hizo que el debate volviese a su asunto primero, que era… cerrar más tarde los parques públicos. Se había sugerido que el brillo de los ER podía ayudar a los vigilantes del parque a localizar a los visitantes retrasados.

Jimmy sonrió y se encaminó hacia el metro. Podía ver por la pizca de actividades de Bourgoyne que el gobierno estaba amenazado, Guy Leighton no sabía de lo que estaba hablando; el tipo estaba evidentemente ansioso de impresionar. Si el jaleo estuviera por venir, se habría producido antes de que el decreto fuese hecho ley. Pero el grupo de la oficina había preparado sus planes con cuidado y quienes hablaban contra la emoción aparecieron fácilmente como oponentes al progreso y opresores de la confusa juventud, sino viejos verdes de sucios pensamientos y sin derecho alguno. «Cada hombre no es el adecuado campeón de la verdad», dijo *sir* Thomas Browne, «y no se encuentra preparado para recoger el guante en la causa de la verdad», y el caso contra los ER fue rápidamente desacreditado por la evidente debilidad de la mayor parte de sus detractores.

Aun así, la instalación de los ER en cada frente del reino habría permanecido siendo un sueño eterno excepto por un factor: los mismos revolucionarios de ese invento. Como comentaba el «Time»:

«Abrumados por la novedad, los ingleses deciden colocarse una luz de amor encima de los ojos». Todo el asunto fue lanzado como un ataque por sorpresa. Había factores contribuyentes también que predominaron, sino el apoyo público, la pública aquiescencia de la campaña del gobierno para los ER. El primer ministro, Herbert Gascadder y su muy capaz ministro de Salud, el doctor Warwick Bunnian, tuvieron bastante cuidado de no alarmar nunca a nadie al emplear la palabra «sexo»; simplemente prepararon un diseño para vivir en sentido común una norma clarificada emocional en la que los ER harían para la sangre lo que las señales del tráfico hacían para la circulación. Se dejaba a los opuestos diseños utilizar esa terrible palabra de cuatro letras, con la predecible consecuencia de que con ella agitarían el prejuicio contra sí mismos. Los verdaderos aspectos del debate, como ocurre a menudo, se perdieron, y el sentido contra el Sexo se presentó como la cosa en juego.

Los niveles humildes y más sanos del público de la Gran Bretaña podían aún haber repelido la nueva noción desde el parapeto de una barricada de pudor. Pero bajo el primer ataque frontal concertado a que tuvieron que enfrentarse, aquel pudor se desplomó; había sido una cosa pobre y frágil, un mito de la clase media de apenas un siglo de existencia. La herencia del pasado, de Chaucer, Shakespeare, Wycherley, Boswell, revivió de la noche a la mañana y la mayor parte de la gente se encontró ansiosa de descubrir lo que sus conocidos sentían actualmente y con cuanta fuerza acerca de ellos; valía la pena revelar los sentimientos propios para averiguarlo. Y los ER eran gratis a cargo del presupuesto del Plan Nacional de Salud. Ese hecho simplemente económico desequilibró la balanza, a pesar del hecho igualmente sencillo de que el próximo aparato tendría que encontrar los necesarios millones.

Mientras el decreto apareció ante los Comunes, el «News Chronicle», con su servicio de Auscultación de la Opinión Pública formuló al país dos preguntas y obtuvo sus reveladoras respuestas:

«¿Se sentirá avergonzado de su ER (Luz Norman, detector del sexo, etc.), cuando todo el mundo lo lleve instalado?».

Sí: 31%. No: 24%. No opinan: 45%.

«¿Se interesará en las reacciones de las demás personas ante usted y mutuamente?».

Sí: 93%. No: 2%. No opinan: 5%.

Pregunte algo a la nación —¿se despertó esta mañana?—. Y por lo menos el cinco por ciento dirá siempre que no opina; sin duda es siempre ese mismo cinco por ciento. El hecho persiste: el amor tradicional del pueblo a su intimidad se vio abrumado por esta traición al amor a «progresar». El decreto ER pasó por la cámara y se convirtió en ley. Cuatro meses después, los grises remolques atraían colas por todo el país.

El remolque de Charlton Square parecía estar haciendo un gran negocio cuando Jimmy cruzó ante él aquella estupenda tarde. Le costó un esfuerzo darse cuenta de que llevaba ya su Luz Norman sólo 24 horas, tan ajetreado había sido ese tiempo. Ayer conoció a Rose por primera vez: Esta noche iba, según esperaba, a verla de nuevo… porque había telefoneado por todo Iral y finalmente se puso en contacto con un secretario que de mala gana y sólo a cambio del nombre y dirección de Jimmy, le informó que la señorita English se alojaba en Debroy Dalmar cuando se encontraba en Londres. Jimmy iría a aquel elegante hotel lo antes posible; necesitaba una ducha y un bocadillo y luego acudiría a la cita.

—Cuando una mujer adorable se inclina hacia la locura, quien le ayudó a doblegarse debería ver cómo ella vuelve a reverenciar una vez que ha desaparecido esta inclinación —murmuró, añadiendo para sí—: No debes ser duro y brillante con ella, muchacho: te aseguro que en el fondo eres blando de corazón.

Se duchó y recorrió el apartamento con la bata de seda de alegres colorines, preparándose una comida rápida. Se vistió y salió de la casa antes de que llegase su hermano y paseo, con el mejor de los humores, hacia el Debroy Dalmar, preguntándose ensoñador si las camas allí serían cómodas. Eso le costó un cuarto de hora y disfrutó cada paso que daba. Sus zapatos, comprados un mes atrás, habían empezado a encajarle adecuadamente. El aire era tan cálido y quieto que donde limitaba su carne con el mundo exterior pareció desvanecerse, haciendo de toda la tarde una extensión de su sed.

El Debroy tenía el toldo echado y pretendía de un modo digno, mirar hacia el Mediterráneo. El vestíbulo era elegantemente poco ostentoso y abrumadoramente discreto; una mujer india con un sari oro y plata y azul lo cruzaba como si fuese un espíritu, envolviendo a Jimmy en una oleada de perfume exótico. Aspiró fuertemente,

pero el perfume había desaparecido. Sonriendo bastante distraído para sí, se plantó donde estaba, mirando en su torno, disfrutando la atmósfera de ocho guineas al día, no lo bastante abrumado para ignorar la picardía de sentirse culpable, aunque conservando su sonrisa distraída y ausente. Luego entró en acción y se fue hasta la Recepción, en donde un hermoso joven estaba plantado detrás de un escritorio curvo de palo santo, olmo y sauce. «Por esto el Debroy cobra más caro que el exclusivo Claridge: para conservar a este hermoso corderito sonriendo a los clientes», murmuró Jimmy para sí.

En respuesta a la pregunta de Jimmy, el corderito con sus modales sugiriendo que había nacido y se había educado en el Quay d'Orsai,
lamentó que la señorita English se hubiese marchado cuarenta y seis minutos antes y que no se esperaba que volviese hasta después del fin de semana. Jimmy admiró aquella expresión de «cuarenta y seis minutos ante» y le supo mal todo el resto. Desmadejado, volvió a salir hacia aquella deplorable tarde. Hacía demasiado calor y tenía los pies cansados.

Durante un momento ilusorio le pareció ver a Rose con claridad, saliendo de la acera como un espejismo. Llevaba la falda ajustada y el abultado chaquetón que la hacía parecer demasiado pesada; su rostro largo y bastante duro sonreía. Jimmy sabía porque le amaba. Porque era un adulto. Otras mujeres con las que había mantenido estrecha asociación, quizá a través de un principio de selección inconsciente, habían sido criaturas tímidas, meras muchachas, temerosas de seguir las definidas líneas de acción (tales como dormir con uno). Rose vivía como deseaba: de nuevo se imaginó hasta los detalles mínimos de su vida. Podía decidir y prohibir mediante sus decisiones. Vivía en lugares como el Debroy Del mar y se marchaba los fines de semana Dios sabe a dónde… y con Dios sabe quién. Su misterio y tentación se profundizaban. Mientras, el día era viernes. Tres terribles plazos tenían que pasar antes de que fuese de nuevo accesible; Quay
d'Orsai
había lamentado no tener otra dirección de la señorita English. Los riñones de Jimmy le dolían positivamente de deseo físico. Para él, esta sensación era nueva, y peor que tener los pies ardiendo.

En la taberna más próxima que pudo encontrar, Jimmy se sentó triste delante de una cerveza templada. No quería distracciones, deseaba meramente empaparse de melancolía; irregulares jadeos le dijo que el hombre gordo sólo en la mesa contigua ardía en deseos de conversar con él. Tozudamente, Jimmy se negó a mirar, clavando sus ojos en el televisor de al lado del mostrador, en el que dos actores representaban una comedieta burlona sobre los ER.

—… y así dijo él: «¿Cómo iba a saberlo?… ¡Soy ciego para los colores!» —aplauso frenético, silbidos, patear.

Jimmy pensó en la misteriosa curva debajo de los pómulos de Rose que tenía un eco exacto de la curva existente a lo largo de la parte interior de sus muslos, pero necesitaba comprobarlo para asegurarse. Tras los actores tres acróbatas actuaron, uno sobre una bicicleta de una única rueda, efectuando el *ballet*, «El lago de los cisnes». La cerveza casi había desaparecido; ¿se iría o pediría otra?

Mirando con tristeza el televisor, vio que las cámaras barrían Trafalgar Square, en donde la gente se amontonaba como pichones en torno a los leones Landser. El Grupo Bourgoyne había empezado su manifestación; todo estaba tan ordenado como una congregación de oficiales de la Sociedad de Observancia del Día del Señor. Bajo las pancartas que decían: «¡Suprimamos la ciencia!». «¡Dejemos en paz al sexo!» y «¡Cuidado con la segunda conquista Norman!», un hombre delgado se dirigía a la multitud en tono académico. Hablaba leyendo unas notas, sin gestos.

—… desde la Revolución Industrial. Inglaterra es una tierra verde y apacible que ha sido destruida, amigos míos… por la ciencia. Sí, por la ciencia, Mirad a vuestro alrededor y veréis lo que ha hecho la ciencia. Pero esto es sólo propio de su marcha. El nuevo despotismo acaba de empezar.

¡Oh, sí! Este nuevo invento, este así llamado Registro Emocional, da un golpe mortal en donde más deberíamos acusarlo: en nuestros pensamientos. Sí, los pensamientos de vosotros, vuestros sentimientos ya no son sagrados. Se han visto uncidos a la máquina. Ya no resulta legal mantener para sí nuestras reacciones. Nos convertiríamos en una nación de robots a menos que vosotros nos apoyéis con vuestro esfuerzo y vuestro dinero, ahora.

Un grupo de clientes del bar tapó a Jimmy la visión de la pantalla. Se puso en pie y se apoyó con el mostrador para ver

mejor.

—Y ese fue Percy Warren, presidente de la Sociedad de Supresión de la Ciencia, que públicamente acaba de asociarse con el Grupo Bourgoyne —anunció la voz ronca del locutor. Estaba hablando por un micrófono abierto; débil en el fondo estaban los compases de la banda tocando: «¡Oh, pacífica Inglaterra!»—. Y mientras estoy aquí, veo las multitudes de la tarde del viernes bajando lentamente por Whitehall y las cimas de los edificios históricos en mi torno siguen aún doradas, aun hermosamente doradas, con los rayos del sol poniente. Incluso las estrellas parecen apagadas. Y ahora todo el mundo está esperando al próximo orador, el propio William Bourgoyne. Veo su coche, su Armstrong Siddeley Sapphire, esperándole cerca de la National Gallery. Y ahora va a hablar.

Bourgoyne en acción se parecía muchísimo al jefe laborista John Burns, que antaño habló desde estos mismos indiferentes leones. Tenía lo que se considera buena presencia, aparejada con una amplia barba y una voz resonante, lo que generalmente obtenía de su auditorio el respeto público.

—Han oído ustedes a Herbert Gascadder —comenzó, sin preliminares—. Es nuestro primer ministro; él y su gabinete nos han traído la desgracia. Nos han traído la desgracia internacionalmente. ¿Pueden imaginarse nuestros aliados los franceses llevando algo tan estúpido como estas Luces Norman? ¡Pues claro que no! Siempre se las arreglaron sin ellas… lo mismo que nosotros. Y podemos seguir prescindiendo de esos chismes. Hemos sufrido una desgracia nacional. Cuando estos emblemas del diablo estén instalados, ¿quién se va a atrever a mirar a su madre cara a cara, que hermana osará enfrentarse a su hermano? —(Alguien en la multitud gritó: «¡No todos sentimos así acerca de nuestras hermanas!»)—. Os lo aviso, la vida familiar será destrozada de un sólo golpe. Pero más que nada, nos encontraremos personalmente desgraciados. Si la función de estos registros es o no lo que se supone como inmaterial, persiste el hecho de que es un insulto esperar que un hombre o una mujer lleven una insignia de latón embutida en su frente. ¡Es vergonzoso! Es descender al salvajismo. ¡Pronto llevaremos anillos en la nariz!

Ahora estaba ascendiendo de tono, pero Jimmy en el bar notó

únicamente una creciente inquietud, quizá porque las cámaras de televisión también se ponían inquietas y recorrían las multitudes, o tomaban una vista de Nelson arriba en su columna, cuando debieran haberse concentrado en aquella barba hipnótica. O quizá, refirió Jimmy, sufría de la típica caída de la mentalidad británica: no podía captar que cuando un problema alcanzaba el reino de la política no perdía por tanto su realidad.

Este asunto Bourgoyne, en cuanto a él concernía, aunque más absorbente que, digamos, el encuentro de Prueba, era casi tan relevante para la vida diaria. Llevar un LN era personal decisión… y en su caso no había tenido dudas… contra lo que toda Europa o el continente de madres pensase resultaba inmaterial; quizá hubiera sentido de modo distinto si sus padres siguieran con vida.

—¡Pero podemos resistir! —gritaba Bourgoyne—. Si me dan su apoyo, resistiremos. Los ingleses nunca, nunca serán esclavos de la lámpara. Debemos arrancar una hoja del libro de Gandhi. La resistencia pasiva significa efectiva resistencia. Si ninguno de nosotros se somete a esos estigmas metálicos, no podrán encarcelar a todo el país, ¿verdad? ¡Hombres, sed Hombres! ¡Mujeres, sed Mujeres! ¡Resistamos esta calamidad! ¡Echemos a Gascadder de nuestra vida privada!

—Claro, tiene razón, comprenda —dijo una mujer que tenía delante una ginebra hacia las personas que le rodeaban—. Se necesita mucha cara, pensándolo bien, obligarnos a usar esas cosas.

—Por lo menos impedirá que los hombres se casen con nosotras por el dinero, Nancy, amor —dijo la tabernera, guiñando un ojo a la concurrencia.

—¿Es que eso es mucho peor que casarse con el sexo? —preguntó un hombre anguloso con un traje a rayitas. Hubo un diminuto silencio; la palabra se toleraba impresa, su significado era bien venido en la intimidad, pero al hablarlo, cuando todos estaban viviendo juntos de manera amistosa en una taberna respetable… Bueno, claro, tenían que acostumbrarse. Era el signo de los tiempos.

—Miren al viejo Freddie de allá —dijo la tabernera, sirviendo un bitter—. Esperen a que se lo haga poner. Esta casa quedará bañada de luz rosa todo el tiempo, como el Folly
Bare-Jair.

A las carcajadas que siguieron, se oyó decir al hombre gordo:

—Sin embargo, dicen que no se siente nada.

—No lo crea —observó el hombre del traje a rayitas que había hecho la afirmación anterior tan impopular—. Mi hija Else que es enfermera diplomada, dice que hay dos pequeños cablecitos detrás de esa placa que penetra profundamente en el cerebro —esta observación también produjo un silencio.

—Ah, todos ustedes están empapados —dijo alguien.

—No sé porque quieren venir a entrometerse conmigo y con mi vieja —dijo el hombre gordo con tristeza mirando su bebida. Estábamos perfectamente satisfechos siendo como somos.

V

DESAYUNO PERIÓDICOS Y BLANCO DE NYLON

El hecho de que las máximas sorpresas de la mayoría de la gente en la mayor parte de las reproducciones residen en su cualidad antirrevolucionaria, aunque las barricadas se alcen o se derriben. Esto resulta cierto particularmente cuando la cosa queda mal definida y el drama nacional tiene un lugar principalmente en los pechos individuales. La sangre es lo que más acrecienta la tensión y allí no hubo sangre.

O muy poca. Al día siguiente del discurso de Bourgoyne, el primer sábado en que los remolques grises, conocidos oficialmente como Centros de Instalación de las ER, estaban funcionando, resultó también el primer fin de semana. Casi toda la gente se encuentra más inquieta durante los sábados que en cualquier otro día. En Glasgow, un grupo de subgraduados efectuando una demostración salió de Sauchiehall Street y volcó uno de los remolques grises que estaba situado en Kelvingrove Park. En Pontypool, un cartero violó a una ama de casa cuya Luz Norman, según pretendió el violador, había brillado al mirarle, más tarde, se estableció que la luz de ella meramente reflejó el color del furgón correo que conducía el cartero. En Frinton, y eso parecía muy típico, un huésped costero trató de quitarse el ER que se había hecho instalar aquella mañana y fue llevado a un hospital. En Bickington, North Devon, una vieja dama de setenta y cinco años se suicidó con gas antes de someterse a aquellos nuevos inventos del demonio; puesto que quedaba muy por encima de la edad límite de instalación, los sesenta años, el gesto fue enormemente fructuoso. En Orkney, una decidida brigada de isleños conducida por Eric Linklater rechazó a la unidad médica marítima que trató de descargar un cargamento de ER. En el West

Cliff de Bournemouth, una jovencita fue acusada de causar obstrucción. Por una modesta media corona por cabeza, una cola de jóvenes entusiastas trataba, besándola, de hacer que su Luz Norman brillase ganando así diez cigarrillos.

Pero estos incidentes no fueron nada en comparación con la marcha de los, acontecimientos mundiales. Desesperación en Wall Street, tumultos en Jordania, desaliento en la City. Terremotos en Grecia, revuelta en Rumania, saqueos en el ejército egipcio. Una espacionave de dos hombres planeando en Woomera, informó de un monstruo marino en la costa de Bélgica, la Primera Expedición Internacional del Himalaya encontró huellas del yeti. Un terrible incendio en Georgetown, Guinea Inglesa, asesinos sensacionales en masa en Milán, descubrimiento de traficantes de droga en Marsella. Y, claro, el matrimonio de una estrella de cine, miembros de la familia real en gira, el osito panda del zoo recién nacido, tres ahogados en una playa. Oh, y el Encuentro de Prueba.

Entre estas preocupaciones a gran escala y las preocupaciones ordinarias personales del dinero, la comida, el amor, el deporte, el prestigio, la evasión de impuestos, el trabajo y la clase, el problema de los ER jamás recibió debida atención, aunque sus aspectos más crudos estaban en labios de cada cual. La gente tendía o bien a ir y hacerse instalar su chismecito o a prescindir de él, o a esperar hasta que sus amigos lo llevasen. El pensamiento abstracto como hecho nacional es algo incluso en los concursos de la TV, que nunca fueron capaces de patrocinarlo.

A este respecto, como en muchos otros, Jimmy Solent era un ciudadano medio.

Pasó aquel sábado con apenas un pensamiento constructivo en su cabeza. Cupido, aquel sonriente diosecillo, se había apoderado de él.

Por la tarde, su hermano Aubrey le pilló en un arranque de exasperación llevándole a ver la nueva comedia de Thyroid Anner son, «no Ancorage, sino Itaca», en el teatro Stumer. Luego durante un rato mientras el espectro de Rose desaparecía de la mente de Jimmy, pudo disfrutar de la obra. Ante un telón negro, bajo una luz execrable, las figuras con impermeable de Odiseo y su tripulación se enfrentaban a la figura de Circe con gafas. Ella se adelantó y le ofreció un ramo de flores.

ODISEO: ¿Qué son esto?

CIRCE: Flores: La violeta púrpura que crece en las tímidas umbrías de la isla.

ODISEO: ¿Para qué son?

CIRCE: ¿Qué para qué son las flores? Si yo registrase y saquease los lugares conocidos del mundo no podría encontrar una pregunta más tonta. ¿Acaso no te parecen estas flores… adorables?

ODISEO: Oh, son lindas cositas, un simple puñado de hierba. Te pregunté por qué las habías traído…

CIRCE: ¡Vana esperanza la mía, vana y estúpida! Confié en que te gustaran. Esperé que te atrajesen. Su simple belleza, creí, podía pulsar un acorde de concordia, una cuerda de humanidad dentro de ti.

ODISEO: La humanidad y las flores son compañeros de cama más extraño que el sol y la castidad. Guarda estas cosillas frágiles para los jardineros y para los que les gusta el aroma campesino.

CIRCE: He conocido a muchos grandes hombres capaces de responder ante el aspecto humilde de la vida de una violeta.

ODISEO (Encendiendo un cigarrillo): Quizás. Pero no eran Odiseo.

CIRCE: Claro que no; ni tú eres Odiseo. Odiseo es un fruto de tu imaginación. Es un maniquí con una camisa atiborrada de valor imposible y un esqueleto de rígidas intenciones. Él es la imagen que aparece inmovible junto al navío del rumbo de tu vida y tú no puedes evitar seguirle.

En este punto, Jimmy se durmió.

—Creí que tendría un poco del toque de Caravaggio —pronunció Aubrey con precaución mientras salían al final de la obra. Tomaba su asistencia en los teatros tan seriamente como cualquier otro hombre toma su ocupación.

Jimmy, que odió cada palabra oída y que reconoció la triquiñuela de su hermano, contestó solemnemente:

—Yo pensé que para griegos estaban demasiado lejos de Grecia.

—Sí, no fue lo bastante universalizado —asintió sobriamente Aubrey—. Yo casi sentí lo mismo. Hay un provincialismo de tiempo al igual que de espacio.

Alyson, que les acompañaba, rompió a reír y dijo:

—Jimmy está tratando de tomarte el pelo, Aubrey.

—No tiene derecho —contestó Aubrey sin rencor—. Se durmió durante todo el crucial acto segundo. Tu gente joven antiamorosa no es más que un puñado de cobardes cuando tienen que enfrentarse a un poquito de cultura.

A los treinta y uno, Aubrey Solent había sido un sólido ciudadano por mucho tiempo. Su trabajo en el BIL había serenado su mente, haciéndole propenso a las hemorroides y obligándole a usar guantes en casi todos los momentos posibles. Sin embargo, aún conservaba muchos apreciables rasgos Solent, como demostró después de la obra llevando a Alyson y a Jimmy a su club, el Quadrant.

—¡Esta colmena de iniquidad! —exclamó Jimmy, fingiendo resistirse a cruzar la puerta—. ¡Ese bar mal iluminado, repleto de bien alumbrados clientes! ¡No es para mí!

Entraron, Jimmy consciente de la infelicidad que se alzaba en él que no le impulsaba a beber para liberarse de ella. Miró fulminante a su Tío Pepe cuando le apareció ante sí, como desafiándole a producir cualquier producto químico en su estómago.

—Animo, Jimmy —le apremió Alyson—. Se está más brillante aquí de lo que tú te temías.

—¡Brillante! Estos fluorescentes son siempre lúgubres. Jamás me encuentro a mis anchas cuando me vuelvo pardo.

—Pareces mejor un fugitivo del color Eastman —dijo ella con simpatía—. Bebe, aquí vienen algunos amigos de Aubrey.

Para su alivio, Jimmy descubrió que los amigos no eran conocidos suyos. Luego y durante la cena, y durante otra copa después, pudo mantenerse ligeramente separado del grupo. Cuando se dio cuenta de que su ER relucía tiernamente hacia Alyson, se reservó a sí mismo, yendo a los lavabos hasta que la luz se hubo apagado.

Volvió a casa con los otros dos de una manera subyugada. Tenían que pasar dos días antes de que lograse ver a Rose. Por muy largo que le pareciese el plazo, tenían la sospecha de que para Rose eso sería simplemente… bueno, un par de días.

Así que el día de la revolución pasó por Jimmy, sus grandes exhibiciones imperativas casi completamente enturbiadas. El domingo, sin embargo, les trajo más agudamente al foco de la cuestión. Porque el domingo les llevó los periódicos dominicales.

Aubrey fue como siempre al Communion, dejando a Alyson y a Jimmy desayunar juntos, Alyson con una bata decorosa y rígida de nylon blanco por encima de su camisón. Cuando, por principios de año, Jimmy vino primeramente a compartir el apartamento de su hermano, algún embarazo se generó sobre los acuerdos Alyson-Aubrey de dormir… ante una descuidada observación de Jimmy, en realidad, la atmósfera se congeló hasta reducirse al tamaño de un sello de correos; pero no tardó en acostumbrarse a la idea de que Alyson viniese a pasar las noches cuando le placiera, aunque a ella generalmente le placía hacerlo en los fin de semana. No era, quizás, un acuerdo muy extraordinario: lo que lo hacía desusado eran los caracteres de aquellos dos que participaban en él.

—Esto es realmente bastante divertido —dijo Jimmy, alisando el Observen junto a su plato y teniendo cuidado de no mirar de reojo la bata de nylon blanco—. Han conseguido un montón de lo que cariñosamente llaman Contemporáneos Eminentes para decir lo que opinan de las Luces Norman.

—¿Viste la carta de Munning en el Telegraph ayer?

—Bueno, ¿qué esperabas? Escucha esto, Alyson. Aquí están los peces gordos decidiendo en qué lado de la cerca se van a poner. Bertrand Russell: «La conciencia es un instrumento defectuoso que debería ser mejorado por todos los medios posibles». Jack Solomons: «Es un golpe al boxeo inglés». *Sir* Miles Thomas es partidario de las ER con reservas. Koestler va contra ellas. Lord Salisbury también en contra. Priestley las llama un golpe bárbaro contra nuestra intimidad. Dowding es partidario. ¡Bien para el viejo Dowding! Patience Strong es contraria. El Dean de St. Paul dice: «La Ley que haga la instalación de esas cosas obligatoria puede muy bien ser condenada; pero mientras los mismos aparatos sirvan para recordarnos nuestra conciencia, deben ser recomendados por todos los cristianos en su totalidad».

—En el Times hay un largo artículo de Aldous Huxley —dijo Alyson—. A Aubrey le gustará… ya sabes lo mucho que admiró siempre a Huxley.

Jimmy también le admiraba. Aubrey había causado sensación en sus últimos días en Oxford tomando una sobredosis de mescalina antes de ver la película «Moulin Rouge», y quedándose frío en los escalones del Ritz. Como consecuencia, ni vio a Toulouse ni a

Dharma-body.

—Huxley ha venido de California especialmente para observar cómo van las cosas —continuó Alyson, repasando el periódico mientras Jimmy contemplaba con admiración su escote limitado por nylon blanco. Huxley, con su admirable elasticidad de siempre, elasticidad mental, acogía bien el nuevo régimen considerándolo como la primera valiosa innovación científica desde la introducción de los números arábicos de la India. Los registros emocionales deberían ser simplemente considerados como otro paso hacia delante en la domesticación del sexo que la influencia de la ética decadente judeocristiana había hecho posible. Miles de ergios de energía nerviosa se gastaban cada día en intentos individuales de decidir quién representaba a quién en el siguiente encuentro sexual potencial: en una comunidad plenamente equipada con ER ese problema se resolvía así mismo nada más verse, con la consecuente liberación de fuerza psíquica que sería posible destinar a fines más constructivos.

Los dos, Jimmy y Alyson, estaban sentados felices ante los bollitos calientes y la mermelada
Cooper's
Oxford leyéndose fragmentos de los periódicos uno a otro.

—Damon Goldgate, petrolero tejano ahora en Inglaterra, pregunta: ¿A caso para el Reino Unido podría estar la utopía simplemente al doblar la esquina? No lo sé, pero pienso quedarme por aquí mientras la empresa me lo permita. Esto es grande. Muchos americanos con sentimientos parecidos visitan Europa ahora cancelando sus viajes al Continente para quedarse en Inglaterra y ver lo qué ocurre. En contra del único californiano en desacuerdo que exclamó: ¿Por qué tiene que volverse loco un país cuando yo voy a él? Vine aquí para alejarme de la gente que sólo tiene siempre un asunto de conversación, se pueden colocar muchos americanos que consideraban los experimentos ER como nobles aunque peligrosos. «Esta es la hora más estupenda para Inglaterra», me dijo uno de ellos ayer en el aeropuerto de Gatwick.

El Observer tenía una narración ligeramente menos optimista que contar sobre las reacciones americanas, desde la firme postura del presidente, «sin comentarios», hasta la de una estrellita de Hollywood: «Cualquier cosa que esos ingleses puedan lograr con sus

luces, la puedo conseguir yo misma con mi cuerpo». El alcalde de Rapid Rapids, Iowa, dijo: «Esto nunca podría suceder en Rapid Rapids, Iowa». El colegio de Puget Sound enviaba a un sociólogo, a un discípulo del doctor Kinsey a Inglaterra para hacer un informe independiente. Los puritanos de una universidad de Nueva York dijeron por unanimidad que Inglaterra era el país más estúpido del que jamás habían oído hablar. El Herald Tribune predijo un verdadero colapso en el cuerpo social antes de la fecha fijada del 1.º de septiembre.

—Las reacciones europeas son bastante confusas —dijo Alyson —, sino se las consideran excesivas. La falange usual aburrida de los soviet aparte, nadie parece saber qué pensar de nosotros.

—¿Y alguna vez lo supieron? —preguntó Jimmy.

—Bueno, supongo que es como acostumbrarse a ser un orgullo nacional por lo que se nos puede tachar de inmodestia, durante muchos años hemos fingido no tener mucho aprecio a la vida amorosa y ahora… —Alyson balbuceó y luego añadió apresurada—: De todas maneras, los escandinavos parecen pensar que hemos hecho progresos. Y Canadá y Australia lo aprueban.

Era en extremo agradable el estar sentado de aquella manera íntima, hablando con una elegante criatura que llevaba puestas sus también elegantes ropas nocturnas. Jimmy hubiera preferido tener allí a Rose, pero Alyson era una encantadora sustituía. Adelantó su taza para más café; mientras ella iba a servirle, la tomó la mano.

—Vas a estar muy linda con tu aparatito, Alyson —dijo—. ¡Date prisa y que te lo pongan! Me siento como en desventaja aquí, con Aubrey y tú sin vuestro chisme.

Ella retiró la mano.

—He cambiado de idea —dijo—. Esos aparatos van a causar jaleo. No quiero ninguno. Su simple idea me asusta, realmente. Yo… preferiría encerrarme o que me aprisionasen en la cárcel antes de llevar un aparato de esos.

Una emanación roja coloreó la mesa y sus utensilios; los genes de Jimmy estaban en funciones. Jimmy sacudió la cabeza desvalido, luego se volvió a Alyson, poniéndole las manos en sus hombros. La vista del escote era estupenda desde allí.

—Me siento bastante estúpido, Alyson —dijo—, y eso es algo que jamás me ocurrió contigo. Tienes que saber lo que ocurre lo

mismo que me pasa a mí. Con ese maldito aparatito volviéndose rojo por ti no puedo ya ocultar lo que siento por más tiempo. Quiero pedirte…

Ella se levantó, derramando el café al hacerlo, pero Jimmy logró mantener sus manos en torno a los antebrazos de la joven.

—Alyson, dame…

—Quítame las manos de encima, Jimmy —dijo ella tranquila—. Eres demasiado mayor para jugar a estos jueguecitos. No es limpio para con tu hermano, ¿verdad? Y es aprovecharte de mí. Tú puedes ser enloquecedor, Jimmy. Supongo que realmente piensas que porque soy su… —Se detuvo.

—Yo no pienso en tal cosa —dijo Jimmy acalorado—. Pero ahora tú puedes ver lo que siento.

—¡No quiero verlo! —contestó Alyson—. Por todos los cielos entra en tu cuarto hasta que el efecto se disipe. Desearía que nadie hubiese inventado cosas tan terribles. Es como atarle un bote de hojalata a la cola de un perro… de pronto el animal se da cuenta de que tiene cola. Y ahora todo hombre se da de pronto cuenta de… oh, por todos los cielos, Jimmy querido, apártate y refréscate. Simplemente hace la vida difícil para los tres, si al menos lo supieses; realmente lo sabes. Vete y refréscate.

Jimmy dejó caer las manos. Jamás la había visto tan furiosa y pudo decir que ella no lo estaba tanto ahora. Incluso mientras le decía que se fuese, le dirigía una media sonrisa.

—Esto no es un simple destello —dijo—. ¿Es que no puedes darte cuenta? Desde el primer momento que vine a vivir.

—Entonces estabas prometido a Penny —le recordó ella.

—Eso no importa nada para lo que iba a decirte.

—Sí y lo sabes —afirmó con energía Alyson—. Y sabes que ese maldito EH ha constituido para ti una diferencia. ¡No lo llevas ni tres días y estás del todo cambiado!

—¿Cómo he cambiado?

—No creas que no me di cuenta… y no me refiero solamente a mi traje de baño mojado. Resulta claro, tan claro que me extraña que Aubrey no haya dicho nada. ¿Qué te pasó la noche del miércoles? Tengo entendido que viniste a horas intempestivas. Y desde entonces te has comportado de manera muy extraña, marchando por ahí con una expresión ensoñadora. Apenas hablaste

anoche en el Quadrant. Me preocupas, Jimmy; es una mujer, ¿verdad? Y no intentes decir que no me importa… porque acabas de intentar hacer que me importe.

Jimmy permaneció allí estúpidamente, los ojos bajos, pensando en las cincuenta respuestas que podía dar.

—No iba a decir que no te importaba —replicó—. Pero si debo afirmar que encuentro esa actitud de hermana mayor un poco tonta… especialmente cuando vas en bata.

Alyson se dirigió hacia el tabique de separación y encendió un cigarrillo. Exhalando el humo, le miró decidido. Aunque su cabello era del color de trigo maduro, los ojos y las cejas eran oscuras: ordenaban aun cuando ella suplicase.

—Ven aquí, Jimmy —dijo ella.

Él obedeció.

Alyson suspiró.

—Eres demasiado obediente, como te dije antes —afirmó, sin apartarse de él—. Eres muy sugestionable. Oh, Dios, Jimmy, como necesitáis tu hermano y tú que os cuiden… especialmente ahora… que me preocupo por ti… Todos los expertos e inteligentes del país han estado discutiendo estas ER durante meses y creo que se han pasado por alto lo más evidente: con el problema en la mente de cada cual, vamos a sufrir una ola de libertinaje. Todo el mundo piensa en el sexo de un modo que jamás lo hacía antes. Simplemente retente y no te unas a ellos, ¿eh? Esta es una línea de conducta que realmente no te conviene.

Jimmy encontró, mientras se procuraba un cigarrillo, que sus manos temblaban. Estaba furioso con Alyson y asustado de sí mismo. De pronto le parecía muy importante no ofender a aquella chica arropada en blanco nylon. Era, después de todo, de su clase… más que Rose, aunque eso era algo que no podía considerarse.

—Lo siento… —dijo por último.

—Yo también —respondió Alyson y desapareció en el cuarto de baño.

Durante el resto del día Jimmy estuvo pensativo. Pasó la mayor parte de la mañana en su cuarto, haciendo lo que generalmente considera como «meditación sobre la vida», pero que en realidad no es más que meditar acerca del propio carácter. Como siempre, las conclusiones extraídas fueron sombrías. El ser, desde el punto de

vista de un antropólogo, un miembro típico de una especie de vertebrados en la clase placental de los mamíferos y en el orden de los primates, dentro de esa subclase, Jimmy sabía muy poco de su propia psicología, o de las glándulas tiroides, paratiroides, timos, pituitaria y adrenales, de las que dependía su equilibrio emotivo. Conocía aún menos del mundo gris y hermoso de las partículas subatómicas que, como implicaba la Relación de Inseguridad de Heisenberg, le proporcionaba en pensamientos y direcciones, en apariencia para sus propios propósitos inescrutables. Peor aún, Jimmy satisfacía no sabiendo nada de estas cosas. Tal control como poseía sobre sí mismo quedaba limitado, como un popular periódico diario, estaba ampliamente a merced de su circulación.

Poseía sólo una visión parcial y oscura de un compañero… él mismo… envuelto, con mayor o menor grado, con tres chicas.

—Tendrás un solo Dios; ¿quién estará a expensas de dos? Tendrás sólo una chica; tres es un desperdicio de dinero y de amor —este moderno decálogo, se dijo a sí mismo, era tan prohibitivo como una ley moral. Si Alyson le condenaba, se condenaba él mismo… aunque en el fondo de su mente se daba perfecta cuenta de que deseaba a Rose en terrenos bastante distintos de aquellos que deseaba a Alyson.

Pobrecilla Penny Tanner-Smith que se convertía en una tercera persona. Allí por lo menos podía descargar su conciencia y simplificar su existencia. Desde que rompió su compromiso, Penny no había permitido ni los intentos más serios de Jimmy de hacer las paces. Muy bien. Era dulce y melancólica… apartó su mente de eso; si quería irse, que se fuese. Él la había amado, sí; pero la chica pertenecía al viejo mundo; a la vieja época. Nuestra antena sexual, después de todo, vibraba más rápidamente en presencia de la novedad. La escribiría y acabaría para siempre con sus relaciones.

El cuarto intento de Jimmy de hacer la carta para Peny le pareció contener la mezcla adecuada de firmeza y caballerosidad, de alivio y pena. La había echado a correos al recordar que fue por bien de Penny por lo que se hizo instalar tan rápidamente su ER: ¡Cuánto había cambiado desde entonces!

Durante un momento sintió una oleada de tristeza, una oleada de prejuicios antiguos, religiosos, morales, supersticiosos y nociones sentimentales; puesto que no podía distinguir uno de otro, los

apartó de sí como reliquias de un pasado enterrado… pero no antes de que un verso de una vieja comedia se alzara para burlarse de él:

> *Tú has cometido…*
> *Fornicación… pero fue en otro país;*
> *y además, la prostituta ha muerto.*

VI

UNA TEORÍA INTERESANTE

El pelo que Conrad Scryban poseía comenzaba muy alto en su cabeza. Eso le daba una buena extensión de frente. Su nariz era cerúlea y sensible, su boca firme. Tenía los ojos pardos, el rostro parecía bien cuidado. Poseía el suave aire de un actor que ha representado siempre carniceros, no con mucha pericia, pero sí con exceso de frecuencia.

—Mire, es la imagen adecuada de un Director Gerente —se quejó Jimmy a Donald de una vez—. Resulta demasiado bueno para que sea verdad. Esos ojos son demasiado suaves y sinceros para pertenecer a otra persona que no sea un charlatán.

—¿Y por qué se preocupa? —le había dicho Donald—. Hay que esperarse que los directores de lugares tan alocados como el IBA tengan ese aspecto.

Quizás el bibliotecario tenía razón, pensó Jimmy, mientras se plantaba ahora mirando a Conrad Scryban. Esta mañana del lunes, el director llevaba un traje de cheviot verde y gruesos zapatos; una escopeta no hubiese quedado fuera de lugar bajo su brazo; pero en vez de eso, llevaba un portafolios. La señora Wolf, colocándose afanosa a su lado, gregaria como un buitre ciudadano, llevaba otro portafolios. Jimmy portaba su carpeta de Haití. Donald Hortense hacía el cuarto miembro del grupo; llevaba las manos en los bolsillos, sin llevar nada.

Mientras se encaminaban hacia la sala principal de exhibiciones, pasillo abajo que incluso el elegante papel gris y negro de las paredes no podía iluminar. Scryban les hablaba acerca de un librito publicado por Maginn a primeros de siglo pasado.

—Las máximas de *sir* Morgan

O’Doherty.

—Si les gustan los epigramas, disfrutarían con
O’Doherty,
que utilizaba esa forma arcaica para aplicarla a cada aspecto de la sabiduría mundanal —decía Scryban—. Por mucho que alcemos las cejas ante «El rostro del cerdo frío es lo mejor del mundo para desayunar», sólo podemos admirar la desnudez de «ningún fumador de cigarros se suicidó jamás».

—Hay algo en eso —asintió Donald—. El tabaco es el tabaco para el pobre hombre.

—Basta con estos chistes enigmáticos —dijo Jimmy.

—Pero mis dos máximas favoritas de
O’Doherty
—continuó Scryban suavemente, ignorando las ininteligibles interrupciones del joven—, son ambas muy morales. «En literatura y en amor, generalmente empezamos con mal gusto», esta es una. Excelente, estoy seguro que gustará a todos.

—Excelente —continuó Verónica Wolf, con una sonrisa amargada.

—Y la otra —dijo Scryban, mientras entraban en la sala de exposiciones—, es ésta, que parece absolutamente espléndida en letra impresa: «Cuando un hombre está borracho, no importa qué es lo que le ha puesto en tal estado».

—Eso es todo un campanillazo Johnsoniano —dijo la señora Wolf.

—Un campanillazo wagneriano —suplementó Donald.

Qué curioso, pensó Jimmy, era esta costumbre de Scryban en meterse en conversación literaria, mientras los estúpidos que le rodeaban se lo permitieran. Quizá disfrutaba hablando de literatura; quizás esperaba pasar por algo ante sus subordinados. Cualquiera que fuese el motivo, para un hombre literario en Inglaterra hablar de literatura era lo bastante extraordinario para que se notase. Mientras, había también aquella abrumadora observación sobre estar borracho; Jimmy tendría que recordarlo. Encajaba.

—Y ahora, quizá, señora Wolf, usted tendría la amabilidad de escribirnos, principalmente, posiblemente, en beneficio de Jimmy, la especie de efecto de fondo que tratamos de crear detrás de todas nuestras pequeñas exposiciones aquí —dijo Scryban, rodeando la

impresionante cómoda que formaba una de las mercancías en la exposición actual de «La Casa Inglesa como tema literario».

—Con placer —dijo la señora Wolf, sonriéndoles como si quisiera morderles. Clavando sus ojos en aquellos dientecitos, Jimmy se dijo a sí mismo que tenía que escuchar con cuidado y olvidar que Rose estaría ahora en algún lugar de Londres.

—Nuestra premisa básica es bastante sencilla —dijo la señora Wolf—. La civilización ha alcanzado ahora un nivel en que la literatura tiene que darse por garantizada, lo mismo que damos también por garantizado el suministro de agua caliente. Como ejemplo de pasada, mencionaré el refrán publicitario Norman en las N. U.: «Lo opuesto a la paz no es la guerra, sino la muerte», que fue elaborado por un inglés educado según la Ley de Educación del año 44. Como los calentadores de inmersión, los libros se pueden dejar ahora sanos y salvos para que efectúen su trabajo sin ser vistos.

»Esta perogrullada pudo haber parecido revolucionaria incluso hace un par de años, cuando el mundo estaba desajustado y la Guerra Fría no había recibido bastante frialdad como para congelarse completamente por encima, como ahora, y permanecer lo bastante dura como para patinar por su superficie… oh, sí, los rusos menos que nosotros pueden correrse el lujo de una guerra en Oriente Medio. El libro en la última década, allá en los años cincuenta, degeneró en un mero artículo, la televisión del hombre pobre.

Sonrió a Jimmy inquisitivamente; el joven se preguntó si debería tomar notas.

««Nuestro interés», como dijo a un librero una vez, «no está en las ventas, sino con las almas». El nadir deplorable del libro como Cenicienta del mundo del entretenimiento ha sido abjurado: de ahora en adelante, es un culto algo que debe ser adorado e incluso hablarse de ello, pero preferiblemente no leído… como digo, un símbolo, no un sustituto católico.

»El libro ha desaparecido, se ha disuelto. En su lugar hay una atmósfera, vibrante, viva creadora, receptiva. Algo que puede salir de ahí y es cosa nuestra, los del IBA, ver qué tal suceda.

Terminó con una nota declamatoria que apenas había muerto antes de que Donald dijese, *sotto voce*:

—En otras palabras, la larga noche de la iluminación ha

amanecido.

—Nuestro bibliotecario se muestra cínico esta mañana —dijo agradablemente Conrad Scryban—. Creo que debo presumir que le han aceptado un poema —volviéndose a Jimmy, añadió—: Bueno, eso tendrá usted una línea general de campaña a seguir en su exposición Haití, creo. Si quiere alguna ayuda, no dude en pedírsela a la señora Wolf o a mí.

—Gracias —contestó Jimmy—. Pero me temo no ver del todo cómo puede ligar esos principios a lo que, después de todo, va a ser una exposición de libros, quiero decir, es preciso tener libros, que los tengan ustedes.

—Exactamente no —dijo Scryban, frunciendo ligeramente el ceño y mirando su grueso reloj de pulsera—. Después de todo, tiene usted ese retrato de los Clunes para empezar. Pruebe a trabajar a lo largo de esa especie de línea imaginativa. Algunos alegres uniformes militares haitianos… el departamento apropiado debe tener alguno, usted quiere llámeles… parecería atractivo en la parte delantera. No estaría de más que buscase algunas armas del período. Pero debe procurar no sobrecargar la exhibición con libros; se dará cuenta de que eso sólo sirve para antagonizar al público. Tenemos que recordar siempre al público.

—Comprendo —dijo atrevidamente Jimmy—. He de soslayar la única cosa que tenemos que fomentar nosotros, del mismo modo que cada cual dispensa en cierta manera la actividad sexual, pero que se sorprende cuando se habla del asunto, ¿verdad?

Conrad Scryban se metió las manos en los bolsillos de la americana, inclinó la cabeza para contemplar como el rubor crecía en las mejillas de Jimmy, y dijo:

—Usted ha trazado un paralelo bastante poco justo, pero supongo que la respuesta es sí, de manera general. Nadie tiene avidez por las confidencias sexuales de los demás. Usted debe recordar que nuestra tarea no es, gracias al cielo, vender libros, sino la idea del libro. Y ahora estoy seguro que entretengo a todos ustedes impidiéndoles tomar su café. Por favor, perdónenme.

Le vieron cómo se marchaba. Donald cogió del brazo a la señora Wolf y dijo:

—Vamos, muchacho, se terminó el trabajo por hoy. Aprovechemos la ocasión y vamos a tomar café.

—Vayan ustedes —dijo Jimmy—. Les seguiré. Ahora mismo he de hacer una llamada telefónica.

Entró presuroso en su cuartito, hizo un guiño a Ben Nicholson, cogió el teléfono y marcó el número de Debroy Dalmar. Cuando una voz plástica y mantecosa respondió, Jimmy preguntó que le comunicasen con la habitación de Rose.

Oyó un zumbido y luego la voz de un hombre. Decía, pesarosa, que la señorita English no estaba.

—¿Puede usted decirme dónde puedo encontrarla, o dónde trabaja? —preguntó Jimmy, disgustándole por instinto cualquier desconocido que pudiese husmear por la habitación de Rose cuando ella no estaba.

—Quizá podría tomar el recado. ¿Desea darme su nombre y dirección?

—Puesto que no tengo ningún mensaje para ella —contestó Jimmy—, eso no será necesario. Deseo verla.

—Entonces sugiero que me dé su nombre y su número de teléfono y ella llamará y fijará una cita.

—No sea usted sanguinariamente oscurantista, amigo, dígame sólo dónde trabaja. Yo haré lo demás.

—De momento eso no es posible —dijo la voz al otro extremo, sin inmutarse—. Pero si me da su número de teléfono haré lo que pueda al respecto.

Jimmy cedió y dio al desconocido su nombre y número telefónico. Estaba demasiado irritado para volver y unirse a los demás tomando café. En su lugar, se sentó tamborileando los dedos en el escritorio y mirando los folletos del IBA sobre personas como Svevo. Sin dudarlo, Rose era todo un desafío. Cuando sonó el teléfono se sobresaltó.

—Solent —dijo, cogiendo el receptor.

—¿Jimmy?

—Hola, sí. Aquí Jimmy Solent. IBA. ¿Quién llama, por favor? —La voz resultaba familiar, pero…

—Tengo entendido que me llamaste.

—¡Dios mío! Rangey… ¿eres tú, Rangey?

Era Rangey. Y se produjo el sencillo milagro: Aquella maravillosa mujer se ponía en contacto con él. Por teléfono. El tipo de su cuarto del hotel había perdido poco tiempo en localizarla.

Jimmy se lanzó inmediatamente a hablar.

—¡Oh, mira, Rangey, escucha… hola, quiero decir, encanto! Yo… tú… no esperaba que me llamases tan pronto —en su excitación Jimmy balbuceaba—. Mira, escucha, dulzura, ha pasado toda una eternidad desde el miércoles. He pensado en ti muchísimo todo el tiempo. Sal conmigo esta noche. Cenaremos en cualquier parte: donde quieras.

—Eres muy amable, Jimmy, pero estoy terriblemente ocupada —dijo la voz animosa y dueña de sí misma—. Esta noche no es posible; me avisas con escaso tiempo, ¿verdad?

—Vine el viernes, pero te habías ido.

—¿Viniste? ¿Aquí?

—Al Debroy.

—Oh, comprendo —y luego un silencio, en el que el corazón de Jimmy se hundió un poco. Ella sonaba devastadoramente indiferente.

—Supongo que aún seguiré vivo mañana noche —dijo Jimmy con una nota de forzada alegría.

—Jimmy querido, lo siento, pero esta semana no podré estar libre, ni una sola noche. No es una excusa; te repito que estoy terriblemente atareada —el joven no pudo evitar percatarse de que en aquella voz femenina no se percibía ni una sola nota de pesar.

—Tengo que verte, Rangey —abandonó todo fingimiento ahora que esto era cuestión de vida o muerte. Cesó de importar si la operadora telefonista del IBA estaba escuchando en la línea—. He de verte, Rangey, de verdad. Mis… mis riñones me duelen de ansias de ti. Deseo, sabes… deseo físico. Es terrible; yo jamás sentí así con anterioridad. ¿Comprendes? Almuerza conmigo. Cualquier cosa. Tienes que comer en algún momento. He de verte pronto. Almuerza conmigo. Hoy. ¿Qué te parece hoy?

Al cabo de un momento ella contestó:

—No puedo salir para almorzar, pero supongo que podrías venir aquí. ¿Puedes?

—¿Hoy? Pues claro. ¿Dónde estás?

Rose le dio el nombre: «Ghearing and Flower, Ltd.», y una dirección en Deptford; luego colgó. Jimmy se sentó desmadejado, lleno de temores y esperanzas. Iba a reunirse con ella a las doce y media. Todavía no eran las once.

—He de luchar por esto —se dijo a sí mismo—. Es algo que deseo con locura. He conseguido a una mujer real y adecuadamente adulta y quiero volverla a tener entre mis brazos; haré el ridículo si ella me rechaza. Oh, Rangey, tesoro mío, si supieras…

Con satisfacción se dio cuenta de que su Luz Norman se había tomado un color cereza fuerte sólo de pensar en ella.

Hasta las doce en punto Jimmy fingió estudiar las «notas sobre Haití» de Mackenzie, que Donald le había proporcionado. Luego, en una ráfaga de agitación, llamó por teléfono a Donald.

—Acabo de recordar —dijo, que debía haber preparado la sala Holmes para la conferencia de Golding a las dos en punto. Se me fue de la cabeza, por algún motivo. Usted no va hacer nada, ¿verdad, Donald? Sea bueno y coloque las sillas y llene la botella para Golding, ¿quiere? Voy a salir ahora y no sé cuándo volveré.

—Trate de permanecer dueño de sí mismo, eso es todo lo que tengo que decir —contestó Donald sombrío.

Un momento más tarde, Jimmy estaba en la calle y se encaminaba hacia Holborn.

Allí el metro le tragó con la multitud, tan in esfuerzo como una ballena absorbiendo el plancton. Sólo al hallarse en el tren comenzó vagamente a preguntarse quiénes eran Ghearing y Flower y qué es lo que Rose podía estar haciendo en Deptford. Era terrible enfrentarse con tales problemas con este calor.

Deptford parecía ardiente. Nadie conocía Settle Place, en donde los señores Ghearing y Flower vivían y se movían y mantenían su glorioso ser. Por último, después de caminar esperanzado algún trecho, Jimmy encontró a un hombre que dijo:

—Sí, claro, Settle Place… yo vivo allí, por mi mala suerte. Siga derecho unos 200 metros hasta que llegue al Stag, vuelva a la izquierda, luego la segunda calle a la derecha y se encontrará en el camino cierto, pasando la estación
Kia-Ora.
No tiene pérdida. El Ghearing es un gran edificio blanco.

Eran ya las 12 y 25. Jimmy se encontró corriendo. La sola idea de llegar a Deptford era improbable; toda la situación le parecía un sueño. No se atrevió ni siquiera a detenerse en el Stag para tomar algo.

Cosa extraña, las instrucciones que le habían dado eran correctas

y a las 12, 28 desembocó en Settle Place. Settle Place era algo negro; la casa de Ghearing y Flower era blanca. Su vestíbulo de entrada, desde donde partían varios pasillos, era moderno al estilo de principios de los años cincuenta y necesitaba limpieza. Una pila de grises cajones militares estaba desaliñada junto al mostrador de informaciones. Jimmy dio su nombre a un recepcionista y esperó ansioso, frotándose la sudorosa cara con el pañuelo y arreglándose el nudo de la corbata, seguro de parecer desarreglado para ser el amante de Rose. Portaba la camisa pegada al pecho; se desabrochó el segundo botón y se pasó la mano por debajo, desplegándola.

—¿A qué se dedican aquí? —preguntó al recepcionista más bruscamente de lo que se había propuesto, cuando vio que la muchacha le miraba.

—A sentarnos a leer cuando nadie está cerca de nosotros. ¿Por qué? —preguntó a su vez la recepcionista. Era una mujer delgada y pálida; Jimmy se imaginó que era una viuda muy metida entre los metodistas.

—No, me refiero a qué es lo que hace la firma —insistió.

—Oh… comprimidos. Sintéticos. Mire Productos químicos y de ese género. Se apartó como si su esfuerzo por ser hospitalaria la enfermase.

Apareció un mensajero y condujo Jimmy a lo largo de varios pasillos hasta un patio. Era un lugar inmenso, casi infinitamente poco atractivo. Cruzó la puerta rotulada: «Prohibido el paso» y se quedó allí.

Jimmy se encontró en un recinto muy parecido a un gran invernadero, con paredes de cristal y toldos. En lugar de flores, pequeñas jaulas se alineaban a cada lado de las paredes y del pasillo. En algunas de estas jaulas habían animales: conejos, monos, gatos, ardillas, cerdos, conejitos de indias, un par de zorros. El aire verde estaba lleno de olor de desinfectante. En el extremo lejano del recinto estaba Rose, hablando a un hombre con bata blanca. El hombre le dejó en cuanto apareció Jimmy.

Portando en la mano un tablero en cuya pinza había un manojo de papeles, Rose se le acercó repicando sus pasos en el suelo de piedra. Jimmy se sintió disolverse en sus componentes moleculares. Ella llevaba un traje sastre de lino azul cielo, absolutamente sencillo excepto por dos atrevidos bolsillos en la falda. Había perfección en

la muchacha, elevándola por encima de los planos del bien y del mal hasta aquella esfera en donde deben estar las obras de arte.

Sonreía el acercársele, el largo rostro desviando la barbilla hacia un lado en un raro gesto propio de la muchacha. Jimmy conocía aquel gesto como si ella se le hubiese estado haciendo durante siglos. Los ojos de Rose tenían aquella mezcla turbulenta de verde y pardo: como la atmósfera de Júpiter, pensó Jimmy, opaca y mortífera. La joven tenía una manera confiada de caminar: el modo en que uno caminaría en su medio ambiente vital correspondiese al de Debroy Dalmar. Cuando llegó a Jimmy colgó el tablero y los papeles que llevaba en un gancho sito sobre una de las jaulas; Jimmy captó las palabras «Flujo de salivación» en el papel superior. Tragándose su propia saliva, trató de reanimarse.

—No he de preguntarte qué es lo que eres —dijo, la voz temblándole un poco en la garganta—. Sé que evidentemente no eres una rosa… quizás un capullo de lupino Russell… ¿o es eso demasiado fálico?… o un, sí, creo que un cactus dalia. Es mi flor favorita.

—Una malva real, gallito —dijo ella, cambiando de conversación súbitamente. Se había plantado mirándole; Jimmy tuvo la intranquila sensación de que la joven podía oler que estaba sudado.

Rozó un trocito del tieso lino que la cubría la cadera hurgando en la tela en un intento temeroso de mostrarse familiar.

—Tenía que venir, Rangey, Rose. Me alegro tanto de volverte a ver. Espero que no sea una inconveniencia —eso fue un error; no tenía intención de dejar que una sola palabra de desconfianza se le escapase; condenadamente haría mejor en no emitir tal inconveniencia—. Quiero decir lo que te dije por teléfono. Me siento consumido por ti. Tú eres un polvo de pica pica que se ha vertido dentro de mi sangre.

Ella le miraba con interés. Su frente poseía dos arrugas indefinidas; las patas de gallo corrían alegres en torno a sus ojos. Sí, por lo menos debería tener treinta y cinco años. No era actualmente hermosa; incluso podía decirse que no era hermosa en absoluto… excepto que en otro sentido aquello resultaba una absoluta mentira. Porque el rostro de ella mostraba comprensión y franqueza, carácter; era un rostro único.

—Quizá sea bueno que hayas venido —contestó ella—. Iremos a la cantina.

—Estoy satisfecho aquí, Rangey. ¿No podemos quedarnos y hablar?

—Tengo que comer.

Mientras la seguía, Jimmy se preguntó para qué eran los animales. No es que le importase emitir una maldición claro.

—Les enseñamos a engañar y a decepcionar como humanos —dijo ella, sin ninguna inflexión en su voz perceptible.

La gente que se cruzaba con ellos en el pasillo miraba con dureza a Jimmy; uno a uno, se veían momentáneamente bañados en su resplandor rojo. La Luz Norman de Rose, advirtió Jimmy con pena, permanecía neutra. Ni siquiera la había hecho parpadear. Sin embargo, aún tenía esperanzas.

En la cantina, un lugar triste por el que la música de baile se extendía como una corriente de aire, Rose recogió fideos y huevos, y un pastel de chocolate, poniéndolo todo en una pequeña bandeja de metal. Cuando se dirigió hacia una mesa tras un pequeño tabique de separación, Jimmy la siguió, llevando un café; no tenía estómago para comer. El contraste entre Rose y lo que le rodeaba era tan grande que preguntó:

—¿Qué haces aquí, Rangey?

—Esta es una de las empresas de mi tío —contestó ella—. El tío Félix, a quien creo que conoces. ¿No te gusta?

—Carezco de opinión —contestó Jimmy. La pregunta de ella resultaba irrelevante; su respuesta tampoco había sido del todo satisfactoria. La miró mientras abordaba los fideos; parecía ofensivamente saludable y compuesta. Era muy limpia. Tenía algunas pecas, un salpicado apenas perceptible.

—¿Qué querías decirme, Jimmy? —Preguntó tras un silencio, cuando tenía el plato medio vacío.

—Lo que intenté decirte por teléfono. Que estoy lleno de ti, que mi carne está drogada por ti. Que no espero ni merezco lo que obtuve el miércoles por la noche, pero que… me ha abrumado, me ha turbado, ha sido algo más allá de cualquier experiencia previa. No resulta fácil de decir… ni siquiera es muy digno… pero resulta que es la verdad. Fue todo… una maravilla.

Hizo una pausa, para dejarla decir algo. Ella seguía luchando

con los fideos, la vista fija en el plato. Dijo:

—Adelante, Jimmy.

—Me parece que lo he dicho bien claro, ¿no? —contestó tartamudeando. La joven acababa de soslayar su oportunidad de decir lo mucho que había significado para ella también el miércoles.

—Sí, muy claro. Disfrutaste el miércoles. Y yo también, fue divertido y hermoso. Pero ya pasó. Ya no existe el miércoles. Fue real en aquel momento, pero no ahora.

—Te equivocas, Rose —dijo con dolor, olvidándose de llamarla Rangey—. Quizás entonces no fue real, sólo una gloriosa fantasía; pero desde aquel momento, ha sido real… más real que la realidad. Yo tengo que… quiero con frenesí verte más, mostrarte… oh, enseñarte como pronto abriste en mí un punto enteramente nuevo.

—Eres como muchas personas, quieres vivir en el pasado —dijo ella. Parecía absolutamente tranquila—. No resulta…

—¡El pasado! ¡Hace cuatro días! —estalló él.

—Lo siento, Jimmy, pero el miércoles es tan irrecuperable como 1066. De todas maneras, yo no tengo intención de liarme emocionalmente contigo.

Eso le sofocó. Hasta aquel mismo instante, aunque se daba cuenta de que su acogida dejaba mucho que desear (quizá porque Rose estaba desplazada en este medio ambiente funcional, según fuera la idea que tenía en su cerebro), Jimmy había considerado el miércoles sólo como un preludio dorado a un gran drama de despertar místico y sensual. Aún peor, nunca tenía, en su fútil inocencia el claro concepto de que pudiera ser considerado de otro modo. Sus sentimientos… ese nimbo frío-caliente que le envolvía… había sido del todo involuntario: enterarse de que el de Rose estaba absolutamente bajo control le partía metafóricamente por la mitad.

Jimmy permaneció allí sentado, mirándola mientras perseguía con el tenedor el último fideo de su plato. Luchó por reprimir la frialdad que avanzaba hacia su interior partiendo de sus extremidades. Mientras la joven ponía el cuchillo y el tenedor junto en el plato vacío, la dijo penosamente:

—Me has dado mucho. Yo esperaba haberte dado algo a cambio. Resulta duro para mí decírtelo, pero tú… estabas tan ansiosa aquella noche.

—No me has dado nada —dijo ella. De toda la conversación,

éstas eran casi las únicas palabras que permanecerían después con Jimmy. Permanecerían durante años, crueles e innegables, como un pez devuelto al lago debe siempre llevar la huella del anzuelo.

No pudo encontrar nada que decir y fue Rose quien habló después. Dejó partir en pedacitos el pastel para mirarle a los ojos.

—Si eres honrado contigo mismo, verás que ese miércoles fue completo en sí. Fue divertido y hermoso… —De nuevo la frase fácil —, pero tú estropeas las cosas al tratar de perseguirlo. Fue un accidente que sucedió. ¿Por qué no mostrarse agradecido y dejarlo como tal?

—Pero por sí, el miércoles fue sórdido y estúpido —la contradijo Jimmy desesperadamente—. Únicamente desarrollándolo puede percibirse su belleza o significado.

—En otras palabras, insistes porque quieres justificar lo que hicimos, porque no puedes ver que eso tiene en ti su propia justificación —dijo ella con tan poca expresión como un juez—. Me temo que tengo poquísima paciencia con esa clase de sentimentalismo.

En la mente de Jimmy no podía caber ya la menor duda de que eran dos personas completas, y reconciliar la mente rara, aunque Rose no revelase antagonismo, pero Jimmy lo percibía de manera distinta. Le destelló de inmediato, como si siempre hubiese estado allí. Había cometido un error y estaba recibiendo por él una reprimenda completa. Le sabía muy mal la idea de que había amado y consecuentemente se preparó para bajar todas sus defensas y abrirse ante aquella mujer… sólo para verse despreciado. El contraste entre su yo presente, frío como el hielo dentro de aquel traje azul cielo, y la diosa generosa que atisbo el miércoles, quedaba más allá de sus pocos maduros poderes de comprensión.

Jimmy se encontró hablando en una voz baja y gutural, como si pronunciase una maldición.

—Te diré porque vine aquí he hice el ridículo en tu presencia. Efectué un descubrimiento. Creí que yo quizás era la primera persona capaz de hacerlo… el cielo sabe porque. Mira, descubrí, cuando estaba contigo, que cada mujer es físicamente diferente, al igual que mentalmente distinta; físicamente diferente, quiero decir, en sus detalles más íntimos y exquisitos. Quizá fue algo que pude haber encontrado en Van der Veld o Marie Stopes, pero en su lugar

fue algo que encontré contigo en primer lugar. Eso… no puedo explicarlo… ha alterado todas mis ideas acerca del amor. Yo no pretendo haber tenido mucha experiencia con las mujeres y probablemente me encontrarás ingenuo e insatisfactorio, pero tú… tus detalles, Rose, parecían muy hermosos en su propio derecho, como un fruto, que jamás tuve ocasión de probar antes. Son algo adorable, es algo adorable este fruto escondido tuyo, Rose, más finamente constituido que el de otras chicas, al igual que los rasgos faciales de algunas personas o sus cerebros son más elegantes que los de otras. Únicos. Tan dulces como el interior de una naranja. Y lo que yo pensé que era algo realmente fino como eso, extendí la noción hasta creerte que eras estupenda en total; me imaginé… oh, fue una tontería… que podía leer tu carácter, tu ser total, por completo, mediante los sentidos. Me imaginé que podríamos conocernos uno a otro sólo haciéndonos el amor. Jamás desde el miércoles, mira, he dejado de mostrarme íntimo contigo. Ahora tú me enseñas que eres una desconocida y que yo lo soñé todo.

Ella colocó un cigarrillo en una larga boquilla y lo encendió con un encendedor cilíndrico que Jimmy le había visto usar en la fiesta de los Clunes.

—Es una teoría interesante —contestó Rose.

Se mostraba sarcástica, pensó Jimmy, o quizá profundamente aburrida y tratando de ser educada; o quizá… no, no podía imaginarlo. Su observación era tan inescrutable y tan muerta para él como la piedra de la Rosetta. Era imposible comprender que esta mujer madura sentada en aquella terrible cantina podía poseer alguna de las cualidades mágicas que él le otorgara. Aún más, que fuese capaz de sentir. Era menos que una desconocida: era una enemiga. Jimmy la miró con odio y en aquel mismo instante aún tuvo que contenerse de suplicarle que se acostase con él una vez más. Se estremeció de rabia por todo lo que él había hecho o dicho, por cada cosa bestialmente equívoca que había imaginado poder existir entre ellos.

Se levantó.

—Tengo que irme —dijo.

Rose también se puso en pie, como hubiese hecho un hombre. Cuando le miró a los ojos, Jimmy de nuevo se sintió turbado; algo en su expresión, bien en el mundo traslúcido de sus pupilas o en la

seriedad de su rostro, le ofrecía valor. Era como si silenciosamente ella le dijese: «La vida es un infierno, hermano; ese es un conocimiento que ambos compartimos», pero Jimmy era demasiado inexperto para conocer que las miradas comunican inconfundiblemente conceptos que el idioma no puede transportar.

—¿Viniste en coche? —preguntó ella.

¡Viniste en coche… oh, dioses! Aquella perra estaba loca.

—Adiós —dijo él.

SEGUNDA PARTE

CABIZBAJO, PERO VICTORIOSO

VII

TAN NATURALES COMO LOS OMBLIGOS

Para Jimmy Solent las semanas siguientes estuvieron vacías de felicidad; pasaron por él tan insignificantes como el ruido de un coche perdido entre la infinidad de vehículos que circulan por una autopista. Para la mayoría de la población de Inglaterra, sin embargo, el tiempo fue feliz o infeliz, lleno de esa tensión exultante que sirve de adecuado sustituto de la felicidad. Algo ocurría siempre o estaba a punto de ocurrir, porque una nueva perspectiva se había presentado para alterar la misión de sus vidas.

El tiempo, aún que inseguro en Old Trafford, permaneció generalmente bueno y cada cual salió a la calle lo más tiempo posible, consiguiendo sus espléndidos efectos de masa a lo largo de las playas de la costa del sur y en los parques de las ciudades. Este año, sin embargo, un aliciente adicional llenaba a las multitudes, un aliciente nacido de la novedad. La afición nacional se convirtió en localizar a las LN: Asomándose para ver cuál de ellas estaba «roja» (como las designaba la nueva frase) y por causa de quién. En el proceso, lo más probable es que la luz del que buscaba se volviera también colorada. Los doce kilómetros y pico de iluminación en Blackpool se vieron a veces eclipsados por el fulgor general rojizo que quedaba debajo de los faroles.

Muchos comercios prosperaron. El de los bocadillos y helados se hicieron comercios de importancia sin precedentes… particularmente
Ingolsby’s,
la firma de helados que llamó al sorbete de fresas corriente con el nombre comercial de «Gene crema» y que lo vendió a montones utilizando el lema: «¡Refrésquese sus excitados genes!». Los

fotógrafos de exteriores que se dedicaban al género frívolo tuvieron que hacer horas extraordinarias y un representante de la firma Kodak afirmó: «este año se puede decir que se ha consagrado verdaderamente la fotografía en colores; las fotos en blanco y negro están muertas como las radios de auriculares». Todo el mundo quería tener una instantánea de «El reluciendo ante mí», o «Yo reluciendo ante ella». En los parques de atracciones las máquinas Pruebe su Resplandor se hicieron tan famosas como las antiguas máquinas de Pruebe su fuerza.

La única gente que sufrió una regresión financiera fueron los fabricantes de aquellos sombreros y escuditos que llenaban la leyendas curiosas como «Yo quiero… ¿Y tú?». Y «Ven y poséeme». Los Registros Emocionales eran capaces de decir las mismas cosas de manera más elegante y también más elocuente.

Sin embargo, cuando la marea de complacencia llegó a su cumbre, un subtono de desentimiento se sintió tanto en los lugares altos como los bajos. Las dificultades fermentaron en la tina de bienestar, pero sus síntomas todavía resultaban alusivos, permitiendo a cada cual una amplia oportunidad de ignorarlos. Un golpe o dos extraordinarios, una media de aumento en suicidios, un intento de rebelión en Alderhot, un enorme déficit comercial… no tenían un significado integral. La marea venía, pero nadie se molestó en trasladar de sitio su silla de cubierta.

Inglaterra se vio llena de visitantes ultramarinos y a los ingleses les gustó eso. Los visitantes no eran sólo turistas, sino científicos y corporaciones semicientíficas o sus representantes, investigando el amanecer del nuevo mundo de los ER: sociólogos, antropólogos, psicólogos, productores de películas documentales de países tan lejanos como Argentina y Japón, filósofos de la India, dos sexólogos hembras de Berlín occidental.

Una tarde en la segunda semana de agosto, Jimmy estaba sentado leyendo un nuevo libro de Raymond Chandler, cuando entró Aubrey. Aubrey la saludó con la cabeza, elaboró una media sonrisa y entró en el dormitorio sin hablar. Este comportamiento era tan desusado en su puntilloso hermano, que Jimmy instantáneamente supo que algo había ocurrido; tener remordimientos de conciencia estos días era cosa muy propia suya así que permaneció sentado junto a la ventana, sintiendo como su

estómago se le revolvía y murmurando para sí alguna especie de medida protectora: «¡Tus pecados te descubrirán! ¡Eso es lo peor del pecado; sino te descubren, tu marido lo descubrirá!».

Al cabo de pocos minutos, Aubrey reapareció, habiéndose cambiado el traje por un par de pantalones de montar y una camisa abierta color crema. Eran las siete.

—Encendamos la lámpara maravillosa para conocer las noticias —dijo, refiriéndose a la televisión con su condescendiente jovialidad acostumbrada.

—Tienes un aire muy ministerial —comentó Jimmy—. ¿Va algo mal?

—No lo sé, Jimmy. Nadie parece encontrar nada malo excepto yo… y soy el único que debiera considerar que todo va bien.

—¿No te pones un poco dramático, Aubrey? —preguntó Jimmy; esa sanguinaria organización de hombres amaba la oportunidad de una explosión emotiva en sus horas libres. Aubrey en realidad sonaba y parecía raro. Su reserva de costumbre se había desvanecido; se plantó en el centro de la alfombra Kosset como Hamlet en las almenas de Elsinore.

—Creo que estas Luces Norman valen la pena de ponerse dramáticos —dijo—, pero nadie se vuelve loco y los Bourgoynistas parecen pensarlo así. Afirman que es el fin de la libertad tal como la conocimos.

—Oh —contestó Jimmy, de inmediato, aliviado y desencantado. La actitud de su hermano hacia las ER se había estado endureciendo últimamente y ya habían tenido varias discusiones nada amistosas sobre el asunto. Aubrey era uno de la ahora disminuyente minoría que aún tenía que hacerse instalar su ER; como quedaba un poco más de una quincena para obtener los discos antes que entrase en vigor la ley de detenciones, la tensión de esta minoría indecisa crecía:

—Es sorprendente que adoptes la actitud actual, Aubrey —dijo Jimmy; utilizó un tono seco, en un intento de competir con el de su hermano—. La opinión del país está cristalizando ahora. Puedes empezar a ver que las objeciones hacia las ER vienen principalmente del campo cultural y académico, es decir, de tu campo, aunque, a decir verdad, no es verdaderamente tu campo puesto que perteneces al científico-administrativo y éste se ha

mostrado decididamente pro del nuevo orden.

Aubrey apartó esa afirmación a un lado con menor cortesía que de ordinario.

—Lo sé —asintió—; también leo C. P. El artículo Snow en The New Statesman. Más lejos aún que tú se me ha hecho sentir la línea de partida. Lo que ocurre es que no me conformo. En parte hay una religiosidad en los ER y a todo cuanto representan…

—¿Incluso cuando el buen y viejo arzobispo en persona declara que eventualmente fomentarán la franqueza cristiana y las castidad?

—Ni siquiera entonces. Tú te preocupas únicamente de lo que dice el arzobispo cuando te conviene. Pero mi vocación más profunda es del género humano: Es una gran indignidad verse obligado a llevar esas cosas, una violación del alma de la humanidad.

—¡Palabras vacías! —exclamó Jimmy con malicia; sentía asco; quería tumbarse por el suelo y hacer ejercicios de antebrazo en su dormitorio, sólo para demostrar a su hermano lo poco que le importaban esas frases del jefe escritor de la oposición. ¿De dónde este hermano de ordinario un poco anónimo y austero había sacado esas ideas infladas, fatuendas? Si los demás tomaban a los ER sin quejarse, ¿por qué no podían hacer lo mismo Aubrey?

—Es inútil que trates de discutir —dijo Aubrey con laconismo—, aunque me doy cuenta de que siempre empiezas con las argumentaciones. A duras penas he conocido a alguien tan carente de conciencia moral —se volvió hacia el televisor, mirándolo con las manos en los tobillos hasta que aparecieron las noticias.

La locutora, Tanky Craig, sonrió hechiceramente hacia la habitación y dijo:

—El gobierno suizo acaba de anunciar que, según el informe favorable recibido de su equipo de investigación que visitó a Gran Bretaña el mes pasado, ha decidido instalar Registros Emocionales en toda la población adulta de la nación. Las firmas inglesas extenderán el contrato para la instalación, calculando que valdrá unos dieciocho millones de libras. La primera entrega de discos empezará a mediados de octubre.

««hemos llegado a la misma conclusión que el gobierno británico: dando a nuestra vida emocional una existencia, poco más

o menos, oficial, iluminaremos muchos rincones sombríos y eliminaremos la mayor parte de las inhibiciones indeseables y las neurosis a la que hasta ahora ha caído la civilización. Están contemplando la escena al exterior de los edificios del gobierno antes de que se efectuase el anuncio»…

—¡Santo Dios! ¿Por eso te sientes deprimido? —exclamó Jimmy, acercándose a mirar ofensivamente el rostro de su hermano con la intensidad de un antropólogo corto de vista—. ¡Yo debí pensar que eran las mejores noticias recibidas hasta ahora! ¡Bien por los sanguíneos suizos! Después de todo, a pesar del montón de favorables, pero ligeramente confusos comentarios extranjeros, hemos estado peligrosamente cerca de convertirnos en el hazmerreír del mundo. Ahora nos hemos vengado… o por lo menos nuestra locura no es única. Cáscaras, los ingleses siempre fueron débilmente divertidos, incluso en los buenos y viejos días del imperialismo, pero jamás se rio nadie de los suizos —cruzó hasta el tabique divisorio, abriendo la puerta del mueble bar—. No llores más, hermano. Bebe y olvídate de tu mensaje al mundo.

—Tu manera de recibir la noticia será típica e igual a como todo el país la tomará, espero —dijo—. ¡Interesante! No puedo censurarte en totalidad, ¿pero no ves que vamos a terminar con que todo el mundo lleve esos malditos aparatitos?

—¡Salud! ¿Y qué hay de malo en eso, Aubrey? Todo el mundo tiene ombligo, ¿pero qué importa? Dentro de cinco años, los ER serán tan naturales como los ombligos.

—Eso es lo que me temo —contestó Aubrey.

—Bueno, no es un temor racional.

En frío silencio apuraron sus cálidos martinis. Jimmy dejó que sus ojos vagasen de nuevo a la cubierta amarilla de «La clase dura». Fue un claro alivio para él que apareciese Alyson, puesto que se estaba encontrando tan embutido claustrofóbica mente en el tiempo como un fósil en una losa de piedra.

—No puedo detenerme, cariño —dijo ella, besando a Aubrey; lucía un atrevidillo sombrero y su frente seguía virgen del disco plateado—. Voy a ver a Blanche, pero pensé en echar un vistazo de camino y recordarte lo de mañana por la tarde. Una cita con Hampton Court, ¿recuerdas?

—Pensaba ir más tarde a verte —contestó Aubrey, plantado y

con las manos entrelazadas a su espalda—. Siento esto, cariño, pero no me será posible hacerlo mañana por la tarde. Tengo un montón de trabajo atrasado; ya sabes que el BIL es un negrero para sus servidores y empleados. Mi tiempo va a estar todo ocupado durante las últimas tres semanas, según me temo.

Ella se detuvo, le miró con dureza y dijo frígidamente.

—Pensé que habías terminado con esa especie de cosas ahora que el trato con K.
R. Shalu
estaba formalizado.

—Eso fue comida para los pollos con respecto a este nuevo proyecto, Alyson —le dijo—. Aquí está lo realmente importante —explicó lo de la decisión de los suizos de adoptar los ER y añadió—: el contrato suizo va para la Iral y sus compañías afiliadas… Laboratorios Norman y todos los demás. BIL se ocupa del aspecto administrativo del negocio por cuenta de ellos y lo respalda hasta el máximo para conseguir cerrar el trato a tiempo. Eso significará mucho trabajo y organización para cada cual, como es fácil de imaginar. Me enteré por *sir* Richard cuando llegué esta mañana; recibió la información del ministro a última hora de anoche —Aubrey hizo una pausa para el efecto dramático, luego prosiguió—: Todo fermenta. *Sir* Richard me traslada desde la rama asiática a la europea. Es un ascenso considerable para mí… o lo será, para cuando hayamos limpiado Suiza.

Ambos le felicitaron con calor. ¿Por qué, se preguntó Jimmy, había creado todo aquel jaleo insólito? ¿Podía ser porque el inesperado ascenso le hizo sentirse de pronto inseguro de sí mismo? Jimmy cogió la botella de los martini y sirvió a todos una ronda.

—¡La nueva era! —dijo, alzando la copa y como una punzada de dolor de muelas le sorbió el pensamiento; «¡La última vez que utilicé esa frase fue junto a la piscina de los Hurn en Walton!». Dominado por una oleada de nostalgia, Jimmy añadió en voz alta —: ¡Y todo este tiempo me has estado sermoneando acerca de las Luces Norman que eran cosas malas mientras te guardabas este triunfo en la manga! Perro desagradecido, Aubrey. Apuesto a que te doblarán el salario. Ahora veo porque tenías un aspecto tan raro cuando entraste: estabas preocupado por si yo aceptaría el «MG» cuando tú te comprases un Daimler.

—Más ambicioso que nunca —dijo Aubrey, con una seguridad profesional entrando en su tono—. Yo incluso esperaba tener bastante para casarme.

Esquivando las implicaciones de aquello, Alyson dijo:

—Cualquier cosa, de hecho, más que llevarme mañana a Hampton Court.

La joven avanzó inquieta hacia la ventana. Cuando su perfil brilló al pasar por su lado, culminado por aquella copa plana del sombrerito cuyas cintas se mezclaban con su cabello rubio, Jimmy creyó verla más delgada, ligeramente cansada. Con un vuelco del corazón, recordó un verso de un poema de Pound que admiró durante sus días de estudiante: «El agosto se ha gastado contra ella». Podía ser como él acababa de anunciar alegremente, una nueva era; pero en la etapa permanente de los Jóvenes sin Amor éstos se estaban convirtiendo en viejos actores; nadie representa papeles juveniles por siempre.

Un momento de tristeza se posó sobre todos ellos. Incluso entre las diferencias reconciliables y bien intencionadas que constantemente se mostraban entre sí. Para romper la tristeza, Aubrey dijo:

—¡Una londinense y jamás estuvo en Hampton Court! —Como si estuviese recitando su papel.

—El laberinto sería celestial en esta época del año —dijo Jimmy —. Montones de botellas vacías de Coca Cola y de envolturas de helados… os lo recomiendo, muchachos, no os lo perdáis.

—Tendrás que acompañar a Alyson en mi lugar, Jimmy — afirmó Aubrey—. Me sabe mal desencantarla y últimamente tú no sales a ninguna parte. Os hará bien a ambos.

—No puedo, Aubrey —contestó Jimmy embarazado—. No tiene nada que ver conmigo. No puedo llevármela.

—Pues claro que puedes. ¿Por qué no?

—Esa es una pregunta estúpida, viniendo del más brillante miembro del BIL —contestó Jimmy agitado, encendiendo un cigarrillo—. Me encuentro en desventaja aquí; a veces creo que deliberadamente te apartas de tu camino para colocar a las otras personas en posiciones difíciles. Por todos los cielos, Aubrey, no eres ciego. Puedes ver que cada vez que Alyson pasa junto a mí empiezo a emitir lucecitas rojas.

No miró a ninguno de los dos, pero sintió alivio al decir por fin la verdad.

—Comprendo por las apariencias que eso significa que posees una atracción hacia ella incipiente —dijo Aubrey con frialdad.

—Sabes condenadamente bien lo que significa eso. Y no es nada incipiente tampoco.

—Perfecto —dijo Aubrey, plantándose algo rígido—. ¿Y por qué tiene que afectarme ese conocimiento? La tuya me parece la única reacción posible ante la presencia de Alyson, bendita sea. Tú sigues poseyendo el control de ti mismo, ¿verdad? Tus facultades morales continúan funcionando, ¿no? Puedes llevártela a través del río hasta Hampton Court sin rodearla con los brazos, ¿verdad? Supongo que no serás un esclavo de esa cosa que llevas en la frente, ¿no?

—Basta de hablar de mí como si estuviese ausente —exclamó Alyson—. ¡Me niego a escuchar nada más de esta estúpida e insignificante disputa! Los dos sois horribles, malhumorados hermanos, e insisto en que luchéis a muerte con cubitos de hielo, arrojándolos unos contra otros.

—Ahí es donde reside el mayor peligro de estas cosas —dijo Aubrey, volviéndose hacia ella aunque ignorando su última y chistosa observación—. La gente comienza a pensar que los ER son señales de paso franco; y no es verdad; son señales de «precaución». No es que me preocupe. Me iré a vivir al extranjero cuando haya hecho fortuna.

—¿A Suiza, tesoro? —preguntó Alyson Lo dijo con bastante ligereza, pero parecía enojada con los dos hermanos.

Sin embargo, a la tarde siguiente en el río, Alyson volvió a ser la persona de ordinario. Iba admirablemente vestida en un dramático conjunto de algodón con falda amplia y mangas ajamonadas; su blusa era una mezcla de colores que los diseñadores de la moda probablemente nombrarían con apelativos tan pintorescos como jerez y antracita, ablandándose hasta el color crema hacia el borde de la falda. Llevaba gafas de sol con montura igualmente color crema. Su aspecto cansado había desaparecido y en su lugar estaba presente una apariencia húmeda y decidida.

—A tu cargo, muchacho —gruñó Jimmy para sí, recordando la tozuda creencia en él de Aubrey.

—Estás maravillosa —dijo en alta voz Jimmy—. Perdóname si

mi aparatito se pone colorado… mis genes conocen el buen género nada más lo ven.

—Yo no me fío de ti aunque Aubrey lo haga —sonrió Alyson—, así que haber si te contienes.

Pero el color rojo estaba de moda aquella tarde tan brillante. Todo el mundo en la lancha de placer parecía poseerlo, mientras navegaban por el Támesis hacia arriba. El noventa por ciento de la población llevaba ahora ER. Para los de mediana edad habían demostrado ser unos aparatitos de verdadera bendición; millares de personas comenzaban a mirarlos como «lo mejor de todo» porque los conocidos eran ahora capaces de mostrar, sin esfuerzo, que los fuegos de la vida seguían ardiendo en sus interiores. Por este motivo, considerable cantidad de personas de más de los sesenta, voluntariamente se hicieron instalar sus Luces Norman, para demostrar que Hardy no estaba sólo al sentir ese poder que constantemente anima a la humanidad.

«Y sacude este frágil armazón en la víspera Con punzadas de la marea del mediodía».

Alyson y Jimmy serpentearon a través del laberinto famoso de Hampton Court, que por suerte estaba libre de botellas y tomaron el té después en un café al aire libre, en donde una orquesta en conserva tocaba a Suppé y Straus. Estaban cada cual demoliendo un excelente merengue cuando Jimmy alzó la vista para ver acercarse a Guy Leighton.

—¡Qué desilusión! ¡Cada azúcar posee su mosca!, la de ésta se llama Guy —gruñó Jimmy para sí y se alzó sonriendo varonil para efectuar las presentaciones.

—La prometida de Aubrey, la señorita Alyson Youngfield. Alyson, éste es Guy Leighton, un compañero de trabajo en el BIL, un alfiler en el alfiletero del BIL.

Guy, a su vez, presentó a las dos nuevas personas que le acompañaban. A una de ellas reconoció Jimmy ya en la fiesta de *sir* Richard Clunes, el mes anterior: Vincent Merrick, industrial psiquiatra. La mujer que le acompañaba, con gruesas gafas muy parecidas a las de él, pero sin más parecidos que el que pudiera tener Pavlov a la Pavlova, era la señora de Merrick.

—Me alegro de ver que se ha hecho instalar su ER desde la última vez que nos reunimos, Guy —observó Jimmy—. Pensé que se

oponía usted a ello. Decía que infringía la dignidad personal y todo eso, ¿no?

—Merrick iba equipado; la señora Merrick, a este respecto, seguía presentando una frente virgen.

—Tratemos de mantener fuera de conversación ese asunto, Solent —respondió Guy, plantándose de puntillas en un intento de ser amistoso—. No obstante, hemos estado hablando de él la mayor parte de la tarde. Sí, me hice poner el mío por fin; las expresiones implacables de la sociedad resultaron demasiado fuertes para mí. La conformidad es comodidad.

—Estos ER no traerán conformidad —dijo Merrick, instalándose junto a Alyson sin mirar a su esposa—. Todos parecen considerarlos como una insignia de uniformidad; y eso es precisamente lo que no son. Hemos entrado en busca de una oleada de individualismo. De todas maneras, eso es lo que yo predije. Los bloques inhibitorios son injustificables para considerarlos como piedras clave en nuestra sociedad y tienen que ser barridos. ¡Debiera usted ver algunos de los ejecutivos que me han consultado este mes! Le dejaría estupefacto. Kraft Ebbing, debieras estar viviendo esta hora. Sin divulgar nombre alguno o traicionar confidencias profesionales, les puedo asegurar que he descubierto a dos gerontófilos, a un hermafrodita, tres maravillosos autoeróticos cuyas luces nunca se apagan y a un tipo que brilla su luz con color rojo en Drambuie por motivos que todavía no he descubierto… y eso en la última semana.

—Parecen casos bastante extremos —dijo Jimmy.

—Oh, admitido —asintió Merrick, limpiándose las gafas con su pañuelo de seda brillante—. Pero donde quiero llegar es a esto. Desde la Segunda Guerra Mundial nuestra sociedad ha sufrido increcientemente el deseo de entregarse: en una palabra, derrotismo. Por todo el mundo hemos estado educadamente retrocediendo… para sumergirnos en la cómoda actitud sin nervio del Estado del Bienestar.

—Oh, aguarda un momento —le interrumpió Guy.

—No, no se puede negar —dijo Merrick—. Desde los mercados y colonias hemos estado muy atareados en retirarnos. El mundo es demasiado con nosotros, tarde o temprano y «No Puede Importarme menos», se ha convertido en nuestra palabra clave… huida, claro, con «No Puedo Ver Más» procedente de la vanguardia de

abdicadores que esconden sus cabezas en los cuentos de mamá. ¿Y por qué es todo esto? Seguramente sería por alguna causa única que resulta simplemente de determinar la pérdida de los valores personales. Esta ansia terrible por el anonimato es debido únicamente a una profunda desconfianza en el valor individual. Como nación, nos hemos encogido desde la derecha, la izquierda y el centro y ya no nos damos cuenta de que un hombre con defectos vale diez veces más si nadie se los atribuye en absoluto.

—Pero los Registros no destilan atributos —dijo Alyson. Había estado contemplando al psiquiatra con gran interés.

—No destilan tributos, no —asintió—, pero los manifiestan. Por lo menos, manifiestan el atributo más vital de todos: el sexo. Hombres y mujeres… y en muchos casos les aseguro que esto ha sido para ellos como una revelación… de pronto se ven asegurados por la presencia de estos disquitos que indican que no son menos cobayas en la máquina de un Heath Robinson, sino criaturas vivas con deseos e impulsos propios. Si esos impulsos parecen a veces fuera de control, resulta mucho más excitante para ellos. Es una absoluta inyección en el brazo, se lo aseguro. Que ella haya ruborizado a un grupo de pervertidos resulta sólo, desde mi punto de vista profesional, el principio, el pequeño principio.

Relucía de interés hacia ellos, añadió un: «Tomemos helado de crema», llamó autoritario a la camarera.

—M. Vincent dice que las leyes de la homosexualidad están destinadas a ser cambiadas —afirmó la señora Merrick, hablando por primera vez.

—Pues claro que sí —dijo Merrick—. ¡La Luz por fin está aquí, guste o no guste! La naturaleza humana se ha visto obligada a salir al descubierto y el gobierno debe de hacer frente a las consecuencias. Ustedes habrán oído, supongo, de los jaleos que suceden en las escuelas públicas. Y entonces, mirando más hacia el futuro, las leyes del matrimonio tendrán que ser revisadas drásticamente. «Hasta que la muerte nos separe» está muy bien a su manera, pero el instinto genético se ríe ante esa idea, se carcajea. Les digo, que para el primer año del siglo próximo el mundo será irreconocible.

—¿El mundo o sólo Inglaterra? —preguntó Alyson.

—El mundo —interpuso Guy, antes de que Merrick pudiese

responder—. El movimiento suizo está en marcha ya. Todo el mundo lo sabe. Bueno, vendrán más. Esto son todo deducciones, claro, pero yo he oído que Bélgica es la siguiente en la lista. Compararán los registradores… fíjense en mis palabras. Su delegación estuvo aquí antes de la suiza, si recuerdan… yo mismo hablé con uno de sus miembros, un hombre muy capaz. Y de esta manera todos saltarán. No, mañana será un mundo lleno de ER, sin el menor error. Todos seguirán nuestra marcha.

Se frotó sus regordetas y pequeñas manos, sonrió tristemente y aceptó el helado de crema. Jimmy se preguntó por qué su carne se sentía de pronto fría; no había nubes que tapasen el Sol; la sensación debía ser una reacción contra la insana confianza de aquellos dos hombres. Ante el maremagnum, lo más prudente era estremecerse. Mientras consumían sus helados y la conversación cambió de rumbo, Alyson habló deliciosamente de su crucero mediterráneo del año anterior, Jimmy trató de calcular por qué le disgustaban hombres como Leighton y Merrick; eran amplia mente distintos, pero ambos poseían la misma seguridad en sí mismos. Parecían estar convencidos de sus propias opiniones y de su propio lugar en la sociedad. «Quizás estoy celoso porque es algo que me falta a mí», se dijo Jimmy a sí mismo. «Indudablemente a Merrick le gustaría decírmelo». Cualquiera que fuera el motivo, se sentía débil ante esta clase de personas.

—Nos vamos en coche hasta el campo a una taberna que conozco para tomar una copa y un tentempié —dijo Merrick—. ¿Por qué no vienen ustedes dos? Después les podría llevar a casa. Nosotros nos mostraríamos encantados si se uniesen a nuestra fiesta.

No era nada que a Jimmy le gustase. Se debilitó, dudó y pasó la decisión a Alyson, consintiendo cuando ella lo hizo. La chica parecía sinceramente satisfecha por la invitación de Merrick.

—Eso será espléndido, ¿verdad, Jasmine? —estalló Merrick entusiasmado, volviéndose casi por primera vez a su insignificante esposa.

—Adorable —asintió ella. Mientras hablaba a Merrick, la luz de él destelló vigorosamente hacia la mujer. El mundo, reflexionó Jimmy agradecido, estaba repleto de sorpresas.

VIII

LA LUZ QUE FALLÓ

Cuando el grupo entró en una gran sala de estar cuyos ladrillos y vigas desnudos estaban salpicados con marcas de caballos e instrumentos de tortura, Alyson oprimió la mano de Jimmy. Se quitó las gafas de sol color crema, le sonrió y susurró:

—¡Tiene gracia! ¿Verdad que Vincent Merrick es maravilloso?

—Creo que más que maravilloso la palabra que buscabas es «imposible» —replicó Jimmy, pero se mostró encantado de ver que ella disfrutaba. La joven tomó asiento en algo parecido a un reclinatorio de iglesia, arreglando el vuelo amplio, negro y crema de su falda, mientras Jimmy se colocaba a su lado y los Merrick se ponían casi en fila en el otro costado. Guy, poniéndose de puntillas, se acercó al bar para conseguir jugo de tomate y salsa Worcester (Alyson), una ginebra y jugo de limón, (Jasmine Merrick), dos bitters (Jimmy y Merrick) y un
Pimm's
núm.1 (él mismo).

—Siempre creí que ésta era una estupenda posada, una verdadera y antigua taberna rural —dijo Jasmine, mirando en su torno con evidente placer—. Y el propio Stipend es un pueblecito hermoso. En los viejos tiempos solíamos venir con frecuencia. El ministro de Salud tiene su casa de campo a un par de kilómetros de la carretera, ¿verdad, Vincent?

Tenía una voz trémula que hacía que la de su esposo sonase como el ladrido de un perro de caza cuando hablaba.

—¿Bunnian? Sí; es la gran casa georgiana más allá del pueblo —añadió Merrick, mirando a Jimmy—. Llevo muchos años jugando al golf con él.

—No lo hubiese tomado usted por un aficionado al golf —dijo Jimmy.

—No lo soy, pero a Jasmine le gusta —contestó Merrick, sin complicaciones. También podía haber sido una idea de Jasmine, imaginó Jimmy, visitar Hampton Court; aquel no parecía ser la clase de lugar que Merrick frecuentaría… ¿O tenía un afecto profesional hacia las multitudes? ¿Le recordaba el confuso tópico del ego? Ciertamente se había alejado de allí con bastante rapidez, lanzando su coche como si fuese sido un símbolo fatídico más que un Triumph Mayflower modelo 1957.

—Habrá poco tiempo para golf ahora, en cuanto a mí respecta —dijo, dirigiéndose a Alyson mientras llegaban las bebidas, Guy supervisando al hombre de la bandeja—. Debemos esperar una oleada de desajustes a través de todas las esferas de la sociedad hasta que el nuevo orden se aposente. El público en general, claro, está momentáneamente oscilando hacia el exhibicionismo en masa; deben tener tiempo para curarse a sí mismos, los espíritus más sensibles, el elemento introvertido, necesita ayuda. Podemos, en realidad, encontrarnos enfrentados a una nueva psicosis completamente diferente, inducida por una reluctancia admitir que las fantasías de otras personas son tan poderosas como las de uno mismo. Yo, por ejemplo, tengo a una actriz muy deliciosa de unos cuarenta años que tiene un temor instintivo a ver brillar su ER.

—Leí un artículo en Home
P-A
la semana pasada —dijo Alyson—, en el que se decía que la mayor proporción de inquietud venía de aquellos sectores de la clase media que se habían suscrito con más fidelidad a la teoría de que ninguna persona elegante tenía en absoluto vida sexual.

—Eso es aproximadamente cierto —contestó Merrick, lanzando una breve carcajada que sonó como un ladrido—, simplemente porque ese estrato particular, que se debe a la represión de los términos bajo los que elige vivir, ha sido siempre una fuente fértil de rebelión. Ahora súbitamente está produciendo Bourgoynistas y víctimas de bajinismos en lugar de escritores, actores y exploradores. Uno simplemente podría predecir un final para toda la actividad creadora dentro de cinco o diez años, excepto que para entonces la inquietud habrá pasado. Eso es cuanto podemos esperar,

las recompensas más ricas… digamos a una década a partir de ahora. Creo que podemos, por lo menos, confiar en una sociedad perfectamente ajustada; yo, claro, estaré fuera de circulación… y una actividad recreativa puede ser fomentada desde sus inicios por aquel sistema: los ajustados, después de todo, no necesitan catarsis y todo arte es catarsis. Sin embargo, por otra parte, la persona saludable y dinámica está siempre en conflicto consigo misma… oh, sé que parece una herejía, viniendo de mí… pero si usted quita el conflicto, ¿dónde se queda uno?

—Hay un lugar de conflicto al exterior de la posada —dijo Guy a Jimmy. Se volvieron y miraron por la ventana mientras Merrick continuaba su monólogo.

En el lado opuesto de la carretera con respecto a la taberna se alzaba una escarpada ladera hasta tomar una altura de unos quince metros. Una especie de granja en ruinas, levantándose en lo alto de esta ladera, había formado un estercolero de latas viejas, de hierro arrugado oxidándose, y de neumáticos usados. Entre esos obstáculos habían unas doce personas, llevando pancartas escritas a mano que decían: LAS MANOS FUERA DEL SEXO y EL AMOR Y LA CIENCIA NO SE MEZCLAN. Eran evidentemente miembros del Grupo Bourboyne, o, como ahora se llamaba a sí mismo oficialmente desde su fusión con la sociedad de supresión de la ciencia, el Grupo, para la Restauración de la Intimidad Emocional… GRIE, para abreviar.

La docena de representantes de la rama de Stipend del GRIE estaban mal escogidos. Cinco de ellos eran mujeres con aspecto de mujeronas apergaminadas; una era también una mujer con tipo maternal en espectativa de volver a ser madre dentro de los siguientes pocos días; otro parecía un viajante de ropas de caballero que hubiese llevado con él a su padre y los cuatro restantes eran mozalbetes o retrasados mentales cuyas edades oscilaban desde los dieciséis hasta los cuarenta.

—Muy interesante, Solent —dijo Guy—. Fíjese que multitud más heterogénea forman. Como pretende Bourgoyne extrae a sus partidarios de todas las castas de la sociedad y es una verdadera maldición que todos se interesen por lo mismo. Imagínese a esas pobres viejas, que tan evidentemente están haciendo sus labores en el círculo de costura de la vicaría y que han venido aquí, tomando el té tranquilamente. ¡Dios, ya me lo imagino! ¡Los ruidos de sorber!

¡Las miradas de angustia! ¡Las penosas discusiones de lo que ellas no quieren discutir…!

—Me han dicho que los granjeros, como clase social, son los mayores enemigos de los ER —dijo Jimmy—. Un hallazgo agradablemente curioso. El conservatismo innato de la tierra dispuesto a su última resistencia… La incapacidad de cambiar todo lo que yo veo.

Contempló como el grupo exterior se desplegaba. Estaba siendo increpado por un grupito de chicos del pueblo, un par de ellos con sus novias, que se plantaron fuera de la taberna. Uno de los partidarios del GRIE tenía el rostro colorado y devolvió los insultos; las mujeres se habían reunido estoicamente y miraban con indiferencia hacia delante; sólo el de comercio se comportaba de una manera antibritánica: mirando hacia lo alto de la ladera como si buscara una forma de escapar por allí.

—Usted no creerá aún que el gobierno caerá a primeros de septiembre, Guy, ¿verdad? —preguntó Jimmy—. No me imagino a esta especie de turba capaz de impresionar a nadie. Y Bourgoyne representa casi toda la oposición organizada que hay.

—Oh, como usted dice, aunque me parece que el ejército se está inquietando. Al mismo tiempo, hay mayores extravíos en el viento. Nosotros nos enteramos de ellos en el BIL cuando otros no se enteran. Será mejor que guarde ese cacharrito debajo del sombrero temporalmente, pero ya sabe usted, supongo, como el primer ministro trata de salirse limpiamente del jaleo de los ER…

—¿Gascadder? No, me temo que no lo sé.

—Su hermano está más enterado que nadie, Solent. Debía educarle políticamente… la historia interna detrás del trato total de los ER es la más terriblemente instructiva. Para empezar, cierta presión se aplicó en los medios adecuados y ciertas acciones cambiaron de manos. Fíjese, para divagar durante un segundo, ¿no se da cuenta de que la construcción actual y el funcionamiento de las Luces mismas es Alto Secreto? Se supone que sólo hay tres personas en el país que comprenden del todo cómo funcionan estas cosas. Cada ER se monta con componentes diferentes por diversas compañías de Iral. Un electrodo que penetra o roza el cerebro se dice que viene del laboratorio principal, Norman. Un hipalgésico enteramente nuevo que por sí solo hace posible la operación se

fabrica en Ghearing Flowers, otra sucursal de Iral. ¿Dijo usted algo, Solent?

—Sólo dije que conocía a Ghearing —Jimmy pareció atragantarse. Una amenaza azul gélida que caminaba hacia él de nuevo por encima de las banderas y una voz también azul hielo dijo:

—No me importas nada. No me diste nada.

—Volvamos a llenar nuestras copas, Guy —anunció, poniéndose en pie vacilante.

Las copas fueron debidamente vueltas a llenar y olvidaron la demostración exterior. Merrick aún seguía hablando con las damas, aunque ahora con mayor ligereza; en el bar, un hombre con boina dio una palmada en la espalda de otro hombre también con boina y dijo:

—Bueno, ánimo, Eric, viejo amigo, hay que resistir de veinte a treinta horas.

Y Guy volvía hablar, mientras Jimmy escuchaba con una especie de indiferencia adormilada.

—… Así el ministro de Salud, nuestro amigo Warwick Bunnian… ¡El compañero de golf de Vincent!… le untan la mano con acciones de Ghearing y Flower, mientras Gascadder se aprovecha de las de Norman. Armados de esta manera, atacan al BMA que después de sus cuatro años de forcejeo sobre los salarios de los doctores, se debilita y cede y consiente en seguir adelante con toda la producción. Lo siguiente ya lo saben, en nombre de la sanidad y un futuro dorado, nosotros… tú y yo, Solent, nadie más… respaldan la actitud y forran los bolsillos de estos chicos altruistas. Así ocurre entre bastidores, te lo aseguro, cada vez. No hay cuestión de ninguna iluminación entrañada en cualquier época… sólo interés propio, sencillo y ordinario. Y si el conocimiento va a manos erróneas, estalla el globo.

—Comprendo —dijo Jimmy, pensando lo inadecuado que sonaba todo. Abrumado se preguntó si estaba destinado a pasar el resto de la velada escuchando las estupideces de Guy; con precaución, se volvió al resto del grupo.

Merrick decía:

—… Así que yo enfrento revolución con revolución. El curso del tratamiento que yo he desarrollado representa un principio fresco a

la historia del alienismo. Mi nueva clínica es un intento de orientar a los pacientes en la mística de la neurosis de cada cual. Espero inducir temporales sistema de tolerancia…

Una piedra, destrozando la ventana del salón, golpeó a Merrick en la sien. Un gruñido de angustia, se puso de pie de un salto, desparramando su cerveza sobre la alfombra. Entre los gritos de fuera, sonó la bocina de un coche y hubo un fuerte estrépito. En común acuerdo, los ocupantes de la taberna se precipitaron a las ventanas para ver lo que ocurría.

—¡Es Warwick Bunnian el que sale del coche! —exclamó Guy poniéndose de puntillas excitado.

—Han atacado al pobre individuo —exclamó Merrick permitiendo que Jasmine le examinara la sien.

El coche del que salía el corpulento ministro se había detenido en mitad de la calzada delante mismo de la taberna. El GRIE (Sucursal de Stipen) acababa de dar el golpe en pro de la intimidad emotiva. Su razón para plantarse con torpeza en la pendiente resultaba clara ahora. Cuando Bunnian se apresuró, volviendo a casa en su coche, el grupo volcó un bidón de aceite de diez galones lleno de agua de lluvia y el envase, con una oportunidad accidental plenamente cronometrada, bajó rodando por la ladera y dio al coche de Bunian precisamente detrás de las ruedas delanteras. La confusa agrupación de trabajadores y damas estaba ahora subiendo por la pendiente a toda prisa, guiados todos por el viajante de comercio; sin embargo, aún no les perseguía nadie. Como toque pintoresco, habían dejado sus pancartas detrás de cara al siniestro ministerial.

—¡Lucha de guerrillas! —exclamó la señora Merrick—. ¡Oh, qué divertido! ¡El chófer de Warwick estará furioso!

—¡Antes de que esto termine habrán jaleos por todos estos tranquilos caminos! —dijo Merrick, emitiendo otra de sus risas tipo ladrido. La piedra ni siquiera le había rasgado la piel. El doctor Bunnian estaba igualmente tranquilo; dejando que su chófer apechugase con los daños lo mejor que podía, se abrió paso a través de la creciente multitud y entró en la taberna.

—Señor, se escapó del milagro —dijo Guy, materializándose de inmediato junto al codo del ministro—. Permítame invitarle a un trago; el proletariado se está comportando con una falta absoluta de

tacto.

—Es usted muy civil —contestó Bunnian, asintiendo hacia Merrick con un gesto amistoso—, pero quizá me permita que le invite yo también… y a sus amigos, claro. ¡Hola, Vincent! ¡Buenas tardes, Jasmine! Acabo de venir del PM, como suele suceder, y se me ha informado que Bélgica cursa un pedido a nuestro país para ocho millones de Registro Emocional. ¿Qué les parece? Hablando de nuestra estupenda hora, ¿eh? Es algo digno de celebrarse, ¿eh? ¡Patrón, bebidas para todos, por favor, bebidas absolutamente a mi cuenta!

Cuando llegó el chófer de Bunnian, media hora más tarde, para anunciar que otro coche esperaba fuera, el bar estaba atestado de felices clientes. Todos exilaban dulzura luz y cerveza Guinness. La súbita visita del ministro había sido un clamoroso éxito; muchos clientes se habían enterado abiertamente de lo contento que estaba sintiéndose sólo «un tipo corriente» o «como uno cualquiera de nosotros» en lugar de encontrar en esto una causa de enfado. Bunnian jugaba tan exactamente su papel de democrático, incluso permitiendo a un caballero granjero darle palmaditas en la espalda, que un grupo de presentes cerca de la puerta irrumpió instantáneamente en un «por ser un buen muchacho» cuando el ministro se fue; un grupo rival más poderoso atacó con «Tierra de esperanza y gloria», pero alguien canturreó «ya puedes coger el tren» en el piano y en menos tiempo que canta un gallo el ministro se quedó olvidado con el canturreo general.

En el puesto que había tomado lugar, Jimmy se encontró cerca del hombre de la boina al que antes se le habían dirigido con el nombre de Eric. Era un tipo de rostro colorado de cuarenta años y pico que se enfrentaba a Jimmy de manera agresiva.

—No necesitamos esas condenadas luces rojas en la última guerra —dijo—. Eso está muy bien para el viejo Bunnian, ¿pero cómo cree usted que hubiésemos ganado la batalla de Inglaterra si hubiésemos estado todos mirándonos mutuamente a la frente?, ¿eh?

—Presumiblemente si los alemanes hubiesen estado atareados haciendo lo mismo se habría terminado perfectamente bien el asunto —sugirió Jimmy.

El hombre derramó furioso la cerveza sobre sus zapatos de ante.

—Ustedes, los jovencitos sin amor, creen tener todas las

respuestas, ¿no? Hay mucha seguridad estos días, eso es lo malo. No saben lo que significa pasarlo mal. Incluso los atrevidos rusos se han ablandado últimamente. Y mire a los americanos…

—Mírelos usted —exclamó Jimmy—. Yo tengo otra cosa que hacer —y comenzó a abrirse paso a codazos hasta donde estaba Alyson hablando aburridamente a un joven rubio que llevaba una corbata tipo chalina y una camisa del mismo color. Ese joven tenía acorralada a Alyson en un rincón. Era la clase de tipo rubio que instintivamente inspira antipatías; una sola mirada y la luz roja de su frente se mostraba destacada por lo que Jimmy decidió intervenir. Merrick, desde otra parte del vestíbulo, tuvo la misma idea. Él, también, se estaba abriendo paso por la multitud hacia Alyson. Llegó antes que Jimmy, dijo algo sonriente y de pronto el rubio se desvaneció ante el gentío sin mirar atrás.

—Buen trabajo, Vincent —exclamó Jimmy, mirando con calor al hombre—. Yo también venía con la misma misión. ¿Quién era el pálido Romeo, Alyson, si te lo puedo preguntar?

—¿Acaso parecía yo evidentemente una damisela con desgracia? —preguntó Alyson en tono de exclamación, mirándoles con rostro altivo—. Él sólo quería llevarme en la trasera de su motocicleta para ver a su madre en Guildford.

—¿Qué le dijo usted? —le preguntó Jimmy a Merrick con curiosidad—. Se batió aproximadamente en retirada.

—Simplemente utilicé un poquito de psicología elemental —contestó Merrick, quitándose las gafas y limpiándolas vigorosamente; sin ellas, sus ojos parecían engañosamente los de una vaca—. Dije: «Si no te marchas de inmediato, te voy a dar un tirón de orejas» y así se fue en seguida. Ahora, si podemos reunir a Jasmine y a Guy, sugiero que sigamos motorizados en busca de comida; este lugar se hace demasiado concurrido para mi gusto.

Encontraron a Jasmine y a Guy y al cabo de media hora el grupo disfrutaba de una comida que incluía un pollo intocable Maryland en una casa de comidas en las afueras de Esher. Después del café y los licores pasearon por el florido jardín mientras la oscuridad se espesaba. Un frío viento les trajo un aura de frescura. Jimmy sintió bruscamente un instante de culpa.

Guy dijo tranquilo, mientras Merrick, ciego por el aroma de las flores, empezaba a parecerse a Alyson y a su esposa.

—¿Ha tenido más relaciones con Rose English?

La cuestión era lo que Jimmy se había estado esperando; algo pequeño y oscuro le advirtió en Hampton Court que Guy esperaba lanzarse a este asunto. Y hasta el momento actual en que la pregunta fue formulada no pudo decir si la temía o la recibiría bien, si deseaba no mencionar nunca jamás a Rose o quería hablar de ella más que de ninguna otra cosa del mundo. Volvió a la hora en que la dejó en Ghearing y Flowers, cuando se alejó presuroso de la muchacha a través de las espesas calles, tratando de interpretar y eliminar lo que le había ocurrido; los edificios en su torno le parecieron tener una pesadez en sus techos que habían capturado a Rose; las cabezas de una galería por la que pasó, cosas bronceadas, muertas y guillotinadas, nada parecidas a Rose, le recordaron a Rose.

—Ella no quiere volverme a ver —contestó Jimmy.

Y Guy de pronto pareció tan cambiado que Jimmy le miró sorprendido al oírle decir:

—Le dijo que se dedicaba por entero a su trabajo. Que nunca tendría a nadie más. Es exactamente igual que es ella, Solent.

No necesitó decir nada más… la verdad pasó por encima de Jimmy como un eclipse. Aquella noche del miércoles, un antaño tan resonante, tan grande, estaba ahora firmemente clavada en la vitrina a la que Ros misma la arrojara. ¡Había habido una noche de un miércoles para desahogarse un poquito! Las noches del miércoles para Rose eran como pescado frito y patatas compradas en un puesto callejero en un viaje efectuado a alguna ciudad marítima; uno se los comía porque tenía hambre, sin preguntarse si venían envueltos en el «Financial Times» o en el «Weekend Reveille».

Lo horrible y diabólico de aquello… la sorpresa física la de realizar que este gusano sería alimentado primero en aquel lecho hambriento, el disgusto de comprobar que Guy también albergaba un corazón sangrante de ansia insatisfecha, la viveza de revivir su propia humillación en aquella yerma cantina… pesó como una losa sobre Jimmy, haciendo que el pollo Marylan que había comido se lo revolviera en el estómago.

Se odió a sí mismo, odió a Rose, odió a Guy. Apartándose de este último, que estaba allí plantado alerta, evidentemente presto para cambiar intimidades, Jimmy cogió rudamente a Alyson por el

brazo.

—Sigamos de nuevo —dijo—. Necesito otro trago.

—Creo que ya es hora de que entremos y volvamos a casa —contestó Alyson—. Debía haberme traído el abrigo, o al menos vestir algo distinto, de haber sabido que íbamos a salir hasta tan tarde.

—Entonces, sin desear que se resfríe, me alegro de que no lo supiese —dijo Jasmine—. Su vestido es muy hermoso, querida. ¿Verdad, Vincent?

—Hermosísimo; llevo toda la noche mirándolo. Me gustaría tomar un escocés antes de partir. ¿Qué les traigo a ustedes, señoras?

Tomando las bebidas en el vestíbulo, Guy encontró una oportunidad para decir a Jimmy:

—Te diré lo que he descubierto acerca de ella.

Eso sería, claro, el sistema Leighton: una palabra a tientas aquí, una llamada telefónica circunspecta allá. Jimmy no quería oír nada, pero escuchó con cuidado. Guy parecía con ganas de hablar y él tuvo que escuchar.

—Hay algún misterio en Rose que todavía no he descifrado —dijo Guy—. Forma parte de la dinastía Norman, pero es difícil hacerle encajar. Todos ellos son casi tan alusivos como ella. A Félix Garside le vio usted en la partida de los Clunes; es el último presuntuoso de la familia y también un pez gordo en el Iral. Se supone que es el tío de Rose, pero no veo cómo puedo serlo. Tiene una hermana llamada Gwendoline que se casó con el viejo Norman; cuando Norman murió, Gwendoline heredó su dinero y su trabajo y se casó con un emigrado ruso, Demyanski, aunque todos se refieren a ella como Gwendoline Norman. Ese tal Demyanski estudió el cerebro bajo el régimen stalinista, cuando aparentemente tenía muy buenas oportunidades para trabajar en seres humanos. Dernyanski y Gwendoline Norman fueron los que prepararon la idea de los ER, pero murió él de repente hace tres años, y todo crédito del invento fue a parar a ella. Pronto se pasará un programa de televisión dedicado a su trabajo. Le aconsejo seriamente que no se lo pierda, Solent.

—Gwendoline tuvo una hija del viejo Norman, llamada Raquel, otra reclusa como su madre, por todos los conceptos. Nuestra querida Rose podía ser una hermana de Raquel, aunque eso es algo

que todavía tengo que descubrir, nadie parece saberlo. Es del todo evidente, hay una pantalla de seguridad de dos kilómetros de altura en torno a ellos. Le telefonearé si descubro algo más de importancia, Solent.

—Gracias —contestó Jimmy. ¡De importancia! Nada de lo que Guy había dicho tenía importancia de ninguna manera para sofocar lo que experimentaba Jimmy. Estos eran sólo hechos aburridos que un tipo como Guy sería capaz de arrullar porque a Jimmy no le atrajo nada que no fuese anodino. Mientras subía al coche de Merrick, Guy, lleno de sentimientos paternales, pal moteó el brazo de Jimmy; expertamente, Jimmy colocó a la señora Merrick entre ellos. Alyson viajó delante con Merrick.

Haciendo honor a su palabra, Merrick les llevó a Charlton Square. Cuando se hubieron despedido, Alyson y Jimmy subieron en silencio las escaleras. Alyson dijo que se quedaría a dormir en el apartamento aquella noche. Encendió la estufa eléctrica, se frotó los brazos y luego atisbo el dormitorio.

—Aubrey está en la cama y dormido —anunció, saliendo, cerrando la puerta de nuevo y en silencio a sus espaldas. Jimmy no respondió.

Ella miró inquieta por el cuarto, arregló un periódico, enderezó un libro. Sus movimientos fueron registrados por Jimmy sin significado, mientras permanecía rígido mirándola. La fantasmal carencia de rudeza de su existencia le absorbía por completo.

—Creo que quizá podríamos prepararnos algo caliente que beber —dijo Alyson, mirándole por primera vez desde que habían entrado —. Oh, Dios, siempre este apartamento sintiendo el mismo aspecto de que la fiesta se ha terminado y las lámparas se apagaron… Me gustó mucho Vincent Merrick; parece una persona positiva. Jimmy, ven aquí.

Acudió evidentemente hasta ella, aún sin pensar. Sólo un vago y frío placer se agitaba en su interior cuando ella le puso las manos en los hombros para mirarle meditativa.

—Jimmy, querido, tú no deberías venir con tanta facilidad como eso, te lo repito más de una vez —dijo Alyson, mordiéndose el labio y frunciendo el ceño—. ¿No ves que no debería ser así? Bueno, que no deberías mostrarte tan voluntarioso de complacer.

—Siempre vendré, Alyson; nunca es una carga, has de saberlo.

No seas tonta… algún día puede que me alegre de haber venido.

—Todo lo que iba a decirte era que te has mostrado muy desgraciado esta noche, ¿verdad?

Le tocó el turno a Jimmy de sentirse inquieto. Un íntimo intercambio de confidencias no era lo que deseaba ahora; su clase de confidencias no eran intercambiables.

—Quizá sea indigestión —dijo y de pronto se dio cuenta de que, a pesar de la proximidad de Alyson, su luz había permanecido neutral toda la noche. Ahora ella estaba adivinando la verdad desde aquello, o quizá desde haber estado vigilando su expresión mientras hablaba con Guy, igual que él adivinó el significado pleno de Guy sin obligárselo a decir palabra por palabra.

—La luz que falló —dijo—. No hagas caso, Alyson; mis genes siguen igual de locos, criaturas mezcladas que no saben por dónde salir. Están atravesando una fase. Es una de esas simples cosas. Uno no puede comerse su pastel y poseerlo además. Si viene el verano, ¿podrá quedar muy lejos el otoño? Hay que añadir cosas agradables al gusto.

—Sé que cuando hablas con esas tonterías te sientes muy mal por dentro —dijo Alyson—, pero otras gentes quizá no. ¿No te das cuenta de que estoy haciendo un intento tosco de serte útil?

—El Augusto hablaba contra ti, Alice —dijo con pesadez, sentándose y encendiendo un cigarrillo—. También ha hablado contra mí; así que por todos los cielos ve y prepara esa bebida caliente y deja de hablarme como si estuviéramos casados.

Alyson le dirigió una mirada rara y entró en la cocina. Quizá le agradaba que le ordenasen para variar. Vio a través de sus ojos cansinos que la costura de su vestido estaba manchada por la cerveza que Merrick derramó cuando le alcanzó la piedra.

—Simbólico —se dijo a sí mismo Jimmy, pero no pudo pensar qué es lo que simbolizaba.

IX

CUALQUIER COSA QUE TOQUE LA BANDA

Al día siguiente la delegación del Ministerio de Salud en Stipend ocupaba los titulares. Los periódicos daban publicidad tanto a Bunnian como al GRIE. Fotografías del hombrecillo que parecía un viajante de comercio aparecieron en varios reportajes; cayendo en el comedero de unos cerdos durante su presurosa retirada, le fue imposible sacar la pierna que se le había quedado encajada y así fue detenido por la policía local. Se llamaba Roger Wellknock y recibió una condena de seis meses.

A las veinticuatro horas, cuatro mujeres de distintas partes del país se adelantaron e identificaron a Wellknock como su esposo. Así el secretario de Stipend y de la rama rural del distrito del GRIE fue desenmascarado como bígamo… bígamo del todo como Donald Hortense observó con placer, un verdadero bígamo. Así el primer golpe físico atizado por los bourgoynistas sirvió para desacreditar al grupo. Wellknock tenía la mejor de las razones para no desear utilizar el ER, revelador de la verdad, así, según se deducía, ocurría con muchos otros miembros del grupo. Como sucede generalmente, la publicidad desfavorable que recibió esta minoría enmascaró las buenas intenciones de la mayoría del grupo.

El gran Bill Bourgoyne en persona quedaba por encima de toda sospecha; fue hasta lo último el denodado defensor del buen estado de cosas antiguo y como tal se ganó enorme y vociferantes apoyos (aunque otra parte inerte) de la gerontocracia de los ricos retirados. Recapacitando, sólo podemos sentir sorpresa de que este frugal coro de murmuradores, conteniendo como contenía a los desechos y desencantos y cantos de cisne de muchos ciudadanos prominentes, en su mayoría más viejos que el siglo, no influenció sobremanera en

los acontecimientos públicos; quizás es que el hombre medio que dirige, aunque sólo sea económicamente, una vida acomodada, es capaz de reírse de todos los canosos defensores del estado actual, porque se da cuenta, aunque de manera inarticulada, de que no hay tal cosa como estado actual. Hay, en su lugar, una norma continua de cambios, sólo advertible cuando uno se da cuenta de que es incapaz de cambiar por sí mismo.

El GRIE, sin embargo, jamás se convirtió en una mera figura de diversión. Eso se debió parcialmente del propio Bourgoyne y en parte al número de zanganotes que se alzaron inesperadamente, a finales de agosto, para unirse a las filas de las damas solteronas. Salieron en busca de diversión. El lanzar bidones de aceite rodando fue un placer. De pronto se convirtieron en rebeldes por una causa y se hicieron bourgoynistas. Jóvenes delincuentes que no habían tenido las manos puestas en nada más, llevaban pancartas diciendo LAS MANOS FUERA DEL SEXO, y lanzaron piedras al número 10 de Downing Street.

Cuando los estupendos días de agosto se acortaron hacia septiembre, una ola de inquietud barrió el país. En esta ola, el GRIE, destrozando una ventana aquí, dando un baño a la gente allá, fue sólo una cabeza de lanza. La mayor parte de la inquietud vino de la gente que aceptó a los ER sin ser capaz de ajustarse a la iluminación que comportaban. En particular, los tímidos, los reservados, los derrotistas, encontraron que ahora revelaban sus sentimientos involuntariamente y que habían demolido la mayor barrera que les mantenía lejos de mezclarse con los demás. Una vida de satisfacción ya no quedaba fuera del alcance suyo. Irrumpieron con sus viejos modales retirados cada cual según su naturaleza, algunos con recelo, otros violentamente, mientras los deseos reprimidos veían oportunidad de manifestarse. Principalmente fue de esta clase de gente que vino la irrupción de libinosidad predicha por Alyson Youngfield.

El efecto de esta conturbación menor fue hacer la vida generalmente más alegre «Fiestas rosadas» hicieron la cosa; los jóvenes sin amor gritaron a una escala que excedió a los locos veinte mientras brindaban por el próximo primero de septiembre, «y las iniciales de La Revolución de Septiembre», cuando los sin lucecitas en la frente serían condenados a severas penas.

Incluso sus mayores, los de mediana edad, se unieron al optimismo. Como la señora Pidney, patrona del 17 de Charlton Square observó sagazmente:

—Es algo que se apodera de los cerebros de la gente apartándolos de las cosas antinaturales como las películas y la televisión.

Así era en realidad. Los concursos de belleza alcanzaron nuevo auge; su manera de ser juzgados se simplificó infinitamente ahora que la emisión rosada y roja de los jueces podía ser registrada y medida. La novela de 900 páginas «No en algunas camas», escrita por Zanadu Timms batió todos los records de venta por virtudes de su clima en el que se hablaba de una nueva serie de coches cama, los Norman-Lit. La nueva comedia de John Osborne, «Una tumba para los cerdos» (con lo que Kenneth Tyan llamó «el motivo de la luz como *leitmotiv*») fue un triunfo extremado. La compañía Ealing firmó «Siempre carmesí», siendo la estrella Alec Guiness, logrando maravillas divertidas en tecnicolor. Incluso se informó que Samuel Beckett estaba escribiendo una obra alegre y picaresca.

Esta enorme diversión en la vida pública no logró distraer a Jimmy Solent. Sin embargo, aunque no se le pudiera considerar un hombre feliz, tampoco era desgraciado. El ser rechazado por Rose lo llevó lo mejor que pudo; pero las casuales palabras de Guy Leighton había sido la gota de agua que colma el vaso y hace el asunto del todo intolerable. Se arrojó así mismo con enfermiza energía en el trabajo de la organización de la exposición de la IBA en Haití.

En esto, sin embargo, no logró enfrascarse por completo. Alyson y Aubrey comenzaron a demostrar una preocupación inesperada; cuando llegaba el momento para ellos de tomar una decisión final en lo de llevar los NL, se pusieron cada vez más nerviosos. Las ojeras de Alyson se hicieron más oscuras.

El último martes de mes, cuando menos de una semana de gracia quedaba para que la gente utilizase sus registros emocionales haciéndoselos instalar, Jimmy se presentó en casa de Donald.

Donald estaba celebrando el haber recibido un cheque como pago a un poema publicado hace años en una revistilla de Glasgow. Un aliado de Donald vivía en aquel centro industrial y accedió a visitar al editor y amenazarle con ponerle un ojo negro si no redactaba inmediatamente el cheque. El cheque era por dos

guineas, fue extendido casi en seguida, por lo que Donald se gastó cinco guineas en bebida para celebrar el cobro.

—¿Dónde está su hermano y su novia? —preguntó Donald cuando llegó Jimmy—. ¿No van a venir?

—Aubrey se queda trabajando hasta tarde, como siempre —contestó Jimmy—. El BIL es una especie de clase alta que absorbe los sudores de todos actualmente, pero quizá vengan y se dejen caer más tarde. ¿Qué diablos es todo este jaleo que tiene usted aquí, Donald?

Donald estaba plantado junto a la chimenea en una habitación llena de hombres, chicas con aspecto de muchacho y chicos con aspecto de muchachas. Botellas de madeira y de vino rojo barato estaban en la repisa, mientras que en una sartén eléctrica el bibliotecario del IBA preparaba una mezcla de la que salían vapores penetrantes.

—Hace frío esta noche —dijo Donald—. Final de la ola de calor, probablemente. Pensé que una gota de Sangre de Brotonsauro calentaría a todo el mundo. Podemos meter los cadáveres de los Jóvenes sin Amor bajo la cama a medida que vayan cayendo.

—Los lagartos del trueno han hecho sus libaciones ante el altar de Baco —comenzó Jimmy a rimar para sí mismo, mientras tomaba medio vaso Woolworth lleno de brebaje, pero se encontró incapaz de presentar una adecuada conclusión—. ¿Gibraltar, Malta…? ¿A pesar de nuestros cerebros, nuestros restos harán mejor y más dulce la bebida o la harán más acre? Esta es una costumbre infantil, James; debes olvidarte de ella, o escribirla y enviarla al Punch…

La Sangre de Brotonsauro demostró, de hecho, ser bastante insípida. La conversación, también, era de la clase que uno encontraba de ordinario en casa de Donald. Donald vivía con un artista comercial llamado Spud Witherd que trabajaba en una agencia de publicidad. Durante el día Spud pintaba con locura gente saludable arrojándose en pelotas en la playa; de noche pintaba cosas feroces, con tipo de gusano que se arremolinaba en masas geométricas. Las cosas en forma de gusano recibían el nombre de oscílidas; Spud estaba ahora sentado en la cama, explicándolo todo cuidadosa y pacientemente igual que Jimmy le oyó otra vez explicarlo. Se preguntó si Spud disfrutaba repitiendo una y otra vez el mismo discurso y llegó a la conclusión de que sí.

—Mis oscílidas son simplemente el clímax lógico y evolucionarlo al que todo arte ha tendido siempre —explicaba Spud cuidadosamente a un par de novicios—. El arte, después de todo, es un compromiso entre la conturbación del alma del artista y ciertos principios objetivos de simetría… algo, en otras palabras que se posa entre la zona del caos y la línea recta.

—Sí, me doy cuenta de eso —dijo aliviado uno de los novicios.

—Bien. Ahora en vez de dejar ese compromiso al azar, yo calculo, lo engancho a una relación matemática. Las oscílidas son curvas de temperamento que intrigan contra la duración espacial. Son grajos. Son equilibrios. Las funciones del lienzo son meramente un enlace entre los mundos internos y externos. Lo único variable es lo que yo llamo el flujo psíquico, que naturalmente cambia de hora en hora… de otro modo, yo me limitaría a pintar siempre una y otra vez el mismo cuadro. ¿Lo entienden?

—Lo chocante es —dijo una chica con pantalones al lado de Jimmy—, que aunque las teorías de Spud son un poco falsas, sus pinturas realmente tienen algo.

Eso era. Las pinturas de la gente que se lanzaba en pelotas en la playa no molestaban a nadie, pero aquellos gusanos gangrenosos podían oscilar su camino hasta molestarle a uno muy en serio.

—Así funciona el mundo —dijo Jimmy, mirando de reojo a la chica con una pizca creciente de interés—. Lo evidente no debería de interesar a nadie. Si lo hace, es porque la gente ha sido criada tontamente, como los pollitos. Quiero decir… —Pero lo que quería decir, con el ruido y el humo, se le escapó. Iba a ser algo grande y enorme, eso fue lo que recordó; habría impresionado a la chica. ¿Qué era aquel terrible olor, el condumio de Donald o el barniz que ardía bajo la sartén eléctrica?—. Me ha estado acechando durante semanas —terminó—, especialmente algo que parece evidente, pero que para mí no lo era. Una chica me lo dijo: «Tú no me das nada» y no pude comprender.

—Parece bastante sencillo —contestó la chica de los pantalones. Llevaba un suéter negro, largas pestañas y cortas trencitas; se parecía vagamente a Aubrey Hepburn. También vagamente parecía como a punto de marcharse en cualquier momento.

—Oh, no se preocupe por eso; yo no lo hago —se apresuró a decir Jimmy. Varias facultades, despertando como de un sueño, le

acuciaban diciendo que aquella chica era atractiva.

—No me preocupaba —contestó ella.

—Ahora se ruboriza.

—Yo no. Es su Luz Norman. Ha tomado un color modesto y puedo muy bien decirle ahora, si piensa en esa clase de cosas, que está perdiendo el tiempo. Prefiero la compañía amorosa de las hembras.

La facultad se encogió y se puso a dormir de nuevo… casi porque uno no sabe cuándo una zona de fisioterapia puede no atravesar esos casos fronterizos. En su lugar, otra facultad despertó e informó a Jimmy que la música estaba sonando.

—Bailemos, guapa —dijo de inmediato.

—No baila nadie.

—Pues ése es un buen motivo para bailar.

—¡Es usted un tipo gracioso! —exclamó ella sin animación alguna.

—Oh, llámame Jimmy —dijo aburrido; ¿qué diablos importa ahora de todas maneras? Para su tierna sorpresa, ella entró dentro de sus brazos y bailotearon entre la multitud, que no mostró el menor signo de que le supiese mal. Jimmy desarrolló de nuevo un ligero brillo y la luz rosada iluminó los suaves pómulos de la muchacha.

Bailotearon por la habitación de manera sonámbula, tropezándose ocasionalmente con alguna otra pareja que se había colocado también a bailar siguiendo su ejemplo. El ahora poco notable resplandor rosado se había posado en cada rincón de la habitación, con dificultad en aquel espacio podía uno decir quién brillaba ante quién.

—Es todo un viejo sombrero —se dijo Jimmy para sí—. Ya es todo un viejo sombrero. El brillo se escapa de los brilladores ya. Que alguien traiga a las bailarinas.

Se dio cuenta de que había hablado en voz alta, pero Jean, la chica de Andreína, no pareció advertirlo.

Había pasado por una esquina media docena de veces antes de advertir que contenía un aparato de televisión, que estaba encendido. En la pantalla asomaba el rostro de una mujer de unos sesenta años; hablaba sin que ningún sonido fuese audible en la ruidosa habitación. Tenía una mandíbula fuerte y unos buenos

pómulos y seguía siendo guapa. Había allí, pensó Jimmy vagamente, más de la maestra que de la madre y entonces se dio cuenta de a quién le recordaba: ¡A Rose! Este era el programa del que le había hablado Guy Leighton, una creación de los inventores de los ER.

Olvidándose de Jean, Jimmy la soltó y se arrodilló junto al aparato para aumentar el volumen un tipo con una camisa a cuadros con cuyas espaldas tropezó, se volvió en redondo y dijo curiosamente:

—¿No es usted el new zelandés que fue expulsado la otra noche de Zombie Sexton?

—Sí —contestó Jimmy, girando el mando.

El volumen del aparato ascendió con un rugido.

—Fue en aquel tiempo cuando conocí a Ivan Demyanski —un peludo miembro del grupo aplaudió y gritó:

—Aquí, aquí —girando el mando, Jimmy consiguió que la locutora hablase, a un volumen decididamente soportable.

—Claro que estaba familiarizada con su trabajo. Ivan era amigo de Pavlov y, trabajando en líneas similares, había conseguido sus resultados similarmente notables. Lo que no me parecía familiar era el encanto de Ivan. Huyó de Rusia a Occidente, llegando a Inglaterra con poquísima salud.

—¿Y tengo entendido que usted personalmente le cuidó hasta devolverle la salud? —preguntó un entrevistador invisible.

—Sí. En el proceso, intercambiando información acerca de nuestras líneas de trabajo favoritas en la investigación, Ivan y yo llegamos a la conclusión reuniendo nuestro conocimiento efectuar una contribución original a la ciencia. Mientras, aunque estábamos clavando los dientes en el trabajo, nos enamoramos, nos casamos en 1948, y para entonces ya estaba bien encaminada la teoría de los Registros Emocionales.

Entonces era aquella Gwendoline Norman una pariente próxima a Rose, según Guy. No sólo se parecía a Rose, hablaba de una manera singularmente directa que parecía como el lenguaje escrito. Para Jimmy, esta similaridad hizo que la mirase con calor.

Ahora se veía aceitado por una máxima agonía. El rostro de Gwendoline Norman desapareció, siendo suplantado por los kilómetros del brillante laboratorio Norman, mientras otras voces

reanudaban el relato.

Jimmy perdió rápidamente interés. Esos planos de microscopio y agujas hipodérmicas, esos diagramas del cerebro, eran del todo género vulgar. Incluso cuando un ayudante, apareció, mediante su charla Jimmy comprendió que no decía nada nuevo ni transcendente. Ni el imperio Norman, como había destacado Guy, tenía mucho en juego.

Suspirando, Jimmy se arrellanó más cómodamente para escuchar a Gwendoline que había vuelto a parecer en la escena.

—Nuestro mundo se hace incesantemente complicado —decía—. No es nada que se deba temer; el camino, no sólo del progreso, sino de la mera supervivencia se extiende en una mecanización continua. Es inútil para nosotros llorar ahora por la abolición de las máquinas. Para adaptar una frase corriente, lo opuesto del progreso no es el retroceso, sino la detención. Sin máquinas, la isla sería pronto superpoblada mucho más allá del nivel de la subsistencia; con ellas, todos vivimos confortablemente. De lo que tenemos derecho a quejarnos es de la amenaza a lo individual en la creciente normalización que entraña la mecanización. Todos nosotros experimentamos momentáneamente un deseo de alguna clase para la confusión que nos rodea; deseamos ver por debajo de su superficie. Encontramos a nuestros conocidos despersonalizados y ansiando saber que realmente sienten. El aparato que Ivan Damyanski y yo perfeccionamos se ofrece como la clave de esa cuestión. Apremio aquellos de vosotros que no tengáis todavía vuestro registro emocional instalado a obtener uno gratis durante la próxima semana y unirse a nuestra grande y creciente nueva sociedad. Recordad, no sentiréis nada y…

—¡Palabras de vendedor! —gritó el hombre de la camisa a cuadros—. ¡Cortad a esa loca antes de que nos duela la cabeza!

Esto soliviantó a Jimmy. Había estado tan hechizado mirando los contornos de Rose en el rostro de Gwendoline y tratando de escuchar con tanta atención a través del ruido de la sala, que no se dio cuenta de cuanto había aumentado este ruido en su rincón. Alzando la vista, se encontró con que se había puesto cómodo poniendo la cabeza en el regazo de Jean. Ella estaba sentada, las piernas cruzadas, discutiendo con una mujer mayor que hablaba agudamente y agitaba un dedo manchado de nicotina hacia Jimmy.

La mujer también tenía el labio superior con manchas de nicotina y ojos de fiera; Jimmy dedujo de inmediato que ésta era Andreína. Se sentó de pronto con el fin de no ocupar la propiedad de la tal Andreína.

—¿Qué te piensas que estabas haciendo? —preguntaba la mujer con fuerte acento—. Nada más vuelvo la espalda para conseguir una copa y ocurre esto. ¿Te gusta venir a una fiesta para que te seduzcan, eh?

—Todo depende —intervino Jimmy con aire de excusa y se vio apabullado por la respuesta de ira en los ojos de Andreína.

—Déjale en paz, Andreína —dijo Jean malhumorada—. Estaba solo mirando la televisión.

—Mirando la tele. ¡Bonita excusa! ¿Y tú qué hacías… prepararle un pastel?

Sonriendo débilmente a Jean, Jimmy se batió en retirada.

El hombre de la camisa de cuadros gritó algo acerca de Zombie Sexton; Jimmy, que jamás había oído hablar de este caballero, asintió con la cabeza entusiasmado, le guiñó el ojo y desapareció entre la masa. Luego, durante casi una hora, volvió a descubrir la profunda verdad que, excitante como la promesa que puede haber en una fiesta, se convierte generalmente en un aburrimiento. Se vio resignado a la no llegada de su hermano y Alyson se estaba preparando para marcharse cuando ocurrió algo.

Presumiblemente para trastornar los efectos de la emisión Norman, los bourgoynistas se habían lanzado a la calle. Dos camiones, cargados de partidarios y cargados con altavoces, bajaban por Victoria Street desde la dirección de Cannon Street. Una cola de coches particulares, vehículos comerciales y autobuses del número 24 le seguían. Paseantes rodeaban a los camiones. Las voces amplificadas se veían casi apagadas por el sonido de los despreciativos claxons de los coches que pasaban. Eran lanzados objetos desde y a los camiones. Uno de los obstáculos menores que luchaba contra el GRIE eran los huevos que aquel verano valían sólo a dos chelines la docena, más baratos de lo que hacía muchos años estuvieron. Eran huevos lo que se arrojaba ahora.

El tono de la multitud resultaba distintamente más hostil para el GRIE que lo fuese jamás. Gracias particularmente a los periódicos diarios, que disfrutaban de un poco injusto partidismo. El GRIE había

llegado a ser considerado principalmente como una organización de chiflados. Si esta actitud había estorbado a las miras más serias del grupo, por lo menos les protegió de una oposición demasiado seria, aunque no de la intervención policial. Pero ahora incluso los más torpes del público se daban cuenta de que todo el éxito de la campaña del gobierno sobre los ER hacían que cada cual llevase su luz; en un país de tres ojos, el hombre de dos ojos resulta el rey.

La procesión había llegado enfrente a ventanas de Donald cuando un hombre, saliendo de entre la masa, rompió dos tarros vacíos de mermelada bajo las gomas del primer camión. Entre el silbido del aire al escaparse, el vehículo se detuvo. El conductor saltó de la cabina en un intento de pescar a quien pinchó sus ruedas. Como un relámpago se produjo la pelea. Un hombre cito, un antibourgoynista que llevaba un cartel diciendo EL HOMBRE NO PUEDE VIVIR SOLO EN LA CAMA, dio en la cabeza del conductor con su tablero de madera. Los miembros masculinos más fieros del GRIE saltaron del camión contra el individuo, mientras que sus compañeros más apocados se levantaban y les animaban. El altavoz del último camión ladró:

—¡No somos pacifistas! ¡No dudaremos en utilizar la fuerza! ¡Avisamos al gobierno que no dudaremos en utilizar la fuerza! ¡Os avisamos a todos que no dudaremos en utilizar la fuerza!

Ni tampoco Bourgoyne permitió a su rebaño que fuese desarmado entre la furiosa multitud. Mientras la masa trataba de golpear los camiones, los ocupantes de estos sacaron mangos de pico y golpearon a unos cuantos cráneos o dedos que tuvieron al alcance. Un hombre se alejó tambaleándose y gruñendo, la mano puesta en su luz ahora averiada.

Los miembros de la fiesta se agrupaban en la ventana para mirar.

—¿A qué estamos esperando? —exclamó Donald Hortense. Murmurando un obsceno grito de guerra escribista, salió de la habitación y bajó las escaleras, la cuarta parte de su grupo siguiéndole. Jimmy, la Sangre de Brotonsauro hirviendo en sus venas, iba a pocos pasos detrás de su amigo.

Salieron y se mezclaron en la multitud callejera atentos para ver cómo un taxi, que nada tenía que ver con el GRIE, era volcado por la turba. La puerta trasera quedó en la parte superior y se abrió y un

hombre salió del interior de la caja; rápidamente recibió un puñetazo en la nariz por uno de los alborotadores. Medio se volvió para proteger el rostro y en aquel instante Jimmy advirtió que era Aubrey.

—¡Es mi hermano! ¡Vamos! —Cogiendo a Donald por el hombro y el grupo escribista se abrió paso hasta el taxi.

La calle era un caos. Alguien desde una ventana próxima lanzaba cubos de agua a la masa; alzando la vista, Jimmy vio que era Andreína, la amante de Jean. Silbatos policiales sonaron, el altavoz aún seguía llamando furioso, pero ya las multitudes se disolvían. Los golpes habían dado paso a patadas fugitivas, el ataque a retiradas por los callejones más próximos. El GRIE en el camión, todos cantando «Canciones Marinas»:

> *Pero no podéis vencer a los chicos de casta bulldog,*
> *Ellos hicieron el nombre de la vieja Inglaterra.*

El conductor del taxi volcado, los puños levantados, la espalda apoyada en el techo de su vehículo, estaba dispuesto a atacar a quienes se le aproximasen; pero la gente estaba demasiado ocupada marchándose. Eludiéndole, Jimmy miró la parte trasera del vehículo. Como había esperado, Alyson se encontraba allí.

—¡Bonita manera de encontrarte! —exclamó ella en cierto modo sin aliento.

Mientras Donald y algunos de su grupo se llevaban a Aubrey tomándole por el brazo, dirigiéndole a la casa, Jimmy ayudó a Alyson a salir. Aunque pálida y conmovida, ella no había sufrido nada más que algunos arañazos. Se apoyó agradecida a Jimmy mientras la ayudaba a subir las escaleras.

En la casa la fiesta había llegado a un punto muerto, aunque de mala gana, Andreína y sus amigas habían, en su excitación arrojado la Sangre de Brotonsauro por la ventana.

La calle, milagrosamente vacía ahora excepto por unos cuantos infelices testigos que hablaban o se negaban hablar con los policías, los cartelones diciendo NO NOS DEJEMOS DERROTAR y FUERA LAS MANOS DEL SEXO estaban en el suelo cubiertos de pisadas y el conductor del taxi volcado juró con melancólico vigor en dirección al conductor del camión pinchado.

Aubrey, la nariz sangrándole profusa mente, estaba en el suelo del dormitorio de Donald, con una gruesa llave metida en su espalda para contener la hemorragia. Alyson se sentaba en la cama fumando un cigarrillo. Sobre el lecho, reminiscencia del sentido escribista del humor de Donald, una muestra de los nativos de Devonshire, llevando un peinado absurdo, dijo:

—Que todos los raros del mundo me saben a mí y a ti, incluso a ti que eres un raro pequeñito.

El hombre de la camisa a cuadros entró con un vaso de vino en el que le quedaba unos centímetros de licor, trayéndole como una medicina para las dos víctimas. —Igual que Zombie Sexton —dijo animoso a Jimmy, sacudiendo la cabeza con evidente deleite—. ¿Allá dónde usted va lleva consigo el jaleo?

—Es la diferencia de Auckland —contestó Jimmy modestamente, atareándose azarosamente en el cuidado de Alyson.

—Lamento que llegáramos tarde —dijo Alyson a Donald. Su mano temblaba mientras se llevaba el cigarrillo a los labios—. Nos vimos atascados detrás del desfile. Jamás oí tanta propaganda en mi vida. ¡Y tan verdaderamente depravada! El amor es algo degradante que debería oírse y verse… según el GRIE. He perdido toda la simpatía que alguna vez sentí por ellos.

Jimmy se encontró una vez más preguntándose por qué una chica razonable como Alyson no tenía, como las otras chicas razonables, instalado en su frente su ER. Aubrey ofrecía razones religiosas, por débiles que sonasen, para la defección; no así Alyson. Quizá ella tenía un deseo leal de dar a Aubrey cuanto apoyo pudiese; pero al oír que la muchacha mostraba un cambio de opinión Jimmy se sentía muy aliviado.

—Las Luces Norman jamás arroparán a nuestra sociedad —dijo el de la camisa a cuadros—, porque la sociedad tiene demasiadas escapatorias, pero si logran demostrar que las leyes homosexuales son una tontería, habrán hecho un trabajo que valga la pena.

—¿Es usted uno de esos? —preguntó Aubrey.

—Así me dicen —contestó a la ligera el de la camisa a cuadros, pero se volvió para enfrentarse a Aubrey como si respondiese a un desafío de la voz del otro.

—Me temo que no me preocupo mucho por los de su clase —dijo Aubrey.

Entonces comenzó una escena penosamente embarazadora. Aubrey, sangrando aún por la nariz, empezó a denunciar al de la camisa a cuadros y a todos los de su clase. Presentó los ordinarios y válidos argumentos, logrando hacer que sonasen como afrenta personal. Sus palabras salieron a chorro, como una ráfaga inesperada de petróleo sobre la que, una vez comenzada, él no tuviese control. El de la camisa a cuadros le interrumpió acalorado una o dos veces, pero Donald le contuvo. Alyson permanecía sentada en silencio en la cama, sin mirar a nadie, sus mejillas encendidas.

Cuando Aubrey hubo terminado, el de la camisa a cuadros dijo furioso:

—¿Se da usted cuenta, verdad, de que nosotros comprendemos que hay algo equívoco con usted cuando habla de esa manera?

—¿Y por qué tiene que ser así? —preguntó Aubrey—. Ustedes aceptan juicios objetivos en otras esferas; ¿por qué no en ésta?

—¡No importa discutir! Ya dijeron lo que querían decir —le contestó Donald—. Creo que usted no sabe de lo que habla, pero ya ha dicho lo que quería. ¿Ahora quiere marcharse? —Se volvió hacia Alyson y dijo tartamudeando—: Siento mucho esto —y se fue de la sala. Al cabo de un momento en el que estuvo mirando a Aubrey con desdén asesino, el hombre de la camisa a cuadros intervino, tranquilo y con impresionante ambigüedad.

—Toque lo que toque la banda, uno siempre percibe su propia música.

Y también salía de la habitación.

—Levántate y volvamos a casa —dijo Jimmy con furia—. Me extraña que no te hayan pegado, Aubrey, y no estoy seguro de que yo no debiera hacerlo ahora. Viniste aquí, eres un invitado, aceptas su hospitalidad y todo lo que haces es criticar sus aficiones homosexuales. Ya te dije hace semanas que Donald era afeminado y si a ti no te gustó, debiste permanecer alejado de él. Si yo fuese Donald, te…

—Cállate, Jimmy —dijo Alyson—. ¿No te das cuenta de que Aubrey no es dueño de sí? Está asustado. Ve y tráenos un taxi, ¿quieres? Salgamos de aquí.

De regreso al apartamento, Aubrey se dejó caer en un sillón, enterró el rostro en las manos y empezó a gemir.

—Echaré las cortinas —dijo Alyson—. Mientras lo hacía, miró hacia Charlton Square. Nadie se veía allí. Aunque la hierba central parecía parda y rala después de las semanas de sol, una especie de frescura subía del espacio rebordeado por árboles. La mera ausencia de humanidad era tónica en sí misma; resultaba bueno que le recordasen a intervalos que el mundo no era del hombre, que él no era más que una especie de un planeta esforzado.

Sin embargo, vaya fiesta la que se celebraba en el mundo.

—Hace una noche estupenda —dijo Alyson, reuniendo sus pensamientos con las palabras más indiferentes posibles.

—No seas graciosa —contestó Jimmy irritable—. Ayúdame a llevar a este pelmazo a su cama, ¿quieres? Ha estado bebiendo.

—Ven aquí, Jimmy querido —dijo Alyson sin ningún cariño.

—No estoy de humor —contestó Jimmy.

—¿Y qué si he estado bebiendo? —preguntó despacio Aubrey. Apartó la cara de las palmas de las manos y la volvió hacia ellos; era irreconocible. Su circunferencia parecía blanca, fundiéndose con un amarillo bilis hacia el centro, en donde, precisamente en la diana, una nariz hinchada pendía como una ciruela Victoria madura.

—¿Y qué si he estado bebiendo? —dijo Aubrey por segunda vez —. Todo es barro, ¿no? Tú estabas condenadamente demasiado distraído divirtiéndote, pero yo tengo un puesto responsable… un puesto, quiero decir, maldita sea. Quiero decir que no quiero pecar de inmodestia, pero tengo un empleo de responsabilidad y si no tenemos cuidado, todo el asunto se desplomará.

—¿De qué asunto estás hablando? —preguntó Jimmy impaciente.

—Del asunto, claro del trato. El trato que vamos a hacer con Suiza, los ocho millones de libras para el suministro de ER. ¿No comprendes ahora? Se me ha felicitado, No podemos decepcionar a Suiza, esta huelga sanguinaria va a dejarnos impotentes. Jimmy miró suplicante a Alyson.

—¿De qué huelga habla? ¿Es que se le ha subido el vino a la cabeza?

—¿Por qué no lees los periódicos? —preguntó Aubrey con furia. Se levantó de la silla, plantándose erguido y tenso. Ahora volvía la sangre a su cara, haciéndole parecer menos como una máscara

china en un festival Kung Hee Fat Choy.

—Tengo demasiado trabajo para leer los periódicos —dijo Jimmy.

—¡Sí, demasiado trabajo para divertirte!

—¡Yo no me estoy divirtiendo!

Cruzando pesadamente hasta la alacena, Aubrey cogió el periódico de la noche de una de las sillas. Dramática y ofensivamente lo colocó bajo las narices de Jimmy. Titulares en negro anunciaban que los obreros del acero se habían declarado en huelga en todo el país, siguiendo unas instrucciones iniciadas por Cadáver Alloys, fabricantes de los discos de metal de los ER. Eso es todo cuanto Jimmy vio antes de arrebatar el periódico de las manos de su hermano.

—Vamos a la cama —dijo.

Hay la discrepancia entre lo que intentamos y lo que hacemos es frecuente idéntico incluso para nosotros mismos. Una vez entre las sábanas, Jimmy se dio cuenta de que lejos de poner a su hermano en su sitio, severamente se había comportado de manera absurda. Aubrey estaba sufriendo bajo una fuerte tensión y evidentemente necesitaba algunas consideraciones. Jimmy, de hecho, había leído lo de la huelga de la industria de acero. Le produjo tan poca impresión que no logró relacionarla con Aubrey, ni siquiera con el BIL. Las huelgas, después de todo, eran asuntos bastante remotos que tenían lugar en fábricas muy lejanas, excepto las excepciones ocasionales desgraciadas como la huelga del transporte del 58. Era muy bien conocido que esa clase de gente salía a pedir cuanto pudiese obtener.

Además, los periódicos estaban llenos de tristeza en el presente, si uno los miraba con atención. La crisis. El embajador inglés echado a patadas de Jordania, o de algún otro país. La plaga de orugas en Somerset, recesión en América haciéndose sentir incluso aquí. La condenación religiosa de los ER. El nacimiento de niños con tres o cuatro piernas en Japón. Algaradas y motines en diversos cuarteles del ejército inglés. Y todo lo demás. Uno tenía que tomar lo con una pizca de sal.

No era bueno mostrarse pesimista.

X

SCRYBAN INTERVIENE

La colección Haití crecía. Una Biblia perteneciente al mulato presidente Boyer; litografías contemporáneas de la suntuosa coronación del emperador Daustin I; el uniforme blanco, amarillo, verde y carmesí del primer conde de Limonade; un ajado cartel anunciador del teatro de Port Royal, una explosión, prestada por BOAC, de la ciudadela de La Ferriére; las fotografías de la tumba de Marie-Louse en Pisa; y otros muchos artículos interesantes habían sido ya reunidos. Jimmy estaba sentado en su cuarto del IBA, mirando todo esto con la vista perdida.

La organización de la exposición se había convertido en algo más que un empleo para Jimmy. Haití con su clima tropical y su historia extraordinaria se había apoderado de él. Por encima de todo, estaba el breve reinado de Christophe, el rey conocido simplemente por sus súbditos como
«L'Homme»,
lo que más le fascinaba. Aquel negro, que creó un estado plenamente funcional sacándolo del caos mediante la resolución persistente y la ingenuidad. (Y quien hizo que el odioso inglés ahora pareciese poco imaginativo), era para Jimmy el monarca más sorprendente, sino el más grande, el que hubiese vivido jamás.

Esta mañana, sin embargo, después del enorme comportamiento de su hermano la noche anterior, Jimmy tenía en el cerebro otras cosas aparte de Henri. Tenía miedo de encontrarse con Donald, temiendo que su amistad se hubiese congelado para siempre; porque aunque le sabía mal que el sexualismo de Donald se hubiese finalizado, tenía personalmente bastante cariño hacia el bibliotecario.

El teléfono interior sonó. Jimmy se sobresaltó.

—Solent —dijo.

Era Donald.

—¿Jimmy? Ha llegado su libro de Sam Untermeyer Heights University. ¿Le gustaría subir a por él?

—Ahora mismo voy, Don.

Mientras subía la escalera, haciendo un gesto torpe de cabeza a la señora Charteris —aún seguía sin encontrar nada que decirle—, Jimmy se dio cuenta de que Donald no había cambiado. Su voz por teléfono no traicionaba ni pizca que indicase que algo había ocurrido. Las mujeres de la limpieza murmuraban desde una sala de lecturas a otra sala. Detrás de la puerta rotulada «Órgano de la Casa», el sanguinario Trefisick podía ser oído bramando a su secretaria. Todo iba bien en el mundo, también como siempre.

Donald seguía desembalando el libro, prestado especialmente para la exposición de Haití, cuando Jimmy entró en su sala de trabajo detrás de la biblioteca. Era un volumen pequeño, en piel, titulado «La Partie de Chasse du Roi», 1820, y fue el último libro impreso por la prensa real de Henri Christophe a la sombra de La Ferriére. Dentro del mismo año de su impresión, Henri se suicidó con una bala de oro, su hijo asesinado, su reina y sus hijas llevadas a Europa clandestinamente. Sólo sostener el volumen llenó a Jimmy de emoción.

—¿Tened libros en tu exposición? —dijo Donald—. ¿Qué diría nuestro fundador? —Efectuó una cortesía en dirección a la foto más próxima de Clyde B. Nitkin y siguió con amplio centro ultramarino —: «La riqueza en materiales cuando ambos extremos se unen: la pobreza intelectual es cuando ambos extremos se unen: la pobreza intelectual es cuando el libro termina de reunirse». Moraleja: No dejes que tus elefantes de madera estén mejilla con mejilla, o Nitkin te llevará al caos.

—Basta de este humor elefantino —contestó Jimmy, añadiendo mientras preparaba la revista de ciencia ficción del escritorio de Donald—. ¿Qué dice Campbell este mes?

—Evolución y religión —respondió Donald—. Es muy interesante. El punto de vista teológico es que los terrestres están en un estado caído, por consecuencia cualquier mejora en nuestra cantidad de ciencias no valdrá la pena. Desde el punto de vista

revolucionario, por otra parte, no podemos estar caídos puesto que apenas tuvimos tiempo de levantarnos: han pasado sólo doscientas cincuenta generaciones des de la Edad del Bronce. La ascensión que efectuamos vale la pena por su propio bien, cualquiera que sea su destino.

—Lo es si pensamos que lo sea.

—¿Usted lo piensa? —preguntó Donald.

—Con frecuencia. Igual que no creo en el cielo pero me doy plena cuenta del infierno, tampoco creo en el progreso pero temo el estancamiento.

—¡Mi querido amigo, es usted muy con temporáneo! —exclamó Donald—. Su florecer intelectual se desperdicia en esta charca… es una flor de los pantanos.

—¿Y qué es lo que opina usted de eso? —preguntó Jimmy, inseguro, como a menudo se encontraba, cuando hablaba Donald puesto que no sabía si lo hacía con sarcasmo o a la defensiva.

—No tengo derecho a sentimiento alguno acerca del progreso o la evolución —contestó Donald—. Su hermano lo expresó bien claro anoche diciendo que la gente del lado bueno de la cerca mira a los de mi clase como antirrevolucionarios. Y, claro, desde ese punto de vista, tiene toda la razón. Esta cosa horrible, ciega y sorda, llamada evolución no se interesa en los sentimientos; su único interés es en la propagación de la siguiente generación. Pero volviendo a la ciencia ficción, estos chicos, ha de saber, se muestran verdaderamente felices en lo referente a las Luces Norman. Es algo que cae dentro de su campo de acción. No han estado tan satisfechos jamás desde que se lanzaron los primeros satélites en la Tierra.

Sumergido por esta clase de conversación, Jimmy dijo:

—¿No le dije nunca que Scryban me pilló leyendo una colección de historias de ciencia ficción cuando yo llevaba aquí pocos días? La cogió, la examinó y luego citó a Shakespeare: «Esto es un arte, que no corrige la naturaleza, que la cambia algo; pero es que el arte en sí es naturaleza».

—Hum. En otra ocasión también me dijo lo mismo. Idéntica cita.

—¡Qué desencantador por su parte! Una etiqueta justa para cada situación. Me sabe mal decir que siempre sospeché que fuese así.

—Bueno, usted ya sabe lo que dicen, Jimmy. No importa cuán

sanguinariamente usted actúe, mientras hable con sentido común.

Jimmy volvió a su cuarto, llevando consigo el precioso ejemplar de «La Partie de Chasse du Roi». La dejó sobre su escritorio y se sentó con un suspiro, las palabras de Donald despertando ecos en su mente. «No importa cuán sanguinariamente sordo uno actúe…».

—Si alguien ha actuado alguna vez sanguinariamente sordo, he sido yo —se dijo Jimmy para sí—. Mezclarme con Rose fue la obra de un idiota. Mezclarme con ella es el trabajo de veinte idiotas. Dios, pero es como veneno en la sangre; no puedo deshacerme de él. Es como una enfermedad fatal. El mero hecho tosco de que no la volveré a ver jamás… que la odio y la detestó… no importa nada. Aún la quiero. Aún deseo tener conocimiento carnal con ella y ahora estoy en estado en que sólo se puede describir como ignorancia carnal. Es como un olor en la nariz; puede ser un olor hermoso, pero no lo quieres tomar con cada inspiración de aire que tomes. Si al menos pudiese sacudirlo de mí, si pudiese recuperarme.

Estaba sentado allí repasando su pasado cuando entró la señora Wolf. Era costumbre de ella ir a visitar y charlar unos cuantos minutos, generalmente antes de ir a tomar café; aunque apenas podría decirse que tuviese mucho en común, pasaban el día bastante agradablemente. Esta mañana, sin embargo, la señora Wolf tenía en la cabeza algo más que chismorrerías.

—Jimmy, querido, ¿ha hablado ya hoy con Conrad Scryban? —preguntó ella, bien abiertos sus ojos de máscara. Cuando Jimmy dijo que no —continuó ella—: sin desear decir nada a sus espaldas… ya sabe usted lo que yo opino acerca de las buenas relaciones personales… realmente me temo que el pobre hombre se ha vuelto loco.

—Usted me intriga. ¿Qué le hace pensar eso?

—Conrad se ha unido a los burgoynistas —dijo la señora Wolf.

Pensativo, Jimmy tomó su estilográfica del escritorio y comenzó a chupar uno de los extremos.

—Sí, es raro; quiero decir que sé que hay gente que sigue uniéndose al GRIE, pero el viejo Scryban no parece de ese tipo.

—Es más que raro —exclamó impaciente la señora Wolf—. Es desalentador. No sé qué le está ocurriendo a la gente…

Se interrumpió, mirando en su torno con sorpresa cuando la puerta se abrió violentamente. Martin Trefisick, el cornuallés nacido

en Devon, entró, su rostro de un profundo carmesí verdeado por algunos toques aguamarina.

—Verónica —gritó a la señora Wolf, siendo la primera vez que la hablaba en varias semanas—. Verónica, ¿acaso Scryban la ha tenido en su habitación esta mañana, lloriqueando sus sanguinarias basuras?

—Sí —contestó ella—. Aunque a duras penas me atrevería a catalogar sus confidencias con la palabra «basuras». Estuve con él hace apenas diez minutos y recibió a la señorita Redfern antes que a mí…

—Está recibiendo a todo el sanguinario personal de uno en uno —gritó Trefisick. Paseó por la habitación furioso, respirando ruidosamente a causa de su agitación.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Jimmy—. ¿Qué dijo Scryban?

—¿Decir? ¿Que qué dijo? ¿Qué cree usted que dijo? Tuvo la caradura de pedirme… ¡a mí!… que ingresara en los burgoynistas.

—También quería lo mismo de mí —dijo la señora Wolf, añadiendo con frialdad—: pero hubiera pensado que con usted habría tenido un campo más prometedor, Martin. Después de todo, usted se ha negado tozudamente a dejar que le instalen el ER.

—¡Debí imaginármelo! ¡Lástima que no hayan muchos como yo! Pero ¿sólo porque me niego a dejarme regimentar le da motivos para creerme capaz de asociarme a un chiflado como Bourgoyne y su rebaño? ¡Tenga un poco de sentido común, Verónica! Yo lo llamo salsa sanguinaria… a lo de interferirse en nuestras opiniones personales. Odio sólo el pensar llevar una simple y absurda medallita de metal en mi cráneo.

En el acalorado fulgor de la fulminación, Trefisick dio un puñetazo a la librería, desparramando por el suelo una pila de folletos del IBA. Jimmy se sentía muy cansado de esta exhibición; evidentemente aquel hombre disfrutaba con aquella excusa que le permitía dar rienda suelta a la cólera.

—Si tiene tan mala opinión de las Luces Norman, es lógico pensar que su camino más lógico sería unirse al GRIE —observó, cortando en seco la frase de Trefisick—. Como usted dice, aceptan a todo el mundo.

Adelantando agresivamente su mandíbula, Trefisick se volvió

hacia Jimmy.

—Todo es cuestión de principios, Solent. No espero que usted lo comprenda, Los de su generación son todos iguales: no saben cómo votar, o pensar o actuar. Salen de estampida al oír la palabra «adelante», formando un lamentable grupo de corderos. Así que mantenga la boca cerrada, ¿quiere?

—¡Me gusta eso! —exclamó Jimmy, poniéndose en pie de un salto—. Entra usted aquí y se pone a gritar por mi cuarto como si fuera un carcelero de Dartmoor que tuviese para sí solo a todo el presidio y aún espera que me quede calladito dejándole a usted airear sus crudos prejuicios. Puede irse…

—¡Solent! —bramó Trefisick—. ¡Solent! ¡Tendré que sacarle de aquí agarrándole por el cuello! ¡Si piensa que voy a…!

Sonó el teléfono interior.

—Por favor, ustedes dos, dejen de gritar y contesten a esa llamada —dijo la señora Wolf—. No hay necesidad de discutir.

—¡Eso es lo malo en la Inglaterra actual! —dijo el cornuallés, cambiando de táctica—. Nadie comprende que es necesario discutir. «No importa discutir, unámonos a cualquier grupo, así no nos hará falta tener que pensar siquiera. ¿Le extraña que todo el sistema completo esté sanguinariamente desmoronándose en pedazos? Verónica, usted me sorprende.

—Sí, al habla Solent, señor Scryban —dijo con énfasis Jimmy por el teléfono, sonriendo cínicamente cuando de súbito Trefisick se quedó mudo—. Sí, subiré en seguida.

Colgó el receptor.

—Su turno —murmuró la señora Wolf, con apreciable complacencia—. No le deje ahora que le convenza para ingresar en ninguna bandería.

Mientras cruzaba la sala de exposiciones, Jimmy asintió sin decir palabra en dirección a la señora Charteris y tomó el ascensor que le llevaría al piso del señor Scryban.

Scryban estaba sentado tras su escritorio con las manos entrelazadas sobre el tablero, dando vueltas a una cajita de fósforos incesantemente. Su pipa, con boquilla de ámbar, estaba encasquetada entre los dientes, pero apagada. Parecía a la vez grave, acalorado y algo satisfecho de sí mismo. Una fina línea roja en la barbilla impoluta mostraba que al afeitarse aquella mañana se

había cortado.

Tras saludar a Jimmy con un gesto de cabeza y señalarle una silla, dijo con los modales briosos que empleaba de ordinario:

—Por los rugidos que oí de su teléfono deduje que Martin Trefisick estaba con usted; en cuyo caso, no me cabe la menor duda de que tiene usted alguna idea de lo que pienso decirle.

Miró de reojo y con intensidad a Jimmy, para proseguir sin aguardar su asentimiento.

—Hoy es jueves. El sábado tarde todos los Centros de Instalación de ER cerrarán en el país. El lunes, 2 de septiembre, quienes hayan declinado la orden de visitar tales centros sufrirán multas y encarcelamiento. Eso será llamado prosecución, aunque en realidad será persecución.

»Quizás usted comprenda que mis puntos de vista en política han tendido en el pasado a inclinarme hacia lo frívolo. Lo admito… y es un error común, Solent. Porque si la política es una cuestión delicada, ¿quién se toma la política en serio? Si recuerda usted su "New Grub Street" —un trabajo subestimado hecho para un hombre subestimado— recordará el acertijo de Reardon:

«¿En qué se parece una casa de huéspedes londinense al cuerpo humano?», cuya respuesta es: «En que los sesos están en la parte más alta». Esto no se aplica al cuerpo político. Los charlatanes están en la cima, los pensadores por debajo: la diseminación de Demóstenes, aquel abogado relamido y perfecto orador, por nuestras escuelas públicas y universidades, se ha combinado con métodos de publicidad televisiva para corromper nuestro sistema gubernamental desde lo alto. O quizás es como afirma el proverbio persa de que el pez podrido empieza a oler mal desde su cabeza. Resulta difícil diagnosticar con certeza, formando parte uno de la enfermedad. Sin embargo…

Se le ocurrió pensar a Scryban que estaba desviándose del asunto. Frunció el ceño durante la subsiguiente pausa, acariciándose la tonsurada calva con algo de complacencia.

—Reservarse la opinión es una vieja costumbre inglesa —continuó—, y eso es lo que la mayoría de nosotros hemos estado haciendo, desde que aparecieron los ER por primera vez. Esperábamos en realidad que el punto de vista del gobierno acerca de esos chismes como simplificadores de la vida quedara

demostrado sin lugar a dudas; pero el caso es que pienso que se ha demostrado incorrecto. El fin ha fallado en justificar los siempre dudosos medios.

—No estoy del todo de acuerdo con eso —dijo Jimmy, su voz ronca y baja.

—No hablo de casos particulares, sino del país en general. El jaleo es universal, la violencia endémica, la licenciosidad rampante. Hay motines en el ejército, holgazanería en las fábricas y, según he oído, intranquilidad incluso en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Todo eso es atribuible a la introducción de las Luces Norman. Han sido instaladas, fíjense, bajo un terrible malentendido, cosa que debió reconocerse hace muchos meses, antes de que todo el lunático esquema fuese puesto en acción. La mala concepción es, claro, que el sexo representa un papel predominante en la vida de la gente.

—¿Quiere usted decir que no lo cree así? —preguntó Jimmy sorprendido. Con las persianas venecianas de plástico bajadas para protegerse del sol había una singular calma en la habitación de Scryban. El tránsito de la calle sonaba lejano.

Permitiéndose a sí mismo una sarcástica y enfermiza sonrisa, Scryban contestó:

—El sexo es tan la preocupación de este siglo como lo fue la razón en el siglo XVIII. Desgraciadamente, poseemos los medios mecánicos de elevar nuestra preocupación hasta divinizarla. Nos veremos esclavizados por aquello que deberíamos tener esclavizado. Por eso hay una doble razón para rechazar los ER. En un sentido no carente de importancia, nos convertimos en esclavos de nuestro gobierno al permitir que nos instalen en la cabeza esas cosas; en otro sentido mucho más profundo, también nos hacemos esclavos de nosotros mismos. De nuestros yo básicos.

Aunque pronunció este discursito con seriedad, Conrad Scryban estropeó el efecto al arrellanarse al terminar para contemplar a Jimmy con una especie de propietarial interés. Su mero aspecto convirtió a Jimmy en una desagradable persona joven.

—Me doy cuenta de que está usted preocupado por lo que podrá ocurrirle el próximo lunes —dijo—, pero ¿qué puedo hacer yo en el asunto? Tengo mi ER, estoy satisfecho de él y en total lo considero como una cosa buena. De acuerdo, hay ahí un punto de molestia ahora para el país, pero que se resolverá por sí solo una vez que el

nuevo sistema funcione adecuadamente. Cualquier nuevo sistema nada más aparece se figura ser el fin del mundo, especialmente para la generación más antigua.

Scryban se levantó de un salto y caminó por detrás del escritorio tratando de encender la pipa con una sucesión de los larguísimos fósforos de la caja con la que anteriormente estuvo jugueteando.

—Usted no piensa por sí mismo —dijo—. Como le dije, originalmente me reservé el juicio. Pero todo lo que veo es que las condiciones están empeorando.

—Eso parece ser más sugestión de temperamento que de criterio —observó Jimmy.

—Es inútil irritarse —dijo Scryban irritándose él mismo—. Esta mañana recibí una carta circular de Bourgoyne; por eso hablo con todos ustedes personalmente. El destaca que el país quedará arruinado, económica y financieramente, a finales de año si las tendencias presentes continúan. El gobierno debe de ser obligado oficialmente y las leyes obligatorias de los ER rescindidas. ¿Qué espera Bourgoyne que haga usted acerca de eso? —preguntó Jimmy con curiosidad.

—¿Ha oído hablar de la Marcha de Protesta del domingo?

A Jimmy no le gustaba admitir su ignorancia. Permanecía sentado, denso, permitiendo que se presumiese que aceptaba la pregunta como cosa retórica.

—¿Así que no lo ha oído? —dijo Scryban, para hacer saber que el gambito había fracasado—. Bueno, este último intento de Bourgoyne de agitar la opinión pública en el país sé va a producir. Para mí, ha elegido el momento maduro en sazón; cuando la gente sabe que el gobierno se verá obligado a actuar drásticamente la semana próxima. Personalmente dirigirá una Marcha de Protesta desde el Estadio de Wembley a Chequers, en donde Gascadder tendrá su residencia. Los manifestantes abandonaran el estadio, después del discurso y una bendición del obispo de Coventry, a las nueve en punto de la mañana del domingo, y llegarán a Chequers a la hora del té. He decidido unirme a la marcha y esperaba que ustedes no les importaría venir conmigo, como signo de que sus conciencias personales y sociales no están muertas.

Jimmy estuvo a punto de verse ganado casi por la mirada desvalida de súplica. Le habría gustado, en bien de Scryban,

marchar junto a Scryban. Luego imaginó a las otras personas con las que tendría que caminar, se imaginó la aspereza de las camisas obreras; los sobacos sudados; los vestidos horribles de las mujeres; los gritos de los alborotadores excitados; la impedimenta de mochilas con bocadillos y botellas del populacho; las estúpidas pancartas; el olor a sudor cuando la Marcha estuviese en su cumbre y las primeras exaltaciones del momento hubiesen pasado, y por encima de todo la camaradería espuria engendrada por todo el asunto autoconsciente, expresándose a sí misma en el compartir del termo, el contar chistes, la palmadita en la espalda.

—Lo siento. Pero esto no es mi género en absoluto —murmuró y se puso en pie para terminar la entrevista.

—Es mucho más fácil no meterse en nada, ¿verdad, Solent? —observó Scryban sin simpatía mientras miraba como Jimmy salía. Después de otro inútil intento de encender su pipa, se volvió tristemente al teléfono y convocó a Donald Hortense.

Apenas Jimmy hubo salido al corredor cuando se vio abordado por la señora Wolf. Ella casi le arrastra a su cuarto, clavando sus agudas y brillantemente pintadas uñas en su muñeca. Cerró la puerta tras ellos con un ligero suspiro.

—¡Tenía que meterle aquí o ese hombre terrible de Trefisick nos habría vuelto a acorralar! —exclamó, mirándole ávidamente—. Oh, Jimmy, acabo de escaparme de él… es capaz de arrancar los cuartos a un burro. Esta fuera ahora. Bueno, ¿qué es lo que le dijo Conrad?

Jimmy ofreció a la dama un cigarrillo y tomó uno para sí. No estaba seguro de lo tranquilo que se sentía al verse encerrado en aquel despacho.

—Citó a Gissing, dijo que el país iba al traste, quiso que me reuniese a él y que hablase del asunto al primer ministro… bueno, yo y otros más —resumió brevemente.

—Pobre querido Conrad —exclamó la señora Wolf inesperadamente—. ¡Le tengo tanta simpatía! Siempre pensé en él considerándolo que pertenece a los tipos de los mártires, a esos que algún día se unirían a cualquier causa perdida. Ha perdido el dominio de sí mismo y, sin embargo… Quizá se equivoque, pero se equivoca admirablemente.

—Oh, no sé, ya sabe —exclamó Jimmy, fue su intento de balbuceo una especie de deseo de sugerir que Conrad Scryban podía

tener razón y la idea de una marcha de protesta en cambio resultaba equívoca; pero de eso en ningún caso estaba seguro; y desconfiaba bastante de la certeza con la que otras personas parecían sopesar una situación dada.

—Es un hombre de Cambridge —añadió, pensando vagamente que saberlo todo era excusarlo todo.

Ansiosa de no discutir, la señora Wolf se iluminó y le cogió del brazo.

—No me importa, Jimmy —dijo ella—. Tengo una idea; ¿por qué no viene y pasa el fin de semana con mi marido y conmigo?; ahora nos llevamos espléndidamente, así que no habrán situaciones tensas; y además estará mi madre… es una mujer que le gustará. Le puedo llevar conmigo el sábado por la tarde. Los manifestantes han de pasar por surogate en su camino a Chequers. Desde la casa podremos verles; tendríamos una espléndida vista desde las habitaciones altas. Será bastante divertido ver a Conrad Scryban a la cabeza de ellos, dando zancadas con una pancarta; quizá podamos ofrecerle algún refresco mientras pasa. Vendrá, ¿verdad?

—Es usted excesivamente amable —contestó Jimmy.

—En absoluto, en absoluto; debía habérselo pedido antes de haber sido las cosas más fáciles entre Kenelm y yo —tenía la autoridad y el color del buen equipaje mientras se acercaba de regreso al corredor, aun hablando con brillantez… ansiosa, sinuosa, metropolitana.

Al pie de las escaleras, junto a un busto inadvertido de Nitkin, Bloody Trefisick estaba abordando a Donald Hortense, exhortándole a no ir al despacho de Scryban y escuchar tonterías. Donald, que evidentemente sabía de lo que se trataba, llevaba como una máscara en su rostro, una expresión ominosa de paciencia.

—Todo lo que intento decir —destacó Trefisick, alzando el puño —, es que Scryban está sobrepasando su autoridad hablándonos a todos de este asunto. Los libros son su campo, no la política… ni el sexo, por lo que respecta, ¡ja! Hará usted bien en ignorar su convocatoria, Donald, créame. A ese hombre no deben darse alas, este asunto sanguinario no le corresponde.

Donald presentaba la apariencia de quien se encierra en una tumba de autodominio.

—Señor Trefisick, Scryban es un hombre desconfiado. En sus

contactos con nosotros, aborda esta desconfianza tras una serie de rodeos y de citas. Imagínese usted pues… si es que logra reunir bastante imaginación… el gran esfuerzo de voluntad al que ha debido recurrir para hacerle hablarnos de este asunto; eso muestra la fortaleza de sus sentimientos. Lo menos que podemos hacer es seguirle la corriente y escucharle y dejar que se desahogue.

—Pero no tiene nada de qué desahogarse excepto de una gran cantidad de fanfarronadas sobre una sanguinaria y tonta manifestación…

—Preferiría, si me lo permite, escuchárselo a él antes que volver a oír de usted esos calificativos sanguinarios.

Al decirlo así, Donald apartó al presunto cornuallés.

El cuello de Trefisick se volvió color cereza.

—Todos son iguales, ustedes, las Jóvenes Personas desagradables… ¡Piensan que lo han visto todo y son incapaces de verse la punta de la nariz!

Sin responder ni mirar en su torno, Donald llamó con los nudillos en la puerta de Scryban y entró.

—Dios Todopoderoso —observó Jimmy para sí mientras bajaba a la cafetería y recogía su café matutino—. E aquí una simple cosa, el deseo de Scryban de discutir algo importante. Y tenemos a cuatro de nosotros, la Loba, el Sanguinario Trefisick, Donald y yo, todos más o menos del mismo tronco social. Sin embargo los cuatro reaccionamos de manera diferente. Es sorprendente como entre la gente con mucho en común existan divergencias irreconciliables… Rose English y yo, como doloroso ejemplo.

»Todo el mundo se ve enredado, incluso aquellos que pretenden saber. Yo me equivoqué, claro, en primer lugar. Yo siempre me precipito en hacer bien lo más equívoco; ¿me pregunto si es muy manifiesto? Pensé que conseguir un ER era simplemente una decisión personal. No lo es. No es eso tampoco es un caso abierto y cerrado.

»Oh, Dios, es política, claro. El destino del país depende de ello y el destino del hombre occidental. Es la salida del atasco del tráfico actual de los años sesenta. (Tiene gracia lo fácil en que uno se coloca a un nivel político, como los tópicos alzan el vuelo como pájaros zumbando, arrancando toda la realidad). Pero Europa jamás pensó en los ER; está demasiado hundida en el pesimismo. ¿Cuántas

personas de aquí real mente se preocupan de lo que está sucediendo, se preocupan en realidad lo bastan te para ser pesimista?

»Sé que yo no. Intento preocuparme Pero no lo hago. Soy un bastardo materialista; yo realmente no lo quiero, pero me he tragado el soborno materialista, me lo he tragado por entero. Nuevas ropas, una mujer elegante, un coche, licores… Dios, me he caído con todo el equipo y nunca realmente tuve intención. Tiene gracia… De vez en cuando, antaño, intenté ser el tipo culto. Uno no piensa en ello durante meses en total, luego de pronto se da cuenta de que ya lo tiene.

»Pero después de todo, ¿a dónde diablos más se puede ir? Ciertamente no a es divertida y populachera manifestación de la que habló Scryban.

Acabando su café, Jimmy volvió a la paz de su despacho, pero se vio detenido en el vestíbulo por un grito de la señora Charteris.

Con la conciencia aún dolida, Jimmy imaginó que ella estaba a punto de irrumpir en una parrafada y a enfrentarle con el eterno nada que decirle; en su lugar, para su alivio, le anunció que acaba de llegar una llamada para él.

—Voy a mi despacho. La tomaré desde allí.

—Gracias, señor Solent. Es de un tal señor Leighton.

La conciencia dejó de preocupar mientras el corazón comenzaba a acuciarle. Jimmy sabía que iba a ser algo acerca de Rose; su corazón comenzó a darle vueltas dentro el pecho subiendo y bajando como el apoyo de un maniático.

XI

«UNA PIZCA DE DECEPCION»

Guy Leighton era recatado; Guy Leighton era decidido; Guy Leighton estaba, como siempre, enterado. Guy, de hecho, había descubierto «todo lo concerniente a Rose», tal y como él mismo afirmó. Pero Guy Leighton se negó a divulgar por teléfono lo último que había averiguado y, por con siguiente, Jimmy concertó —de mala gana, con recelos, pero, no obstante, concertó —reunirse con él en un establecimiento público bastante más cerca del BIL que del IBA.

Jimmy llegó primero. Antes de que entrase una pelea tuvo lugar en el salón bar, pero el vencedor, un recio joven sin ER, aún estaba celebrando su triunfo. Aunque no sintiera particular interés por el caso, Jimmy captó por diversos retazos de la con versación que la disputa había sido por culpa de llevar o no llevar Luces Norman, El vencido había llamado al ganador «hombre asexual, etc.»; el vencedor llamó al perdedor «sucio e insignificante conformista»; y así se llegó a derramamiento de sangre y cerveza. La atmósfera continuaba estando extraordinariamente tensa, con esa sensibilidad a flor de piel más ordinariamente aso ciada a las barras de los bares de las películas del oeste hechas en Hollywood.

Eso a Jimmy no podía importarle mí nos. Un periódico empapado junto a su codo en el mostrador anunciaba una huelga extraoficial en el mercado de Smithfield; los mozos de cuerda se habían negado a cargar los camiones conducidos por choferes pertenecientes a un sindicato cuyo secretario había hablado con simpatía del movimiento GRIE. La vida era complicada realmente, pero lo mismo ocurría con los sentimientos de Jimmy. Apuró un jerez seco, seguido a continuación por otra copa de lo mismo,

mientras se preguntaba por qué había accedido a acudir a aquella cita.

Cuando llegó Leighton caminando lentamente sobre sus talones, el aire terrible de un bailarín de «ballet» convertido en ministro del gobierno, Jimmy le abordó sin dilación.

—Mire, Guy, viejo amigo, lamento esto pero he venido gracias a una falsa excusa.

Es posible que, en un momento de debilidad, le diera por teléfono la impresión de que aún conservo cierto interés por esa mujer llamada Rose. No es así. Ahora la he apartado de mi corazón y hasta me aburre oír hablar de ella. Así que hablemos del tiempo, ¿eh?, o de la huelga extraoficial en Smithfield. ¿Qué opina usted de las plagas de orugas en Somerset?

Sin molestarse en aparentar haber oído alguna de estas palabras, Guy cogió a Jimmy por el brazo y le llevó a un rincón. Frunciendo el ceño miró por encima de su hombro a los bebedores más próximos.

—Por todos los cielos, deje de mostrarse rudo e impulsivo —le dijo Jimmy en voz alta.

—Chist… no tan fuerte, Solent. No es usted dueño de sí mismo esta mañana. Escúcheme: esa mujer es una de los Norman, de los Norman.

Hizo una pausa para dejar que esta última afirmación calara hondo.

—Aún más, es un Norman crucial. Ella es Rachel Norman, la hija del primer matrimonio de mamá Gwendoline Norman. ¿Se da usted cuenta de que ella es el punto clave Solent, escondido bajo el alias de Rose English?… ¿No se pregunta usted ahora si hemos mordido un pedazo demasiado grande para que podamos tragarlo?

Jimmy sacudió la cabeza.

—Tomemos un trago, le invito —dijo.

Regresó portando dos cervezas para encontrar a Guy sentado en un rincón y con la vista perdida en el vacío.

—¿Está seguro de eso, Guy? ¿Por qué se cambió de nombre?

—Es un alias —afirmó Guy estúpidamente—. Ella es de esa clase de mujeres. Ya se sabe, uno espera que una mujer sea simplemente una mujer… no una mujer, absolutamente una mujer, con las cualidades del hombre. Sinceramente, Solent, se lo diré con

franqueza, siento todavía como una puñalada en el pecho cada vez que pienso en ella… y no la he visto desde la noche en que le conoció a usted en la fiesta de *sir* Richard. Y eso fue un par de meses antes de que yo… oh, de que ella se… se aprovechó de mí…

Cayó en un triste silencio. Jimmy sabía lo que Guy estaba contemplando: aquella misma imagen terrible que era él, la imagen de un cuerpo decidido, impulsado por un cerebro igualmente decidido, un total irresistible que sabía a veneno. Jimmy se enfrentaba ahora a ello, después de haberlo estado eludiendo con éxito durante varias semanas. Era a la vez obsceno y consolador ver sufrir a Leighton de la misma manera.

Le volvió a dar vueltas en su pensamiento, aquella noche apocalíptica en la piscina, la inseparable y no menos reveladora conversación en la cantina. Se sentía en estos momentos lo suficientemente desapegado como para juzgar todo esto. Los moralistas tenían perfecta, aburrida e innegable razón para condenar la promiscuidad. Él no supo dónde se metió y resultó dañado. Pero Rose —Rachel— no era promiscua; esta palabra no se le podía aplicar; simplemente vivía su vida.

La vida de Jimmy era una mera travesía de la jungla de cerezos. Durante el viaje lo que pasó es que se tropezó con una caníbal, una devoradora de hombres.

—Por todos los cielos, Guy —exclamó—. ¿Por qué se cambió de nombre?

—Ya le dije que ella inventó las LN —contestó Guy. Tomó un trago de su cerveza, reanimándose y recuperando algo de sus modales BIL. Era como una ostra cerrando su concha—. Por lo menos, casi las inventó. Es la hija del primer matrimonio de Gwendoline. Como usted ya sabe Gwendoline Norman —o en la actualidad, Gwendoline Dernyanski— se volvió a casar en 1948, después de la Segunda Guerra Mundial. Ella e Ivan colocaron tras el proyecto del Registro Emocional la teoría neurológica que lo respaldaría, pero Rachel contribuyó precisamente en todo el aspecto técnico, lo que representa el avance realmente grande.

Se encogió de hombros cansino.

—Es una mujer plena de dedicación, Solent. Esa es la verdad acerca de ella. Una mujer plena de dedicación. No admite que nada se le interponga en su trabajo. He ahí la razón del cambio de

nombre: ello la permite conservar el incógnito, sin publicidad o escándalo u otras interrupciones. Pero, por Satán, son un grupo muy unido. Iral es un establecimiento dentro del establecimiento. Ya le dije que estaba investigando. Bien, incluso en Ghearing and Flower, donde trabaja Rachel para ellos ignoran quién es ella en realidad. Sin embargo, lo averigüé. Hay medios para enterarse si se hacen las preguntas oportunas en los lugares adecuados.

En un pequeño acaloramiento de propia complacencia tornó a beber.

—Probablemente sólo media docena de personas en el mundo saben lo que ella hace —dijo—. Y probablemente sólo media docena de personas conocen quién es. No creo que lo sepa *sir* Richard. Espero haberle dejado impresionado a usted, Solent.

Jimmy se vio incapaz de murmurar el esperado cumplido.

—Me costó emplear toda mi malicia, Solent, créame. ¿Sabe?, ella tiene una «suite» permanente en el Delbroy Dalmar… con nombre supuesto… poseyendo una especie de grupo de guardaespaldas.

—¿Y qué de bueno tiene para usted ahora esa información que ha logrado poseer? —preguntó torpemente Jimmy.

Leighton entrecerró los párpados; quizá interiormente estaba recriminándose a sí mismo.

—La verdad, Solent, le libera a uno. Confiaba en mostrarle la imposibilidad de esperanza y la futilidad del deseo en cuanto concerniera a la señorita Rose English y usted.

—Eso es un poco de «ya que me chincho yo, te chinchas tú también» —respondió malhumorado Jimmy. Se sospechaba que el altruismo no formaba parte del carácter de Guy Leighton. Lo que le había contado a Jimmy probablemente significaba que estaba ardiendo de ganas de divulgar sus sorprendentes noticias fuese como fuese y que había comenzado divulgándolas donde sabía que iban a doler más.

Comenzaron a hablar protocolariamente del estado terrible de la nación. Pero allí también Guy tenía información interna de que lo peor aún estaba por venir; sintiéndose extravagantemente cansado de él. Jimmy se levantó y anunció que tenía que volver a su trabajo.

—Lo trágico es —dijo Guy, levantándose también y abandonando toda pretensión de interés en otro asunto que no fuese

Rachel Norman—, que ella parecía tener una actitud ideal hacia… bueno, hacia algo; ella parecía la mujer ideal. Son terriblemente duros conseguir; cuando más se ven, más indecisos se siente uno.

—Ella era una perra —dijo Jimmy rencoroso. Seguía viéndola, arrellanada destacadamente, con indiferencia, diciendo: «Tú no me das a mí nada en absoluto». Claro que no le había dado nada; su comprensión del impulso erótico era enteramente de un aficionado.

Mientras él y Guy llegaban hasta la puerta, preparándose para separarse, Guy dijo:

—Todo esto es alto secreto, Solent; quizá fue una estupidez el que le hablara. Debo pedirle que jure no decir a un alma lo que acabo de contar.

Ya comenzaba a lamentar su indiscreción.

—Mis labios están sellados —contestó Jimmy.

—Si yo tuviese más efectivo en el banco, quizás hubiera podido tener… un éxito más largo con ella —dijo con tristeza Guy mientras daba media vuelta. Marchando en la otra dirección, Jimmy reflexionó cuanto inadvertidamente había revelado de sí mismo Guy con aquella observación. Le cortaría las palabras de nuevo… y con desalientos… antes de terminar la semana.

No fue a trabajar aquella tarde. Permaneció sentado en su escritorio en un despacho pardo, el sonido del tráfico llegando hasta él como el rugido largo y melancólico de Matthew Arnold. No es que hubiese nadie más en el edificio IBA más activo. Ni tampoco estaba el IBA sólo en esto. La circular de Bourgoyne haciendo una última llamada a sus partidarios había salido a centenares de millares, sembrando disensión por doquier. Una semana antes, la hubiese arrugado y olvidado, pero el tiempo era adecuado. El lunes, todo el mundo lo notaba, el mundo hubiera cambiado. Sería nuevo mundo, ER.

Incluso la gran mayoría que se había precipitado al ser los primeros en llevar el nuevo juguete, incluso los que sinceramente veían en la Luz Norman un modo de vida mejor y nuevo, se detuvieron a preguntarse a sí mismos. Una época terminaba; la nostalgia florecía a aquel pasado de la noche a la mañana. Y el carillo universal por este pasado seguro, inalterable, irrumpía como un sabueso nada más encontraba el rastro del hombre que buscaba.

Encontró expresión elocuente a la mañana siguiente, viernes, en

una procesión de actores del cine y del teatro que formaron una masa de seis kilómetros de marcha en torno a la parte central de Londres. Algunos de los más famosos en el negocio del espectáculo estaban presentes; aunque la prensa alzó un griterío encantado y fuerte en torno a esta manifestación, el grupo observó el máximo decoro. Es más, todos iban vestidos de negro y llevaban paraguas del mismo color, aunque el sol brillaba esplendorosamente. Se lamentaban de la muerte del drama.

En Hyde Park Corner, un funeral satírico tuvo lugar y sobre el cadáver de la gloria pasada de la Primera Dama del Teatro se pronunciaban estas palabras:

—No hemos venido a alabar el drama, sino a enterrarlo. Su muerte es nuestra muerte. ¿Cómo podremos enfrentarnos a las candilejas cuando a partir del lunes en todos nosotros tendremos que llevar en la frente esos faros encendidos? ¿Equipados con un disco destellante, acaso el rey Lear tendría facultad para llorar? ¿El apuro terrible de Edipo no nos parecería bastante más que ridículo? ¿Tendría sentido Eliza Dolittle? ¡No, amigos míos, el Registro Emocional nos ha arrancado de nuestro pasado! Para actuar en cualquier comedia escrita antes de este año es necesario falsificarlo y ridiculizarnos nosotros mismos. El mundo moderno ha eclipsado finalmente a todo lo que era bueno o valioso. Por tanto, tenemos que llorar hoy y sobre este antiguo y raro cuerpo no arrojo madreselvas… eso queda para el recuerdo.

Los actores gemían por motivos artísticos. Los huelguistas lo hacían por motivos financieros. Siguiendo de cerca los pasos de Suiza y Bélgica, el Japón anunció que también adoptaría el Registro Emocional. Eso causó más consternación y excitación que los dos anteriores anuncios; el Japón convertía todo el asunto en una competencia. En menos que canta un gallo otros países se unirían a la lucha. Se notaba que si se mantenían rezagados era sólo por ver si la constitución británica resistía o no la pesada carga de algo que probablemente no podría sostener.

Enfrentado con esta avalancha de órdenes y con la perspectiva de más, el poder industrial del país tembló. Un hálito de infracción agitó las hojas de los libros de caja de todas partes. Para el descontento de aquellos que se ven obligados a trabajar horas extraordinarias se añadió el descontento de los que eran incapaces

de realizarlas. Sólo se necesitaba el despido de cualquier empleado arrogante de una tienda en Cadáver Alloys para que las máquinas pararan por todas partes mientras que los trabajadores consideraban como una lucha por mejorar las condiciones desarrolladas en otro asalto del forcejeo teratogénico entre los sindicatos y el gobierno.

Los hombres de las fuerzas llamadas que se amotinaron lo hicieron al principio por motivos sencillísimos. Se les ordenó limpiar y pulimentar sus ER.

A los soldados cuyos nervios ya estaban tensos hasta el máximo por los rigores de la paz, esta orden llegó como la última afrenta a su orgullo personal, la gota de agua que colma el vaso lleno de gotitas disciplinarias. Casi de la noche al día el ejército inglés se convirtió en un activo grupo de librepensadores al igual que ocurrió en el ejército francés de 1916.

En otro grupo todavía, aquella masa amorfa vagamente castigada por el señor Noel Coward que la llamó «La Casta Feliz», el descontento nació también. La Casta Feliz… incluso feliz en los peores momentos a causa de su amable capacidad para encontrar consuelo perpetuo en las cosas pequeñas… tenía una intranquila sensación de que había algo terrible. La señora Pidney señaló con su dedo retadora dicho asunto cuanto Jimmy volvió a casa aquella tarde del jueves.

—Parece usted un poco alterado, señor Solent —dijo ella, saliendo de la cocina mientras él entraba en casa.

—Lo mismo iba a decir yo de usted —observó el joven.

—¡Adelante! ¿Cómo lo adivinó? ¡Salí esta tarde y me compré un nuevo vestido sólo para probar y animarme un poco, pero, sin saber la razón, no resultó! —sacudió la cabeza tristemente, haciendo que el estropajo de su cabello temblase de pena.

—¿Qué hay de malo entonces?

—Bueno, supongo que es una tontería por mi parte a mi edad, pero ya sabe que con todos los ER que tenemos que utilizar, la cosa resulta lógica. Al principio, lo reconozco, me sentía muy excitada. Supongo que esperaba demasiado del mío. Quiero decir, todos nos llevamos nuestros desengaños en la vida, claro, pero estas cosas se presentaron y yo calculé de algún modo… bueno, fue una simple sensación, si comprende lo que quiero decirles… creí que tendría otra oportunidad. Me refiero a las listas del amor. Ya se sabe, el

principio de una nueva era, ¿me entiende? —Naturalmente —contestó Jimmy, apoyándose con tristeza en la barandilla de la escalera. Hilda Pidney estaba siendo un eco de lo que él mismo se había dicho cuando bailaba como un loco en torno a la piscina de los Hurn.

—Lo malo fue que alabaron demasiado a esos ER al principio —continuó la señora Pidney—. La culpa fue como siempre del Gobierno. Mire, tengo unas cuantas tartas en el horno… tengo que irme. Pero ya me comprende. Al principio estábamos todos muy excitados. Pero ahora… bueno, nada resulta muy diferente de lo que fuera. Quiero decir que el panadero brilla ante mí, ¿y qué? Ninguno de nosotros hacemos nada a ese respecto. Fue al principio un sobresalto, pero ahora no le hacemos el menor caso. En realidad todo es un poco decepcionante.

Se retiró tristemente a enfrentarse con sus tartas.

Cansino, Jimmy subió las escaleras. Se tumbó en la cama leyendo hasta las nueve, entonces tomó el baño y se retiró a dormir, decidido a no soñar con Rose-Rachel. Había empezado con ella un jueves, quería acabar con ella un jueves… este jueves.

El viernes una gran paz reinó en el país. La nación, o la parte de ella que no estaba en huelga, sin empleo, en manicomios o similarmente descalificada, fue a trabajar como siempre. Viernes. Aún en tiempo de crisis, es uno de los viernes atractivos para encarcelarse en una tienda, despacho o fábrica, puesto que prefiere tanto el fin de semana como a la vez el día de pago.

En el IBA el negocio de diluir la cultura para el bien común siguió casi a su velocidad normal. Trefisick continuó siendo una maravilla; Scryban permaneció en su cuarto. Sólo aquella tarde se vio Jimmy sobresaltado arrancándole de aquella soleada complacencia que nunca le abandonaba por mucho rato.

Se encontraba a solas en el apartamento de Charlton Square acabando su último té cuando Alyson Youngfield entró. Aubrey aún no había aparecido; él de ordinario trabajaba en el BIL hasta después de las ocho aquella tarde. Esto explicaba —y Jimmy lamentó que así lo fuese —porque Alyson aparecía tan poco últimamente en el apartamento.

Se levantó cuando la vio entrar. Había olvidado cuán alta era, pero no lo deliciosa. La joven le miró como si mirar no fuese algo

que todo el mundo hacía, sonriendo con aquella engañosa amistad de mujer hermosa que las de su sexo consiguen con tantísima facilidad.

—¡Hola forastera! ¡Hace mucho tiempo que no te veía! ¿Has querido apartarte de mi vida, tesoro? ¿Cómo diablos pensaste que tu pobrecito y anciano tío James podría sobrevivir sin ti? —le preguntó Jimmy, esperando que ella pudiese caber entre esta ansiosa manera de dispersarse.

—No me gustó mucho permanecer apartada, Jimmy —contestó llegando hasta él. Dejó caer su bolsito en una silla y le miró calculadora. Luego sonrió, dándole palma ditas en el brazo.

—Ejem… Aubrey todavía no ha vuelto.

—Lo sé —dijo ella—. Fui a ver a Vincent Merrick esta tarde. Has de saber que nada más conocerle me dejó encantada.

—Es enérgico, ¿verdad? —asintió Jimmy, instantáneamente abrumado por esta noticia—. No querrás decir… me refiero, a que no te sentirás atraída hacia él, ¿verdad?

—Te refieres, físicamente, claro que no —contestó Alyson con brío, lanzando una risita—. Eso es algo que podrás determinar tú mismo con facilidad cuando consiga mi disco. Fui a pedir consejo a Vincent. A propósito, la nueva clínica Merrick-Kind… Kind es su socio Canadiense… se inauguró esta semana. Me ha invitado a ir el lunes por la tarde y me pidió que te trajese a ti también. Sería interesante, ¿no lo crees? En apariencia posee un nuevo método sensacional de tratamiento. Creo que le llama terapia social.

—¡Aguarda un momento! —exclamó Jimmy—. ¿Acabas de decir que vas a hacerte poner por fin tu ER?

Alyson dejó caer su mirada y luego se apartó en una especie de embarazo que Jimmy no pudo comprender.

—Creo que debo de hacerlo en realidad —dijo ella—. Esa fue una de las cosas por las que acudí a Vincent Merrick.

—Oh, ¿por qué preguntarle? ¡Por qué no preguntármelo a mí! —exclamó Jimmy—. Te lo llevo diciendo durante meses.

Y toda esta semana me he estado preocupando, Alyson… de veras que sí. La idea de que te metiesen en prisión… me hubiera vuelto loco o algo por el estilo. Para mí significas muchísimo.

Jamás había comprendido por qué dudó ella. En su alegría al verla capitular la cogió por los brazos desnudos y le hizo girar en

redondo. Ella no tuvo más remedio que sonreír ante el entusiasmo de su cara. La luz roja pareció envolverles a los dos como una bengala giratoria. Sin pensar, la besó.

A través de su organismo, corpúsculos, químicas y componentes entraron en acción, como los bomberos en un ensayo de incendio. Los labios de ella agitaron en el joven una potente confusión; la rodeó con una turbación y un amor, cosa que sirvió para empeorar esta confusión. Los bomberos, inseguros de sus propios puestos, corrieron de aquí para allá, enloquecidos.

—Cariño —dijo Jimmy, en un susurro—, cariño, oh, Alyson…

Por encima del hombro de ella, a través de las doradas guedejas de su cabello, vio que se abría la puerta y entraba Aubrey, limpio, preciso y dueño de sí mismo.

Inmediatamente los bomberos se retiraron a sus camaranchones. El fuego se había apagado. Alyson, Aubrey y Jimmy se quedaron allí plantados, mirando sin verse uno a otro.

—¡Llevas tu Luz Norman! —exclamó Jimmy, hablando por último a su hermano adecuadamente.

El peso del enojo culpable de verse sorprendido besando a la amante de Aubrey desapareció momentáneamente bajo el terrible asombro de encontrarse, en el centro de la frente de su hermano el blanco disco de plata.

Su exclamación dio a Alyson la oportunidad que necesitaba para recuperarse.

—Me alegro de que te lo hayas puesto, Aubrey —dijo la muchacha y luego, volviéndose a Jimmy—: Le llamé desde casa de Vincent para decirle que el propio Vincent aconsejaba que se lo pusiera.

Aubrey siguió sin pronunciar palabra.

Alyson volvió a hablar.

—Acabo de venir para pedir a Jimmy que me acompañase hasta el remolque de instalación para que me diese un poco de apoyo moral mientras me instalaban mi disco.

—¡Apoyo moral! —repitió irónicamente Aubrey.

—Sabía que al final tendría que capitular. No pude contenerme más tiempo. Por fortuna no soy del género del que se hacen los mártires —ella parecía no dirigirse en particular a ninguno de los dos; incluso resultaba dudoso averiguar a quién se refería al

mencionar la capitulación de llevar un ER, si era este hecho o a los encantos de Jimmy.

Aceptando la primera alternativa, la modestia y la prudencia indicaban a Jimmy una manera de escape de aquella situación de tablas.

—Bajaré contigo en seguida —se ofreció.

Mientras él y Alyson marchaban tentativos hacia la puerta, Aubrey dijo:

—Yo preferiría que te quedases y hablases conmigo, Jimmy. Alyson no le pasará nada; no se nota el menor dolor. Puede volver aquí después, si así lo desea.

—Que hospitalario eres —contestó Alyson con frialdad. Viendo a Jimmy detenerse, le dirigió una mirada significativa que él fue incapaz de interpretar y abandonó el apartamento. Los hermanos escucharon hasta oír cómo la puerta principal se cerraba tras ella.

Volviéndose de manera extracta, Aubrey fue a tentar la tetera que Jimmy había estado utilizando recientemente, asintió para sí y tomó una taza de la cocina. Luego de servirse el té caliente, alzó la taza como si brindase en dirección a Jimmy.

—¡La antigua panacea! —dijo, serio.

—Aubrey, ésta es una situación en extremo molesta —comenzó Jimmy, pero Aubrey la interrumpió de inmediato.

—Me gustaría explicarte exactamente porque he ido contra mi opinión y me he equipado con un Registro Emocional —dijo—, primero que nada, quizá sea mejor que te diga que he adivinado lo que sucederá el lunes al que vaya sin disco. La policía tiene autoridad para arrestarle nada más le vea. A mitad de semana se expenderán órdenes de detención contra aquellos cuyos nombres no estén en las listas del Centro de Instalación como que han sufrido la operación. Se les dirá que se presenten en el tribunal local antes de veinticuatro horas. Así que se puede comprender porque a fines de la semana que viene todos los que creen en la libertad del individuo estarán entre rejas.

»Como he intentado de explicar antes, creo que estos discos son malignos; penetran en un territorio que siempre se consideró como sagrado… el derecho de un hombre a la intimidad de sus sentimientos. Hace pocos años el lavado de cerebro se condenaba universalmente. No puedo comprender como el ER, algo

infinitamente más inmoral, se ha llegado a aceptar.

Con tristeza, Jimmy miraba por la ventana, escuchando sólo a medias. Había soportado ya antes los sermones de Aubrey, creyendo en su deber como hermano menor de escuchar, o aparentar que escuchaba. Sabía, además, que toda aquella charla, por muy otro nombre que le diese el propio Aubrey, era meramente una pantalla de humo detrás de la cual el joven Solent se preparaba para el ataque; y sintió rencor hacia esta forma indirecta de abordar la maniobra.

Mirando hacia abajo, Jimmy vio el remolque gris plantado desierto en mitad del espacio yermo. Los habitantes de la plaza habían dejado de fijarse en él, aunque pasado mañana, cuando se hubiese ido, indudablemente le echarían en falta. En la puerta apareció un hombre con bata blanca. Fumaba un cigarrillo y miraba a través de la tierra reseca en donde antaño creciese la hierba. En algún lugar dentro, tras él, Alyson estaría acostada en una mesa de operaciones mientras el pequeño taladro o lo que fuese perforaba un limpio agujero a través del hueso frontal.

Y su mente vaciló intranquila alejándose de esa idea, Jimmy volvió a darse cuenta de lo que su hermano estaba diciendo.

—… Sólo mi posición difícil en el BIL me ha persuadido a sobreponerme a las objeciones morales. No puedo permitirme el lujo de estar ausente durante la siguiente quincena condenado a una sentencia de prisión. Nuestros problemas organizacionales se incrementan diariamente; hasta ahora la subcontrata de Iral tiene que cambiarse a otras fábricas con el previo aviso de una hora de tiempo debido a la imprevisible acción de la huelga. Si en estos momentos dejase en la estacada a *sir* Richard… bueno, apenas podría esperar a que en el futuro se me tuviera consideración. Así que tuve que tragarme mis principios y someterme a la operación.

»Pero quiero que comprendas cuantos pensamientos ansiosos penetraron en mí…».

—Oh, lo comprendo bastante bien —dijo Jimmy—. No puedes consentir que te encierren o perderías tu preciosa posibilidad de ascenso. Es tan claro como lo blanco y lo negro. Ahora hablemos en su lugar de Alyson.

—Muy bien —dijo Aubrey, encendiendo un cigarrillo con manos que le temblaban ligeramente—. Comprenderás desde el principio,

supongo, que después de lo que ha ocurrido tendrás que abandonar el apartamento. Has quebrado mi fe, ¿verdad? No voy a fingir que no me encuentro muy disgustado.

—Ah, por todos los cielos, deja de convertirlo todo en charadas morales. ¿Dónde quieres ir a parar? ¿Por qué no te enfrentas a los hechos?

—Ocurre que todos los hechos tienen connotaciones morales. No deseo sermonearte, pero cuanto antes te des cuenta de que hay ciertas reglas de conducta definidas, más fácil se te hará la vida.

—¡Volvamos a Alyson! ¡Yo no tenía intención de besarla! Es algo que deseé hacer durante mucho tiempo, pero de la misma manera no lo planeé para que así sucediese. ¿Pero tú crees que yo lo habría hecho si hubiera sabido que, por lo menos en teoría, deseaba que lo hiciese? No se puede decir, Aubrey no se puede decir siempre, a menos que uno se ciegue a sí mismo con teorías.

Aubrey ahora estaba muy pálido.

—¿Y qué si no se puede decir? —preguntó—. ¿Acaso eso le hace justo y adecuado?

—¿Acaso lo empeoras también? Sé que tienes una teoría buena de antiguo cristiano de que cualquier instinto natural es equívoco, pero yo tengo una buena y antigua idea pagana de que lo que un hombre desea es remotamente lo mejor que puede tener. ¿Para qué sirve discutir contigo de esto, sin embargo? Somos opuestos. Creo que toda la evidencia que demuestra mi punto de vista es verdadero, pero eso no te impide aferrarte a tu testaruda y desgastado…

Se detuvo.

Por el rabillo del ojo vio un movimiento en la plaza. Dos personas se movieron junto al remolque. El hombre de la bata blanca había arrojado a un lado su cigarrillo y conducía a Alyson rampa abajo. Ella le dio las gracias, siguiendo despacio, sola. Se encaminaba hacia el apartamento. En medio de su frente, plano y mortífero en la luz del crepúsculo, había un Registro Emocional.

—¡Vuelve aquí! —exclamó Jimmy—. Y se lo han puesto.

Sintió sus manos decididamente pegajosas. Deseaba a Alyson; fue una necesidad hipotética antes de que ella hubiera estado apretada contra su cuerpo. Ahora era algo por lo que lucharía con Aubrey hasta la muerte. Sin embargo, dentro de pocos minutos, la

propia Alyson involuntariamente mostraría su preferencia; eso era algo que ya no podía ocultar como mujer.

Jimmy miró furtivo a su hermano. Aubrey se ajustaba la corbata, se alisaba el cabello, encendió otro cigarrillo. Jimmy aclaróse la garganta sintiéndose infeliz; se alisó también el cabello y se ajustó la corbata, para decir:

—Dame un cigarrillo, Aubrey, ¿quieres?

Mientras Aubrey le tendía su pitillera, oyeron como Alyson ascendía lentamente la escalera.

XII

LOS INVASORES TIENEN BUENOS MODALES

—El coche está al doblar la esquina de Gower Street —dijo la señora Wolf mientras ella y Jimmy salían al sol desde el fresco interior del IBA. La mujer se encontraba de forma excelente, su rostro arrugado, maquillado perfectamente y con la cabeza muy levantada. Se apoderó del brazo de Jimmy con un gesto semiorgulloso y semimaternal.

Era la hora del almuerzo del sábado y las calles estaban llenas de gente rápida y decidida. El fin de semana se cernía sobre ellos, el deseo de abandonar Londres les pisaba los talones; y con sus ojos internos se imaginaban algún polvoriento y pintoresco lugar de Epping Forest, alguna destellante cita en Surrey, alguna hamaca crujiente y chirriante en Brighton. Y sobre la escena animada, destellos color ciclamen jugaban una especie de semáforo erótico al que nadie hacía caso… o al que hacían caso muy pocos. Los londinenses se habían aprestado abrirse paso a codazos y a tratar con el sexo con el mismo espíritu que sus antepasados del siglo XVII lucharon contra la plaga.

—Compraré un periódico —dijo Jimmy, marchando hacia el quiosco de prensa.

—Debo parar un momento cuando crucemos Chalfont —dijo la señora Wolf—. Necesito comprar unas cuantas cosillas.

—Será estupendo alejarse de Londres. Los últimos días han sido agotadores en cuanto a mí concierne.

—Para mí también. Pero Jimmy, usted sabe que somos los únicos dos en IBA que creemos realmente que los ER son un beneficio para la sociedad.

Habían estado hablándose a gritos por encima de las cabezas

que entrometían ante sus personas, ahora, mientras Jimmy se metía el periódico en el bolsillo, volvieron a reunirse; otra vez la señora Wolf le tomó el brazo ardientemente. Todo comenzó por producir un reguero de pensamientos. Su luz Norman parpadeó al mirarla.

—Lo siento mucho —dijo él confuso.

—Jimmy, no tiene por qué sentirlo. El coche queda allá, pronto esta clase de cosa se aceptará; nadie le hará caso y nos sentiremos así mucho más libres. No soy optimista por naturaleza; la vida se ha mostrado para mí llena de desencantos, pero veo aquí realmente una gran esperanza para un futuro más equilibrado.

Su llegada al coche ahorró a Jimmy de una respuesta más precavida de lo que hubiera requerido el humor de la señora Wolf.

A los pocos minutos marchaban por el borde de la rapaz corriente de tránsito en Southampton Row. Nada es más agradable en un día agradable que conducir a través de las calles de Londres. Por otra parte, la detención y la marcha del método de viajar da a uno un sentido de competición con los vehículos aparcados a ambos lados; por otra parte, la congestión fomenta el compañerismo, uno pasa y a su vez es pasado por conductores cuyos rostros pronto se hacen notablemente familiares; mientras que en tercer lugar, el calor y los vapores de la gasolina alzándose en las estrechas avenidas inducen a una euforia gentil en los viajeros. Jimmy se arrellanó en su asiento, sacó el periódico del bolsillo y lo abrió.

Su corazón se le hundió como las acciones en Wall Street durante una crisis recesiva.

«GOLPE DEL GRIE
EL INVENTOR NORMAN
Y LA HEREDERA APRESADOS
Bourgoyne advierte al Primer Ministro:
»Acepte mis condiciones»».

Bajo esta barricada de titulares se encontraba el asombroso relato del rapto de Rachel Norman, hija de Gwendoline Norman. Su nombre sobresalió y sorprendió a Jimmy con una golpeadura entre los ojos. Su Rosa, conocida por otro nombre… la habían raptado de su apartamento de Londres a la hora del desayuno. Media hora más tarde se recibió un mensaje en el 10 de Downing Street procedente de Big Bill Bourgoyne. Afirmaba que Rachel Norman estaba en sus manos y que la entregaría sólo si el gobierno publicaba una

seguridad de que no se procedería contra la minoría de la población que se negaba a utilizar los ER.

Esto, en efecto, eran todas las noticias. Pero había abundante material especulativo. ¿Cedería el gobierno ante este chantaje? Y si no lo hacían, ¿qué le pasaría a esta chica rica y hermosa que de manera tan desinteresada, tan ingeniosa, servía a su país? Ambas alternativas conducían a caminos prohibitivos. Si el primer ministro Gascadder y su gobierno se debilitaba, era intolerable pensar que las pocas personas sin Luces Norman permanecerían libres del aparato para siempre, creando de este modo otra minoría privilegiada en una tierra ya sobrecargada de minorías privilegiadas. Pero si Gascadder permanecía inconmovible… bueno, a nadie le gustaba pensar lo que aquel fantástico de Bourgoyne tenía preparado para la chiquilla… ¡Quizás la entregaría en el número diez en paquetitos como si fuese un pastel de boda!

El último acto desesperado de Bourgoyne le colocaba, claro, fuera de la ley. Se ofrecía una recompensa por su cabeza; las unidades policiales y militares ya estaban peinando el país en su busca. Pero a Bourgoyne parecía que se lo había tragado la tierra, no se veía rastro suyo o de su cautiva por ninguna parte.

—¿Qué dice el periódico? —preguntó la señora Wolf, mirando momentáneamente de reojo a su compañero.

Jimmy se lo contó, omitiendo naturalmente cualquier mención al modo en que su camino y el de Rachel se habían cruzado.

—No se muestre tan trastornado —dijo la señora Wolf—, cogerán a ese granuja. Ha cometido su último y mayor error, eso es todo.

Una oscura mezcla de ansia y culpa se apoderó de Jimmy. Amaba a Alyson; por ella habría pasado los años de su vida bajo una capa de respetabilidad, si se le daba oportunidad. Pero con Rachel hubiera sido precisamente la falta de la necesidad de tan prosaicos ingredientes en su amor lo que hizo que el asunto resultase único. Los mejores alimentados de nosotros pueden recordar con facilidad al helado de crema robado en su niñez, y lo recuerdan durante toda su vida.

—¡Animo! —exclamó la señora Wolf, sonriendo destellante mientras seguía conduciendo.

Y Jimmy se animó.

En casa de los Wolf era un hogar confortable plantado en casi cuatro acres de tierra a los alrededores de Surrogate. El propio Surrogate era inconsiderable. La colina en su extremo norte formaba una eminencia desde la que Grey Cotes —porque tal era el nombre de la mansión— vigilaba una cantidad aceptable del panorama campestre circundante.

El señor Kenelm Wolf era toscamente el doble en tamaño que su esposa y la mitad de brillante. Tenía un rostro grande y boyuno con una buena nariz y una complexión cutis sonrosada. Sus modales eran invariablemente bien humorados, aunque en contraposición su expresión resultaba triste; a pesar de que hablaba mucho, principalmente de las glorias del negocio y los seguros, esto apenas importó a Jimmy, esto que el señor Wolf se pasó la mayor parte del fin de semana en una especie de invernadero convertido en cuarto oscuro. La fotografía microscópica era su afición, Coronel, dos veces condecorado en la guerra de Corea, Kenelm, desde entonces, se abrió paso subiendo hasta los pináculos más destacados del mundo de los seguros.

No habría sido necesario dar ni siquiera te breve relato de la vida y trabajos de Kenelm Wolf de no ser que tales hechos, y otros muchos, eran la comidilla vulgar de casi todas las conversaciones a las que Jimmy se sometió en Grey Cotes. La señora Wolf y su madre, la anciana señora Crinbolt, no hablaban prácticamente de nada, excepto de Kenelm. Resultó evidente que la instalación de un ER en un hombre así considerado por sus parientes más próximos y queridos, le convertían en un ser sin sexo, lo que aumentaba grandemente su atracción. De un fracasado se había con vertido en un misterio de la noche a la mañana. La señora Wolf, con una avidez que sólo pueden exhibir los hambrientos sexuales, había captado la implicación del caso.

—Mire como Kenelm es distinto —dijo Jimmy cuando paseaban por el sendero después de almorzar el domingo—. Según me explicó, hay muchas clases de amor. El registro ER son la cosa amor sexual, ¿verdad? Pero existen entre las parejas otras diversas variedades de lazos. Lazos espirituales y esa clase de cosas… ya le dijo que Kenelm estudió nudismo cuando estuvo en Corea, ¿verdad?

Con extrañeza, Jimmy reflexionó en el modo en que estaba hecha la señora Wolf: una hora preceptiva, la siguiente

autoilusionada. Eso les daba, advirtió, mucho en común.

Impulsivamente comenzó a contarle los enredos que existían entre Alyson, Aubrey y él mismo. Llegaron al final del sendero cuando comenzó a hablar.

El campo yacía pardo y pesado e inmóvil a su alrededor. Espesas nubes se apilaban en el firmamento, parecían incrementar el calor. Un *jeep* traqueteó sorprendentemente por la carretera con un oficial conduciendo y otros dos sentados alerta en la parte posterior, dirigiéndose a Surrogate.—… Si Aubrey y yo tuvimos lo que podría catalogarse como una dura pelea —dijo Jimmy—, y luego volvió Alyson al apartamento con su Luz Norman instalada.

—¡Debió de ser un instante terrible!

—En efecto. Yo creí que Aubrey iba a enfermar. Y miré, hasta que Alyson entró y advertí de qué modo su Luz se ponía colorada, creo realmente que ella no estaba segura de cuáles eran sus sentimientos. La mente de una persona puede confundirse, pero las Luces sobrepasan la propia mentalidad. Así que ella tuvo que enfrentarnos con la verdad.

—¿Y cuál de los dos…? —Acució la señora Wolf.

Comenzó a llover, el ligerísimo suelo rociado en las copas de los árboles, la primera lluvia que aquellos condados experimentaban después de varias semanas.

—Su ER se le puso colorado al mirarme —dijo Jimmy—. No pudo evitarlo, pero era yo quien lo hacía brillar. Igual que a mí me había pasado con ella durante meses.

La señora Wolf le apretó el brazo cariñosamente, como queriendo felicitarle.

—Espero que nos casaremos; yo no quiero entrometerme ni aplazar las cosas como ha ido haciendo mi hermano —continuó ensoñador Jimmy—. Pero todavía Alyson y yo no hemos tenido ocasión de hablar. Tendré que buscar un apartamento pequeño para mí solo mañana, después de esta pelea con el pobre y viejo Aubrey. Hay que hacer muchas cosas… Ella es una persona maravillosa. Parece comprender la vida; quiero decir, que es capaz de criterio sin juzgar en todo instante. ¿Cree que los dos nos avendremos?

Este murmullo sin pretensiones apenas podía ser una pregunta, pero la señora Wolf respondió diciendo:

—¿Cómo se lo puede decir hasta que no la conozca? Tiene que

traerla aquí algún fin de semana.

Avanzaron bajo un cobijo de uno de los árboles, viendo con indiferencia como la lluvia se esparcía a través del verde desmayado del campo.

—¿Pero aun cuando la vea, cómo podrá asegurar que somos ideales el uno para el otro? —preguntó Jimmy en un arrebato súbito de agonía. Las apariencias jamás le decían a uno qué es lo que le convenía. Recordaba al formidable Vincent Merrick que ante Alyson mostraba tal respeto, con su Registro Emocional brillando carmesí para su pequeña esposa, Jasmine. Aquellos formaban una pareja feliz; y eso resultaba un pensamiento fantasmal. Se le presentó la pregunta: ¿Por qué eran felices? ¿Cómo eran felices?

¿Podría ser porque Merrick, como psiquiatra, era capaz intelectualmente de es coger la compañera ideal para conjunte con su propia naturaleza interior? ¿O acaso salió de su intelecto y se fio de sus emociones, de su intuición? ¿Llegaría el tiempo en que Jimmy podría ser capaz de formular en palabras estas preguntas a Merrick? No. Eso quedaba descartado con toda seguridad. La sociedad inglesa se había desarrollado hasta tal punto que no se podían hacer jamás preguntas tan importantes.

La señora Wolf no respondió a la salida de Jimmy. En su lugar, dijo con forzada brillantez:

—Esta debe de ser la primera lluvia en varias semanas. Enfriará el ardor de los manifestantes del GRIE. ¡Pobre Conrad! Será mejor que volvamos a la casa antes de que nos mojemos demasiado.

La lluvia caía con mucha suavidad. Por debajo de los árboles el sendero permanecía agrietado y seco. Mientras regresaban por él, un helicóptero pasó volando, bajo, por encima de sus cabezas. Puesto que parecía descender hacia Surrogate, Jimmy se volvió para mirarlo. Habían avanzado lo bastante por el sendero en una parte de la calzada que quedaba al otro lado del pueblo, sin embargo eclipsado por los setos próximos, para poder ver un extenso panorama.

Con una exclamación alta, Jimmy se detuvo y los señaló. Apenas a un par de kilómetros de distancia, la extensión del camino resultaba claramente visible a través de las ligeras cortinas de lluvia, que todavía no había llegado hasta allí. Una masa de personas la llenaba de parte a parte, con vehículos y pancartas

salpicando la agrupación. La Manifestación de Proceso marchaba ya hacia Surrogate para dirigirse a Chequers.

—Grey Cotes se alza en una posición muy estratégica; vamos a ver desde la casa —dijo la señora Wolf—. Pasarán por el pie del sendero. Yo sólo confió en que se muestren ordenados y no destrocen el seto de rododendros.

Mientras descendían por los escalones delanteros y entraban en el vestíbulo, con su verdadero. Branwyn y una reproducción Rusell Flint, la señora Wolf llamó a su madre. La señora Crinbolt apareció casi de inmediato, descendiendo por el pasillo y haciendo gestos ansiosos. Aunque casi tenía setenta y cinco, continuaba siendo una mujer grande y sólida que poseía un buen porte. Su pelo blanco estaba sencillamente peinado, pero a la moda. A través de sus gruesas gafas de concha contemplaba al mundo con la misma mirada vigilante y penetrante de su hija.

—¡Verónica! —exclamó ahora—. Me alivia mucho de que hayas vuelto. Acaba de entrar un hombre por la dehesa… le vi desde la ventana del solario. Estoy segura de que ha entrado en la glorieta para robar manzanas.

—Entonces deberías avisar a Kenelm, madre —dijo la señora Wolf—. ¿Dónde está?

—En el invernadero.

—Entonces ese hombre tendrá tiempo de coger cuantas manzanas desee. No me siento muy dispuesta a ir y enfrentarme a él. Este año las manzanas no son muy buenas, de todos modos, por culpa de la sequía. Subamos al ático, madre, y veremos cómo la gente va a Chequers; pasarán por delante de nuestras puertas de los terrenos pronto.

—Bien que se van a mojar esas pobres personas. Y quizá la lluvia obligue a ese hombre a abandonar el huerto de manzanas. No me importaría apostar que se trata de uno de los hermanos Sprinks; son realmente mala gente.

Diciendo esto, siguió lentamente escaleras arriba a Jimmy y a la señora Wolf, deteniéndose en cada rellano para descansar.

En el ático se instalaron en polvorientas y antiguas sillas para contemplar la escena. La vista en realidad era magnífica, aunque su plena extensión quedaba oculta por la lluvia, que aún dudaba y se contenía, como un amante tímido. El pueblo de Surrogate yacía a

plena vista al pie de la colina, una muestra genuina de la Inglaterra rural. Consistía en un cine con techumbre de hierro ondulado; una capilla Baptista; un mugriento garaje; varias estropeadas granjas avícolas; un almacén general de semillas que vendía a su vez dulces, calcetines y microsurcos; la Posada del Hijo del Granjero; una estación gigantesca como un aeródromo, rotulada: Establecimiento de Investigación Herbícula; dos filas militares de casas cuartel; tres indefinidos chalets; una casita no definible; un café de madera, permanentemente cerrado; una central de energía; una capilla Baptista de otra secta, y varias pilas de grava junto a la carretera.

La columna de manifestantes había llegado al pueblo. Su vanguardia se detuvo enfrente del mugriento garaje mientras que el resto se dispersaba con curiosa voracidad penetrando en las cunetas, los huertos posteriores y los campos a ambos lados de la carretera. De los coches que también tomaban parte en la procesión muchos giraron rápidamente a derecha o izquierda y penetraron en los campos adyacentes; nadie intentó marchar a través de Surrogate por que el camino les estaba cerrado por un tanque aparcado de costado cruzando la calzada. Su cañón apuntaba amenazador a la carretera, la torreta estaba abierta; de dicha torreta un oficial con casco arengaba los manifestantes mediante un megáfono.

—¡Les han detenido!, —exclamó Jimmy—. Buen Dios, están dando media vuelta.

—No, no dan media vuelta —aclaró la señora Wolf—, simplemente rodean el obstáculo.

—Oh, debe de ser el resultado del anuncio especial hecho por la radio —aclaró la señora Chinbolt—. Iba a contárselo… parecía muy serio… y al ver a ese individuo entrando en la glorieta se me olvidó por completo.

—¿Qué anuncio especial? —preguntó vivamente la señora Wolf.

La señora Crinbolt pareció acalorada.

Escuchando con atención lo que se decía, Jimmy seguía mirando por la ventana a las figuritas del pueblo. La parte posterior de manifestación del GRIE aún avanzaba mientras que la vanguardia se dispersaba. Entretanto, habían surgido más soldados, en espesas columnas, a ambos lados de Surrogate; llevaban una ametralladora ligera que apuntaban a los paisanos y evidente mente mostraban intención de no dejar pasar a nadie. Este nuevo movimiento hizo

que la mayor parte de los manifestantes decididos buscasen un modo de pasar el obstáculo a través de los jardines de las casas del ayuntamiento. Ante esto los propietarios actuaron. Se estaban disputando varias peleas. Jimmy vio una fila de cañas de guisantes, tensamente cargadas de follaje, caer cuando dos hombres tropezaron con ellas. Figuras con uniforme caqui subieron corriendo hasta la carretera para apaciguar los ánimos.

Era todo tan remoto e irreal como algo que ocurriese en una película antigua; sin embargo su misma sensación de lejanía y de pequeñez le daba un aire enervante, como algo soñado.

El oficial del casco, apoyado en el tanque, de pronto se dobló y cayó de la torreta. Con el tanque tapándole lo que pasaba, Jimmy sólo pudo ver a una pierna dando patadas mientras el hombre rodaba en la carretera. EL GRIE había disparado el primer tiro colérico. Muchos ahora surgieron más allá del tanque, que parecía desvalido con su cañón lentamente girando. Un soldado subió de un salto a la torreta y lanzó algo a la multitud.

Mientras el humo se despejaba en la calzada, figuras de muchachos se vieron tapándose los ojos y marchando vacilantes.

La voz de la señora Crinbolt decía:

—El locutor afirmó que se había proclamado el estado de emergencia por toda la nación. Ha habido tumultos en Coventry Bristol y en otros lugares… quizá fue también en Edimburgo… bueno, en el norte. Hay muchos heridos. El Primer Ministro ha prohibido las demostraciones de cualquier clase y la policía y los soldados tienen poderes especiales… oh, y ha habido bastante más, Verónica. Me sentí tan abrumada que no capté todos los detalles. Los repetirán a las tres y media.

—Ya son casi —dijo Jimmy—. Será mejor que bajemos y nos enteremos de lo que ocurre. Por el aspecto de las cosas en el pueblo está a punto de iniciarse una batalla. El gobierno hace cuanto puede por destrozar la manifestación de protesta.

Bajó corriendo las escaleras delante de ellas, lleno de una extraña excitación, nada agradable, como si fuese a ver el segundo acto de un drama y tuviera miedo de saludarle. Mientras cubría el último tramo, un avión rugió por encima de la casa. Entró corriendo en la sala de estar en donde la radio y la televisión se encontraban casi juntas. También en aquel momento entraba el capitán del

ejército por las ventanas francesas que daban a la terraza. Jimmy se detuvo bruscamente.

—¿Qué quiere usted? —preguntó.

El capitán sacó un revólver, apuntando con él a Jimmy. Era un tipo rudo de unos cuarenta y cinco años, con un rostro grande y rectangular y una expresión inconfundible belicosa. Un trozo cuadrado de esparadrapo cubría su ER. Como para confirmar que éste era el hombre que la señora Crinbolt había visto entrar en la glorieta, una hoja de manzano estaba adherida al pelo hirsuto que le salía debajo de su boina. Envolviendo la culata de su arma, la mano derecha era grande, colorada y peluda. Dirigió a Jimmy la sonrisa de un combatiente.

—¿Cuántos más hay en la casa, compadre? —preguntó a Jimmy, ignorando la pregunta de su interlocutor.

—¿Qué está usted haciendo aquí? —preguntó Jimmy, mirando fijamente fascinado aquella mano cruda y boyuna—. ¿Se da cuenta de que esto es una casa particular?

El poco intercambio de preguntas quedó roto por la entrada de la señora Wolf, su madre siguiéndola muy de cerca. Con sombría autoridad el capitán les hizo sentarse juntas en el sofá cerca de la chimenea. Plantado ante ellas las contempló. Mantuvo el revólver en la mano y parecía muy autoritario.

—No les pasará nada si siguen sentadas —dijo—. Ocurre que esta choza está en un lugar muy favorable para nosotros. La utilizaremos durante un par de horas y luego se la devolveremos. Si se portan bien. Si no lo hacen, me veré obligado a utilizar esto contra ustedes —acarició la pistola.

—No tiene derecho a hablarnos así en nuestra propia casa — exclamó la señora Crinbolt—. No crea que se le permitirá salirse de rositas con esto…

—No voy a discutir el asunto —dijo el capitán, con expresión de tener muy mal genio—. Sólo, condenación, estense quietas, eso es todo. Sigan sentadas y cierren la boca y todos nos llevaremos muy bien.

Jimmy se arriesgó a lanzar una mirada de reojo a la señora Crinbolt; el aspecto de la mujer sugería que nadie jamás masculló ante ella una palabrota. El capitán les dio la espalda, caminando hasta el lado opuesto de la habitación, en donde había un teléfono

en una especie de hornacina. Apoyándose en la débil mesita telefónica, descolgó y marcó el «0» con el cañón del revólver y esperó.

—Hola —dijo por fin—. ¿Quién es? Póngame con el mayor Hobbes. Aquí el capitán Biggs. Póngame con el mayor Hobbes y dese prisa… ¿Mayor Hobbes? Aquí Ken Biggs. Sí, estoy en la casa. Ninguna dificultad. No, en el saco. ¿Qué tal le va a usted? ¿Bien? Bueno, sí, estaré alerta. Adiós.

—Han debido capturar la central telefónica —susurró agitada la señora Wolf a Jimmy—. Se encuentra en Amersham. Allí hay un cuartel.

Mientras el capitán colgaba el teléfono, un reloj dio las tres y media. La lluvia redobló su potencia.

—Perdónenme, si no les importa cerraré las ventanas francesas —dijo la señora Crinbolt—. La alfombra se está mojando.

—No se estropeará. Déjela —ordenó el capitán Biggs. Se acercó a la radio y la conectó.

Existía un estado de emergencia, dijo una voz fina, que poco a poco recobró volumen. Los huelguistas y manifestantes inundaban el país y habían causado daños en diversos centros importantes de población. Algunas unidades del ejército se habían amotinado en masa y estaban causando también dificultades, principalmente al interrumpir las líneas de comunicación. Los agitadores habían provocado la violencia y producido muchos daños a las tiendas y propiedad gubernamental, especialmente en Coventry, Bristol y Glasgow. Refriegas cuerpo a cuerpo en las calles tenía lugar en partes de Liverpool y Londres. Todo el mundo debería permanecer dentro de sus casas. Se esperaba que los elementos rebeldes estarían aplastados antes de anochecer.

—Tendrán una cochina suerte —exclamó el capitán—. Poseen entre manos una guerra civil, ¿pero acaso lo saben? —Apagó el receptor con una violencia innecesaria.

Nadie dijo palabra. El capitán se puso inquieto y caminó arriba y abajo, sacando la mandíbula.

Se volvió con evidente alivio cuando otra figura en caqui salió del diluvio de lluvia para plantarse en las ventanas francesas.

—¿Puedo entrar? —preguntó el recién llegado.

—Pues claro que puede entrar, Mainfleet —contestó Biggs—. No

tiene que preguntarlo. ¿Dónde están sus chavales? Les ha costado bastante.

—Al contrario, nos hemos adelantado al plan previsto —contestó el hombre llamado Mainfleet. Entró, cerrando tras de sí, con cuidado, las vidrieras. Como Biggs, su ER estaba cubierto con esparadrapo. Era también capitán, pero unos años más joven que Biggs, presentando un contraste aquel caballero en casi todos los sentidos. La primera diferencia que llamaba la atención era que mientras Biggs estaba seco, Mainfleet chorreaba agua. Se apartó el mojado cabello de la frente y asintió con cierto embarazo en una ligera reverencia a los tres que estaban en el sofá.

—Le presento a los propietarios —dijo Biggs con aire burlón.

—Lamento esto —afirmó Mainfleet y Jimmy se animó. Vio en el rostro suave y bastante agradable del recién llegado un tipo que le gustaba y le conocía: el suyo propio.

—Hay una toalla en la cocina —dijo—. Creo que la necesita usted.

—Por favor, manténganse callados —dijo Mainfleet y volvió hablar en voz baja con Biggs.

Me equivoqué, pensó Jimmy.

Al cabo de un rato de discusión Mainfleet cruzó presuroso hacia la puerta principal. La abrió e hizo sonar un silbato. Un vehículo evidentemente había estado esperando con el motor en marcha ante las puertas del sendero. Llegó rugiendo hasta el pie de la escalera principal. El tablero de la caja bajó con estrépito. Tres soldados aparecieron diligentes en el vestíbulo, dos de ellos llevando cajas amontonadas de munición, el otro portando al hombro una ametralladora. Siguiendo las instrucciones de Mainfleet todos subieron hacia arriba.

—¿Qué van hacer con mi casa? —gimió la señora Wolf.

El olor de la acción había hecho maravillas con el genio de Biggs. Aunque todavía empuñaba el revólver, sonrió.

—Su casa estará bien, señora. Es de los tipos de fuera de quien tenemos que preocuparnos. Estamos llevando a cabo esta comisión, mire, y ocurre que una de sus habitaciones superiores es un lugar ideal para instalar un nido de ametralladoras temporalmente.

—Buen Dios, ¿de veras quiere decir que están preparados a matar a la gente por este asunto? —Cuanto menos, el sentido de

Jimmy de la irrealidad se había profundizado.

—Cierto, hermano. Ese lote de Surrogate será barrido ya en estos momentos. Son el enemigo por lo que respecta a nosotros. Tenemos una flota de camiones capturados esperando para cargar a todos los manifestantes de Bourgoyne y llevarlos a Chequers, a aquellos todavía aptos para pelear. Chequers está ya sitiado. Nada de bromas, se lo digo. El gobierno habrá muerto al amanecer.

—¿Qué va hacer esa ametralladora en el piso superior? —preguntó Jimmy estúpidamente mientras oía el sonido de romper cristales en algún lugar por encima suyo.

—Cargarse cualquier intruso que venga por ambos sentidos, claro. Va a haber mucho más derramamiento de sangre aquí antes de que hayamos terminado, créanme. Pero ustedes siéntense quietecitos y no les pasará nada.

—No podemos permanecer aquí sentados para siempre.

La afabilidad de Biggs se desvaneció al instante.

—Estarán sentados hasta que yo les diga que se levanten —dijo —, y no antes. Métanse eso en su cabezota, hermano.

Se levantó y fue hasta el teléfono. Durante cinco minutos estuvo atareado hablando, marcando, hablando, marcando, hablando. Mientras estaba sentado ante el aparato, Mainfleet bajó por la escalera para informar que la ametralladora estaba en posición. Con asentimiento de cabeza. Biggs pasó el informe a su superior. Mainfleet sacó una pitillera y se la ofreció a Biggs; Biggs tomó un cigarrillo y extrajo el encendedor de su bolsillo.

—¿Podría fumar yo? —preguntó la señora Wolf.

—¿Por qué no? —asintió Mainfleet. Se acercó y le ofreció la pitillera. Puesto que Biggs no hizo el menor gesto con su encendedor, sacó el propio y se lo tendió a la dama.

—Muchas gracias —dijo la señora Wolf, inhalando el humo con agradecimiento—. ¿Y ahora por qué no nos permite preparar té, haya o no haya revolución?

—Espléndida idea —exclamó Mainfleet, sonriendo con atractivo.

—¡No! —saltó Biggs. Todos lo miraron. Dejó caer el cigarrillo recién encendido al suelo y permitió que quedase sobre la alfombra —. Por Dios, que esto no se convierta en una excursión. Tengamos sed aunque sólo sea por una vez en bien de buena causa. Mantengámonos en nuestros instintos combativos.

Bastante malhumorado y desvalido, Mainfleet se acercó hasta la ventana. En el silencio lleno por la lluvia oyeron una lejana explosión.

—Sigo preocupado y preguntándome qué tal estará Conrad Scryban —susurró la señora Wolf a Jimmy al cabo de un rato—. Es tan terrible pensar en él ahí fuera en toda esta pelea y lluvia.

Jimmy asintió con torpeza. Sentía que su propia posición podía empeorar muy bien más que la de Scryban. Sonó el teléfono. Todos se sobresaltaron.

—Biggs —dijo el capitán, descolgando.

Escuchó con atención, y su rostro poniéndose más serio a cada instante.

—Un sedán negro. Encaminándose hacia Londres. Bien. Nos haremos con él, señor. Ya le llamaré yo.

Colgando con violencia, llamó a Mainfleet.

—El pez gordo escapó. Viene hacia aquí Esté alerta con éstos —y subió corriendo la escalera hasta la posición de la ametralladora. Los tres del sofá escucharon sus pisadas ascendiendo y volvieron los ojos a Mainfleet, que ahora sacaba el revólver.

—¿Puede por favor decirnos lo que está sucediendo? Encuentro muy enervante ignorarlo —dijo la señora Crinbolt.

—Las instrucciones son muy sencillas —le contestó Mainfleet—. Una parte creciente de la comunidad, incluyendo una proporción del ejército, cree que el gobierno actual y las medidas impuestas por dicho gobierno, están corrompidas. Intentamos derrotar al gobierno. Con ese fin estamos cortando las comunicaciones con Londres y buscamos apresar al Primer Ministro.

—¡Son sólo un puñado ustedes!, —exclamó Jimmy—. Les barrerán.

—Procuraremos que no. Con el Primer Ministro en nuestras manos estaremos en situación de negociar una paz fuerte. El destacamento a que pertenezco está barriendo las fuerzas que se le oponen a los manifestantes del GRIE. Luego subiremos a los del GRIE en camiones de nuestra base de Amersham y avanzaremos hacia el norte para tomar Chequers. El capitán Biggs y yo probablemente permaneceremos aquí para cubrir la retaguardia.

Un denso y rico silencio cayó sobre la habitación.

—¡Quiere decir que van a raptar al Primer Ministro…! —

exclamó por último la señora Crinbolt—. Jamás creí vivir para presenciar una cosa tan perversa.

—Sino le importa voy a encender la estufa eléctrica —dijo—. Me siento bastante húmedo.

Mientras se inclinaba para hacerlo, la ametralladora del ático abrió fuego. Jimmy ya había detectado, a través de la lluvia, el sonido de un coche que viajaba rápido por la carretera. Ahora la casa devolvió en mil ecos el estrépito. La señora Wolf se puso en pie de un salto; el revólver de Mainfleet instantáneamente la apuntó. Crispando los puños, ella tornó a sentarse.

De la carretera vino un chirriar de neumáticos sobre el asfalto húmedo y luego el fragor prolongado de un coche destrozándose en pedazos contra los árboles.

—¡Oh, querido mío, oh cielos! ¿Qué es lo que haremos? —jadeó la señora Crinbolt. Mainfleet fue hasta la puerta interior desde donde podía ver a través de la ventana del vestíbulo el sendero de acceso a la casa. Biggs y uno de los ametralladores vinieron atronando escaleras abajo; salieron a la lluvia para investigar lo que había sido de su blanco.

Un minuto más tarde sonó un disparo solitario. Dos minutos después Biggs y el soldado regresaron, muy serios y sacudiéndose la lluvia de sus uniformes. Biggs corrió al teléfono.

—¿Mayor Hobbes?… Mayor Hobbes. Aquí Biggs. Dimos en el blanco… Sí, Roger.

Inesperadamente la señora Wolf rompió a llorar. Mainfleet se volvió al soldado, que estaba plantado en el umbral de la sala, contemplándoles con una especie de indefinible repugnancia.

—Robinson, vaya a ver si puede preparar una taza de té para todos nosotros —dijo.

El soldado salió.

La señora Crinbolt alzó la vista después de haber estado acariciando a su hija.

—Bueno, me alegra ver que conserva usted algunos modales —observó.

Desesperadamente, Jimmy trató de analizar por qué creía que esta observación era una de las más fantasmales que oyera jamás. Ya había decidido que si trataba de precipitarse hacia la puerta, sería Mainfleet quien le dispararía primero. Mainfleet creía en la

causa. Biggs se limitaba a cumplir con su deber. Biggs era tosco e ignorante y probablemente cubría su envidia de cualquier que poseyese una bonita casa en el campo con una exhibición de agresividad. Mainfleet, por su parte, era un hombre adecuado al que disgustaba tener que incomodar a nadie de su propia clase social. Primero le dispararía y respondería a preguntas después. Era precisamente la mezcla de lo gentil con lo asesino que tanto abrumaba a Jimmy.

Se dio más cuenta de que Kenelm Wolf pronto saldría del invernadero para tomar su té, como un topo caminando de aquí para abajo tras los insectos.

Con cierta sorpresa Jimmy vio que alguien en realidad entraba por las ventanas francesas. Con más sorpresa todavía se dio cuenta de que no era Kenelm Wolf, sino Guy Leighton.

XIII

CALIDOS PERSEGUIDORES, FRIOS DESPRECIOS

—Esto es un escándalo, un absoluto escándalo y considerando que soy del todo simpatizante de su causa, creo que ambos se comportan abominablemente —dijo Leighton, unos minutos más tarde, secándose su rostro húmedo en un cojín mientras se dirigía a los dos capitanes.

—Limítese a estarse callado —dijo Biggs distraídamente, volviendo el teléfono y ocupándose en él.

Poca más diferencia para el recién llegado mostró Jimmy, la señora Wolf y la señora Crinbolt. El espacio en el sofá estaba limitado y Guy Leighton se encontraba chorreando.

Irritablemente explicó lo que le había pasado. Marchaba hacia Grey Cotes, casi había llegado a Surrogate cuando un mortero estalló en la carretera a pocos metros delante suyo, destrozando la espuria calma dominical. Fragmentos de metralla se le clavaron en el coche mientras giró violentamente hacia la cuneta. Aunque Guy resultó ileso, el coche se destrozó.

Al salir vio a tres hombres armados, uno vestido de paisano, corriendo en su dirección. Le gritaban. Asustado, Guy saltó por el próximo seto. Una bala voló por encima de su cabeza. Emprendió una veloz carrera. Los hombres armados efectuaron una búsqueda, se desanimaron bajo la lluvia y se retiraron.

Tras algo de meditación y un cigarrillo, Guy decidió seguir a pie hasta Grey Cotes. Esto lo consiguió evitando la carretera principal y manteniéndose oculto tras los setos. Sucedió, por suerte, que dio con la finca por el jardín de la cocina, que se acercó a la casa protegido por una tapia de ladrillos, evitando ser advertido por la ametralladora apostada en el ático.

Mientras contaba su historia y Jimmy explicaba lo que sabía sobre el golpe de Surrogate, oyeron camiones marchando a lo largo de la carretera hacia Amersham. Varios aviones zumbaron en el cielo sin efectuar ningún ataque contra las fuerzas rebeldes.

El soldado trajo té y desapareció escaleras arriba.

—Lo que no comprendo, Guy, es por qué venía usted aquí en primer lugar.

Guy, cuyo ordinario «savoir faire» le había abandonado, rezongó.

—Espero que no se muestre deliberadamente obtuso, Solent —dijo—. Le llamé al IBA ayer por la mañana, pero acababa de salir usted. Alguien… una maligna clase de individuo llamado Hortense… me dio esta dirección. Por desgracia, debido a la presión de importantes negocios, me fue imposible salir de la ciudad ayer. Pero indudablemente usted se imagina que deseaba que habláramos.

—Si se trata de Rose… de Rachel… otra vez, no quiero ni oír hablar de ello.

—¡No tan alto! —susurró Guy. Su propia voz era un murmullo —. No es Rachel… por lo menos, no directamente.

Miró a su alrededor desesperanzado, como quien está embebido en un mar de locuras. Biggs celebraba una larga y triste conversación por el teléfono.

—¿Tiene un plan para escapar? —le susurró Jimmy, llevándole hasta un rincón cerca de un jarrón con dalias.

—Vamos, Solent, usted y yo estamos en una situación bastante terrible. Las cosas han tomado un mal giro, como hace tiempo le predije que ocurriría. Esta estupidez, por ejemplo, va a alcanzar a la nación en donde más le duele… en el bolsillo. Sin embargo, ya sabe usted cuáles son mis puntos de vista en eso. La cuestión es la siguiente: Rachel ha sido raptada por Bourgoyne; supongo que eso sí lo sabe, ¿no?

—¡Por todos los cielos, Guy…!

—Eso es lo que intento decirle, Solent. El jueves, recordará, logré establecer la verdadera identidad de esta mujer por la que tan desgraciadamente nos enredamos. Le pasé esa información a usted con la sensación de condescendencia que uno siente hacia un compañero de sufrimientos. Usted y yo, en otras palabras, éramos

los únicos recinpendarios extraoficiales de tan importante secreto.

El rostro de Guy no tenía nada de moratil; por regla general mostraba sólo dos expresiones: la imperativa y la maliciosa.

Sin embargo, estirándolo ahora, Jimmy encontró otra más: algo que al instante lo relacionó con todo cuanto sabía de Guy —y en particular con su observación indiferente al separarse el jueves: «si hubiese tenido más dinero efectivo en el banco…»—. En aquel momento advirtió qué fuerzas impulsaban a Guy.

—¡Leighton! —exclamó—. ¡Usted vendió esa información! ¡Dios mío, se la vendió a Bourgoyne!

—¡No tan alto! —exclamó Guy, mirando a su alrededor. Mainfleet les contemplaba receloso—. Toda información tiene su valor efectivo. Nosotros no podíamos utilizarla.

—¡Está usted loco, Guy! ¿Oh… entonces es por su culpa por la que raptaron a Rachel?

—¿Acaso le debemos algo de amor?

Fue un modo desgraciado de expresarlo. Jimmy no sentía el amor de aquella manera; no sentía casi nada como lo experimentaba Guy. Una oleada de rencor contra todo lo que le rodeaba en su actual posición le subió hasta la garganta; oscureció sus sentidos, miró irritado a través de una niebla, como un borracho atisbando a través de las gafas salpicadas de cerveza. Oscilando hacia delante, golpeó muy lento en la mandíbula.

El jarrón de dalias y la mesa en la que estaba colocado volaron por los aires mientras Guy marchaba hacia atrás y quedaba sentado pesadamente en el suelo. Mainfleet se presentó al instante. Cogiendo a Jimmy por el brazo, le hizo dar media vuelta en la habitación. Perdió el equilibrio, Jimmy cayó de espaldas dentro de un sillón. El mueble resbaló hacia atrás estrellándose contra una vitrina de cristales. La habitación se llenó de vidrio roto y de gritos. Tanto Biggs como Mainfleet parecían incapaces de disparar contra cualquiera sin previo aviso.

—¿Se encuentra usted bien, Jimmy querido? —Lloriqueó la señora Wolf corriendo en su ayuda.

Uno de los soldados descendió veloz la escalera para ver lo que pasaba. Poniendo al atentado Guy en pie, Mainflett le empujó para que se sentase en el sofá. El teléfono sonó apremiante. La lluvia cesó de pronto, dejando tras de sí un inquieto silencio.

—El próximo que cause alguna dificultad recibirá un tiro en la cabeza —dijo con furia Mainfleet.

—Biggs —declaró el capitán, cogiendo el teléfono, mientras apuntaba su revólver todavía al grupo. Escuchó durante un rato, respondiendo con tonos bajos y coléricos. Jimmy, aún a caballo en el sillón y por tanto más cerca del teléfono, pescó las palabras—:… «pero si es así, no podemos esperarle…» siguió una discusión, que evidentemente perdió Biggs. Mirando su reloj de pulsera anunció de malhumor: «Le daremos hasta las 17,00 horas entonces», y colgó con fuerza.

—¿Qué fue todo eso? —preguntó Mainfleet.

—Parece como si Amersham se la hubiese cargado —contestó Biggs. Su rostro estaba rojo y malhumorado. Ni siquiera se molestó en mantener baja la voz, así que todos los demás le oyeron decir—: el sanguinario Hobbes me dice que los tanques han sido convocados y que la RAF está disparando contra el cuartel. Nuestros muchachos y los camiones del GRIE han sido obligados a salir de la carretera. Toda la maldita y condenada operación se ha atascado. Una columna blindada avanza desde el Sur y si no salimos infernalmente deprisa, nos van a dar en las posaderas hasta que no podamos sentarnos. Meterán un mortero de seis pulgadas dentro de esta casa en cuanto la divisen.

Corrió hasta el pie de la escalera y gritó a Robinson:

—Todos vosotros, bajad con la herramienta. Desmontadla pronto y volverla a montar en la parte posterior del camión.

Estaré con vosotros dentro de un momento.

—Sería mejor que desistiésemos —dijo Mainfleet. Se había puesto muy pálido.

—Aguantaremos hasta las cinco en punto —contestó Biggs—. Quedan sólo diez minutos. Tenemos que conseguir actuar como escolta de una persona muy importante para el país… por suerte nuestra. Detendrá su coche en el camino lateral y nosotros daremos una vuelta y nos reuniremos con él allí. ¿Usted, dónde está el camino lateral?

Dirigió la última pregunta la señora Wolf, señalando con el dedo.

—Puesto que originalmente entró usted por la glorieta, ha debido venir por el sendero —contestó ella.

—A todos ustedes se les deberá encerrar en un cuarto del piso superior —dijo Biggs—. No podemos permitirles que corran por ahí dejando que nos corten la cabeza. Tendrán que correr el riesgo de que les bombardeen.

—Por favor, no causaremos dificultades… —comenzó la señora Wolf, pero la interrumpió. Alguien venía corriendo por el lado de la casa desde la parte posterior, sus pisadas audibles ya en la terraza. De común acuerdo Mainfleet y Biggs trataron de cubrirse, apuntando con los revólveres hacia las ventanas francesas. Todos estaban tensos, Jimmy con la horrible certidumbre de que Kenelm estaba a punto de entrar.

En su lugar, lo hizo un hombre alto, con barba y de aspecto enérgico.

Mainfleet y Biggs se levantaron dócilmente.

—¿Son ustedes mi escolta? —preguntó el recién llegado—. ¿Están preparados para marchar?

No había error en identificar al propietario de aquella voz resonante. Se trataba del propio Big Bill Bourgoyne. Con un sencillo impermeable gris parecía dominar enteramente la situación.

—Sólo nos falta encerrar a esta gente, señor —dijo respetuoso Mainfleet—. Se nos acaba de avisar que iba usted a llegar —hizo un gesto para que la señora Wolf y su madre se levantasen.

—No tenemos tiempo que perder —anunció Bourgoyne con viveza—. El enemigo avanza hacia esta posición rápidamente. Evacuaremos cuando estén ustedes listos.

Como para reformar su afirmación una escuadrilla en vuelo rasante pasó por encima de la casa.

—Habrán visto ese camión fuera y volverán para investigar.

—Por favor, no nos dejen aquí para que nos bombardeen —dijo la señora Crinbolt.

—Saquémosles de este lugar —dijo Biggs con furia, haciendo que Guy se pusiese en pie—. Subamos arriba y encerrémoslos en alguna parte.

Guy se soltó de él y corrió a ponerse delante de Bourgoyne.

—No me deje aquí —dijo—. Soy uno de sus hombres; estos oficiales no han comprendido la verdadera situación. No nos conocimos, pero hablé con su secretario por teléfono. He hecho mucho por usted. Me llamo Guy Leighton; tiene que conocerme,

claro.

—Será mejor que venga con nosotros —dijo Bourgoyen, apenas deteniéndose a considerar el asunto.

Y un súbito suspiro de alivio, Guy saltó hacia la ventana. Mientras marchaba señaló a Jimmy que estaba mirándole.

—Mi amigo aquí presente también conoce todo lo referente a la señorita Norman —dijo.

Jimmy estaba tan sorprendido ante aquello que apenas se dio cuenta de que Bourgoyne le ordenaba perentoriamente que siguiese a Guy.

—Me quedaré aquí, gracias —dijo—. Y correré el riesgo con las damas.

Bourgoyne, dando dos zancadas le cogió del brazo.

—Joven, vendrá conmigo. Si sabe tanto de mis asuntos, no quiero que esté usted suelto en un momento como éste.

Ante esta observación el rostro de Guy se nubló considerablemente, puesto que se daba cuenta de que en vez de rescatado acababa de ser doblemente capturado. Pero no se le dio tiempo para discutir. Biggs había acompañado a las dos damas protestando escaleras arriba, encerrándolas en un cuarto de baño. Corrió por la puerta delantera, dirigiendo a sus artilleros para que fuesen al lugar de la cita en el camino lateral donde estaba el coche de Bourgoyne. Mientras Mainfleet se quedó con el resto del grupo que avanzó saliendo por las ventanas francesas hacia la glorieta.

Cerca del invernadero una figura inerte yacía de bruces en un charco, su viejo impermeable arremangado por encima de las rodillas. Jimmy se lo quedó mirando con horror y remordimiento mientras pasaron junto a ella; ahora sabía porque Kenelm Wolf nunca hizo su esperada entrada. Le vio salir de su escondite precisamente cuando Biggs estaba al acecho por el jardín, alerta ante cualquier dificultad. Desde entonces yacía derrumbado en medio de la lluvia con el cráneo roto.

Los dos vehículos se dirigieron hacia el oeste durante la mayor parte de una hora, el propio Bourgoyne conduciendo el coche de vanguardia. Biggs siguiéndole, ceñudo, al volante del camión del ejército. En las primeras etapas de su viaje pasaron por varias zonas inquietas de la comarca con muestras de lucha: un coche destrozado, una posada junto a la carretera que tenía una trinchera

apresuradamente excavada en su jardín delantero, una fila de vehículos blindados ligeros con sus conductores fumando pacíficamente al borde de la hierba, un remolque vivienda acribillado a balazos y una casita todavía humeante con los bomberos de la localidad tratando de apagarla. Muy pocas personas había en los alrededores.

Estos recuerdos melancólicos de la velada eran los restos de la matutina ambición que impulsó al capitán Mainfleet a preguntar a Bourgoyne si Herbert Gascadder, el Primer Ministro había sido capturado.

—Amigo mío, todo el gran plan fracasó —dijo Bourgoyne, no sin cierta sombría alegría—. Los ingleses tienen menos espíritu combativo de lo que yo me había imaginado. De ahora en adelante sólo podemos contar con nosotros mismos para catalogarnos como nación decadente. Los esfuerzos que antaño demostramos en el campo de batalla han de confirmarse ahora hasta el lecho incestuoso o matrimonial.

Aun recordando a Kenelm Wolf tendido en el barro, Jimmy dijo:

—Yo creía que eso muestra un avance en la civilización.

—Naturalmente que sí lo creería usted —observó Bourgoyne con malicia.

El fructífero silencio en cierto modo que ahora cayó, quedó roto por Guy, que empezó a hablar a Jimmy.

—Sigo tratando de perdonarle por aquel indigno incidente en la casa, Solent —dijo—. Sin embargo, reconozco que me resulta difícil lograrlo. Cuando usted me atacó, ni siquiera le había expuesto con llaneza el propósito de mi visita… de mi inoportuna visita. ¿Me escucha?

—Continúe.

—Solent, éste es un asunto delicado. Trato de hacerle un pequeño regalo. Después de todo, puedo permitirme el lujo; además me causaría placer. Entre usted y yo, Bourgoyne pagó muy generosamente esa información. Siento que sea un bonito gesto de mi parte… pues… más o menos dividir las ganancias… es decir, si usted me promete no revelar jamás a nadie la naturaleza de este trato. Mire, quizás haya actuado impulsivamente y si la verdad se descubre, me resultaría difícil, bastante difícil de explicar.

—Condenadamente difícil, diría yo.

—Bueno, pues, ¿qué le parece el cincuenta por ciento?

Después de un paseo prolongado de vueltas por senderos estrechos, durante las cuales el camión que le seguía se retrasó más y más, llegaron a unas verjas doblemente cerradas de una gran hacienda. Un cartel clavado en el hierro forjado anunciaba que la propiedad estaba en venta. Cincuenta metros más adelante, la pared que limitaba la carretera se había desplomado Dando vuelta al volante, Bourgoyne condujo el coche por entre los escombros y entró en los terrenos. Llegaron rebotando a una pequeña plantación.

La casa, cuando apareció, se alzaba en medio de una siniestra desolación y ruinas. No era vieja, sino descuidada, no grande, sino mal formada. A nadie podría gustarle ahora. Había sido construida (quizás en el tiempo en que Gasworthy edificaba penosamente Robin Hill) en el ladrillo amarillo que algunas veces se hablaba en las novelas de época. Evidentemente llevaba bastante tiempo abandonada; las ventanas estaban grises y sin cortinas.

Acercándose por la parte posterior, llegaron a un tosco patio formado por un número de edificaciones auxiliares, un garaje, un establo, una caseta anónima, un invernadero con el cristal roto, un cobertizo para bicicletas con techo de uralita. La hierba crecía entre las piedras. Las enredaderas trepaban hasta las ventanas. Los arbustos florecían de manera obscena en el destrozado invernadero. Un toque maestro de abandono le prestaba una carreta de madera cargada de paja, que evidentemente llevaba junto a la casa muchos veranos; en lo alto de la paja crecía una espléndida corona de malas hierbas, amarillentas y lozanas.

Tres solteronas con rifles deportivos salieron a dar el alto al coche, sus arrugadas frentes frunciéndose en gritos de delicia al reconocer a Bourgoyne.

Él se mostró muy brioso con ellas.

Por las preguntas y respuestas que siguieron, Jimmy adivinó que Bourgoyne se había ocupado aquí durante un par de días, junto con un número de leales partidarios… la mayor parte de los cuales le habían abandonado en el último par de horas, después de enterarse de los reveses de la tarde por la
B. B. C.

—Debemos salir todos de aquí dentro de media hora y despejar todo el lugar —dijo Bourgoyne—. Capitán Mainfleet, por favor

llévese a estos dos jóvenes arriba y enciérrelos en habitaciones separadas. Las salas de enfermería con ventanas enrejadas serán las más convenientes. Nosotros nos marcharemos lo antes posible sin tener que soportar el estorbo que ello nos causa.

Avanzó rápidamente al interior de la casa, seguido con bastante tristeza por las tres mujeres.

—¡Vamos! —ordenó Mainfleet, agitando su revólver hacia Jimmy y Guy—. Ya oyeron: escaleras arriba, deprisa, por favor.

—Yo hubiera pensado que usted, en estos momentos, ha debido darse cuenta que eligió el bando perdedor —le dijo Jimmy—. ¡Bourgoyne está perdido! ¿Por qué no volvemos todos al coche y nos alejamos lo antes posible en dirección al policía más próximo? Guy y yo diríamos entonces que usted nos había salvado de Bourgoyne y probablemente le condenarían a una sentencia leve.

—En marcha —dijo a Mainfleet, pero parecía como si hubiese estado considerando íntimamente la proposición de Jimmy. Cualesquiera que fuesen sus sentimientos personales, hizo lo que le ordenó Bourgoyne. Jimmy y Guy fueron obligados a subir la escalera y colocados en habitaciones separadas, donde los dejaron.

Para entonces Jimmy se encontraba muy lejos de su ordinario y soleado modo de ser. Una antipatía inesperada se despertó en su interior. Mirando en torno a la habitación, con su friso de tiernos ositos, decidió escapar de inmediato. Mainfleet había cerrado con llave la puerta; la ventana tenía unos fuertes barrotes. No había ninguna clase de arma en la habitación: ventana, reja y puerta formaban las únicas aberturas en el cuarto que parecía un cajón. Mientras buscaba algo en los rincones, su tacón se le hundió en una zona seca y podrida del suelo.

De inmediato Jimmy estuvo de rodillas, arrancando enormes astillas del entarimado. Hecho esto, pudo asirse a una fuerte tabla y levantarla haciendo palanca. Colocando la tabla bajo el pomo de la puerta, para que nadie pudiese entrar y molestarle, regresó a su agujero y pronto lo amplió, suficientemente para meterse dentro. Imaginó que con suerte podría deslizarse entre piso y cielo raso hasta llegar a una habitación no cerrada con llave.

El techo de abajo parecía capaz de soportar su peso. Probando con precaución, Jimmy descendió despacio del agujero. Se soltó de las jácenas, dejando caer toda su mole en el encañizado y el yeso.

Fue tan brusco como abandonar toda moral y prescindir del convencionalismo; el techo cedió.

Con un gemido Jimmy cayó y todo el cielo raso cayó con él. Descendió en avalancha en su torno, polvo, cañas y yeso, hasta que sintió que estaba cubierto de algo blanco como si fuese un pastel de bodas. Vagamente a través de la sofocante niebla blanca Jimmy distinguió los contornos de un cuarto vacío con una ventana rota al extremo. Gimiendo, se adelantó, encontró con asombro que estaba ileso, excepto la torcedura de un tobillo y marchó cojeando a la ventana. La abrió, se dejó caer por ella antes de que nadie subiese a investigar el estrépito.

Permaneció respirando con ahínco, cubierto de cabeza a pies por polvo de yeso.

Se encontraba detrás del garaje; eso le impedía que le viesen desde el patio posterior donde estaba la carreta de paja, mientras que el edificio le impedía que le vieran desde la parte delantera. En efecto, se encontraba en un cuadrado algo aislado, a los otros lados lo formaban crecidos y resecos arbustos. Un pequeño helicóptero estaba abandonado en el centro de la plazuela.

Pero no era el helicóptero lo que atrajo la atención de Jimmy. Mientras caía por la ventana había oído rugir un vehículo hasta la parte delantera de la casa y ahora alguien gritaba a través de un megáfono.

Al levantarse y mirar por la habitación que acababa de dejar, en donde el polvo se posaba ya, Jimmy pudo distinguir una puerta abierta y la ventana que estaba en un pasillo más allá. Allí, parado delante del edificio, se encontraba un camión del ejército. Sobre el tablón de la caja levantado aparecía el morro de una ametralladora apuntando de aquí para allá como si buscara un blanco.

Desde la protección del camión el megáfono repetía otra vez su mensaje.

—¡Bourgoyne! ¡Bourgoyne!, ¡Sabemos que está usted aquí! Salga con las manos en alto. No intente nada o se le disparará como si fuese un perro. Cualquiera más que esté en la casa, será mejor que salga deprisa con las manos en alto antes de que empiece el tiroteo. ¡Vamos, todo el mundo fuera! ¡Tienen dos minutos!

Distorsionada por el megáfono, Jimmy reconoció aquella voz. El capitán Biggs, con toda su falta de educación, había sido más

inteligente que su colega, el capitán Mainfleet; se había dado cuenta de cuál era el lado ganador y se apresuró a unirse a él. Lo que es más, parecía haber dado en el clavo.

Jimmy podía ser útil ahora saboteando helicóptero. Mientras se volvía para hacerlo sonaron dos disparos del edificio, respondidos de inmediato por una ráfaga de la ametralladora de Biggs. El ruido, reflexionó Jimmy, era muy intimidante. Aún no había llegado a la edad que la idea de morir es una perspectiva familiar y se sentía todavía inclinado a considerar esto como una ratonera que habría que evitar a toda costa.

Mientras dudaba vio que le miraban desde la ventana del piso bajo en una ala del edificio. Una mujer estaba allí planta da, mirando hacia fuera. Era Rose… Rachel Norman.

Inmediatamente Jimmy se sintió presa de la antigua y enfermiza mezcla de sentimientos. La visión, el contacto, el olor de ella, su insoportable altivez («tú no me has dado nada»). La pasión a la que una noche hace mucho tiempo ella tan admirablemente dio rienda suelta… todo se presentó divinamente de nuevo ante él. Amaba a Alyson, sí, pero ésta era la mujer que le había dado el vistazo de otro mundo, salvaje e irresistible.

Claro que resultaba lógico encontrarla aquí… la cautiva de Bourgoyne en el cuartel general de Bourgoyne… pero Jimmy apenas había pensado en eso. Desde la par te principal del edificio, a su espalda, se efectuaban disparos. Bourgoyne, Guy Leighton, las tres mujeres y quien quiera más que estuviese haría fuego contra el camión de Biggs. Con un rugido y una ráfaga de respuesta el vehículo retrocedió hasta una posición más protegida. Ignorando el tiroteo, Jimmy echó a correr hasta la ventana de Rachel.

Tenía las muñecas atadas contra su cuerpo con unas vendas. Llevaba una falda de cheviot y una blusa verde de algodón, salpicada de suciedad. Tenía el pelo desaliñado, pero su rostro largo miraba con compostura a Jimmy. La sensación inmediata de él fue al encontrar a esta mujer impresionante, tan fuerte, tan vital, allí plantada silenciosamente desvalida; esto se cambió por pena cuando advirtió que no le reconocía en su presente estado, literalmente cubierto de yeso. Una vez más ella le dirigía el más olímpico de los desprecios.

La ventana de Rachel estaba cruzada por toscos barrotes desde

el interior. Agitando y señalando, Jimmy indicó a la cautiva que daría la vuelta por otro camino para ponerla en libertad. Ella asintió, dirigiéndole una débil sonrisa. Mientras así lo hacía la puerta de su cuarto se abrió bruscamente a su espalda; ella se volvió para enfrentarse a un hombre alto y delgado de un rostro que parecía el ataúd de un niño.

Jimmy se agachó fuera de la vista por debajo del alfeizar. Como cada cual, este individuo iba armado. Su expresión para Rachel resultaba evidentemente amenazadora. Suspirando, Jimmy se dio cuenta de que tendría que hacer algo por salvarla.

—Estoy seguro de que mezclarme con toda esta violencia no es bueno para mí —murmuró.

Corriendo y dando la vuelta por el garaje, encontró un sólido garrote de buen tamaño, de un metro de largo que yacía entre la hierba. Le serviría como utilísima arma si podía colocarse tras el hombre delgado. Atisbando desde el otro lado del garaje, Jimmy contempló la desolada plazuela posterior, con su masa de ruinosas edificaciones y carretas. Alguien se movía por detrás del cobertizo para las bicicletas.

El hombre delgado salió de la casa, llevando a Rachel por el brazo. La chica tenía las muñecas todavía atadas; caminaba con brío, incluso ansiosamente, con su forma de andar alta, segura, esbelta. Venían hacia Jimmy. Él retrocedió, pero pasaron por el otro lado del garaje.

Al mismo tiempo el hombre junto al cobertizo de las bicicletas medio se levantó, lanzando hacia la casa un objeto esférico. Chocó contra la pared y rodó, siseando. Jimmy se lanzó cuerpo a tierra. Dócilmente volvió a levantarse. Una nube de niebla se extendió de la bomba hacia la casa: gas lacrimógeno. Y en los arbustos más allá del cobertizo de las bicicletas una línea de figuras avanzaba. El rescate del arresto estaba presto para entrar en acción.

Volviendo corriendo detrás del garaje, Jimmy vio que Rachel y el hombre delgado habían subido al helicóptero. Mientras corría al descubierto, el motor entró en funcionamiento, las aspas comenzaron a girar. Alzando la vista de los mandos, el individuo trató de sacar su pistola y disparar a bocajarro contra Jimmy. Jimmy le arrojó la estaca y se agachó. Esquivando rodeó hasta el otro lado de la máquina, cogió el pomo de la puerta y gritó a Rachel

por encima del ruido:

—¡Salga! ¡Salga! ¡La expedición de socorro está aquí! ¡Ya viene!

Pensó que ella decía:

—Me voy con este hombre.

—¡Debe de ser uno de los individuos de Bourgoyne! ¡Salga, por Dios! ¡El rescate está aquí! ¡Rachel!

El estrépito aumentó. Un huracán sopló en torno a Jimmy.

Jimmy puso el pie en el escalón mientras el helicóptero ascendía. Un instante después volaba. Rachel no hizo el menor movimiento. El hombre delgado le gritaba. Jimmy gritaba también. Alguien… un turbio vistazo se lo reveló… gritaba al mismo tiempo y agitaba las manos desde el tejado. Las balas volaban. El motor rugía. De todos los ruidos los gritos de Jimmy resultaban los más fuertes.

Tambaleándose bajo su carga desequilibrada, el helicóptero ascendió con un movimiento acangrejado y desganado por encima del garaje, fallando por muy poco de chocar contra el tejado. Jimmy siguió colgado frenéticamente, gritando. Vio que el hombre delgado, su rostro estrecho y oscuro se descomponía con cólera, se inclinaba hacia Rachel y golpeaba con la culata de la pistola. El porrazo lo recibió Jimmy en sus rodillas.

Se soltó. Caía, el helicóptero parecía alejarse rápido de él. Un instante después chocaba contra la vieja carreta de heno cayendo primero en la pila de paja vieja, destrozando las plantas recién crecidas. Bajo su peso súbito, los ejes podridos del carretón se rompieron, las ruedas se desmoronaron hacia fuera, la caja chocó contra el suelo. Un exceso inmediato de ratas fue oculto parcialmente por la expansiva y enorme nube de partículas de heno que ocultaron todo cuanto veía.

XIV

CÁMARA OSCURA

La señora Pidney colocó el flan recién hecho reverentemente sobre la mesa en el comedorcito, ajustando el adorno circundante mientras hablaba, como un funerario se habría ajustado la corbata en el cementerio en el instante en que el ataúd descendía dentro de la fosa.

—Eso no debió ocurrirle nunca —dijo—. Un joven tan agradable e inofensivo. Pero ahí está… como siempre, en el fondo había una mujer. «Cherchez la femme», como diría el señor Pidney.

—Debió ser ella una horrible criatura —asintió Alyson.

—Horrible —destacó la señora Pidney sacudiendo la cabeza y mirando hacia la puerta del dormitorio de Jimmy—. Y ahí yace el pobre joven de James Solent… Me ha costado mucho trabajo mantener a raya a los periodistas; son gente que no respeta nada.

—Jimmy sólo está cansado —dijo Alyson. Por el tono de la señora Pidney se hubiera podido deducir que el joven estaba muerto sobre una losa de mármol antes que estar durmiendo en su cama—. La policía le interrogó durante horas.

—Su foto salió en los periódicos y todo —dijo la señora Pidney sacudiendo angustiada la cabeza—. Y pensar que, viviendo en la misma casa que él, nadie de nosotros sabía lo que estaba pasando. Parecía llevarse siempre tan estupendamente con usted, querida. Me extraña que no se lo dijera.

—Últimamente se ha mostrado bastante reservado —dijo incómoda Alyson.

—Bueno, yo siempre lo afirmo, todos debieran tener alguien con quien hablar acerca del sexo, no importa quién fuere ese alguien. Es como una especie de desahogo. Por eso bendigo a estos

«cazasolteronas», como les llaman los muchachos; proporcionan ocasión de aclarar las cosas.

—Han proporcionado a Jimmy muchos disgustos, señora Pidney.

—Quizá. Pero cuando todos se serenen, con ellos tendremos una bendición disfrazada, ya lo verá. Incluso me alegro, querida, de que usted se hiciera instalar el suyo a tiempo… sépalo, le conviene, le queda bien con el color de su cutis. Y vi como se le ponía rojo por causa de nuestro joven cuando la policía lo trajo a casa.

La expresión de incomodidad en el rostro de Alyson se agudizó.

—En el presente, me encuentro en una posición muy enojosa —dijo—. Me temo que tengo obligaciones para con ambos hermanos Solent.

La señora Pidney aguardó, esperando una explicación. Cuando se dio cuenta de que ésta no se produciría, dijo:

—Si desea contármelo, la escucharé con gusto. Poseo un criterio muy amplio. Una o bien se puede confiar a ciertas personas, o no puede, eso es lo que creo, y no hay forma de saber cuándo se toma la decisión de explayarse o cuando no se decide una a hacerlo. Opino, como afirmé antes, que las personas deberían tener a alguien con quien hablar de detalles semejantes; lo que tiene gracia es que estos confidentes no suelen ser siempre las personas con quienes nos casamos.

Después de que se fue la mujer, Alyson permaneció plantada en silencio en mitad de la sala. Luchaba por reprimir sus grandes ansias de llorar. Era la tarde del lunes y no se había molestado en acudir a su trabajo.

Un ruido la hizo volverse. Jimmy estaba plantado en el umbral de su cuarto, vistiendo el pijama. Bostezó, se desperezó y la sonrió. Los ER de ambos empezaron a relucir.

—¿Qué hora es, Alyson? —preguntó el joven—. Se me ha parado el reloj.

—Pasa de las tres y media… hora ya de que despertaras. ¿Cómo te encuentras, querido? ¿Qué tal van tus magulladuras? ¿Tienes hambre?

—Sí. Sí, ahora que lo mencionas, estoy desmayado. Y un poco envarado; tengo la espalda ligeramente negra y azulada.

—La señora Pidney acaba de traerte un flan hecho. Está preocupada por ti.

—Es muy amable por su parte. ¿Qué hay en la despensa?

—Un pastel de manzana que hice ayer.

—¿Con seis capas?

—Con seis capas, como siempre.

—Eres maravillosa, Alyson. Prefiero comerme el pastel antes que el flan. Ven, siéntate y habla mientras me lo engulló.

—Lo siento, Jimmy, no debiera entretenerme. Estoy a punto de salir.

—Comprendo. Suenas bastante formularia, Alyson. ¿Sucede algo?… Quiero decir, aparte del ridículo que he corrido con esa tal Norman.

—Aparte de eso, no.

Todavía no satisfecho por entero, Jimmy tomó el espléndido pastel y empezó a comérselo. Contemplando a Alyson por el rabillo del ojo, Jimmy advirtió que en vez de prepararse para salir estaba retrasando su partida. Bajó el tenedor.

—No debes disimular conmigo, Alyson —dijo—. ¿Qué es lo que te molesta y preocupa?

—Nada —respondió ella—. Sólo que tuve un ataque de nervios. Estoy a punto de volver a la clínica Merrick-Kind. Sabes que le prometí a Vincent que lo haría.

—¿La clínica experimental de Vincent Merrick? —exclamó Jimmy—. Cielo santo, se me olvidó por completo con todo este jaleo… nos pidió a ambos que fuéramos, ¿verdad?

—Dadas las circunstancias, seguro que te disculpará si no vas.

Jimmy miró con dureza a Alyson, dándose cuenta por primera vez de lo ansiosa que parecía estar. Siempre aparecía algo nuevo que le confundía, pensó con cansancio. «A través de todas las vicisitudes nuestros rostros expresan ansiedad o agotamiento; la falta de cuidado se ha convertido en algo tan raro como la piedad natural».

—¿Te gustaría que te acompañara? ¡Una dosis de las dificultades de las demás personas sería para mí algo como un tónico!

A Jimmy le gustó mucho el modo en que los ojos de ella se iluminaron.

—Te esperaré… si estás seguro de querer venir —dijo Alyson.

—Probablemente ésta será la última comida que hago aquí —anunció Jimmy, mientras Alyson se le sentaba enfrente—. Hay un

cuarto libre en la casa donde se hospeda Donald Hortense e iré allí esta noche; puedo ocuparlo hasta que encuentre algo más interesante.

Se contuvo de mencionar a Aubrey. Alyson hizo lo propio. Un molesto silencio se interpuso entre ambos. Jimmy empezó a contarle detalles de su agitado fin de semana que no relatara la noche anterior. Se interrumpió bruscamente.

—Pero aquí me tienes, sentado, charlando… dime, Alyson, ¿qué diablos pasa en el gran mundo? ¿Por qué no estás trabajando? ¿Acaso el país se ve sumido en una sangrienta revolución?

—¿Inglaterra? ¡Pues claro que no! No fui a trabajar para quedarme aquí por si se me necesitaba. No, Jimmy, el colapso de tu carreta de paja podrida estuvo sincronizado con el colapso de toda oposición organizada a los Registros Emocionales. La casa de Bourgoyne fue rodeada por tropas leales, el capitán Biggs recibirá una mención y será ascendido, tu sombrío amigo Guy fue rescatado, los demás arrestados… excepto Bourgoyne. Logró escapar en coche, pero esta mañana le capturaron en Deal. En realidad, muy emocionante todo.

—¿Y el helicóptero? ¿Qué pasó con el helicóptero?

Alyson elaboró una sonrisa ácida.

—Se encontró abandonado en un campo a menos de dos kilómetros de distancia. Los ocupantes siguen sin aparecer.

Sirviéndose más pastel, Jimmy, con sumo tacto, hizo preguntas generales acerca de la nación.

—Oh, ahora que el gran intento de sublevación durante el fin de semana ha pasado, no creo que ocurra nada espectacular. Después de todo, los alborotadores del ejército o se les ha fusilado o están arrestados. Ayer mataron a un par de centenares de personas. El asunto de Amersham fue una tempestad en un vaso de agua en comparación con la batalla de Glasgow; debes leer lo ocurrido en los periódicos cuando volvamos de ver a Vincent.

Tenía el barniz de las uñas agrietado, la falda arrugada. Jimmy vio que a pesar de que ella hablaba con desaire suficiente, seguía tensa. Unas ansias de rodear la mesa y abrazarla le asaltaron, pero no estaba seguro de cómo soportarían ambos tal gesto.

Acabado el pastel, se puso en pie.

—Antes de que nos vayamos tengo que telefonear a la señora

Wolf —dijo.

—Te llamó dos veces, una esta mañana, otra después de mediodía.

—¡Dios mío! ¿Qué te dijo, Alyson? ¿Se encuentra bien?

—A decir verdad, Jimmy, no me preocupé mucho acerca de su estado. Parecía tomar muy a la ligera la muerte de su esposo.

—Nadie quiere a esa mujer excepto yo —dijo Jimmy, encaminándose al teléfono. Viendo la impresión que esta frase causaba en el rostro de Alyson, se apresuró a decir—: Y no olvides que tiene veinte años más que yo.

Marcó el número del IBA. La señora Charteris le puso con la señora Wolf. Una incesante ducha de palabras se le vertió desde el auricular. La señora Wolf se excusaba por el catastrófico fin de semana que sufrió Jimmy. Decía que probablemente vendería la casa; que su madre, la señora Crinbolt, había sido enviada a su domicilio; que un simpático regimiento de la RAF las sacó de su prisión en el cuarto de baño; que había ido a trabajar para alejarse de la terrible atmósfera; que esperaba que Jimmy se encontrara bien; que incluso el «Sanguinario» Trefisick se había mostrado amable con ella; que aquella mañana hubieron disparos en el exterior del IBA; que tenía la maleta de Jimmy a salvo en su despacho; que el querido Conrad no participó en el último momento en la manifestación del GRIE que marchó sobre Chequers por padecer un ligero enfriamiento; que se había interesado personalmente por el futuro de ella; que le dijo que no olvidará que seguiría pensando en ella mientras estuviese en la cárcel, y que de haber tenido él un ER indudablemente el aparatito frontal demostraría a cuál miembro de su equipo de trabajo estimaba más.

Casi perdido el propio aliento, Jimmy colgó.

—Se casará con Scryban, nuestro director gerente; así que eso me deja fuera de la lista de sus pretendientes —dijo.

—¿Qué? ¿Hoy? —exclamó Alyson.

—No, tonta, después del funeral.

Fue, se afeitó y se vistió, presentándose ante ella a los veinte minutos, dispuesto para ir a la clínica. Jimmy quiso cogerla del brazo, pero no lo hizo.

Alyson habló muy animosa mientras caminaban hasta la parada del autobús, pero Jimmy notó que aún se mantenía calladamente

turbada y que la causa de esta conturbación no residía en él. Dándose cuenta de esta momentánea perceptividad en sí mismo, una perceptividad basada en poderes de raciocinio no conocidos, se preguntó Jimmy cuántas otras habilidades de esta clase habían muerto desde que el hombre empezara a cultivar su intelecto y si, especialmente, el creciente estudio intenso del hombre como una unidad psicosomática no había estropeado —como el rayo de sol que apaga el fuego de un emparrillado— esos mismos delicados efectos que trataba de investigar. Quizás entonces en Jimmy Solent había habido una visión, aunque vaga, del futuro como ahora estamos viviéndolo, cuando los ER sean tan universales como las frentes; porque bajo el intenso escrutinio que la Emisión Emocional había disfrutado desde la aparición de los ER, la actividad sexual quedó rebajada a un mínimo sin precedentes y el coeficiente de nacimientos cayó hasta un porcentaje más pequeño que sus más bajos niveles anteriores. Un feliz resultado de este declinar era que el hambre del mundo tan frecuente e inquietamente predicha durante las décadas de los cuarenta y cincuenta de este siglo había quedado, como utopía, indefinidamente pospuesta.

Este año la temporada turística duraba más de lo normal. Las aceras de Londres seguían atestadas de multitudes errantes procedentes de Toronto o Trieste. Un charlatán que vendía falsas Luces Norman que se sujetaban a la frente con una cinta elástica estaba haciendo un gran negocio con los visitantes de ultramar. Mientras pasaban por un cine donde proyectaban noticiarios, Jimmy miró ansioso a la gran cartelera exterior; bajo un enigmático: BROWN, SEGUNDO SIGLO OVAL estaban los titulares EL GOLPE DEL GRIE FRACASA. Jimmy pensó con tristeza: Debería ir a ver eso; por una vez que entro en la historia me llevo chasco.

La clínica de Merrick, aunque establecida en una zona elegante de la ciudad, parecía desilusionadamente vulgar desde el exterior. Si el infierno fuera una ciudad muy parecida a Londres, el purgatorio podría semejarse a cualquier dirección de Mayfair. Incluso la reluciente placa nueva del portal que decía: «The Vincent Merrick C. B. Kind Societal Therapy Clinic», advertía muy poco a los que la miraba de lo que iban a encontrar en el interior. Alyson y Jimmy entraron y fueron acomodados en la sala de espera.

El nerviosismo visible de Alyson se acrecentó. Se quedó de pie

mirando por la única ventana a la blanca y aséptica pared que quedaba a un metro de distancia, tamborileando los dedos en el alfeizar.

—Ya que esta casa te pone… inquieta, no deberíamos haber venido —le dijo Jimmy, acercándosele.

Ella se volvió y descansó sus manos en las de él.

—Tengo que quedarme, Jimmy —dijo—. Mira, convencí a Aubrey para que viniera. Ya debía haber llegado.

—Oh, sí, eso lo hace bastante difícil.

¿Por qué se lo pediste? No conoce a Merrick. Lo único que haremos será pelearnos; ya sabes que se lanza sobre mí desde que descubrió que tú y yo…

—Aubrey vendrá aquí para someterse a tratamiento —dijo Alyson.

No hubo tiempo que decir más. La puerta se abrió y entró Merrick con su andar confiado, los gruesos cristales de sus gafas brillando. Algo confortador emanaba de su presencia. Sostuvo la mano de Alyson antes de volverse hacia Jimmy.

—Debo felicitarle por el valiente papel desempeñado por usted en uno de los infortunados episodios de ayer —dijo—. Me siento encantado de que se haya encontrado lo suficientemente bien como para venir aquí hoy.

—Sólo unos magullamientos en diversas partes. ¿Puedo preguntarle cómo se enteró de mi insignificante parte en las cosas?

—Me lo contó en privado alguien que en la actualidad está al corriente del asunto —dijo Merrick con aire misterioso—. Espero que ambos salgan alguna próxima noche con Jasmine y conmigo, en cuanto yo tenga tiempo disponible, y así nos lo contará con detalle.

Jimmy no estaba muy seguro de que quisiese hacerlo.

—¿Acaso la situación nacional se ha estabilizado lo bastante como para hacer planes? —preguntó.

Merrick soltó una suave risita, una carcajada agradable llena de seguridad, sacó una pitillera y la ofreció a sus visitantes.

—Absolutamente —contestó—. Absolutamente. Creo que todo el sistema en los siguientes próximos años se puede predecir con cierta seguridad. Todo lo nuevo es objetado; eso es cosa a la vez lógica e inevitable. Se vio lo mismo hace pocos años… ustedes dos estarían aún en la escuela por entonces… con la introducción de la TV. Se

pronosticaron toda clase de efectos colaterales, desde agitar los fundamentos de los factores permanentes de la sociedad, tales como la desigual distribución de los ingresos, la consciencia de la diferencia de clases, los lazos familiares destrozados, etc. Pero su mismísima expresión —y debemos considerar las dificultades del pasado fin de semana como una de tales expresiones— se disipó y se convirtió, de hecho, en la primera etapa hacia la aceptación de la innovación casual. No, los ER son un hecho consumado; todos tenemos ahora que vigilar la aparición de molestias de orden menor inevitables durante una época de ajuste. Y esta clínica, presumo, tendrá que tratar con la mayor parte de los casos.

Merrick estaba a punto de añadir algo cuando Alyson, con apariencia tensa, interrumpió con una pregunta acerca de Aubrey.

—Mi querida señorita Youngflied, no tiene por qué preocuparse —la tranquilizó Merrick—. Su prometido se encuentra aquí, se le ha examinado y ya está siendo objeto de una terapia social. Mi colega, el señor Kind y yo hablamos con él y estamos de completo acuerdo de que su condición es una de las que más fácilmente reaccionan ante los métodos curativos.

—Pues no pareció ceder a mis particulares métodos curativos —dijo retadora Alyson. Inclinó su rubia cabeza para evitar miradas inquisitivas que Jimmy le dirigía.

—Aubrey Solent posee una clase de impotencia muy común —dijo Merrick—. Como le dije antes, el punto esencial que debe usted recordar es que en ningún modo es una reflexión de sus propias… cualidades deliciosas.

—¡Impotente! ¡Aubrey impotente! —exclamó Jimmy—. ¡No lo creo! ¡No creo ni palabra!

—Me parece que usted está en una posición menos ventajosa que la de la señorita Youngfield para descubrir la verdad —dijo con suavidad Merrick—. La condición, en cualquier caso, es sólo intermitente. Y ahora, si vienen conmigo, les presentaré a mi consocio en esta nueva aventura, el señor Kind.

El señor Kind, el señor Croolter B. Kind, un alienista canadiense degradado con ideas avanzadas y un ligero tartamudeo. Inesperadamente llevaba un suéter arlequinado con una K gigantesca cosida a la espalda y un par de pantalones con finas rayitas. Saludó a Jimmy y Alyson amablemente, aunque parte de su

cordialidad se evaporó al descubrir que no habían venido a la consulta.

—Lo siento —dijo, riendo tristemente y rascándose el corto pelo —. Creí que ustedes eran oscuros más bien que… lo que nosotros llamamos… cla-claros. Bueno, los amigos de Vincent son amigos míos. Te-te-nemos aquí…

to-toda

una instalación y si tienen a algún ser querido bajo tratamiento… lo que nos-nosotros lla-llamamos lim-limpieza… será mejor que vengan y vean la… la sesión que acaba de comenzar. ¿Qué le parece, Vince?

Vincent Merrick asintió con la cabeza.

—Sí —dijo—. Pienso que les interesaría. Puesto que les creo jóvenes inteligentes. Quizá al principio lo consideren algo asombroso, claro; la terapia social es bastante revolucionaria.

—Ah, les daremos una inyección de droga y hablarán cosas que ni siquiera les impresionan —dijo Kind, abriendo una puerta batiente que daba a un quirófano—. Pa-pasen por… por aquí, muchachos y muchachas, y les insta-instalaremos.

Entrando en el quirófano, seleccionó una jeringuilla hipodérmica de una de las cajas y comenzó a llenarla con el contenido de una ampollita. Viendo la indecisión reflejada en los rostros de Alyson y Jimmy, Merrick les tomó del brazo y les hizo entrar suavemente en la habitación. Una especie de unción emanaba de su persona.

—No les va a doler en absoluto —dijo—. Tenemos una droga recientemente sintetizada, llamada Peyocalan. Originalmente se derivaba del cactus petotl. Es un eufórico inofensivo que les inducirá a sentir un retraimiento y una indiferencia a cuanto les rodea. Una inyección pequeña sería aconsejable; a primera vista es, como diría yo, apta para ser asombrosa a menos que uno haya tenido una fortificación anterior.

Experimentando aquella vieja sensación de desamparo que siempre le agobiaba en presencia de alguien que sabía más acerca de su interior que él mismo, Jimmy preguntó con fingido humor:

—¿Nos arremangamos o… nos descubrimos las nalgas?

—Diablo, lo que prefieran —contestó Kind—. A nosotros nos es igual.

Se acercó a ellos con la jeringuilla, expeliendo por la aguja un

poco de peyocalan. Alyson y Jimmy recibieron la inyección en el brazo; Kind limpió la huella de los pinchazos con un algodón y dijo:

—Es-está… bien, va-va-vamos. Por aquí para ver… el espectáculo de los monstruos. Tengan preparadas las entradas, por favor.

Merrick les condujo por un corredor hasta una puerta a prueba de sonidos. La cruzaron y era un pequeño cine.

—El programa acaba de empezar —anunció Merrick, mirando a la pantalla. Las diferencias entre este cine y uno normal eran varias. Habían entrado directamente en la galería, que estaba separada del resto del auditorio por una gruesa placa de cristal y contenía sólo seis cómodos sillones. Abajo, en el patio de butacas, sólo la mitad de las localidades estaba ocupada de momento, es decir, unos treinta asientos, acomodando a los «oscuros», a aquellos pacientes mentales que seguían la terapia social Merrick-Kind.

Los oscuros usaban todos con monos y antifaces sobre sus rostros y suéteres en donde iban cosidos grandes números, de modo que a Jimmy le recordó aquello a un equipo de fútbol de Harvard preparándose para acudir a un baile de máscaras. El patio de butacas en donde estaban sentadas aquellas personas estaba acortinado en negro, en contraste con los tonos naranja y gris del estucado de muchos cinemas. Pero el punto más radical que se apartaba de la tradición eran las cuatro pantallas colocadas una junto a otra.

En las pantallas se proyectaban distintas películas. Los treinta asientos del patio giraban, cada cual sobre su eje, para que sus ocupantes pudieran ver cualquier filme con la misma facilidad. Giraban despacio y sin cesar.

Ahora un curioso efecto, como la relajación de después de haber hecho el amor, comenzó a instalarse sobre Jimmy: un efecto compuesto de letargia y ligereza. El peyocalan empezaba a obrar. Se encontró a sí mismo, desde los ojos tan en blanco como los ojos de buey de un batiscafo mirando hacia las fantasmales profundidades oceánicas, contemplando con desaire las pantallas en las que hombres y mujeres, bajo tanta presión como cualquier habitante de las simas abisales del Pacífico, adoptaban un millar de posturas y humillaciones. A veces por parejas, a veces en solitario, ocasionalmente en solemnes grupos, la raza humana llenaba cuatro

pantallas con sus giros en busca de satisfacción. Con la misma especie de asombrada seriedad, Jimmy murmuró para sí:

—Sí, sí, sí… Esto es terriblemente importante.

—La galería es a prueba de sonidos, así que puedo decirles algo de lo que está pasando —dijo Merrick. Su voz les llegó des de un punto a muchos años luz de distancia y cosquilleó de manera singular en el oído de Jimmy—. Básicamente, claro, toda la sanidad mental se relaciona con ajustar un individuo a sí mismo. Muchos individuos necesitan ayuda para encontrar un equilibrio; Croolter y yo les ofrecemos esa ayuda. Pero ofrecemos mucho más… aquí, como creo que ustedes apreciarán, se introducen ideas revolucionarias. Por todo el mundo, los pacientes mentales son devueltos a la sociedad con la etiqueta de «curados» por sus psiquiatras. Están curados en el mismo sentido que están ajustados a sí mismos, pero no están ajustados a las otras personas que les rodean; descubren que la palabra es una ínfima parte. El impacto del azar de esas otras personas les hace per der el equilibrio y en menos que canta un gallo vuelven a la puerta clínica suplican o que se les readmita.

»Hemos cambiado eso; en este punto la terapia social interviene. Aquí, en este teatro, mostramos a nuestros oscuros (así denominados porque tienen oscurecida su visión del adecuado objeto externo) que el mundo pulula de idiosincrasias —perversiones quizá sea la palabra con la que ustedes se hallan más familiarizados— muchas de las cuales son más grotescas que la mayoría de las que ellos padecen. Eso es lo que deben comprender acerca del ínfimo valor de la palabra. Una vez se han encarado con ello y lo han aceptado en presencia de otros oscuros, están convenientemente preparados para ajustarse y aceptarse a sí mismos. Al final de este curso serán seres diferentes. Ahora miren simplemente la variación que aparece en la segunda pantalla y me dirán si no la consideran como muy fascinante…

El respetable hombrecillo de las gafas de pinza se deslizaba a través de habitaciones de hotel, camas desordenadas, eligiendo almohadas para olerías; quitaba las fundas, llevándoselas furtivamente consigo hasta que hubo coleccionado seis. La nariz se le retorcía incontrolablemente. Entonces envolvió apretadamente con ellas varias partes de su cuerpo empleando sólo cinco fundas,

cayó a cuatro patas y se metió dentro de la sexta.

En las pantallas contiguas un perverso dispositivo acoplado a una máquina de planchar estaba dando la paliza de su vida una mujer, una extraña criatura bailaba con botas de goma y un blanco camisón, un chico de quince años acariciaba a un perro alsaciano y sonreía angelicalmente.

Oleadas de sexo fluían arrolladoras por sobre la audiencia, apagándola, ahogándola como la brisa procedente de un poblado indio, salpicaduras de un pulpo criado en un pequeño acuario, pasajes acelerados de una gran sinfonía romántica para instrumentos de viento. Era duro de creer que saliese de aquel insípido caos un mundo equilibrado. —Lo que tienen ustedes que captar dijo Merrick, mirando de reojo a los portes hipnotizados y pisciformes de Alyson y Jimmy—, es que estas escenas tienen una relación muy definida con lo que ustedes consideran como el mundo ordinario. Son meramente, podría decir, una ligera parodia de él. El hombre tiene libre albedrío, pero también está sometido a convulsiones. Algunas de estas son aceptables en nuestra sociedad actual, muchos no lo son; lo que espero ver —lo que está trayendo el ER— es una desintegración de esta soledad actual. Pero debe ser una desintegración lenta, no el crudo intento del GRIE de destrozarla, lo que inevitablemente habría dejado una estela de caos económico.

»Creo firmemente que presenciaremos una desintegración evolucionaria. La sociedad se reajustará a sí misma sobre líneas más en alianza con la realidad; es inevitable… cuando cada uno diariamente obtenga una vista interior del funcionamiento del sexo a través del ER. Es la ignorancia la que crea los tabúes, no la moralidad.

—Mmmm… terriblemente importante —murmuró Jimmy. Apenas había asimilado una palabra en sus esfuerzos por con centrarse en las grotescas maniobras de una gigantesca negra y un hombre calvo con tirantes.

—Terriblemente importante, pero no me gusta —suspiró Alyson.

Desde la densa y cargada oscuridad de detrás de sus asientos se cernía sobre ello el rostro bienhumorado y denso también del socio de Merrick. Agitaba su pelo corto en asentimiento a lo que sucedía en la cuádruple pantalla.

—Estas películas en extremo interesantes son sólo asequibles a los miembros de la profesión médica —explicó Croolter B. Kind.

—No hay duda de que ustedes habrán oído ha-ha-hablar de una excelentísima aso-so-sociación llamada los A. A… Alcohólicos Anónimos, que ayudan a cualquier afecto de alcoholismo. Estas películas son filmadas por un grupo igualmente valiente llamado a sí mismo los P. P.; Pervertidos Pseudónimos. Sus oscuros actúan para las cá-cá-cámaras según sus idiosincrasias.

Ante las posturas de las imágenes los quince oscuros clínicos se revolvían en sus asientos como pollos girando en los asadores, como si los comandara algún moderno Dante. Todos, menos dos, llevaban ER, que parpadeaban, brillaban, relucían y se apagaban mientras sus portadores reaccionaban ante los variables estímulos de las pantallas; parecían agitados reflectores color rojo que buscaban localizar a los bombarderos enemigos. Para aumentar el frenesí de la escena varios de los oscuros se retorcían o señalaban algunas de las escenas que despertaban sus dormidos genes erráticos. Sin querer, dos versos del «Amor moderno», de Meredith, se deslizaron hasta la entorpecida mente de Jimmy:

¡Vosotros, tocos amantes del prado del pueblo, vuestra es la estrella más baja y feliz!

Los prados estaban desiertos o se habían edificado en ellos bloques de viviendas y los toscos amantes habían perdido peso y acudido arrastrándose en busca de la terapia de Merrick. Con un esfuerzo Jimmy se volvió para mirar a Alyson; el rostro de ella quedaba momentáneamente iluminado por la luz que reflejaban unos muslos gigantes; lloraba. La visión sirvió de mucho para aclarar la cabeza de Jimmy. Se había olvidado que su propio hermano estaba dando vueltas allá abajo, en aquel exagerado purgatorio. Quizás Aubrey era el número 5, o quizá el número 12, allí acurrucado en silencio, en su giratorio vehículo sexual.

Inclinándose hacia adelante, Jimmy extendió la mano y tocó la de Alyson, tratando torpemente de consolarla.

—Está bien, ustedes, criaturas, sigan y abrácense —animándoles Croolter—. Estas películas producen ese efecto en algunas personas. Puedo informarles que en el mercado negro se pagan con una fortuna.

—Yo debiera decirles que algunos de los oscuros de nuestro

público ahí abajo —dijo Merrick prosiguiendo con sus comentarios —, ocupan puestos de confianza en la industria y en la sociedad. Uno desempeña un cargo de importancia en la Tesorería, otro es una mujer clave en el mundo de los ultrasonidos, otro, en verdad, es ministro del gobierno. Croolter y yo podríamos decir quien es cada cual por el número de su suéter, pero todos los oscuros son anónimos mutuamente.

—¡No quiero oír nada más; creo que todo esto es terrible… fantasmal… inhumano! —exclamó Alyson.

—Terrible y fantasmal, quizá —replicó Croolter—, pero completamente humano —emitió una risita apreciativa.

—Bueno, quiero volver a salir a la clara luz del día —dijo Alyson levantándose temblorosa—. Y quiero llevarme conmigo a Aubrey; estoy segura de que esto sólo puede causarle daño.

Reanimándose, Jimmy se puso en pie y fue hacia ella. Cuando la tocó el brazo pudo advertir que temblaba.

—Por favor, señorita Youngfield, cálmese —aconsejó Merrick—. Márchese por todos los medios, si cree que debe hacerlo… aunque lamentaría verla marcharse… pero debe creerme cuando le digo que sería imprudente llevarse a su prometido; necesita esta oportunidad para hacer las paces con su vida. Debiera dejarle aquí, a menos que… —se interrumpió con brusquedad.

—¿A menos qué, señor Merrick?

—Perdóneme. ¿Qué fue ese ruido exterior?

—Yo también lo oí —dijo Croolter—. Me parecieron disparos. Alguien me dijo abajo que había hoy en Londres más inquietud, después de saberse la no-no-noti-cia de que a Bourgoyne le habían pu-pu-puesto en chirona, que lo que él logró provocar cuando andaba suelto; aunque viviera aquí cien años nunca llegaría a comprenderles a ustedes, los ingleses.

—Eso es una tontería —declaró Merrick—. Es natural que haya algo de inquietud después del clímax del fin de semana.

—¿Qué iba usted a decir acerca de Aubrey, señor Merrick? —insistió Alyson. Pero Merrick se ahorró la respuesta cuando entró un subalterno en la galería para anunciar que un camión cargado de hombres con rifles estaba disparando contra la policía en la calle.

Merrick chasqueó los labios, como si también creyera tener dudas acerca del carácter de los ingleses.

—Será mejor que saquen al ministro de la sala por si acaso se presentan dificultades —dijo al subalterno, mirando hacia el patio de butacas en donde sus espectadores hacían brillar aún sus Registros Emocionales revolviéndose en sus asientos—. Es el número 8 y no podemos permitirnos el lujo de perderlo. Sáquenlo y aplíquenle la rutina del fenobarbital, luego tráiganlo aquí.

—Sí, señor —el subalterno entrechocó un sucio par de tacones.

Un disparo solitario sonó en el exterior, seguido por el metálico golpeteo del rebote. Jimmy, que ya estaba harto de tiros, por lo menos para una temporada, dijo intranquilo:

—¿Qué de bueno creen que pueden conseguir con el pistolerismo?

—Es un desahogo valioso para los pistoleros —dijo Croolter sin apartar los ojos de las cambiantes imágenes de las películas.

—Bourgoyne tenía una buena causa —dijo inesperadamente Alyson—. Esos locos de ahí fuera lo estropean; todo el mundo lo estropea, él mismo se estropeó. No comprendo por qué nunca consiguió más apoyo culto e instruido del que obtuvo. Parece sorprendernos ahora que apenas hace diez años las naciones hacían explotar alegremente bombas H sin que se alzara ninguna protesta efectiva sobre el peligro y sus consecuencias posteriores. Sin embargo, las generaciones futuras se sentirán igualmente sorprendidas de que no hiciéramos nosotras algo más sustancioso acerca de este manipular con la vida del individuo. Supongo que estamos todos demasiado absortos en los aspectos personales del problema para prestar atención a los generales.

—Ah, se está poniendo usted arcaica —dijo Croolter—. Ya era hora de que alguien hiciese algo en este asunto. Es un verdadero adelanto, guapa, créame.

—No me gusta nada el tono con que habla a la señorita Youngfield —dijo Jimmy. No estaba del todo de acuerdo con Alyson, pero le disgustaba que cualquier otra persona estuviese en desacuerdo, particularmente cuando llevaban suéteres y pantalones de finas rayas y el pelo cortado al estilo militar.

—Permítame repetirlo: arcaica —insistió con llaneza Croolter—. ¡Ella habla de manipular en la vida del individuo! Jesús, amigo mío, siempre, desde que el homo sapiens se organizó en grupos, y en sociedades, se ha manipulado con la vida del individuo… es decir,

se la ha co-co-conformado. Co-co-co-conformado es co-co-comodidad. Eso es lo que pretendemos hacer aquí, en esta cli-cli-clínica, que las gentes estén más co-co-co-cómodas. Oh, hubieran sido felices con sus pequeñas chi-chi-chifladuras si no fuera por el elemento de inconformismo en esas dichas chi-chi-chifladuras.

—No hagas caso a eso, Alyson —dijo Jimmy. Había estado mirando, el rostro de la muchacha con ansiedad y pudo leer como crecía en ella la tensión—. Salgamos de aquí si no te gusta esto.

—Nadie les impedirá que se marchen —dijo Merrick—. El tiroteo parece haber cesado.

—Sí, quiero irme —le dijo Alyson—, pero antes necesito saber lo que iba a decir acerca de mi prometido. Tengo la idea de que quizá sea importante.

—Siéntese otra vez, querida mía —contestó paciente Merrick—. Puede que sea importante. Mire, el mal que sufre Aubrey Solent es una condición mental… la impotencia debida a un defecto físico es en extremo rara. El sentido de inferioridad que produce tal condición queda naturalmente reflejado en las otras facetas de su apariencia. Es reservado, conservador, nunca habla demasiado de su trabajo y se conforma yendo a ver obras de teatro que triunfan, leyendo libros corrientemente populares, acudiendo cada domingo a la iglesia… en resumen, adoptado el molde de conformismo, lo usual en la clase media superior, y algunas veces se traiciona a sí mismo… por ejemplo, en su reciente estallido contra un grupo homosexual anticonformista del que usted me habló o en obligar a Jimmy a comportarse con usted como si la atracción sexual fuese inexistente.

—Pero ocurre que eso es parte del modo de ser de Aubrey —protestó Jimmy—. Sólo en Londres debe haber centenares de personas como Aubrey.

—Estoy de acuerdo con esos puntos suyos —dijo Merrick con cortesía—. Y estas tensiones latentes salieron a superficie cuando Aubrey conoció a la señorita Youngfield.

Jimmy se apartó disgustado… esas genes te ponían siempre en un brete por más que uno tratara de eludirlas; discutir con ellas era como tratar de hacer geometría euclidiana sobre una lámina de goma que se estuviera siempre expandiendo o contrayendo. Mientras se volvía tuvo tiempo de ver a dos subalternos en el patio

de butacas llegando hasta el sillón del oscuro número 8; por sus acciones se dio cuenta por primera vez de que los espectadores estaban prudentemente ligados a sus asientos. El número 8 estaba ya libre y casi se lo llevaban en volandas a través de la falaz iluminación carmesí del puntillado reluciente de la sala hacia una disimulada salida. Aún ligeramente atontado por la droga, Jimmy se encontró atisbando para ver si los subalternos llevaban o no tridentes.

Inclinado hacia Alyson, Merrick, inevitablemente, volvía a hablar, utilizando un tono profesional de voz casi en «allegro comodo».

—Ahora usted, señorita Youngfield, es una joven sorprendentemente atractiva, sí me permite decirlo. Aubrey se dio cuenta de eso con toda seguridad la primera vez que la vio; pero con su creciente deseo hacia usted vino el temor de que podría resultar ser un impotente. Es una situación trágica; empleando una antigua frase: él es su peor enemigo. Pudo ver que usted era simpática y quizá hasta propensa a hacer de madre con él. ¡No… no proteste! Cada mujer es una madre latente. Aubrey es inteligente; dio con un plan que satisfacía todos los niveles de su ser. Le contó… ¿verdad?… de su incapacidad y le pidió que le ayudase a tratar de curarla; en efecto, era un modo de exhibir a la vez de su debilidad y su fortaleza. Usted mordió el anzuelo.

—Le tenía cariño —contestó Alyson—. Y… me daba pena; simpatizaba con él. Pensé que podría ayudar.

—Exactamente. Como dije, usted mordió el anzuelo —asintió imperturbablemente Merrick.

Ahora Jimmy escuchaba con gran atención. Nada nos interesa y nos absorbe más que las revelaciones desagradables acerca de miembros de nuestra familia. Parpadeó ligeramente cuando el psicoanalista, aún hablando, se volvió hacia él.

—En esta tesitura James Solent vino a Londres y comenzó a compartir el apartamento de su hermano.

—Ahora se pone buena la cosa —rió Croolter desde detrás de ellos.

—Las facultades de Aubrey para hacer el amor habían sido, gracias al tacto y paciencia de la señorita Youngfield… por no decir nada de su pulcritud… bastante satisfactorias hasta entonces —

continuó Merrick—. Pero presintió, y no se equivocaba, un rival en su joven hermano. Se mostraba inseguro de sus facultades; se dijo a sí mismo, en efecto: «Alyson no puede amarme, porque no soy digno de ella; está conmigo sólo por piedad, por lo tanto debe tener algo porque compadecerme». Y desde entonces en adelante sus males empeoraron rápidamente. Así es, señorita Youngfield.

Alyson asintió con la cabeza, sin hablar.

—Si usted pudiese convencerse por sí misma —continuó Merrick —, de que debe abandonar a Aubrey, podríamos tratarle con éxito mostrándoles que sus temores básicos no tienen fundamento. Al comprometerse usted con Jimmy se ha convertido para Aubrey en un símbolo para su fracaso que tenemos que arrancar lo más lejos posible de su vida. Incidentalmente, ya me ha reconocido que su principal razón para no instalarse un ER, por mucho que lo racionalizase, residía en un miedo de no ser capaz de hacerlo brillar y ponerse colorado. Fue sólo este miedo el que le convirtió durante varias semanas en un anticonformismo del campo del BIL.

—Eso, cuanto menos… —comenzó Jimmy a decir, cuando entonces se produjo una fuerte explosión y el edificio tembló bajo sus pies. La plancha de vidrio que separaba la galería del resto del auditorio se rajó horizontalmente sin romperse. Al mismo tiempo una parte de la pared del patio de butacas, por encima de la pantalla de la izquierda, se combó, se agrietó y cayó lentamente hacia el exterior. El edificio volvió a sacudirse cuando los ladrillos y la argamasa chocaron contra el suelo de la calle. El colapso creó un agujero de unos tres metros cuadrados en el muro del cinema. A través de esta brecha los espectadores vieron una inmensa cortina de polvo y yeso levantarse; cuando se disipó, se reveló el mundo exterior… o sino exactamente el mundo exterior, un gran anuncio en el lado opuesto de la calle, en el que por encima y por debajo del dibujo de una joven mujer en la cama, destacaba la ostentosa afirmación: HAY NUEVE HORAS DE SUEÑO EN CADA TAZA DE VIGACOFF. Eso contrastaba singularmente, pensó Jimmy, con la parte inferior de una región hipogástrica que se ondulaba en primer plano en justa contraposición con el anuncio en la siguiente pantalla.

Porque a pesar de la explosión las películas inflexiblemente siguieron proyectándose y los oscuros permanecieron a la fuerza en

sus asientos giratorios. Pero la luz que se filtraba a través de la cavidad del cinema rebajó las imágenes movibles hasta darles un tono pardo desvalido. Ahora tenían en consecuencia un singular aire anticuado. Las investigaciones post-Kinsey de los P.P. se habían convertido en postales pornográficas importadas de Marsella después de la Primera Guerra Mundial y guardadas mucho tiempo en algún olvidado cajón del escritorio. Los vicios más formales y feos habían adquirido un encanto de antigüedad.

Recuperándose de su sorpresa, Croolter B. Kind se puso en pie de un salto. Agitó los brazos con los curiosos movimientos retrógrados de una conductora que estaba aprendiendo a hacer señales.

—Nos atacan —gritó—. Déjenmelo todo a mí y no se asusten. ¡Ma-ma-ma-ma-manténganse se-se-se-serenos! ¡Diríjanse a las salidas de emeregencia!

Cruzó la puerta y sus pisadas sonaron por el pasillo exterior. Mientras se apagaban, el subalterno de Merrick entraba agarrando al oscuro número 8, una recia figura aún llevando máscara y suéter, jadeaba.

—No hay nada por qué alarmarse, señor —dijo a Merrick el subalterno, refiriéndose a la explosión—. Son unos cuantos descontentos y burgoynistas que han tenido la última escaramuza, eso es todo. La policía les persiguió hasta el tejado y les arrinconó allí… pero no antes de que algún joven estúpido lanzase una granada de mano. En apariencia trataba de volar la escalera de incendios y lo que voló fue la pared. Podremos reclamar al seguro, señor, ¿verdad?

—Supongo que sí —contestó Merrick—. Yo mismo me siento abrumado. Una piedra lanzada contra mí en Stipend, mi modo de vivir dañado en Mayfair; qué épocas más dramáticas vivimos. Quizá, si es seguro, deberíamos salir al exterior y revisar los daños. Haciéndolo así quizá recupere mis nervios. ¿Quería usted tener la amabilidad de telefonear a mi esposa y decirle cómo salvé mi vida?

Mientras el servidor se marchaba presuroso para obedecer, Merrick cogió gentilmente el brazo del ministro y, volviéndose hacia sus otros invitados, les hizo gesto para que le acompañasen. Antes de dejar la galería, Jimmy miró por última vez el patio de butacas. Dante Alighieri y Kraft Ebbing se habían desvanecido ante

Salvador Dalí y Riddicraft. Filtrándose a la luz del día había borrado el infierno; en su lugar había sólo un juego de niños, el juego mecánico ideal del siglo XX, que la criatura no debía tocar por miedo a estropearlo definitivamente. Las sillas seguían girando, las luces carmesí destellaban encantadoramente encendiéndose y apagándose, las pardas figuras de las paredes ensayaban sus posturas sin significado alguno; y por encima de todo, un ojo eclipsado por lo abultado de su almohada, gigante mirando en una benevolencia producida por el Vigacoff.

Jimmy volvió y cogió el brazo de Alyson mientras ella seguía a Merrick y al oscuro número 8 desde la galería. Apretándola más junto a sí, la examinó ansioso.

—Escucha, Alyson —dijo—. Sé que es duro de comprobar cada camino en estos tipos psicológicos, ¿pero acaso el Gran Panjandrum tiene razón en todo lo que nos habló de Aubrey?

—Eso creo —contestó ella suspirando—. Por lo menos Vincent parece haber desenredado una parte de las dificultades de Aubrey y, créeme, tiene más nudos que cuerda… sólo espero que no vayas a ser tú tan difícil… Pero me duele pensar que empeoró por culpa mía, cuando todo el tiempo había tratado de ayudarle. Puedo comprenderlo en cierto modo, pero no entiendo el porqué; realmente, pensar en las personas es más anonadador que pensar en Dios. Oh, todo es tan confuso… ojalá no hubiese venido nunca aquí.

Le apartó el cabello rubio como si se tratara al mismo tiempo de apartar también sus últimas observaciones. Vincent Merrick y el oscuro enmascarado desaparecían pasillo abajo. Una lluvia de luz rojiza rodeaba a Alyson y a Jimmy mientras él dijo:

—Resulta abrumador todo el tiempo, pero podemos seguir siendo felices. ¡Sólo no te preocupes! Yo me preocupé mucho porque no te ponías tu ER, pero ahora creo comprender porque te resistías.

Alyson forcejeó en sus brazos, arrugando el rostro en una especie de expresión irritada y divertida.

—Eres tan desconfiado porque de otro modo hace tiempo que lo habrías visto. Oh, mi querido, ya oíste lo que dijo Merrick. Yo me sentía atraída hacia Aubrey y luego mordía el cebo… oh, por compasión, supongo, aunque me sabe mal reconocerlo. Luego apareciste tú. Yo sabía que si me ponía un disco, éste se pondría a

brillar colorado ante ti. No creo que lo hiciese con Aubrey en absoluto y me imaginé lo que eso le dañaría. Una vez supo que no podría controlar mis genes, me di cuenta de que tampoco podía correr el riesgo de conseguirme una Luz Norman. No, estando tú cerca. Fue sólo en el último momento que me di cuenta que no podría soportar ir a la cárcel por culpa de Aubrey.

Un vals alegre y arrullador se empezó a ejecutar en todo el organismo de Jimmy que normalmente funcionaba como un sólido bloque. Se sentía extraordinariamente turbado. Soltando a Alyson, se apartó, sin darse cuenta de lo inexpresivo que se había vuelto su rostro.

—Sí —dijo—, comprendo.

Alyson rompió en una risa ligeramente rasgada.

—¡No digas simplemente: «sí, comprendo», tú, hombre indigno de amar! —dijo ella—. Haz algo. Ya no podemos seguir cuidando a Aubrey. El propio Vincent Merrick lo dijo… y además la tensión era excesiva; ha envejecido años durante estas últimas semanas. De ahora en adelante la cosa queda fuera de nuestras manos.

—Sí —repitió Jimmy inexpresivamente, comenzando a pensar en el dilema en el que se vio atrapado Alyson—. Vaya suerte, ¿eh?

—Ven aquí, Jimmy —dijo ella, muy en voz baja, haciendo de esta frase una invitación más que una orden. Mientras él se acercaba, la miró con interés y advirtió el modo en que el rostro de ella se ponía colorado. No era porque se ruborizara. Era su ER. Tomándole su rostro con las manitas, ella le besó con ternura, los labios entreabiertos.

—Hmm… ¿Van a venir ustedes dos a la calle con nosotros? —La voz de Merrick llegó desde larguísima distancia, como si estuviese hablando por el extremo equívoco de un telescopio. Él y el número 8 habían regresado por el corredor en su busca.

—Lo siento —murmuró Jimmy, apartándose del abrazo de Alyson—. Había algo aquí que teníamos que enderezar.

—Dadas las circunstancias —dijo Merrick—, esa observación es bastante freudiana.

XV

ASUNTO DE ESTADO

Volviendo para seguir a Vincent Merrick y a la singular figura del número 8, Jimmy agarró con fuerza el brazo de Alyson. El gesto era sólo parcialmente de afecto; se sentía un poco intoxicado en el que necesitaba un punto de apoyo. El optimismo circulaba de manera afrodisíaca por sus arterias, sorprendiéndole con su presencia. Rachel no le había convertido en un miserable harapo como él se temiese. ¡Vivía; había renacido!

—¡Qué maravilloso es haber salido de ese cinema fantasmal! —exclamó Alyson, aspirando profundamente y sonriéndole.

—Fue como un empalme de ferrocarriles —dijo Jimmy—. Cada ser humano marchando estrepitosamente a lo largo de una vía diferente, sin contacto.

—Sin contacto, sin esperanza —dijo Alyson—. Sin embargo, supongo que todo el mundo es así. Tenemos suerte de encontrarnos en las líneas principales, pero aquellas pobres criaturas de ahí dentro se hallaban en ramales secundarios.

Mientras marchaban a lo largo del corredor, el enmascarado número 8 tocó a Jimmy del brazo y dijo:

—Perdóneme, pero Vincent acaba de decirme quién es usted. Ha estado pasando últimos momentos emocionantes, ¿verdad? Como nos hemos conocido con anterioridad, quizá pueda quitarme el antifaz.

Se deslizó el terciopelo negro quitándoselo de los ojos y el oscuro número 8 demostró ser ministro de Salud, doctor Warwick Bunnian.

—¿Sorprendido de encontrarme en las garras bestiales de Vincent? Estoy sufriendo tratamiento para un suave ataque de

gerontefílismo, nada grave —dijo el ministro de Sanidad, sonriendo con buen humor—. Algo que viene y se va como el catarro, ya sabe.

—Usted nos invitó a una copa en Stipend —dijo Jimmy, dominando su asombro—. Quizás ahora acceda a venir y a beber con nosotros.

—Espero que sí —asintió Bunnian—. Pero debe permitirme que invite yo, viejo muchacho; puedo cargarlo al presupuesto. Privilegio ministerial y todo eso, ya sabe —soltando una carcajada, dio una palmada a Jimmy en la espalda y guiñó con malicia el ojo a Alyson; era evidente que una sesión de terapia social había obrado maravillas en él—. Yo digo, se me ha informado que se vio usted envuelto en el ataque contra el escondite del viejo Willy Bourgoyne. ¿No fue usted el individuo que estuvo a punto de sacar a Rachel Norman del helicóptero?

Jimmy se sintió ruborizar, lo que aceleró el proceso.

—No llegué bastante a tiempo, señor —dijo—. Menos mal que no lo hizo, por Júpiter —exclamó enigmáticamente Bunnian.

Los cuatro salieron al sol de la clase superior de Mayfair donde crecientes multitudes se agrupaban sobre la acera y la calzada, los cuellos doblados como ganchos mientras miraban con fijeza los tejados y el daño causado por la granada. Unos policías ya estaban colocando una barrera de cuerda en torno a los ladrillos y cascotes que se desplomaron sobre la calle, mientras que otros acompañaban a cuatro, decepcionados alborotadores al interior de un Black Maria, que aguardaba. De todo esto Jimmy absorbió muy poco, atareado estaba rumiando la última observación del Ministro de Sanidad.

—Me temo no comprender lo que quiso usted decir. ¿Está a salvo Rachel Norman? —preguntó.

—Lo bastante a salvo para nuestros propósitos —contestó el ministro, colocando una manita regordeta en el brazo de Jimmy—. Igual puedo decirle esto, Jimmy, ahora que se terminó el espectáculo, pero mire, el individuo que se la llevó en helicóptero era un agente ruso. Ocurre que ahora sé que la señorita Norman está camino de Moscú… ¡No se preocupe tanto! Comprenda, queríamos que abandonase Inglaterra. La pega de este asunto era que es una mujer joven de considerable energía y poder.

—Eso ya lo descubrí —dijo Jimmy.

—¿De veras? No sólo inventó prácticamente los ER, sino que se vendió a este enorme sueño de colocar a cada cual de la nación en el lugar que le correspondía, incluyendo al Primer Ministro y a mí. Deja usted que decida cuál de las dos hazañas es mayor. La cuestión es, que una vez que ella hubo hecho todo eso, la señorita Norman se encontraba en una posición más potente que nunca. Entonces nos reveló la terrible verdad de que la instalación de los ER era sólo la mitad de su plan; lo mejor aún estaba por venir. El primer ministro y yo, estando bastante comprometidos… habíamos… ejem… aceptado algunos regalos de acciones de los Laboratorios Norman y de otros valores del Iral… Nos resultó imposible echarnos atrás. Se convirtió en imperativo desembarazarse de la señorita Norman por el bien del país y el nuestro propio. Y en esa tesitura, la buena fortuna intervino, el
MI-5
nos informó que los agentes rusos se habían puesto en contacto con ella. ¡Yo digo, no podíamos convencerla para que se fuese! No me importa revelar secretos de estado, pero no estoy adecuadamente vestido. ¿Dónde está la próxima taberna, Vincent?

La próxima taberna, por fortuna, estaba al otro lado de la calle. Cruzaron la calzada. Bunnian volvió a colocarse el antifaz y todos se instalaron en la barra, tras una especie de parapeto de copas.

—Si quiere hacerlo hablar, hágalo ahora mientras aún está parcialmente bajo los efectos de las drogas —dijo Merrick a Jimmy en un aparte—. Le he sacado en este estado más informes gubernamentales que…

—Siga, señor —apremió Jimmy, cogiendo por debajo de la mesa la mano de Alyson—. Todo esto es la mar de instructivo.

—¡Arriba los fondos, viejo muchacho!… Oh quizás, estando Vincent presente, no debería decir eso, aunque me refiero a los fondos de las copas… no a los traseros —exclamó Bunnian feliz, sorbiendo su doble *whisky*—. De todas maneras, como decía, los rusos se pusieron en contacto con la Norman y le ofrecieron cuantos recursos desease si se iba a trabajar con ellos, cosa que nos encantaba. A ella le gustó la idea, recordando lo libre que había sido para hacer experimentos su padrastro, de Demyanski. Estaba a punto de convertirse en una Burgess cuando este condenado idiota de Bourgoyne no sé cómo se enteró de quien era ella en realidad y

la raptó. Sin embargo, bien está lo que bien acaba, algunos de nuestros muchachos del Servicio Secreto… naturalmente, desconocidos por los rusos… procuraron que ella y el agente consiguieran sin dificultad un pasaje hasta el submarino que les esperaba lejos de la costa sur a primeras horas de esta madrugada.

Bunnian miró con evidente gozo a las expresiones sorprendidas de quienes le rodeaban.

—Rachel era todo un regalo, eso se lo aseguro. Supongo que usted no la habrá conocido socialmente… Ah, bueno, pero eso es otra historia; me la reservaré para cuando escriba mis memorias —una gentil sonrisa asomó a su rostro durante un momento, hasta que continuó con un tono diferente—: Herby… el primer ministro… y yo estábamos con el alma en vilo, se lo aseguro, temiendo que pudiera perder el submarino. Mire, Rachel era en realidad la figura clave en las Luces Norman. Su padrastro, Ivan Dernyanski, localizó originariamente lo que ahora conocemos como el Manojo de Dernyanski, en el hipotálamo del cerebro, donde lo biológico se enlaza con lo que él habría denominado lo infra espiritual. Así que los ER, como todos los buenos inventos, es de origen ruso. Pero fue Rachel quien hizo todo el delicado trabajo del circuito que conectaba el Manojo con el registrador de emisiones externo, el disco. No hay media docena de personas en el mundo que posean los conocimientos que tiene esa chica. Así que ya puede ver porque era tan difícil de manejar. Era preciso quitarla de en medio rápidamente… antes de las próximas elecciones generales. Apuró su copa. Chasqueó los labios.

—Tómese otro trago, Jimmy, querido muchacha. Y usted, señorita Youngfield. Y usted, Vince; les hará bien.

—¿Es realmente así como se zanjan las cuestiones políticas de estado? —preguntó Alyson curiosa mientras llegaba la segunda ronda de bebidas.

—Sí, en este caso —contestó Bunnian. Le guiñó el ojo desde detrás de su antifaz, que se había vuelto a poner antes de entrar en el establecimiento público—. Claro, Herby y yo estábamos interesados personalmente, como es natural.

—Como es natural —repitió Alyson como un eco.

Jimmy no dijo nada. Se arrellanó en su asiento y disfrutó de la sensación de sentir cómo le habían quitado un peso de sus hombros.

No importaba cómo, no importaba el porqué; ella se había ido, Rachel se había ido y nunca la vería de nuevo ni pensaría jamás en ella. No se le había llevado nada suyo. La profunda gratitud que sintió tenía que descargarse sobre alguien; se volvió hacia el doctor Bunnian.

—¿Cómo podría darle las gracias por todas sus amabilidades? —dijo—. Debo admitir que en el pasado algunas veces me uní a las turbas y consideré a los políticos como seres cínicos, hipócritas y egoístas. Bueno, ahora estoy más enterado, doctor Bunnian, señor, mil veces gracias por su honestidad y su sinceridad. No se puede imaginar usted el peso tan enorme que me ha quitado de la conciencia. Espero que asista a la boda… la boda de Alyson y mía, quiero decir.

Sonriendo ampliamente, Bunnian asintió con la cabeza una docena de veces acusando y agradeciendo la invitación y aceptándola, se engulló su segundo *whisky* doble y pidió un tercero.

—Lo hacemos lo mejor que podemos muchacho —dijo—. Sé que no formamos una casta muy popular. Debe recordar cuán opuesto es nuestro trabajo al de Vince, aquí presente. La misión de Vince es quitar a la gente lo que tenga malo; la tarea del político es mantener a la gente eso malo precisamente. Uno tiene en las Luces Norman un compromiso ideal… conservan lo malo apareciendo una y otra vez eternamente. Ah, la humanidad es un conjunto condenadamente malo y no veo que nunca pueda haber algo que realmente nos haga cambiar.

Su súbita caída en el pesimismo fue muy notable y efectiva.

—¡Animo! —exclamó amablemente Alyson, contemplando impresionada como el político se tragaba un nuevo *whisky*—. El país va bien ahora. Por lo menos Vincent le dirá que tenemos una época de progreso por delante. Todo el mundo recomienza otra vez con un nuevo punto de vista de la vida.

Bunnian quedó desconsolado.

—Oh, sé a lo que se refiere. El GRIE destruido, la oposición aplastada, los negocios subiendo de nuevo en la City, las exportaciones aumentando. Pero las huelgas se continúan extendiendo… ahora la de los recios descargadores de los muelles. La siguiente será de los ferrocarriles, fíjese en mis palabras. Y en cuanto al aspecto moral… Oh, bueno, no quiero ponerme triste; de

nada sirve preocuparse. Cenaré con Herby esta noche y uno no se atrevería a pronunciar ante él una palabra tan solo de pesimismo. Le arrancaría a uno la cabeza si sugiriera que las cosas no son lo que debe rían ser.

Con súbita cordialidad el ministro soltó una carcajada y todo tornó a marchar como antes sobre ruedas.

—A propósito —dijo Jimmy—. No sé nada de lo que le pasó ayer a Guy Leighton.

La sonrisa de Bunnian se hizo más amplia.

—Se encontraba en lo más gordo del asunto. Ayudó a ese tal capitán Buggs… ¿o Briggs?… Biggs tremendamente; dejó fuera de combate a otro capitán rebelde, lanzándole un ladrillo con singular puntería. Sí, Leighton ha triunfado; siempre creí que triunfaría. Sepa usted que es un individuo que sabe dónde pone los pies. Debemos mucho a los jóvenes como él… y como usted, claro. No me importaría tenerlo en el Ministerio de Sanidad. No, la nación no tiene por qué preocuparse cuando gentes de su clase siguen en circulación. ¿Qué quería decir, Vincent?

—Que estoy de acuerdo por completo; Guy Leighton irá muy lejos y en bien —contestó Merrick con el aire de quien está acostumbrado a juzgar a las personas.

Jimmy nada dijo.

Bunnian volvió a reír, quitándose el antifaz para poder secarse el sudor de la cara.

—¡Sí, es un divertido y viejo mundo éste! —exclamó, mirando a su alrededor como si buscara aprobación a su salida.

La irritación centelleó en los ojos de Alyson. Sin querer estropear la armonía de la reunión, se sintió obligada a decir:

—Me sorprende encontrarle tan de buen humor, doctor Bunnian. Su gobierno deseaba instalar por todo el país las Luces Norman, así que debería sentirse responsable de las huelgas e inquietudes que esa medida provocó. ¿Verdad que siente una gran aprensión acerca de los próximos meses que van a transcurrir?

Merrick parecía notablemente interesado. Jimmy frunció el ceño como queriendo avisarle, Bunnian se limitó a soltar la carcajada.

—Puedo mostrarme tan serio y pontifical como el que más cuando lo exige la ocasión —dijo, apuntando con el dedo a Alyson —. Debería oír usted alguno de mis discursos. Pero, después de

todo, ¿para qué preocuparse? ¡Fíjese en las revoluciones que este país ha visto! ¿Recuerda la algarada Tory de las elecciones de 1945? Al final no significó la menor diferencia. Inglaterra, jovencita, admite muchas sacudidas, muchas. Y no me importa confesarle que se necesitaría bastante más que esos disquitos para trastornar el antiguo «status quo». No se preocupe por la política ni por los políticos; estos son juegos de hombres mayores. Usted no le pierda ojo a Jimmy… ¡encontrará que es más difícil gobernarle a él que gobernar a una nación!

Acabaron sus bebidas en medio de un aura de buen humor y felicitaciones mutuas y Merrick se levantó.

—Tengo que irme —dijo, puliendo sus gafas con la punta de su corbata—. Tengo que ver cómo Croolter se desenvuelve en la otra parte de la calle. ¿Viene usted a cambiarse de ropa, Warwick?

—Llámeme número 8 solamente —dijo magnánimamente el Ministro de Sanidad—. Sí, supongo que será mejor que nos vayamos. Tengo que preparar un discurso sobre los problemas de la ancianidad destinado a la conferencia de Bournemouth mañana. Bueno, Solent, ha sido interesante encontrarse de nuevo con usted; espero que no se sienta como si fuera un peón en el juego de los asuntos de estado… ¡Gracias!

Esta última observación iba dirigida a Merrick que, viendo la dificultad del ministro en levantarse de su asiento, le había cogido por debajo del sobaco y le había puesto en pie. Comenzó a caminar in seguro hacia la puerta, Merrick aún sujetándole.

—Un momento nada más, doctor Bunnian —dijo Alyson—. No me ha dicho aún cuál era el final que Rachel tenía para las Luces Norman, o por qué era algo que requería un drástico remedio como el de sacarla.

—¡No sólo sacarla del país! —protestó Bunnian—. No sólo sacarla de este país, sino hacerla entrar en Rusia; esto último era esencial. Si hubiera llevado a cabo su plan… como habría hecho indudablemente de permanecer aquí… eso habría sido la ruina de Gran Bretaña y de cuantos postulados defiende nuestra nación. La democracia habría conocido su estrepitosa caída.

Adoptó su voz de la Cámara de los Comunes para decir esto y Alyson y Jimmy se quedaron indudablemente impresionados. El político se incorporó, irguiéndose, les hizo un gesto a ambos, les

tomó de las manos y les llevó a un rincón, en donde aprovechando un viejo diván se sentó y les habló al oído. Merrick, junto a la puerta, quedó olvidado por completo; en un arranque de fría cólera avanzó hasta la barra y se compró una veintena de Benson y Hedges.

—La Norman irá a Rusia donde no se hacen las cosas a medias —decía Bunnian confidencialmente en el rincón—. Dentro de un año sus muchos millones de habitantes estarán provistos de ER y sin pegas ni objeciones de ninguna clase. Luego Rachel pondrá en práctica la segunda parte de su plan, la que nos quitamos de encima nosotros. Dentro del segundo año los rusos llevarán en sus frentes dos discos.

»No quiero adentrarme en tecnicismos ahora con ustedes, jóvenes, pero estos ER, aparatitos inteligentes tal y como son, se enchufan en una parte del cerebro que, como les dije, se llama Manojo de Demyanski, por la que pasan otros impulsos además de los eróticos. Colocando una extensión, con un adecuado filtro, desde el primer disco, se puede obtener una reacción diferente en el segundo; y esto, planea nuestra señorita Norman, encenderá una luz verde.

»Una vez se haya vendido a la población un disco, miren, el segundo no entraña dificultades de ninguna clase, particularmente cuando se promete que este segundo disco, la luz verde, va a hacer la vida aún más sencilla que lo que consiguió el primero.

Merrick había cogido al ministro por el suéter y lo arrastraba hacia la puerta, lentamente. Alyson sintió una extraña simpatía hacia esta acción de Merrick; después de todo, se dijo a sí misma, si Bunnian creía realmente que las Luces Norman habían en cierto modo mitigado las complicaciones de la vida, evidentemente debía someterse a un tratamiento médico más prolongado.

—¿Así que dentro de unos pocos años, dos como máximo, los rusos llevarán un par de discos, el que se pone colorado y el que se pone verde en ocasiones? —preguntó reflexivamente Jimmy, siguiendo a los dos hombres hacia la salida—, ya sabemos para qué es el colorado; ¿qué terrible utilidad tendrá el verde?

—Quizá sepa usted —dijo Bunnian trotando hacia el umbral—, que Rachel Norman poseía su propio e inflexible código moral; puede que sea retorcido, según nuestros criterios, pero para ella

resulta claro como el agua. No admitiría ninguna fórmula de compromiso, jamás; por eso es una mujer de genio formidable.

—Ciertamente, siempre se ha mostrado dolorosamente franca —asintió Jimmy, con un débil eco de «Tú jamás me diste nada» en sus oídos.

—Exacto. Está obsesionada con la verdad —dijo Bunnian—. Las luces verdes se encenderán cuando se diga una mentira.

—Pero, seguramente… —exclamó turbada Alyson—. Seguro que eso sería una buena cosa. Seguro que ustedes no habrán querido permitir que un buen invento como ése caiga en manos de los rusos…

—¡Pues claro! —exclamó Jimmy retrocediendo horrorizado—. Piense en cómo se simplificaría la vida inglesa si todo el mundo en el país llevara en su frente ese aparatito.

El último tirón enérgico de Merrick hizo que el ministro de Sanidad saliera de golpe de la taberna.

—Hubiera significado el golpe de gracia para la diplomacia inglesa —dijo Bunnian en sus tonos más misteriosos y ministeriales.

Y desapareció.

Cogidos del brazo, Alyson y Jimmy salieron tras él al aire libre londinense, a la calma de la tarde, aspirando el dulce olor de la gasolina.

FIN